

Che Guevara. Una vida revolucionaria, de Jon Lee Anderson

Marta Pérez-Rolo González

Cátedra Ernesto Che Guevara. Universidad de La Habana.

Jon Lee Anderson, autor de *Che Guevara. Una vida revolucionaria*,¹ desarrolló, en la década de los 80, una investigación sobre los movimientos guerrilleros y comprobó que en países muy distantes entre sí, se compartía la misma admiración por el Che. Decidió entonces investigar sobre su vida, para lo que visitó varios países latinoamericanos y europeos. Radicó en Cuba de 1992 al 95, donde logró acceso a escritos inéditos del Che. En 1995, el general retirado boliviano Vargas Salinas, le hace la confesión del posible lugar de enterramiento del Che y sus compañeros guerrilleros, lo que lo lleva a los primeros planos publicitarios y a participar directamente en la búsqueda de los restos.

Una juventud inquieta

La primera parte del libro que escribió sobre el Guerrillero Heroico se refiere a la niñez, adolescencia y juventud de Ernesto Guevara. El autor tuvo acceso al llamado «Diccionario filosófico» que compiló este cuando era estudiante de medicina y que continuó a lo largo de sus viajes por América Latina, así como a

los diarios *Notas de viaje* (ya publicado) y *Otra vez*, todavía inédito.

Llama la atención que Anderson, a pesar de haber podido repasar estos escritos, se limita a hacer una información periodística, relatora de hechos —por demás ya narrados por otros autores—, y no incursiona en la evolución del pensamiento del joven Ernesto, que le hubiera permitido llegar a conclusiones importantes, como el momento de su encuentro con el pensamiento marxista, y a través de qué textos lo logró; o el nacimiento de su latinoamericanismo y su antimperialismo, que se remontan a esta época, y asimismo de su concepto clave de humanismo, al cual se va acercando en estos primeros escritos.

Hay que tener en cuenta que el joven Ernesto se encontró con el marxismo, no a través de una doctrina partidista, sino leyendo y profundizando en textos de Marx, Engels, Lenin, y estudiando con voracidad tomos enteros de Historia de la Filosofía; pero, al mismo tiempo, uniendo a este estudio una indagación constante de la realidad latinoamericana a través de sus viajes por el continente, y tratando de encontrar la relación entre lo que leía y lo que veía.

Hay un trabajo de investigación, realizado con entrevistas y lecturas, que sin embargo no se materializa en un análisis, ni siquiera superficial, de la evolución del pensamiento del biografiado.

El «Diccionario filosófico» (llamado así por el propio Che) es la anotación de los párrafos más importantes de lo que leía y la valoración de los diferentes criterios sobre un mismo concepto. Los Diarios de viaje revelan su desgarramiento frente a la realidad latinoamericana. Resulta paradójico que Anderson, que tuvo acceso a las dos fuentes, no valorara estos escritos lo suficiente para revelarnos estos encuentros con conceptos claves de su pensamiento.

Otro tema importante que elude es el método de estudio de este joven, que leía vorazmente y anotaba criterios que después iba comparando para extraer conclusiones. O sea, que a pesar de haber tenido en sus manos los escritos primeros que le hubieran permitido profundizar en el desarrollo de este joven argentino ávido de encontrar su camino, se dedica a establecer elementos baladíes, como si es verdadera o no su fecha de nacimiento, o a qué signo zodiacal pertenece.

Por otra parte, no hay un análisis del contexto histórico en que se desarrolla la juventud de Ernesto, que además fue tan rico e importante en Argentina, con acontecimientos como «la década infame» y el nacimiento y desarrollo del peronismo.

La gestación del Che

Para la segunda parte de su libro, el autor tuvo acceso al *Diario de un combatiente*, escrito por el Che en la Sierra Maestra, y publicado en parte, pero aún inédito en su totalidad.

Como aclara Anderson en una de sus notas, pudo conocer la primera sección del Diario de campaña del Che, del 2 de diciembre de 1956 al 12 de agosto de 1957. Declara perdidas las anotaciones del 13 de agosto del 57 al 17 de abril del 58, habla de una segunda sección —del 18 de abril del 57 al 3 de diciembre del 59, un mes antes de finalizar la guerra.

El autor hace énfasis en cómo se va mostrando la «personalidad del Che», y sitúa como sus rasgos fuertes el «acoso, con severidad, a los nuevos reclutas, sobre todo a los procedentes de la ciudad», su desconfianza hacia los guajiros y su odio profundo a los cobardes. Es interesante señalar cómo valora esos rasgos, siempre como elementos negativos. No toma como válidas la disciplina y organización que el Che enseñó a sus

soldados, ni sus magníficas relaciones con los campesinos, o su desprecio por los traidores. Describe también como rasgo primordial de su carácter la violencia, e incluye como ejemplo el episodio de la ejecución del traidor a la Revolución, Eutimio Guerra. El autor trata de mostrar al Che, en esos episodios de guerra, con la filosofía única de «matar o morir».

Por otra parte, y en contradicción con lo antes expuesto, considera que, por su condición de marxista, el Che es el primero que comprende las diferencias entre las posiciones de la guerrilla y el movimiento clandestino urbano. Hace también un énfasis desmesurado en sus contradicciones con René Ramos Latour (Daniel), quien sustituye a Frank País a la muerte de este. Aunque hay elementos válidos en relación con la posición que mantuvo el Che frente al Pacto de Miami —firmado en noviembre de 1957 por la mayoría de los partidos de oposición a Batista y el Directorio Nacional del Movimiento 26 de Julio—, y la carta dirigida por él a Fidel, así como su alegría al conocer la denuncia de Fidel al Pacto, hay de nuevo mayor énfasis en los elementos negativos y de desconfianza de la personalidad del Che que en una valoración positiva de su profundidad de análisis y de su confianza en Fidel. Por otro lado, en la primera parte no se había hecho ningún análisis profundo de la evolución ideológica de Ernesto Guevara; ahora se nos presenta, de pronto, a un Che marxista convencido de que la meta es la revolución socialista.

Hacia el hombre nuevo

Para esta tercera parte, que es la más extensa del libro, el autor pudo consultar las «Notas económicas» (inédito) y la crítica del Che al manual soviético de Economía Política (apuntes inéditos, que pensaba elaborar posteriormente) así como al *Diario del Congo*, a través del escritor Paco Ignacio Taibo, que había tenido acceso a este.

Aquí vuelve Anderson a la narración de los hechos, en este caso del Che dirigente, sin profundizar en el análisis que conduzca a una reflexión del porqué de la madurez de su pensamiento, ni siquiera de su acción. Dedicar muchas páginas a los viajes del Che en 1964, la visita a Moscú y la posición de los partidos comunistas

latinoamericanos, a su no participación en la Conferencia de Partidos Comunistas, en Cuba, pero todo desde una visión de reportaje periodístico, con abundante información y poco o ningún análisis.

Es interesante destacar la ambigüedad con que trata la relación Fidel-Che en marzo de 1965, tema muy tratado por otros autores, que los sitúan en posiciones divergentes y que han tratado de utilizar para explicar por qué se fue el Che de Cuba. Anderson trata de no tomar partido, ni a favor ni en contra, dejando la brecha abierta para cualquier interpretación. Esto es, en definitiva, una toma de posición frente a una relación que siempre fue clara, transparente y de una profundidad ideológica muy grande.

También resalta en esta tercera parte que hay lagunas de información en lo referido a la lucha en el Congo, y que la guerrilla boliviana se queda trunca, como si no tuviera más que decir, salvo el último episodio de una vida totalmente coherente desde su juventud hasta su muerte.

Hay también un interés marcado en desacreditar la guerrilla argentina de Salta y a su líder, Jorge Ricardo Massetti, con fuentes que no quedan totalmente claras y pasajes inconexos.

En el epílogo, «Sueños y maldiciones» se resalta de nuevo el enfoque periodístico, que pretende lograr «ganchos» más o menos publicitarios, a partir de hechos dramáticos ocurridos a diversos personajes que estuvieron relacionados con la muerte del Che.

Resumiendo, como características generales de esta biografía podríamos decir lo siguiente:

- Hay un trabajo de investigación, realizado con entrevistas y lecturas, que sin embargo no se materializa en un análisis, ni siquiera superficial, de la evolución del pensamiento del biografiado.
- En vez de lograr la reflexión en torno al biografiado, o incitar a la lectura de sus obras, lo cita de una forma desmedida, lo que —a nuestro juicio— no

conduce a una valoración real de su pensamiento y su acción.

- Toca temas que no domina, pero que, al ser «ganchos promocionales», trata de desarrollar. Ejemplo de esto es la referencia, ya citada, a Massetti y la guerrilla de Salta.
- Mantiene una posición «sentimental afectiva» en relación con el Che, tratando de lograr un acercamiento positivo a su figura. No utiliza adjetivos acuñados por otros biógrafos como el de «aventurero» pero no hace una valoración completa del biografiado ni de su coherencia a través de toda su vida, ni de la relación consecuente que marcó su pensamiento y su acción.
- Hay un enfoque ambiguo de la relación Fidel-Che, que —como ya dijimos— trata de mantener una «tercera posición», distanciada en relación con este tema.
- En general, hay un balance positivo de la Revolución cubana y de la figura de Ernesto Che Guevara.
- Dados el tiempo de investigación dedicado por el autor al libro y la cantidad de materiales a que tuvo acceso, el libro no responde a las expectativas que se habían creado.

Notas

1. Jon Lee Anderson, *Che Guevara. Una vida revolucionaria*, Emecé Editores, Barcelona, 2ª edición, 1997.

© TEMAS, 1999.

Cuba-Estados Unidos: un modelo para el análisis de la confrontación hacia finales de siglo

Esteban Morales Domínguez

Profesor. Universidad de La Habana.

Durante el período 1986-91, tuvo lugar el «cambio de foco» de la política de los Estados Unidos hacia Cuba. Mientras la Revolución cubana se percibió como un proceso consolidado en lo interno y con un gran activismo internacional, la política norteamericana se enfocaba prestando una atención fundamental a su presencia internacional. Tales eran entonces los condicionamientos que se pedían a Cuba: para mejorar sus relaciones con los Estados Unidos debía retirarse de Africa, dejar de ayudar a los movimientos revolucionarios y romper sus conexiones con la Unión Soviética.

Sin embargo, a partir del período mencionado aparecieron y se desarrollaron serias dificultades, principalmente económicas, provocadas fundamentalmente por la pérdida de los mercados de los países exsocialistas de Europa del este, y de la URSS en especial, que pusieron y aún ponen a prueba la capacidad de Cuba para seguir adelante con su proyecto socialista.

Por esta razón, la realidad interna cubana —y en particular la dinámica de su proceso de recuperación económica a partir de 1994— devienen una variable que, como nunca antes, está informando e impactando

las características de la política de los Estados Unidos hacia Cuba, y las peculiaridades de la confrontación.¹

En el período 1992-96 aparecieron otras variables, delimitadas por la firma de la Ley Torricelli durante la campaña presidencial Clinton-Bush de 1992, la Ley Helms-Burton en marzo de 1996 y las consecuencias que este último paso de la administración Clinton ha traído para la dinámica actual del conflicto entre ambos países.

A caracterizar este proceso y determinar las tendencias de su desarrollo futuro, va dirigido este trabajo.

Variables actuales del conflicto y sus perspectivas

Existen tres escenarios generales básicos del conflicto entre Cuba y los Estados Unidos:

- La realidad interna cubana
- La realidad interna norteamericana
- La realidad internacional

Dentro de estos tres escenarios en que se desenvuelven los fenómenos del conflicto, se han

formado variables, las que constituyen una expresión sintetizada de su esencia dentro de cada escenario. Estas variables, a nuestro entender, son las siguientes:

1. *La dinámica de la situación interna cubana.* Se refiere, en particular, a la dinámica actual del proceso de recuperación económica y, dentro de este, a las tensiones provocadas por un conjunto de cambios económicos, bajo el prisma de una política que se ha propuesto sacar el país definitivamente de la crisis, sin hacer concesiones en los puntales básicos que sostienen el régimen político socialista.

Esta variable sintetiza, a nuestro entender, los retos que enfrenta Cuba en el orden interno, como resultado de su paulatino proceso de acercamiento al capital extranjero particularmente, y a la economía de mercado en general, y los retos provenientes del impacto de estos acercamientos en la sociedad civil cubana.

2. *La correlación congresional norteamericana en la política hacia Cuba.* El Congreso de los Estados Unidos ha devenido, poco a poco, el núcleo del debate donde no solo se encuentran las posiciones liberales y las de extrema derecha, sino también las de la Administración, lideradas por Clinton, quien sin dudas busca espacios para hacer su propia política en relación con Cuba, frente a la de los que pretenden mantener la Helms-Burton, apuntalándola como ley básica de esa política. Como era de imaginarse, al firmar la Helms-Burton, Clinton desplazó el centro del debate hacia el Congreso, que hoy aparece como reservorio de las posiciones de extrema derecha en relación con Cuba, y de los diferentes intentos por erosionar la política de bloqueo; aunque el proceso de negociación en el contexto del derribo de las avionetas de Hermanos al Rescate, le permitió al Presidente reservarse no solo la posibilidad de posponer la aplicación del capítulo tercero de la ley, sino también hacer cambios nada despreciables dentro de la política, como veremos más adelante.

3. *La transnacionalización del bloqueo.* Se han agudizado las presiones sobre Cuba, ampliando el marco en que estas actuaban con anterioridad (tipificado por la Ley Torricelli). Con la aprobación de la Helms-Burton, se pasa a los atentados directos contra el proceso de articulación de la economía cubana con el capital extranjero y con la economía mundial en general. Esta agudización del carácter transnacional del bloqueo explica, de manera básica, la tendencia a la internacionalización del conflicto entre Cuba y los Estados Unidos.²

4. *La resistencia internacional al proceso de transnacionalización del bloqueo.* La Helms-Burton ha contribuido, como la extrema derecha nunca imaginó, a internacionalizar el conflicto, y a poner en evidencia la irracionalidad de la política de bloqueo, lo que ha creado dificultades a los

Estados Unidos en sus relaciones con los aliados. Sin dudas, la contradicción de intereses en el ámbito internacional que esta ley ha provocado explica el surgimiento de las «leyes antidotos» y el panel contra los Estados Unidos ante la Organización Mundial del Comercio (OMC). Así como también los intentos por parte de los Estados Unidos de llegar a un acuerdo con la Unión Europea que convierta la figura del «Tráfico», contenida en el capítulo tercero de la mencionada ley, en parte del Acuerdo Multilateral de Inversiones (AMI), recientemente negociado.

5. *La negociación en la búsqueda de un consenso internacional de política para subvertir a Cuba.* Expresa la pretensión norteamericana de utilizar la Helms-Burton para presionar a Cuba, aunque también a los aliados de los Estados Unidos, con el objetivo de obligarlos a seguir a Clinton en un consenso por llevar a la Isla hacia la llamada «transición democrática». Sin dudas, en su búsqueda, Clinton ha sabido aprovechar la ley como instrumento para tratar de sacar a flote sus más íntimos objetivos de política hacia Cuba.

6. *La actitud de Clinton en la política hacia Cuba.* En cierto modo continúa siendo una incógnita, aunque parece ponerse en evidencia que después de los más recientes acontecimientos busca todos los espacios posibles para ajustar la Helms-Burton a sus verdaderas intenciones de política: la Torricelli. Después de haber dado un peligroso rodeo con la Helms-Burton para ayudar a salvar su reelección en 1996, Clinton aparece como una pieza clave, dada la capacidad que aún posee para inducir determinados cambios en la política hacia Cuba. Sin dudas, está aprovechando la Helms-Burton como un mecanismo de presión, con el cual, al mismo tiempo que mantiene el bloqueo, trata de avanzar para poner en juego los instrumentos del llamado Carril II.

Existe además un conjunto de iniciativas desplegadas por ciertos sectores empresariales norteamericanos, que pudieran paulatinamente formar un *lobby* económico contra la política de bloqueo. Sin embargo, tales iniciativas no se pueden considerar aún como una variable estructurada. Más bien forman parte del ambiente general antibloqueo que ha comenzado a tomar fuerza dentro del debate actual de la política hacia Cuba en los Estados Unidos.³

No todas las variables que aquí aparecen como independientes, tienen la misma relación de determinación con respecto a la perspectiva del conflicto. Por eso, el análisis solo puede realizarse por la vía de las síntesis sucesivas de las agrupaciones de variables, que están contenidas en los tres escenarios básicos de análisis del conflicto.

En el ámbito internacional se ven enfrentados todos los actores internos y externos que apoyan o encaran, en diferente grado y nivel, la política de bloqueo de los Estados Unidos hacia Cuba.

La complejidad del proceso en curso ha tenido como escenario más general la realidad de que Cuba ha sobrevivido a los impactos tan negativos del periodo 1986-1994, lo cual ha traído como consecuencia un creciente debate, en los marcos de la política de los Estados Unidos hacia la Isla, tanto interna como internacionalmente, acerca de qué hacer con Cuba en medio de tales circunstancias.

La actitud hacia el objeto de política (Cuba) en la situación actual —período en que la realidad interna cubana, como nunca antes, informa y condiciona el debate interno e internacional— está determinada por el espectro de posiciones que provienen de las respuestas a las preguntas siguientes:

- ¿Es aún efectivo el bloqueo?
- ¿Vale la pena asumir el costo de cambiar la política actual?
- ¿Pueden las fuerzas de derecha continuar liderando una política cuya ineffectividad muestra Cuba crecientemente?
- ¿Aunque Cuba se está recuperando, tomando en consideración los retos que aún enfrenta, es necesario cambiar la política?

Lo anterior no contradice que el asunto continúe siendo un problema de política interna, aunque en la medida en que las fuerzas que se oponen a Cuba dentro de los Estados Unidos pierden impacto, se produce el giro a favor de un cambio de política. Si al mismo tiempo la resistencia internacional a la política del bloqueo crece, los factores internacionales pueden cobrar también una fuerza decisiva.

Sin dudas, la internacionalización del conflicto se agudiza y ello resta fuerza a los factores internos, como se ha estado produciendo después de la aprobación de la Helms-Burton en marzo de 1996.

No obstante las presiones, Cuba continúa el proceso de reorganización de sus relaciones económicas internacionales, en la medida en que sus vínculos no han dejado de crecer y ampliarse.

Se trata de una lucha dentro de la cual Cuba, como objeto, se enfrenta a los factores formuladores y ejecutores, que desde el ámbito interno norteamericano debaten una política que paulatinamente evidencia su fracaso. Por ello, a medida que el debate se agudiza, las posiciones de los diferentes actores dependen más de cómo se interprete la capacidad de Cuba, sobre todo interna, para responder a las necesidades de una coyuntura de duración indeterminada.

Más allá de meras apreciaciones, la Isla ha logrado sobrepasar el período crítico (1989-1994), cuando la percepción dominante era que se derrumbaría por sí misma y que no era necesario cambiar la política. Lentamente y con retos importantes, Cuba sigue

recuperándose en lo económico y mantiene la estabilidad de su régimen político. Por esta razón, las diferentes posiciones que se observan dentro del debate interno en los Estados Unidos tienen una base real, haciendo aparecer, incluso, tendencias objetivas que impulsan el cambio de política.

Otro plano de análisis se refiere a que las fuerzas dominantes del debate, que en ningún caso son extremas, dentro del ambiente político de derecha prevaleciente, no se oponen a la política que propugna para Cuba una economía de mercado con un régimen político de democracia liberal pluripartidista. A lo que se opone una parte de estas fuerzas políticas, es a los métodos con los cuales la actual política norteamericana hacia la Isla pretende alcanzar tales objetivos y, mucho más, a que tales métodos prevalezcan como una imposición sobre otros intereses domésticos e internacionales.

Aunque los aliados de los Estados Unidos acompañen a Cuba en su lucha por quitarse de encima el bloqueo, no la apoyan en su intención de mantener el proyecto socialista, dado que, en última instancia, sus contradicciones con el gobierno norteamericano son solo de método.

Este escenario tan complejo, dentro del cual la Isla se desenvuelve, nos lleva nuevamente a la situación interna de Cuba —y en particular a la marcha de su proceso de recuperación económica—, conminándonos a formular otra pregunta básica.

¿Puede Cuba, al mismo tiempo que se libera del bloqueo, conjurar el cumplimiento de las intenciones estratégicas de la política norteamericana, en lo cual los Estados Unidos cuentan con el consenso de sus aliados?

Considero que es posible; solo que Cuba tendría que fortalecer la estrategia siguiente:

- Aliarse con los socios competidores de los Estados Unidos para, con esa fuerza económica, burlar el bloqueo y hacer frente común con ellos para que tengan que levantarlo.
- Identificar los límites más allá de los cuales se pueda comprometer la estabilidad de su régimen político y tornarse un peligro la alianza económico-táctica con los socios-competidores de los Estados Unidos para la supervivencia de su proyecto socialista.
- Pulsar hasta dónde la exigencia de la «transición a la democracia» es más bien un compromiso táctico con la política norteamericana, que muchos no están dispuestos a seguir si la Isla ofrece buenos negocios.⁴ Un proceso de recuperación económica exitoso y una actitud firme en defensa del régimen político son factores claves del éxito.

Subvertir a Cuba es una intención que subyace en la política norteamericana, ya se lleve adelante por los

métodos de las presiones del bloqueo (Carril I), o por las presiones ideológicas «pacífico-subversivas» del Carril II y sus múltiples combinaciones. Seguir adelante con la recuperación económica y su reinserción internacional, sin perder la capacidad de liderar ambos procesos —sobre todo en cuanto a sus impactos internos—, deviene condición insoslayable para que ni los Estados Unidos ni sus aliados puedan lograr sus objetivos estratégicos consensuados.

Estas razones reafirman a la variable interna cubana en su condición de factor determinante de lo que pueda ocurrir en el futuro.

La síntesis de los procesos que se dan hoy dentro del conflicto Cuba-Estados Unidos —entendida como la unión, formando un todo íntegro, de las partes, propiedades y relaciones— se concreta más que todo en la lucha que se libra hoy en la Isla por escapar de las presiones del bloqueo y conjurar los objetivos estratégicos de la política norteamericana. Tanto el debate que se desarrolla hoy dentro del sistema político norteamericano, como el existente a nivel internacional por reforzar las presiones o lograr un cambio de la política de bloqueo, existe porque Cuba ha sobrevivido hasta ahora a dicha política.

Por esta razón, aunque no es en Cuba donde la política norteamericana puede cambiar, no es, sin embargo, nada despreciable lo que la Isla puede hacer para fortalecer la plataforma de aquellos que hoy, tanto dentro de los Estados Unidos como en el ámbito internacional, están propugnando la necesidad de eliminar el bloqueo y encontrar un nuevo modo de relacionarse con Cuba.

Interrelación de las variables

Es la Ley Helms-Burton (desde la otra cara de la relación bilateral) la que en última instancia ha determinado la dinámica cualitativa con que se desenvuelve actualmente el conflicto entre Cuba y los Estados Unidos, lo cual nos lleva al análisis de las causas fundamentales que determinaron su aparición.

La extrema derecha, que aún liderea la política de los Estados Unidos hacia Cuba, consideró que lo ocurrido en la segunda mitad de los años 80 —y en particular en el período 1989-93— significaría el fin de la Revolución cubana.

Sin embargo, la administración Clinton desplegó, entre los años 1994 y 1995, con posterioridad a la llamada crisis de los balseros, un cierto movimiento de acercamiento que puso en guardia a la extrema derecha, la que había asumido la supremacía del Congreso a partir de noviembre de 1994.

Este acercamiento se produce a partir del detenimiento de la crisis económica en 1994 y el crecimiento experimentado por la economía cubana a partir de 1995 (2,5 % de crecimiento del PIB).

El acercamiento de los Estados Unidos, en parte motivado por esta última situación, fue lo que determinó la reacción de la derecha, y que tratara de imponer la Helms-Burton a partir de 1995.

Aquí funcionó una de las constantes que ha caracterizado la historia del conflicto: siempre que la derecha observa que se está produciendo un acercamiento entre ambos países, trabaja para situar algún obstáculo en el camino del potencial entendimiento.

Por lo anterior, se deben tomar en consideración no solo las variables que se han conformado dentro de una coyuntura dada, sino además las constantes de un conflicto ya histórico, que ha sembrado también estereotipos, prejuicios, percepciones equivocadas y reacciones inesperadas.⁵

Veamos entonces, más detalladamente, las interrelaciones de la situación interna cubana con las restantes variables.

1. *La perspectiva del conflicto.* La perspectiva positiva hacia la solución del conflicto es directamente proporcional a la mejoría de la situación interna cubana, sobre todo en términos de su proceso de recuperación económica. Este efecto representaría más posibilidades de avanzar por la vía de un cambio de política, sobre todo si tomamos en cuenta que los avances de Cuba en la solución de sus retos, tanto internos como internacionales, ponen en duda la efectividad del bloqueo como piedra angular de la política de presiones de los Estados Unidos.

Sin embargo, en política siempre existen imponderables y podría darse, a pesar de esa relación positiva, un efecto contrario, que sería tan lógico como el que hemos considerado. Aun después de que Cuba hubiese superado todas sus dificultades, habría que considerar el escenario concreto y las fuerzas políticas que estuvieren prevaleciendo dentro de la realidad interna norteamericana en ese momento. No se debe excluir que, imposibilitados de aplastar a Cuba por otros medios, algunos actores políticos vieran la posibilidad de utilizar la variante de una agresión militar. Esta situación es muy probable y se debe considerar, sobre todo después de los sucesos que paulatinamente vienen marcando el fortalecimiento de un poder unipolar por parte de los Estados Unidos.⁶

2. *La correlación congresional en la política norteamericana hacia Cuba.* No es difícil observar, aunque visto desde otra perspectiva, que mientras mayor sea la mejoría de la situación interna cubana, menores posibilidades

La síntesis de los procesos que se dan hoy dentro del conflicto Cuba-Estados Unidos —entendida como la unión, formando un todo íntegro, de las partes, propiedades y relaciones— se concreta más que todo en la lucha que se libra hoy en la Isla por escapar de las presiones del bloqueo y conjurar los objetivos estratégicos de la política norteamericana.

tendrá el liderazgo de extrema derecha dentro del Congreso de los Estados Unidos para afianzar la política de bloqueo y, por tanto, agudizar el conflicto a nivel bilateral e incluso internacional.

Como se ha afianzado en las percepciones de algunos sectores, el hecho de que la recuperación económica en Cuba continúe avanzando —en medio del escenario actual, en el que el bloqueo no ha probado ser definitivamente efectivo—, tiende a restarle fuerza a las proposiciones que aún lo consideran como la variable básica. Considero, no obstante, que también existe el empecinamiento en política, por lo que, aun cuando la situación descrita pueda producirse, siempre existirán quienes piensen que el bloqueo no está agotado, e incluso continúen buscando nuevas variantes para afianzarlo y endurecerlo.

3. *La transnacionalización del bloqueo.* La agudización del carácter transnacional del bloqueo se produjo como resultado de la aprobación de la Ley Helms-Burton. Esta ley, como es reconocido, fue la respuesta de la extrema derecha al ambiente de acercamiento que pareció estar abriéndose entre ambos países, a partir de que la administración Clinton aceptó negociar con el gobierno cubano la crisis de los balseros de agosto de 1994, y posteriormente alcanzar el acuerdo sobre migración, de mayo de 1995.⁷

Junto a tal situación, ya la economía cubana había detenido la crisis, e iniciaba en 1995 su proceso de recuperación. Todo ello generó en la extrema derecha la percepción de que Cuba paulatinamente escapaba de las presiones del bloqueo y su predecible reacción: la imposición de su variante de política, la Helms-Burton. La reacción no se hizo esperar, pues la salida de Cuba de la crisis económica hizo impacto en el debate sobre la política hacia la Isla.

La agudización del carácter transnacional del bloqueo y la internacionalización del conflicto Cuba-Estados Unidos fue, por tanto, el resultado de la permanente agresividad de la extrema derecha; pero también de que Cuba comenzara a liberarse, hacia 1995, de las difíciles condiciones de la crisis, al mismo tiempo que demostraba haber recuperado su capacidad de negociación frente a los Estados Unidos.

En esta coyuntura, hizo su aparición la segunda constante: siempre que los Estados Unidos identifican algo de vital interés que negociar con Cuba, ello sirve para derribar cualquier obstáculo, e inmediatamente se abren las avenidas del entendimiento. La posibilidad de que Cuba disponga siempre de algo que active el interés de los Estados Unidos por negociar, opera también como un fortalecimiento de su capacidad de enfrentar la profunda asimetría que caracteriza la relación bilateral.

4. *Resistencia a la transnacionalización del bloqueo.* La resistencia a la transnacionalización del bloqueo, que comenzó a manifestarse hacia finales de la primera mitad de los años 90, fue el resultado lógico de la aparición sobre el escenario político de la llamada Ley Helms-Burton, por medio de la cual los Estados Unidos pretenden presionar a Cuba, aun a costa de afectar los intereses económicos de sus aliados.

La correlación más inmediata entre las variables aquí analizadas proviene de que una Cuba que sobrevive, mostrando crecientemente la ineffectividad del bloqueo para aplastarla, actúa como un estímulo importante al desarrollo de actitudes antibloqueo por parte de los actores internacionales, sobre todo en el mundo de los negocios, que tratan de entenderse con la Isla. Si Cuba no hubiera mostrado en estos años su capacidad de sobrevivir y avanzar, no hubiese sido necesario explorar otras vías para cumplir los mismos objetivos, o para tratar de entenderse con ella.

5. *La negociación.* La aprobación de la Helms-Burton ha tendido a retrasar las intenciones de la administración Clinton de diseñar una política hacia Cuba más ajustada a las necesidades del momento en que se desenvuelve la confrontación entre ambos países. Esta ley tiende a inhibir, por una parte, la posibilidad de utilización de los llamados instrumentos del Carril II y, por la otra, la voluntad política de los aliados de los Estados Unidos de acompañarlos en las presiones para obligar a Cuba a realizar la llamada «transición democrática».

Por estas razones, una vez conminado a aprobar la Helms-Burton, Clinton lanzó por el mundo a su asesor presidencial para asuntos de política hacia Cuba, Stuart Eizenstat, tratando de buscar un consenso de los aliados

que le permitiera saltar por encima del obstáculo que tal ley representa. El presupuesto de esta estrategia eran las promesas de Clinton de mantener la suspensión del Capítulo III y eliminar, o al menos flexibilizar, la posibilidad de aplicación del Capítulo IV de la mencionada Ley, lo que aún no se ha logrado.

La necesidad de negociación se refuerza como resultado de los mismos factores apuntados antes: el bloqueo va mostrando su ineffectividad, especialmente en medio de una situación en que la economía cubana crece y amplía paso a paso sus relaciones a nivel internacional. Ello obliga a los Estados Unidos a la búsqueda de alternativas para actuar sobre Cuba, al mismo tiempo que mantiene al bloqueo como instrumento de presión.

Esto último explica su interés de llegar a determinados acuerdos con la Unión Europea, como los anunciados en abril de 1997 y mayo de 1998, en consonancia con los cuales la administración Clinton haría esfuerzos por flexibilizar la aplicación de la Helms-Burton, mientras que Europa retiraría el panel contencioso ante la Organización Mundial de Comercio.⁸

No se trata de que por medio de la «negociación» se pretendiera encontrar una variante de política eliminadora del bloqueo, sino una más adecuada, en términos de combinarlo con otros instrumentos que permitieran su utilización con una mayor flexibilidad y, sobre todo, efectividad. Este acuerdo entre los Estados Unidos y sus aliados se encuentra, de todos modos, afectado por una actitud recalcitrante del Congreso norteamericano y tímida por parte del Ejecutivo, que no ofrece espacio para soluciones a las disputas que la Helms-Burton ha contribuido a crear. Incluso, en las medidas de la Administración, anunciadas el 5 de enero de 1999, no se aprecia ningún avance al respecto.⁹

6. *La actitud de Clinton en la política hacia Cuba.* La relación entre esta variable y la dinámica interna de la situación cubana ha quedado fijada por la propia Administración norteamericana, cuando se reconoce que la política hacia Cuba estará muy ajustada al desenvolvimiento interno de la Isla. Tal situación comenzó a hacerse evidente a partir de finales de los años 80 y recientemente ha tomado aún más fuerza.

Este vínculo se observa claramente cuando sabemos que Clinton siempre declaró que su ley de política para Cuba sería la Torricelli, la cual fue el resultado de un intento de ajuste de la política norteamericana al escenario en que actualmente se desenvuelve el conflicto.

Apreciamos que, desde una posición incómoda, en relación con las limitaciones que le impuso la Helms-Burton —como ley, más bien, del Congreso—, William Clinton ha laborado por tratar de tomar el liderazgo presidencial de la política hacia Cuba. Esta variante de

política no estaría asentada en una aplicación de la Helms-Burton, sino en un manejo del bloqueo como instrumento de presión que le permita mayores facilidades para maniobrar con los ya clásicos instrumentos de la política norteamericana: el garrote y la zanahoria.

En tal dirección va el anuncio de medidas del 5 de enero de 1999, por parte del Presidente.¹⁰ Aprovechando el cierto estancamiento de la Helms-Burton, las medidas anunciadas pretenden manejar las remesas para entregar dinero a la llamada disidencia interna, ampliar el espacio de la propiedad privada en Cuba y, en general, ofrecer facilidades para trabajar sobre la sociedad civil cubana. Al mismo tiempo, el Presidente aprovechó la ocasión para desaprobó la denominada Comisión bipartidista para la revisión de la política hacia Cuba.¹¹

En realidad, nada novedoso hay en las medidas anunciadas por la Administración. El Presidente, al parecer sintiéndose cómodo con la situación actual, difirió las actividades de una Comisión, integrada por 14 republicanos (de los 24 que la promovieron), lo que le hubiera representado la pérdida de una iniciativa que, en caso de ser adoptada, seguramente desea reservarla para sí.¹²

Lo que sí ha perseguido el presidente Clinton es crear la imagen de que se está produciendo una flexibilización de la política de bloqueo, para así aliviarse de las presiones que la Administración recibe de sus aliados y otros actores internacionales e internos; al mismo tiempo, se trata de presentar a Cuba como la inflexible. Mientras, se aprovechan las medidas anunciadas para hacer avanzar los mecanismos del llamado Carril II.

Pero el ambiente interno en los Estados Unidos se torna un poco más complejo ante otro acontecimiento que ya tiene presencia en el debate de la política hacia Cuba. Me refiero a la posibilidad de que se conforme un *lobby* antibloqueo, lo que está íntimamente vinculado al interés que la economía cubana ha despertado en un número no poco importante de empresarios norteamericanos, y a la realidad de que el bloqueo ha comenzado a verse cada vez más como un obstáculo casi infranqueable para aquellos hombres de negocio que dentro del país desean establecer relaciones económicas con Cuba. Si toma fuerzas, este *lobby* tendrá en el futuro un impacto significativo, sobre todo dentro del Congreso, donde se podría agudizar el debate ya existente en la dirección de un levantamiento (al menos parcial) del bloqueo.

En los últimos tiempos, puede observarse una conexión importante entre este fenómeno y el surgimiento de la idea de la Comisión bipartidista. Lo cual puede ser indicativo de que los hombres de

negocio interesados en Cuba, están buscando a quienes representen sus intereses dentro de la política hacia la Isla. Si bien la iniciativa sobre la Comisión no ha encontrado aprobación de manera inmediata, de todos modos pienso que está en total sintonía con las necesidades actuales del debate de la política norteamericana hacia Cuba, y en algún momento habrá que volver a bregar con ella. Tal vez la próxima Administración deba enfrentarla.

La actitud de Clinton en la política hacia Cuba, aunque coyuntural, es la otra variable en extremo compleja a que se enfrenta la Isla, dado que el Presidente está haciendo un manejo de la política con los aliados, en la que ahora se desarrollan tres frentes fundamentales, cada uno con métodos peculiares, pero con el mismo objetivo: llevar a Cuba hacia la llamada «transición hacia la democracia». Estos tres frentes son, a nuestro entender, los siguientes:

- Canadá, que con su política de «diálogo constructivo» y continua ampliación de las relaciones económicas, ha asumido el liderazgo hemisférico de los acercamientos a Cuba.
- La Unión Europea, que con su «posición común hacia Cuba» ha tendido a estancarse en un punto, del que solo su última iniciativa de aceptación de la presencia de Cuba como observadora en la negociación del futuro convenio de Lomé puede contribuir a dinamizarla. Dentro de ella, está la posición particular de España, que parece se ha propuesto recuperar el terreno perdido después de los errores cometidos por el presidente Aznar, ahora apremiado por los avances de Canadá que, sin dudas, le ha arrebatado el liderazgo de la política de acercamiento a Cuba.
- Finalmente, los Estados Unidos, que tratan de articular un frente caracterizado por el mantenimiento del bloqueo, como instrumento para obligar a Cuba a aceptar la «transición hacia la democracia». Esta política está ahora reforzada por un acuerdo con la Unión Europea. En caso de ser aprobado, terminaría la polémica con los aliados y dotaría a Clinton de un instrumento que, en esencia, es el Capítulo III de la Helms-Burton; aunque protegido por el consenso de los aliados, y apoyado también por las presiones que se ejercerían desde los mecanismos políticos hemisféricos.¹³

Por supuesto, el mundo es mucho más amplio que los actores presentes en los frentes antes mencionados, y Cuba va despertando crecientemente un interés que le permite aprovechar otros espacios y escapar de las posibles «jaulas de oro».

Algunas consideraciones finales

Por lo analizado en este trabajo, podemos considerar que, aunque la esencia del conflicto permanece y el objetivo de la política de los Estados Unidos hacia Cuba no ha variado, sin embargo, el modelo de análisis devela asuntos muy importantes que tomar en consideración, entre ellos los siguientes.

Se han producido cambios en el contexto de la política hacia Cuba, lo suficientemente significativos como para cualificar una etapa nueva dentro del conflicto entre ambos países.

Aunque el objetivo de la política norteamericana continúa siendo el mismo: destruir a la Revolución cubana, este recibe una cualificación inmediata, en correspondencia con la etapa actual en que se encuentra el conflicto. Se trata de arrebatar de manos del liderazgo político de la Revolución la conducción de los cambios, ajustes, reformas, que Cuba está haciendo para adaptarse a las nuevas condiciones en que tiene que sacar adelante su proyecto socialista.

De una manera sustancial, Cuba ha pasado a tener un papel más activo en un posible cambio de la política norteamericana hacia la Isla.

Los factores internacionales han pasado a desempeñar un papel más importante, como resultado del nivel de internacionalización alcanzado por el conflicto entre ambos países, a instancias de la propia intención de los Estados Unidos de profundizar en su política de bloqueo contra Cuba.

En la realidad interna norteamericana se van acumulando, como nunca antes, factores tendenciales en favor de un potencial cambio de la política hacia Cuba. Esta situación no depende de la coyuntura de una administración determinada.

Como resultado del análisis realizado también es evidente que el conflicto Cuba-Estados Unidos, atraviesa por una coyuntura de duración impredecible, acotada por varios acontecimientos que se encuentran en pleno proceso de desarrollo. Entre ellos los más importantes son:

- El denominado Período especial en Cuba.
- Los cambios paulatinos, recientemente acelerados, de actitud hacia Cuba dentro de los Estados Unidos.
- Los cambios internacionales que vienen produciendo un escenario creciente de enfrentamiento a la política de bloqueo de los Estados Unidos, y no solo en el orden simbólico.
- Los procesos que tienen que ver con la reconstrucción de la hegemonía de los Estados Unidos, y que apuntan hacia la unipolaridad del poderío norteamericano a nivel internacional.

Se trata de acontecimientos que afectan o favorecen la capacidad de Cuba para mantener una posición ventajosa en el enfrentamiento, y que le permiten resistir en función de la espera activa de un cambio de la política norteamericana.

Estas situaciones obligan a Cuba a un continuo proceso de superación de sus dificultades internas, como único modo de sustentar a las fuerzas que en los Estados Unidos están promoviendo un cambio de política hacia la Isla, al menos en la dirección de un levantamiento parcial del bloqueo.

Como hemos ya esbozado, también se encuentra en proceso de articulación una séptima variable que puede tener un impacto determinante dentro de la política norteamericana hacia Cuba en el futuro inmediato. Si bien no constituye aún una variable estructurada, ya los contenidos que la conformarían se expresan, y comienzan a tomar espacio propio dentro del debate político actual. Se trata del sector de negocios, formado por un heterogéneo grupo de empresarios, compañías e instituciones, grandes, medianas y pequeñas —entre ellas una muy importante: la Cámara de Comercio de los Estados Unidos—, a quienes cohesionan el interés por hacer negocios con Cuba y la comprensión general de las trabas que representa el bloqueo para la consecución de sus objetivos.

Si esos sectores de negocios llegaran a articular un *lobby* para defender sus intereses de negociar con Cuba, tal acontecimiento podría tener un impacto demoledor sobre el bloqueo; sobre todo si tomamos en consideración que vendría a reforzar la actitud antibloqueo ya existente dentro del Congreso de los Estados Unidos y lo que representaría como factor de cohesión con los sectores empresariales que en el mundo presentan los mismos reclamos y que, incluso, ya están en Cuba participando activamente en el proceso de recuperación económica. La realidad de que otros sectores de capital y hombres de negocio ya están en Cuba, mientras que los asentados en los Estados Unidos se encuentran aún «atrapados» en las redes del bloqueo, representa un acicate importante para incrementar las preocupaciones de aquellos que no desean quedarse al margen del crecimiento de los vínculos económicos con Cuba.

Mientras más pasa el tiempo sin que la política de bloqueo logre sus propósitos, más crece en los Estados Unidos el grupo de los empresarios convencidos de que la «hora de salir para Cuba» ha llegado, y que si no lo hacen se quedarán al margen. Se produce así la inaceptable paradoja, para el «espíritu emprendedor» norteamericano, de perder el espacio dentro de una economía en la que siempre se movieron con la más entera libertad.

Sin embargo, el posible escenario que se le presentaría a Cuba, en caso de aprobarse el acuerdo Unión Europea/Estados Unidos, hace aún más dramática la necesidad de continuar la recuperación económica, como estímulo insustituible a la actitud antibloqueo, tanto dentro de los Estados Unidos como a nivel internacional, para que se concrete el *lobby* económico norteamericano y para que el capital extranjero continúe presionando por la libertad para negociar con Cuba. De lo contrario, se crearía una conjugación de mecanismos de presión, políticos e ideológicos, que junto a la nueva modalidad con que se pretende aplicar la Helms-Burton, harían aún más difícil para Cuba el camino hacia las soluciones.

Tan válidas son las consideraciones respecto a la importancia que adoptarán los instrumentos ideológicos para subvertir a la Revolución cubana, como la prioridad que tiene el enfrentamiento al bloqueo, en la nueva modalidad que este adoptaría, en caso de aprobarse el reciente acuerdo entre la Unión Europea y los Estados Unidos.

Esta perspectiva hace más necesario que nunca el análisis, en detalle, de dónde estarían para Cuba los espacios en que podría sobrevivir con su proyecto socialista, tomando en consideración los diferentes escenarios en que tendría que desenvolverse.

Tales espacios —en este mundo complejo, convulso y peligroso, pero también lleno de oportunidades— existen. Pero Cuba tendrá que responder a ellos siempre sobre la base de una economía que continúe recuperándose, un proceso de reinserción internacional creciente y bajo control, junto a un liderazgo de los cambios internos, que sea capaz de asimilar los impactos sobre la sociedad civil cubana y mantener la estabilidad del régimen político socialista.

Epílogo

Dentro de un contexto —tanto a nivel interno como internacional— signado por el proceso de afianzamiento paulatino de la recuperación de la economía cubana y el agotamiento de la política norteamericana seguida hasta ahora, el más reciente acontecimiento —el secuestro del niño Elián González Brotón por parte de la mafia anticubana en los Estados Unidos—, ha producido fenómenos que marcan un momento cualitativamente nuevo en las relaciones bilaterales.

Si bien este caso tiene una importancia extraordinaria desde el punto de vista humano y emocional, se ha observado una actitud, por parte de ambos gobiernos, de no permitir que el caso se politice, evitando así retroceder en las direcciones que parecen

estarse abriendo hacia el futuro en las relaciones bilaterales.

Tales direcciones, a nuestro entender, son las siguientes:

- El reconocimiento tácito o explícito, por parte de un creciente número de sectores de la sociedad norteamericana, de la necesidad de buscar un nuevo modo de tratar a Cuba, más coherente con los que tales sectores identifican ahora como los intereses de los Estados Unidos. Lo anterior llega incluso a expresarse en la existencia de un consenso bastante amplio acerca de la necesidad de terminar con la política de bloqueo. Este se expresa más tenuemente en la realidad interna norteamericana, bajo la búsqueda de un levantamiento parcial del bloqueo, y mucho más fuertemente a nivel internacional, en la oposición explícita, prácticamente generalizada, a la Ley Helms-Burton.
- Una actitud creciente dentro de la propia Administración y el Congreso norteamericanos, en el sentido de que ya la política de bloqueo hacia Cuba está afectando intereses internos, lo cual apunta hacia la formación de un *lobby* económico para exigir el establecimiento de relaciones de negocios con la Isla. Si bien este *lobby* no se ha concretado aún, ya su presencia se hace sentir en el debate interno norteamericano sobre Cuba.
- La existencia de crecientes intereses liderados por la DEA, que sostienen la necesidad de lograr niveles oficiales de cooperación entre Cuba y los Estados Unidos en los procesos de interdicción del narcotráfico en el área. Esto aparece seguido por los intereses de otros dispositivos del propio gobierno, partidarios de un acercamiento para erosionar el proyecto cubano desde dentro.
- Los intereses que se pusieron de manifiesto en los intentos de formación de una Comisión bipartidista para analizar la política hacia Cuba. Dentro de esa iniciativa, se encuentra un número importante de personalidades del Partido Republicano. A pesar de la negativa presidencial, esta no ha perdido su efectividad potencial dentro del debate actual sobre la política de los Estados Unidos hacia la Isla.
- Las continuas suspensiones, por parte del Presidente, de la ejecución del capítulo Tercero de la Ley Helms-Burton.
- Las contradicciones que aún permanecen entre los Estados Unidos y sus aliados debido a la no aceptación por parte de estos últimos del contenido transnacional de la política de bloqueo, nitidamente expresado ahora en la Ley Helms-Burton.

- La existencia de coincidencias estratégicas entre los Estados Unidos y sus aliados respecto a la necesidad de obligar a Cuba a la aceptación de la denominada «transición hacia la democracia», pero con importantes contradicciones de método entre los propios interlocutores mencionados, que en la práctica han producido políticas relativamente diferenciadas para tratar a Cuba —como, por ejemplo, las de los Estados Unidos y la de Europa, a pesar de las coincidencias estratégicas entre ambos.
- Las visitas y acciones realizadas en Cuba por el Presidente de la Cámara de Comercio de los Estados Unidos y el Gobernador de Illinois, las que sin duda indican la intención de ciertos sectores del denominado *establishment* por tratar de llevar adelante una política diferente a la que aún prevalece. Tal vez estén adelantando líneas de acción que no contradicen intenciones del propio presidente Clinton.

El caso del niño Elián González Brotón viene a desempeñar aquí el papel del obstáculo interpuesto por la derecha en el curso «normal» de los acontecimientos que, de hecho, se han venido produciendo, y que indican un acercamiento paulatino entre ambos países.

Es posible observar, con relativa nitidez, que tanto el gobierno cubano como el norteamericano insisten en la necesidad de no politizar el caso, mientras que este es precisamente el objetivo de la mafia contrarrevolucionaria, la que actúa en la dirección de frenar toda posibilidad de entendimiento futuro entre ambos países. El secuestro del niño no es más que la acción histórica y desesperada de una extrema derecha acorralada, que siente cómo la posibilidad de mantener la agresividad clásica en la política hacia Cuba se le escapa de las manos, y con ello la piedra angular de su poder dentro del sistema político norteamericano.

Sin embargo, el mayor peligro que encierra, para la extrema derecha y la mafia contrarrevolucionaria de Miami, el caso de Elián González, es que ha provocado un fortalecimiento de las tendencias que ya se estaban manifestando con la Helms-Burton, respecto a la necesidad de terminar con el carácter irracional, peligroso y contrario a los intereses de los Estados Unidos que tienen las acciones de estos sectores dentro de la política hacia Cuba y el obstáculo que representan en el camino de encontrar un nuevo modo de relacionarse con la Isla.

Este caso es el más propiciatorio que se ha presentado, hasta ahora, para quitar del medio a la mafia contrarrevolucionaria y dejar el camino libre para que el debate en la búsqueda de un nuevo modo de relacionarse con la Isla continúe el ritmo «normal» con que al parecer se venía presentando.

Notas

1. Véase Esteban Morales, «Economía y política del conflicto Cuba-Estados Unidos en los años 90», *Economía y Desarrollo*, n. 3-4, 1996, La Habana, pp. 91-2.
2. Los intentos por profundizar el carácter transnacional de bloqueo, provocan que el proceso de reorganización de las relaciones económicas internacionales de Cuba se desarrolle bajo la forma de un conflicto triangular. Para ampliar sobre este asunto véase Colectivo de autores del CESEU, «El conflicto Estados Unidos-Cuba», Editorial Félix Varela, La Habana, 1998, pp. 108-23. Véase además Esteban Morales, Carlos Batista y Kanako Yamaoka, *The United States and Reinsertion to International Economy of Cuba: Triangular Analysis*, Joint Research Program Series n. 126, IDE-JETRO, Tokio, marzo de 1999.
3. En marzo de 1998, en visita autorizada por unas horas por el Departamento de Estado, se reunieron con el presidente Fidel Castro sesenta empresarios norteamericanos, de los cuales algunos ya habían estado en Cuba en 1990 y 1993. En esta ocasión, sostuvieron un encuentro en Cancún y otro en la Habana. Entonces se preparaba también una segunda reunión para septiembre del mismo año. Véase *Correo de Cuba*, n. 2, pp. 41-3, La Habana, 1998.
4. Como reconoce el connotado conservador Irving Kristol «Ninguna de las democracias europeas piensa que afianzar la democracia alrededor del mundo sea un aspecto importante de su política exterior». Véase «America's Purpose: New Visions of U.S. Foreign Policy», *The National Interest*, Washington DC, 1991, p. 53.
5. Un análisis en términos de variables y escenarios, presupone también tomar en consideración las constantes, como momento indispensable de la validación del modelo diseñado. Dado que, aunque los procesos históricos se nutren también de las coyunturas, las constantes sirven para marcar tendencias que, como un sedimento, permiten explicar lo que la coyuntura no esclarece. La constante ha vuelto a manifestarse recientemente cuando la derecha, tratando ahora de frenar los acercamientos entre funcionarios de la DEA y Cuba, esgrime el argumento de que el gobierno de la Isla está envuelto en el narcotráfico. También cuando se trata hacer creer que Cuba está haciendo uso de su capacidad en el campo de la biotecnología para producir armas bacteriológicas. Ambos argumentos han sido negados por funcionarios de la administración.
6. Sin lugar a dudas, la hegemonía de los Estados Unidos se ha fortalecido, entendida esta última como «aquella situación en la que la rivalidad entre las grandes potencias está tan desequilibrada que una de ellas puede imponer sus reglas y deseos». Lamentablemente, ahora los Estados Unidos no tienen potencias rivales, sino aliados, por lo que no solo se produce el fenómeno de la hegemonía, sino que además esta última es unipolar. Obsérvese la libertad y la falta de contrapesos o equilibrios con que la OTAN, con los Estados Unidos al frente, ha sido capaz de intervenir en Yugoslavia. Véase Immanuel Wallerstein, *El futuro de la civilización capitalista*, Icaria-Antrazyt, Madrid-Barcelona, mayo de 1997, p. 112.
7. La extrema derecha había anunciado que entre Cuba y los Estados Unidos se estaban produciendo negociaciones secretas. Cuando en mayo de 1995, Dennis Hay, entonces jefe del Buró de Cuba del Departamento de Estado, esperaba por el presidente del Parlamento cubano, Ricardo Alarcón, en Nueva York, este se encontraba en Canadá, negociando con un Subsecretario de Estado el segundo acuerdo arriba mencionado.
8. Véase «Clinton y Europa pactan sobre la ley Helms», *El Nuevo Herald*, 19 de mayo de 1998.
9. Véase «Clinton anuncia nuevas medidas para ayudar al pueblo cubano», Oficina del Secretario de Prensa, USIA, Washington DC, 5 de enero de 1999.
10. *Ibidem*, p. 1.
11. Véase *Rules and Regulations*, Department of Treasury, Office of Foreign Assets Control, 31 CFR Part 515, Washington DC.
12. Para ampliar sobre estas apreciaciones respecto a las medidas del 5 de enero de 1999, véase Ricardo Alarcón, «Intervención», *Trabajadores*, 11 de enero de 1999, La Habana, pp. 5-11.
13. Véase «Clinton y Europa pactan sobre la Ley Helms», *ob. cit.*

© TEMAS, 1999.

Cultura y desarrollo. Incitaciones para el debate

Julio Carranza Valdés

Economista. Oficina Regional de Cultura de la UNESCO para América Latina y el Caribe.

El presente texto no tiene la pretensión de agotar el tema de la relación entre la cultura y el desarrollo, sino exponer algunas consideraciones generales que adviertan la importancia decisiva que este problema tiene hoy como concepción para la transformación de la realidad.

No todos los autores entienden lo mismo cuando asumen estos conceptos, a la vez que estos han estado sujetos a una evolución histórica, igual que las propias realidades que tratan de identificar. En la definición de un concepto influyen muchos factores: desde el conocimiento que se tenga de la realidad que se pretende representar, hasta los intereses con los cuales se percibe esa realidad.

Una de las definiciones históricas más conocidas sobre el desarrollo económico era aquella que lo presentaba como la sucesión de diferentes etapas, que de manera inevitable todo país o región debería recorrer.¹ Desde este punto de vista, la diferencia entre los países desarrollados y subdesarrollados consistía en que los primeros ya habían recorrido un ciclo histórico que los demás recorrerían después. A esto se añadía la idea de que el desarrollo correspondía a un determinado

modelo, definido por los valores correspondientes a las sociedades «occidentales». Finalmente, la idea de que los instrumentos de política económica utilizados para impulsar el crecimiento de la producción son suficientes para que cualquier país pueda alcanzar el desarrollo económico.

La historia de la humanidad, durante los últimos siglos, ha sido la del sistema capitalista de producción y durante casi todo el siglo XX —en una parte de la humanidad— el primer intento de construir una sociedad socialista alternativa. Por razones diferentes, ninguna de estas dos experiencias dio una respuesta suficiente al problema del desarrollo.

En la experiencia capitalista ha imperado —impera— una concepción esencialmente economicista: el criterio fundamental que determina los procesos sociales y económicos es el de la rentabilidad y la competitividad, que se ponen a prueba en el mercado, donde se van determinando progresivamente las proporciones, los ritmos y las condiciones del desarrollo económico. El crecimiento de la economía es asumido como expresión y objetivo del desarrollo, y la maximización de la rentabilidad a corto plazo, como

criterio para la ejecución de cualquier acción de «desarrollo». La economía desconoce así dos de sus dimensiones fundamentales: la social y la ecológica, o para decirlo de una manera más sintética, su dimensión cultural.

Desde una perspectiva cultural, esta es una concepción determinista: a partir de una situación cultural inicial, todas las culturas deben pasar por una serie de etapas históricas necesarias hasta llegar a la última, que sería la de la cultura moderna, industrial, tecnológica, racional, productivista, rentable y eficiente. Esta concepción, dominante en la experiencia histórica del capitalismo, ha tenido diferentes expresiones. En la época actual de capitalismo neoliberal y globalización, se expresa con una claridad y una fuerza extraordinarias.

Los resultados sociales y culturales de procesos históricos en los que ha predominado esta concepción economicista y liberal han sido muy negativos: establecimiento de una cultura de consumo, concentraciones demográficas en las grandes ciudades, acentuación de las desigualdades sociales, marginación de amplios sectores de la población, profundización de las diferencias económicas entre países pobres y países ricos, destrucción de la naturaleza y el medio ambiente, etc.²

Estos problemas no son exclusivos del mundo subdesarrollado. Las recientes expresiones críticas de la economía internacional, resultados de la primacía del criterio de «rentabilidad a todo costo» que caracteriza los mercados internacionales, en particular los de carácter especulativo, y los problemas sociales de crimen, drogadicción, racismo y desigualdad que se acentúan en muchos países del mundo desarrollado, demuestran que también allí se expresan las consecuencias de estos procesos.

Finalmente, los tremendos problemas ecológicos de hoy, consecuencia del tipo de relación que la concepción dominante ha impuesto entre el hombre y la naturaleza, denotan que las amenazas nos implican a todos.

El discurso «modernizador» es falso en la medida en que asume que solamente con la reproducción de un determinado modelo tecnológico, económico y social se puede avanzar en la escala del desarrollo. La prueba definitiva es que la mayoría del mundo que ha seguido este principio, no ha resuelto ese problema.

La extensión de este texto no nos permite abundar en estadísticas y caracterizaciones sobre la difícil situación económica, social, cultural y ecológica del planeta, las que, por demás, ya son bastante conocidas. Lo que nos interesa afirmar es que esa realidad expresa la necesidad de producir cambios en las concepciones que impulsan los procesos de desarrollo, y ese cambio solo puede producirse desde una concepción cultural no solo del desarrollo, sino de la economía en general.

Cultura y desarrollo: la cuestión conceptual

El tratamiento de la relación conceptual entre cultura y desarrollo también tiene una historia que es necesario referir muy brevemente. Como hemos afirmado, la idea original del desarrollo como proceso económico, asumía como criterio rector el crecimiento del producto, que iría conduciendo al país en cuestión por las diferentes etapas que necesariamente debía atravesar. La cuestión cultural quedaba totalmente marginada de este esquema.

Hay un avance importante cuando se reconoce a la cultura como un factor implicado en los procesos de desarrollo. Pero, en este caso, es vista esencialmente como un instrumento que puede favorecer o entorpecer el crecimiento económico y, por tanto, la noción dominante de desarrollo. Son interesantes, por ejemplo, los estudios de Max Weber sobre el papel del protestantismo en el crecimiento económico de los países con esa tradición cultural. De aquí puede derivarse el criterio de usar la cultura de un pueblo cuando se estime que esta favorece el proceso económico de un país, y lo contrario: ignorarla o reprimirla cuando se entienda que lo entorpece. Como se puede comprobar, se trata de una asunción instrumental de la cultura en su relación con el desarrollo, o sea, como un instrumento en función de un objetivo diferente de ella.

Una de las corrientes teóricas actuales, que pretende dar cuenta del carácter de la realidad contemporánea y sus perspectivas, es aquella cuyo autor principal es el profesor norteamericano Samuel Huntington, y que básicamente explica a las culturas como recursos de poder y fuente fundamental de los conflictos internacionales que están por venir. La influencia de una interpretación de esta naturaleza, asumida de manera absoluta, puede provocar conductas políticas y sociales excluyentes, racistas y beligerantes.

A partir de 1982 —fecha en que se realiza una Conferencia Mundial sobre las Políticas Culturales—, se comienza a esgrimir con fuerza la idea de que la cultura debe ser parte integral, instrumento y a la vez objetivo esencial de una adecuada concepción de desarrollo, aquella que coloca el bienestar material y espiritual de todo ser humano como su razón de ser. En la clausura de esa reunión, el entonces director general de la UNESCO, Amadou-Mahtar M'Bow, afirmó:

Si cada sociedad tiene disposiciones particulares y aspiraciones específicas vinculadas a su cultura y a su historia, para florecer le es preciso asumir y vivificar la savia creativa que ha heredado de su pasado. Si hoy en día las cosas frecuentemente escapan al control de los hombres, quizás sea porque estos han dejado que las leyes de la economía se apartaran de las finalidades de la cultura. Finalmente, si la trama de las relaciones internacionales actuales parece estar

El discurso «modernizador» es falso en la medida en que asume que solamente con la reproducción de un determinado modelo tecnológico, económico y social se puede avanzar en la escala del desarrollo. La prueba definitiva es que la mayoría del mundo que ha seguido este principio, no ha resuelto ese problema.

tan lejos de las exigencias de la creatividad colectiva e individual, tal vez sea porque las especificaciones de acuerdo con las cuales se ha constituido —las de la uniformación cultural y de la desigualdad económica— ya no corresponden a las exigencias que derivan de la multiplicidad de focos de afirmación cultural y de centros de decisión independientes.³

A pesar de que estos criterios fueron compartidos por los 126 Estados participantes y las organizaciones internacionales presentes, y que desde entonces las proposiciones sobre el desarrollo —del PNUD y de notables académicos y políticos— incorporan esta visión, la realidad internacional marcha en una dirección muy diferente. En los más de quince años pasados desde entonces se han consolidado a nivel mundial procesos económicos y culturales que son la negación de los principios allí presentados.

Los diez años que van de 1988 a 1997 fueron declarados por la Naciones Unidas «Decenio Mundial para el Desarrollo Cultural». Diversas acciones fueron ejecutadas por la propia organización y por sus países miembros durante este período; comenzó a hacerse mayor la preocupación internacional por esta problemática. Sin embargo, era notable la falta de una comprensión más precisa acerca del alcance y los contenidos de una concepción cultural del desarrollo económico. Con el propósito de avanzar en esa dirección, la UNESCO, con el respaldo de la Asamblea General de la ONU, constituyó, en 1992, una Comisión Mundial de Cultura y Desarrollo presidida por Javier Pérez de Cuéllar.

En 1995, la UNESCO publicó el Informe de la Comisión, donde de una manera más extensa y reflexionada se vuelve sobre la relación indivisible entre cultura y desarrollo, a la vez que se realiza un análisis muy crítico de la situación actual. Este Informe constituye un valioso instrumento para el avance de la comprensión del problema, aunque, por supuesto, no se propone agotar su contenido, sino enfatizar la importancia estratégica del tema y entregar pistas para su seguimiento. En una de sus ideas resúmenes se dice:

es inútil hablar de la cultura y el desarrollo como si fueran dos cosas separadas, cuando en realidad el desarrollo y la economía son elementos, o aspectos de la cultura de un

pueblo. La cultura no es, pues, un instrumento del progreso material: es el fin y el objetivo del desarrollo, entendido en el sentido de realización de la existencia humana en todas sus formas y en toda su plenitud.⁴

La cultura debe ser asumida no como un componente complementario u ornamental del desarrollo, sino como el tejido esencial de la sociedad y por tanto como su mayor fuerza interna.

El segundo punto fuerte de este Informe es la necesidad de defender y promover la diversidad cultural sobre el principio del respeto a todas las culturas cuyos valores sean tolerantes con los de las demás. Esta posición cuestiona frontalmente la tendencia, hoy prevaleciente, a la imposición de una cultura única o dominante a nivel planetario. En la preservación de la diversidad cultural está implicado el respeto al derecho de cada pueblo, pero está contenido además un interés universal, pues es en la suma e interrelación de las diferentes culturas donde está atesorado el acumulado de conocimientos que ha generado la humanidad durante siglos, y las diferentes maneras de concebir, asumir y hacer las cosas.

Es necesario comprender que al pensar el desarrollo desde una concepción cultural, no se está excluyendo la importancia que tienen las consideraciones de carácter técnico-económico sobre los equilibrios macroeconómicos, las proporciones sectoriales, la regulación de los mercados, los modelos de acumulación, etc. Lo que se está sugiriendo es que estas deben ser realizadas desde una concepción cultural, partiendo de las realidades, valores y aspiraciones de las grandes mayorías de las poblaciones en las que los procesos de desarrollo han de tener lugar, y por tanto proponiendo un paradigma que se corresponda con esta realidades. Queda, por supuesto, en pie el tema de cuáles serían las fuerzas políticas y sociales conductoras de esta transformación.

La propuesta es tan esencial como compleja y corre el riesgo de ser entendida de una manera superficial. La cultura de un pueblo no es estática: evoluciona constantemente bajo la influencia de diferentes elementos de carácter tanto internos como externos, pero a su vez tiene en su base factores constitutivos de presencia permanente que la definen como lo que es y

la distinguen de culturas diferentes. Esa síntesis expresa las creencias, las aspiraciones, el conocimiento y las maneras de hacer las cosas de un determinado pueblo. El «progreso económico», para ser tal, debe corresponder y potenciar esa realidad específica y no entrar en conflicto con ella. Sin embargo, es necesario entender que el atraso, la miseria y el subdesarrollo no son valores culturales. La cuestión para un país subdesarrollado es vencer el reto civilizatorio y hacerlo preservando y desarrollando su propia cultura.

El paradigma dominante impone mitos que deben ser superados. Uno de ellos es el de la tecnología, que constituye, sin lugar a dudas, un factor esencial en el avance de la civilización humana hoy —más que nunca antes—, cuando se convierte en una fuerza productiva directa. Sin embargo, no toda tecnología significa necesariamente progreso.⁵ Los ejemplos sobran; el más claro de todos es el de la militar, también la que degrada el medio ambiente, o aquella que desplaza empleo sin compensaciones o que impulsa a las migraciones campo-ciudad, provocando situaciones de hacinamiento y marginalidad, o la manipulación genética irresponsable. Es la cultura quien pone la tecnología al servicio del ser humano.

Para decirlo con una frase del Informe de la Comisión Mundial de Cultura y Desarrollo, «no se pueden olvidar las exigencias de la economía, pero hay que trascenderlas», lo que podríamos completar afirmando que hay que trascender las exigencias de la economía, pero sin olvidarlas.

Otro mito que es preciso superar es el de la democracia, cuando esta es reducida a un procedimiento técnico, despojada de su verdadero contenido, que es la suma de un conjunto de valores éticos y culturales históricamente determinados. O el mito de la capacidad reguladora del libre mercado. En realidad, el problema no es el mercado, al que corresponde objetivamente un lugar determinado en cualquier alternativa económica: el problema es el liberalismo, que define el mercado como el único regulador de todas las relaciones sociales.

Una aproximación también limitada al tema de la relación entre el desarrollo y la cultura es aquella que la reduce a la función de los sectores directamente culturales (artesanías, bellas artes, cultura comunitaria, enseñanza artística, patrimonio, turismo cultural, etc.) en los procesos y estrategias de desarrollo. Esta es una dimensión importante que no puede ser ni excluida ni subestimada y que necesita una reflexión propia, pero que debe ser entendida como parte de otra dimensión más general y fundamental, que consiste en que las estrategias y los procesos de desarrollo estén concebidos y conducidos desde una concepción cultural en su sentido más abarcador y esencial, cuestión implicada

no solo en la política cultural, sino además —y básicamente— en la política económica y en la política institucional, entendida esta última no solo como un espacio de acción de los gobiernos, sino de la sociedad en su conjunto.

Desde una concepción cultural del desarrollo, la noción de política cultural debe ampliarse, en la medida en que toda política de desarrollo debe ser profundamente sensible e inspirada en la cultura. Para decirlo con una frase rescatada por el Informe de la Comisión Mundial, «el desarrollo en el siglo XXI será cultural o no será».⁶

Para comprender el alcance de esta afirmación es necesario replantearse el contenido tradicional de los conceptos de desarrollo y cultura y, además, asumirlos como parte inseparable de un proceso único. El desarrollo no es simplemente el crecimiento más o menos armónico de los diferentes sectores de la economía, medido por estadísticas frías y criterios de rentabilidad. Es un proceso más complejo y abarcador, en función de los intereses y aspiraciones materiales y espirituales de los pueblos, que debe incorporar coherentemente diversas lógicas socioculturales y experiencias históricas para dar lugar a una sociedad culta, solidaria, justa, políticamente democrática y ecológicamente sustentable. La cultura no es solamente el espacio de la literatura y las bellas artes, sino el conjunto de valores, conocimientos, experiencias, creencias, maneras de hacer, actitudes y aspiraciones de los pueblos en una época determinada, vistas además en una interinfluencia creciente.

La economía de la cultura

Las transformaciones que se producen en el capitalismo internacional durante la segunda mitad del siglo XX impactaron fuertemente los sectores vinculados a la producción cultural. Es este el período —fundamentalmente a partir de las décadas de los 60 y 70— en que se conforman y expanden las llamadas industrias culturales, reproductoras a gran escala de creaciones individuales o colectivas, lanzadas al mercado y distribuidas a nivel internacional. El rasgo distintivo de este proceso es la mercantilización del «producto cultural», que entra así en la lógica del beneficio y la capitalización.

Una buena parte de esa «producción cultural» se somete a la dinámica económica de la acumulación capitalista: reducir costos, maximizar ganancias, potenciar las economías de escala, lo cual conduce a la homogeneización y estandarización del objeto artístico, y a la producción en serie para un mercado que se debe expandir reforzando la tendencia al

crecimiento de la demanda del tipo de producto que la industria entrega.

La creación cultural se hace producción mercantil o cultura mercantilizada, una actividad de empresa. Correspondientemente, el consumo cultural se hace mercantil. La creación cultural no se realiza en libertad —su condición natural de realización—, sino supeditada al ordenamiento necesariamente jerarquizado y autoritario, propio de una actividad de empresa.⁷

En la lógica de la competencia por el control de los mercados, en esta, como en otras actividades económicas, los países pobres tienen muy escasa posibilidad de éxito, de modo que la homogeneización se impone a partir de los patrones de quienes dominan los mercados internacionales, o sea, los países ricos y, cada vez más, uno de ellos: los Estados Unidos.⁸ El Informe de la Comisión Mundial sobre Cultura y Desarrollo advierte amenazas sobre una de las reservas más importantes de la humanidad: su diversidad cultural. En los últimos años, este fenómeno ha alcanzado una escala cualitativamente superior, como consecuencia del desarrollo de los medios de comunicación e información.

El carácter mercantil de las llamadas producciones culturales ha alcanzado un nivel extraordinariamente importante. En los Estados Unidos, la «industria del entretenimiento» es ya el segundo sector de exportación con altos niveles de beneficio. Este fenómeno convierte una parte considerable de la literatura, el cine, la televisión, etc., en puro entretenimiento, portador de escaso valor cultural, y a la mayor parte de los países del mundo en importadores netos de este producto.⁹ El conocido autor norteamericano John Grisham, afirmaba que en realidad él no hacía literatura, sino entretenimiento, a lo cual añadía: «soy un autor leído en un país que no lee».

En 1992, un artículo de la revista inglesa *The Economist* afirmaba:

La transformación de la cultura y las artes creativas en mercancías descontextualizadas, destruye el significado de las prácticas culturales. Equipara las artes a productos generadores de ingresos, elimina la espiritualidad, la historia y el valor de las prácticas culturales, elemento central que mantiene los valores y exalta las tradiciones de las comunidades desfavorecidas.

La amenaza sobre la diversidad cultural del mundo es tan fuerte que, en 1995, en la Conferencia sobre Información del Grupo de los 7 —no sin resistencias y tensiones—, se declaró que una economía mundial de la información debería estar al servicio del enriquecimiento cultural de todos los ciudadanos mediante una diversidad de contenidos que reflejase la diversidad cultural y lingüística de los pueblos. La declaración no deja de ser significativa, pero la práctica,

controlada por las grandes transnacionales de estos mismos países, continúa moviéndose en la dirección opuesta.

Desde luego, es muy importante que los «sectores culturales» generen ingresos que permitan su propia reproducción y desarrollo y que, dentro de ciertos límites y conceptos bien establecidos, sean también pensados en términos industriales y comerciales. El desafío es lograr el mayor nivel de eficiencia y beneficio posible sin sacrificar objetivos sociales y culturales fundamentales. El problema no es la industria cultural, cuya presencia y desarrollo son imprescindibles, no solo como un instrumento generador de ingresos y empleo, sino además como un medio para socializar la cultura. El problema es la supeditación del producto a una concepción eminentemente mercantil.

Como queda demostrado en la experiencia de muchos países, el potencial de ingresos económicos y de generación de empleos de los «sectores culturales» es muy importante y es posible explotarlos convenientemente, sin llegar a expresiones absolutamente mercantiles de pobre contenido estético y artístico.¹⁰ Las industrias culturales, adecuadamente montadas y conducidas, pueden tener un impacto muy positivo en el terreno económico, social y cultural. Este es uno de los desafíos actuales para las políticas culturales.

De otra parte, hay determinadas actividades culturales educacionales que le son imprescindibles a la sociedad y que, sin embargo, no generan ingresos suficientes para su propio sostenimiento. En esos casos, las políticas presupuestarias del gobierno son fundamentales, así como la capacidad que tengan otros agentes sociales nacionales e internacionales de movilizar recursos para mantenerlas y desarrollarlas. Como se conoce, la tendencia mundial ha sido la privatización indiscriminada y el recorte de los presupuestos sociales y culturales, lo que vale para otras áreas sensibles como la salud pública. Este constituye uno de los problemas más graves que enfrenta el mundo subdesarrollado en términos de futuro. Los gobiernos no deben ver en la cultura una carga para el presupuesto, sino una inversión imprescindible y, además, en gran medida rentable; pero sobre todo un derecho ciudadano de máxima importancia.

El turismo merece una referencia específica, por el gran peso económico y social que ha alcanzado en el mundo de hoy. Toda actividad turística, al significar el movimiento hacia un mundo distinto al propio, constituye una experiencia cultural. Sin embargo, este no es siempre un acto consciente, y peor aún, con frecuencia el turismo es tratado como una actividad meramente mercantil, descontextualizada y, por tanto,

Las industrias culturales, adecuadamente montadas y conducidas, pueden tener un impacto muy positivo en el terreno económico, social y cultural. Este es uno de los desafíos actuales para las políticas culturales.

con efectos depredadores sobre el patrimonio histórico y natural de los países o regiones receptores. Es necesario modificar radicalmente esta deformación.

Todo turismo debería concebirse, organizarse y realizarse como una actividad eminentemente cultural. No solo aquel que va a admirar directamente un monumento histórico, un museo, una obra de arte o un espectáculo artístico, sino también el que asiste a disfrutar de un paisaje, una playa o simplemente del sol. Tanto uno como otro establecen una relación con el patrimonio de otro pueblo, que debe ser respetado y apreciado en todo su valor.

El turismo vinculado directamente a propósitos culturales debe ser potenciado. Los llamados activos culturales son con frecuencia la motivación principal para que otras personas se interesen en conocer determinado país o lugar. El más importante y sensible de estos activos es la propia cultura viva, de la cual es portadora y productora la población de cada lugar. El turismo no debe, ni puede ser, una actividad de enclave, distanciada de los pueblos; por el contrario, debe relacionarse con estos, ofrecerles una fuente nueva y directa de ingresos y de empleos, una vía para potenciar y a la vez enriquecer su propia cultura. Existen importantes experiencias que demuestran el nuevo crecimiento alcanzado a través de este concepto por la artesanía, la música, el folklore, las gastronomías locales, etc. Los proyectos de desarrollo turístico deben estar concebidos como parte de una estrategia que conduzca al crecimiento del nivel de vida de la población y a la preservación de su patrimonio. Una concepción cultural de toda la actividad turística, lejos de disminuir, potencia su capacidad de generación de ingresos y a la vez la hace compatible con el desarrollo integral de los pueblos.

Como enseñan muchas experiencias lamentables, si la actividad turística no es proyectada y conducida desde una concepción política y cultural, su potencial de desarrollo se desnaturaliza y sus efectos pueden ser muy nocivos: traslado de vicios ajenos y depredación del patrimonio y el medio ambiente. La cultura puede y debe hacer la diferencia.

El Informe de la Comisión Mundial de Cultura y Desarrollo señalaba: «Los gobiernos no pueden determinar la cultura de un pueblo, de hecho es, hasta cierto punto, a la inversa. Lo que sí pueden hacer es

influir negativa o positivamente sobre ella».¹¹ En consecuencia, un gobierno cada vez más débil, frente a un poder económico cada vez más fuerte y alienado, influye negativamente sobre la cultura. Hay un límite estructural para los modelos económicos que se sostienen hoy en los países periféricos, pues si el desarrollo económico va acompañado de una cultura empobrecida, estará condenado al fracaso. El desarrollo, para ser, tiene que ser eminentemente cultural.

El contexto de la globalización

El concepto más general con el que se ha definido la realidad internacional contemporánea es *globalización*. Sin embargo, este concepto define una realidad extraordinariamente diversa y compleja que exige aproximaciones más precisas para comprenderla y transformarla.¹²

La globalización, concepto con el cual se ha denominado la actual etapa de mundialización del capital, es un proceso doble: de un lado, el avance objetivo de la tecnología, que permite una integración internacional cualitativamente diferente a la que habían producido otros procesos históricos pasados. De otro, es una política que pone ese proceso objetivo en función de los grandes intereses transnacionales, el sujeto dominante en el mundo de hoy. Las implicaciones de este fenómeno impactan sobre todas las sociedades, pero de manera diferente en cada una de ellas. Paradójicamente, la globalización es también un proceso desintegrador y excluyente.

De una parte, surgen tres grandes centros hegemónicos; de otra, países o regiones menos desarrollados que se integran a estos de manera subordinada, y finalmente, un sector del mundo relativamente importante que es marginado de manera creciente por la nueva dinámica global.

El mecanismo que permite esta articulación estratificada y excluyente es la universalización del mercado capitalista y un modelo económico común, promovido y sostenido por organismos financieros internacionales. Es claro el dominio de los países del Grupo de los 7 y el hecho de no reconocerse suficientemente las desventajas con las que asiste el mundo subdesarrollado a ese nuevo orden internacional.

El carácter de la globalización vigente es contrario a una concepción cultural del desarrollo, en la medida en que no coloca los intereses de las mayorías de la humanidad como el objetivo esencial del proceso económico, profundiza las desigualdades sociales y las desigualdades entre países, degrada al medio ambiente, agrede la diversidad cultural y favorece la imposición de una cultura única.

Como afirma un profesor brasileño, «la globalización es el proceso mediante el cual determinada condición o entidad local extiende (impone) su influencia a todo el globo y, al hacerlo, desarrolla la capacidad de designar como local otra condición social o entidad rival».¹³

El sistema mundial no tiene mecanismos suficientes de regulación en función de los intereses colectivos o mayoritarios de la humanidad. Su naturaleza es profundamente conflictiva.

El impacto de este orden mundial sobre la cultura y la identidad cultural se manifiesta en los siguientes efectos:

1. Impone fuertes limitaciones de recursos para la producción y conservación cultural, sobre todo en los países subdesarrollados.
2. Genera polarización y desigualdad social en el consumo cultural.
3. Produce una fuerte mercantilización, en un sentido muy liberal, de la producción cultural.
4. Establece la monopolización de los medios de comunicación masiva, que imponen valores culturales y de consumo del Primer mundo.
5. Impone la monopolización de las tecnologías de avanzada.
6. Genera migración de los talentos intelectuales y artísticos de la periferia al centro del sistema.

La experiencia de otras alternativas históricas

El llamado socialismo real, al que dieron lugar los procesos históricos de Europa oriental como intento de superar la sociedad capitalista, produjo experiencias muy complejas, cuyas contradicciones internas y limitaciones no han sido suficientemente estudiadas. Sin embargo, por las implicaciones que tiene para la búsqueda de alternativas de desarrollo, es necesario tenerlas presentes.

El análisis de la experiencia socialista europea se puede abordar desde diferentes perspectivas; por ejemplo, la incapacidad de resolver el paso del crecimiento extensivo, apoyado en la utilización de cantidades crecientes de recursos materiales y naturales,

al intensivo, apoyado en una mayor eficiencia tecnológica y productiva.¹⁴ Sin embargo, aquí nos colocaremos en una perspectiva más general y estratégica: la de cultura y desarrollo. Las sociedades socialistas no lograron la ruptura cultural con las sociedades que pretendían superar. Su modelo continuó siendo productivista y no colocó al ser humano, en el sentido de sus aspiraciones más legítimas, en el centro del proceso de desarrollo. Tampoco logró hacer a ese ser humano portador de valores culturales superiores.

La preeminencia de concepciones y mecanismos institucionales burocráticos, la consecución de grandes metas cuantitativas, el gigantismo y sobre todo la pérdida del sentido de correspondencia entre los legítimos intereses individuales y los colectivos, y por último, la presión histórica por imponer su concepción de socialismo como la única válida en todo lugar y momento, condujeron a desdibujar el sentido ético y estético propios del proyecto emancipador. De aquí se derivaron la superposición de los criterios burocráticos por sobre los del conjunto de la sociedad, la uniformación de los diseños industriales y constructivos, la promoción del llamado realismo socialista, las fuertes limitaciones a la participación democrática, y la obstrucción de los mecanismos científicos y sociales para comprender sus propias limitaciones y rectificarlas. Se prefirió la promoción de intelectuales dóciles y no la de portadores de un pensamiento revolucionariamente crítico. La esencia de estas limitaciones estuvo, sin dudas, en el terreno cultural, en la incapacidad de devolverle a la economía y a la sociedad su dimensión verdaderamente humana y ecológica, de comprender y transmitir la profundidad de la transformación que debe alcanzar el proyecto emancipador en el terreno de los valores y la espiritualidad, de darle espacio al pensamiento revolucionario. El ser humano, individual y colectivo, es lo que es; de él es preciso partir. Desconocerlo sería caer en un idealismo estéril, pero a la vez, el ser humano puede y debe ser otra cosa, no creer en esto y no luchar por esto condenaría el futuro de cualquier proyecto emancipador. Como afirmó Antonio Gramsci, no se puede tomar el poder político sin haber tomado el poder cultural.

A pesar de haber declarado y asumido objetivos diferentes a los del capitalismo —en el sentido de la búsqueda de la satisfacción de las necesidades del conjunto de la sociedad—, el socialismo no superó el esquema productivista del capitalismo, es decir, la subordinación de todo al crecimiento económico. No modificó las aspiraciones a un consumo material siempre creciente, ni la relación del hombre con la naturaleza.

Aunque tuvo algunos logros sociales importantes, abolió la propiedad privada sobre los medios fundamentales de producción, alcanzó avances materiales y produjo una distribución más justa de la riqueza, no logró modificar esencialmente la alienación del hombre en el proceso productivo. Esto último es decisivo, en ausencia de los mecanismos de explotación con los que cuenta el capitalismo para movilizar al hombre en la producción. La no existencia de una nueva relación que convirtiera a los hombres en sujetos económicos, objetiva y subjetivamente interesados en impulsar el proceso productivo sobre nuevas bases, obstaculizó la reproducción de la economía en el mediano y largo plazo.

La cuestión de cómo resolver el problema del crecimiento de la productividad y la intensidad del trabajo fue en general resuelta por el capitalismo. El desafío es cómo resolverla en virtud de un paradigma social y cultural diferente. El reto histórico para el socialismo no era tanto sostener el crecimiento económico como desarrollar el nuevo sujeto que lo hace sostenible en el largo plazo —y este es un problema esencialmente cultural. La rearticulación de una nueva concepción socialista tiene que replantearse este asunto como un problema medular.¹⁵ El mundo necesita hoy, más que nunca antes, respuestas alternativas. La gravedad de los problemas sociales, culturales y ecológicos así lo exige, pero es preciso aprender de la historia para replantear sobre nuevas bases los proyectos emancipatorios.

El desafío para Cuba

La Revolución cubana ha sido un proceso emancipador, cuyas raíces históricas nacen en el siglo XIX, fundadas desde un pensamiento nacional que no solo se planteó la cuestión central de la lucha por la independencia, sino además un proyecto de república correspondiente con las aspiraciones más legítimas de las mayorías del país. Soberanía, progreso económico, justicia social y participación popular han constituido los principios esenciales del proyecto nacional. En estos no solo está expresado un propósito general, sino también una determinada manera de alcanzarlos y constituirlos: «injértese en nuestras repúblicas el mundo, pero el tronco ha de ser el de nuestras repúblicas», una aseveración eminentemente cultural. El principal obstáculo que ha tenido que enfrentar la realización del proyecto emancipador en Cuba, ha sido la pretensión hegemónica que sobre el país han tenido las grandes potencias imperialistas desde el inicio mismo de la historia de la nación.

El triunfo de la Revolución cubana creó las condiciones políticas para el avance del proyecto emancipador y para resistir las pretensiones hegemónicas. El carácter socialista que asumió el proceso reforzó la realización de los principios constitutivos del proyecto nacional, en una relación de correspondencia entre el ideal socialista y los contenidos centrales del proyecto nacional histórico. Esto le concede a la experiencia socialista cubana una condición diferente a la que tuvo en varios de los países europeos. Sin embargo, el escenario internacional en el que este hecho se produce colocó a Cuba, sin pretenderlo, en el centro de la Guerra fría. La fuerte integración de Cuba al bloque europeo no fue solo, ni fundamentalmente, el resultado de coincidencias ideológicas, sino la única alternativa a la política de bloqueo y agresiones que los gobiernos norteamericanos impusieron desde los primeros años de la Revolución.

Progresivamente, esa integración, no sin tensiones y contradicciones, generó por casi tres décadas un tipo de relación económica que, en gran medida, permitió escapar de las difíciles condiciones que el mercado mundial impone a los países subdesarrollados. Las relaciones de colaboración contribuyeron al crecimiento de la infraestructura física e industrial del país y al sostenimiento de un gasto social en expansión. De otra parte, a pesar de las diferencias históricas y sobre todo culturales, esa relación inevitablemente trasladó a Cuba determinados rasgos y limitaciones de aquel modelo socialista. La fuerza de la cultura y la historia nacional fue precisamente la que preservó, aun en estas complejas condiciones internacionales, la autenticidad del proceso cubano.

A partir de 1990 se fracturan abruptamente las articulaciones internacionales de la economía cubana. El país queda expuesto al mercado mundial y se refuerza el bloqueo norteamericano con las leyes Torricelli y Helms-Burton. La crisis económica que estas circunstancias desatan en el país, es respondida con un complejo proceso de cambios que tratan de reconstruir la viabilidad económica del proceso socialista cubano. De hecho, se abre un período de resistencia activa que mantiene la vitalidad del proyecto emancipador aun en tan difíciles circunstancias; sin embargo, inevitablemente los cambios y la propia crisis producen modificaciones en los perfiles de la economía y la sociedad, y se presentan nuevas contradicciones y riesgos.

La mayor diferenciación social y económica, la doble circulación monetaria, la llamada inversión de la pirámide social, el peso de las remesas familiares, la avalancha de turistas, la presencia creciente de empresas extranjeras, el impacto de la agresión externa y las presiones que la crisis impone para resolver las necesidades día a día, exponen al país a peligros de una

naturaleza diferente a los que conoció el proceso revolucionario en cualquiera de sus etapas anteriores. Nuevamente, la riqueza cultural de la nación, entendida en su sentido más abarcador, es la reserva más importante que, activada, puede garantizar la preeminencia de los principios fundamentales del proyecto emancipador.

En este contexto, parece fundamental la relación entre la cultura y el desarrollo en toda su dimensión. Una primera y más estratégica es la referida a la concepción cultural, desde la cual deberían ser conducidos los cambios económicos que se van produciendo en el país, para que, a pesar de su profundidad, correspondan y refuercen los principios que han regido históricamente a la Revolución cubana. Una segunda está referida al sostenimiento y desarrollo de los «sectores culturales», protegiéndolos del impacto que sobre ellos provoca la nueva situación. Desde esta perspectiva, continuar el esfuerzo por financiar y a la vez potenciar los sectores culturales, incluyendo la educación, es tan estratégico como el que se hace en otros sectores sociales. Ha sido en este campo donde se han alcanzado los logros más trascendentes y estratégicos. De aquí emana, precisamente, la mayor fuerza del país para asumir los retos del futuro.

Una nueva era con desarrollo cultural

En correspondencia con la importancia del tema de cultura y desarrollo, se debe promover la mayor reflexión para profundizar en sus contenidos y su influencia en la transformación de la realidad. Esto exige para cada país un esfuerzo particular, comprometer a lo más avanzado del pensamiento y la creación —y a la población en general— en la discusión de estos temas desde la perspectiva de la experiencia de cada nación y su posición en el contexto internacional. Desde luego, el regreso a las raíces propias de cada cultura, como condición necesaria para marcar el rumbo que debe seguir cada país en su futuro, no puede significar quedarse dentro de cada frontera. De hecho, las culturas no tienen fronteras claramente delimitadas; el mundo es, como se ha dicho, cada vez más único e interdependiente; sin embargo, es también profundamente desigual, injusto y conflictivo. Por lo tanto, exige cambios y estos tendrán también una naturaleza diversa. Como se afirma en el informe *Nuestra diversidad creativa*, la base de esos cambios debería ser el establecimiento de una ética global que suministre los requisitos mínimos que deben ser observados por cualquier gobierno o nación, pero que reconozca expresamente su diversidad y deje un amplio campo

de posibilidades para la creatividad política, la imaginación social y el pluralismo cultural.

El diálogo y el respeto mutuo entre culturas es hoy uno de los principales desafíos para garantizar la coexistencia pacífica y una cultura de paz, cuyo primer principio debe ser la oposición firme y activa a todo acto de violencia contra los derechos de otro. Es preciso impedir que la globalización continúe favoreciendo los intereses exclusivos de los más fuertes, y afectando la diversidad y el pluralismo cultural. El respeto mutuo es un imperativo. La creatividad cultural constituye la fuente fundamental del progreso humano y un factor esencial de desarrollo.

El desarrollo sustentable y el florecimiento de la cultura son interdependientes; la esencia del desarrollo humano es la realización cultural y social de las personas. El acceso a la información y la participación plena en la vida política y cultural de la sociedad, así como la igualdad social, forman parte de los derechos fundamentales del ser humano en cualquier comunidad. Los Estados tienen el deber de crear las condiciones y velar por el pleno ejercicio de estos derechos.¹⁶

La armonía entre la cultura y el desarrollo, el respeto para todas las identidades culturales en un contexto democrático, participativo, de equidad socioeconómica, así como el respeto a la soberanía, son precondiciones de la paz. Es necesario construir y reconocer el poder de las mayorías como condición para que, a partir de su propia creatividad, forjen y consoliden sus modos de vida en comunidad y conduzcan un desarrollo humano y cultural.

Una concepción cultural del desarrollo exige el replanteamiento del alcance y el carácter de la política cultural. Su principal propósito debe ser establecer objetivos, construir voluntades, montar estructuras y asegurar los recursos para crear las condiciones que conduzcan a la más plena realización del ser humano, a fin de que cada cual pueda desarrollar sus potencialidades. No hay un solo campo de la actividad social y económica que no tenga algún nivel de impacto cultural; por tanto, la política cultural debe tener un alcance inter-institucional y articulador de la estrategia de desarrollo.

A continuación presentamos un conjunto de recomendaciones, inevitablemente incompletas, que contribuirían a darle a la política cultural el lugar que debe ocupar en la estrategia de desarrollo:

- Establecer la mayor articulación entre las instituciones que conducen las diferentes dimensiones de las políticas gubernamentales; por ejemplo, cultura-ciencias, cultura-medio ambiente, cultura-economía y planificación, cultura-turismo, cultura-educación, cultura-salud pública, cultura-deportes, cultura-relaciones exteriores, etc.

- Contribuir a que se comprenda y se asuma políticamente el concepto de que la cultura, en su sentido más abarcador, es la esencia del desarrollo, para que las políticas de gobierno en los diversos campos actúen en correspondencia con esta concepción.
- Definir formas específicas de financiamiento para las actividades de los llamados sectores culturales que lo requieran, a partir de formas de distribución de parte de los ingresos que se generan en otras actividades del «sector», así como la solicitud a los gobiernos de las partidas presupuestarias que sean imprescindibles.
- Velar y contribuir a que existan las condiciones económicas, políticas y sociales para la más amplia, diversa y auténtica creación cultural.
- Desarrollar las «industrias culturales», potenciando sus aportes en términos de ingresos y empleo, pero conducidas desde objetivos y principios eminentemente culturales.
- Priorizar la conservación del patrimonio tangible e intangible, histórico y natural, como el principal referente de la cultura del pueblo. Es preciso impedir que cualquier acción o inversión con criterio estrechamente económico o comercial afecte o empobrezca indiscriminadamente el patrimonio.
- Incorporar a la política cultural una dimensión de género y de edad. Esto es, estimular conscientemente la mayor participación de las mujeres, los niños y los jóvenes en el desarrollo cultural. Es necesario contrarrestar la tendencia histórica, reforzada por la globalización, de excluir o menospreciar a estos sectores sociales.
- Levantar, como un principio fundamental vinculado directamente a la realización plena del ser humano, el sostenimiento y desarrollo de un sistema de educación, salud y seguridad social de cobertura universal para todos los ciudadanos.
- Estimular la mayor actividad de investigación académica de carácter multidisciplinario sobre el tema de cultura y desarrollo, tanto a nivel más teórico como específico. Es preciso generar los instrumentos analíticos que permitan medir el desarrollo cultural de la sociedad en cada etapa, así como la evolución de sus aspiraciones.
- Favorecer, sobre la base de determinados principios, un ambiente de intercambio y debate entre la comunidad científica e intelectual y las estructuras políticas y de gobierno. Y de ambas con el conjunto de la sociedad.

- Velar por la mayor presencia del tema cultura y desarrollo en los medios de comunicación para contribuir a una mayor conciencia y participación de todo el pueblo en la concepción, decisión, ejecución y control de las políticas que tienen como fin su propio bienestar material y espiritual.

Notas

1. Véase Walt Whitman Rostow, *The Stages of Economic Growth*, New York City University Press, Nueva York, 1962.
2. Véase *Dimensión cultural del desarrollo, hacia un enfoque práctico*, Colección Cultura y Desarrollo, UNESCO, 1995.
3. *Informe final*, Conferencia Mundial sobre las Políticas Culturales, México D.F., 26 de julio-6 agosto de 1982, UNESCO, 1982.
4. *Nuestra diversidad creativa*, Informe de la Comisión Mundial de Cultura y Desarrollo, Ediciones S. M., UNESCO, 1997.
5. Véase Neil Postman, *Tecnópolis*, Galaxia Guttemberg, Barcelona, 1994.
6. *Nuestra diversidad creativa*, ob. cit., p. 155.
7. Véase el interesante trabajo de Juan Torres López, «Economía e cultura», en *El estado crítico de la cultura*, FIM, 1993.
8. Véase Ignacio Ramonet, *Un mundo sin rumbo*, Temas de debate, Madrid, 1996.
9. Véase Armando Maltelar, *La mundialización de la comunicación*, Edit. Parpos, Barcelona, 1998.
10. Sobre este tema, véase el interesante estudio *La cultura da trabajo*, de Luis Stolvich, Graciela Lescano y José Mourelle, Fin de Siglo, Uruguay, 1997.
11. *Nuestra diversidad creativa*, ob. cit., p. 11.
12. Véase Julio Carranza Valdés, «Globalización, economía e identidad cultural», en *La identidad cultural en el umbral del milenio*, ICAIC, La Habana, 1996.
13. Véase Boaventura de Souza Santos, «Una concepción multicultural de los derechos humanos», *Utopías*, v. 3, Madrid, 1998.
14. Véase Enrique Palazuelos, *Las economías postcomunistas de Europa del Este*, Abacus, Madrid, 1996.
15. Véase Francisco Fernández Buey y Jorge Riechmann, *Ni tribunales*, Siglo XXI de España, Madrid, 1996.
16. Véase *Final Report*, Intergovernmental Conference on Cultural Policies for Development, UNESCO, 1996.

© TEMAS, 1999.

Educación y psicología para la paz

Miguel D. Rojo González

Profesor. Universidad de La Habana.

La concepción del mundo como una totalidad, como un sistema, no ha existido siempre; se ha ido formando, precisando y aclarando en el espíritu y la conciencia de los hombres a través de los años, y tiene hoy su máxima expresión en la «mundialización».

Esta formación progresiva de lo que pudiéramos llamar la «conciencia del mundo» no es espontánea o primaria; no constituye más que el reflejo del crecimiento de las relaciones y la interdependencia económica de las naciones en la conciencia de las personas. Estas relaciones, por ser de carácter capitalista, se basan en el interés, la ganancia y el dominio de los mercados y están, por eso, lejos de ser armónicas y felices. Por el contrario, son una permanente fuente potencial de conflictos, con el consiguiente peligro de una «solución» violenta. La primera y segunda guerras mundiales (fenómenos también de nuestro siglo) hicieron evidente la necesidad de buscar mecanismos que regulen dichas relaciones y eviten que los conflictos estatales (que son siempre, en el fondo, de intereses, aunque pueden asumir otra apariencia) se resuelvan por la violencia. Como respuesta a esta necesidad, surgieron

«organizaciones internacionales» —entidades antes desconocidas— como las Naciones Unidas.

Los esfuerzos de estas organizaciones se dirigen a la búsqueda de mecanismos e instrumentos jurídicos (leyes, reglamentos, declaraciones, etc.), que regulen las relaciones entre los Estados sobre la base de la legalidad, aunque no siempre de la justicia y la equidad, ya que, en la práctica, lo que se consigue realmente, las más de las veces, es la consagración del dominio de los más poderosos. Mediante la solución negociada de los conflictos, se proponen contribuir a conservar la paz e impedir el desencadenamiento de una Tercera Guerra Mundial.

La inutilidad o, al menos, la escasa eficiencia de este empeño salta a la vista. Desde la terminación de la Segunda Guerra Mundial hasta la fecha, la humanidad no ha gozado de un solo minuto de paz universal. Hemos pasado, o estamos pasando, por las guerras de Corea, de Vietnam, del Golfo; por la invasión de Playa Girón; la Crisis de Octubre —que puso el mundo al borde de la tercera conflagración mundial y la segunda atómica de la historia—; y el bloqueo a Cuba (una dura forma de guerra económica que se mantiene hace ya

más de cuarenta años), por las invasiones de Granada y Santo Domingo, los desembarcos de tropas y el derrocamiento de gobiernos de todo tipo en África; por la agresión de los poderosos países de la OTAN contra el pueblo de Yugoslavia, etc.

Para disimular el escándalo de tanta guerra, y no llamarla por su nombre, se han inventado eufemismos tales como «conflictos de baja intensidad», de los cuales se desarrollan en el mundo, en estos momentos, más de una veintena, y otros muchos pueden estallar en cualquier momento. ¿Cómo es posible? Si nunca antes habían existido tantos organismos encargados de regular las relaciones entre las naciones; si hemos asistido en este siglo al surgimiento del Derecho internacional como disciplina científica y como instrumento, ¿cómo es posible que estemos asistiendo ahora a la mayor proliferación de violencia que ha conocido la humanidad?

Para buscar una respuesta a esta pregunta, se ha hecho necesario examinar más de cerca el fenómeno de la guerra, de la violencia en general y de la solución no pacífica de los conflictos, y se ha llegado a entender que el estudio del aspecto jurídico de las relaciones entre las naciones y el diseño de mecanismos e instrumentos que las regulen no bastan para la conservación de la paz. Deben ser complementados por el estudio de otras variables que tienen que ver con los individuos, con las personas, con la psicología de la agresividad y de la personalidad agresiva y con el diseño de las vías y los métodos más adecuados para la formación de rasgos y habilidades psicológicas que disminuyan (tanto como sea posible) la probabilidad del uso de la violencia, y aumenten la de la solución pacífica de los conflictos entre las naciones. Hoy, cuando la opinión y la moral públicas son un elemento que los políticos deben tener muy presente a la hora de decidir acerca de la solución de los conflictos, la violencia como tendencia de la conducta de las personas, y la agresividad como estado de ánimo, resultan factores determinantes que considerar para el mantenimiento de la paz. Puesto que en nuestro tiempo las guerras no son posibles sin contar con la mente de los hombres, también en sus mentes deben construirse las defensas de la paz.¹ La formación de estas defensas es el objetivo fundamental de la «educación para la paz».

Pero no es solo por el reconocimiento de la importancia de las tendencias agresivas de los individuos, de los ciudadanos, para la conservación de la paz entre las naciones, que la psicología de la violencia y la educación para la paz son objetos de estudio que reciben una creciente atención. También la violencia ha venido a instalarse en nuestra vida cotidiana amenazando nuestras ciudades, escuelas y familias. Nunca antes como ahora fue tan usada en la solución de los conflictos

entre las personas, incluyendo los niños y adolescentes. El gusto por la violencia es hoy tan fuerte, que se ha convertido en una mercancía que venden las transnacionales de la comunicación en libros, revistas, películas, videos y hasta en la música, y es demandada ávidamente por un público cada vez más numeroso y exigente. ¿Cómo es esto posible en un mundo que se supone cada vez más «civilizado»? ¿Y cómo es posible que esta situación sea más crítica precisamente en los países más «desarrollados»?

Esta situación muestra claramente que existe un vínculo orgánico, necesario, no casual, entre la violencia como parte de la cotidianidad de las gentes y la violencia como recurso de los Estados para solucionar sus conflictos; que el problema de la violencia —y, por tanto, el de la conservación de la paz— es complejo, por lo que requiere, para su solución más eficiente, de estudios serios y profundos que lo aborden desde los ángulos de diferentes disciplinas.

La guerra y la paz han dejado así de ser problemas exclusivamente jurídicos, de la normación del orden internacional, para devenir temas de estudio de otras ciencias como la psicología y la pedagogía. Para estimular, organizar y encauzar estos estudios, los Estados aprueban presupuestos especiales y se crean agencias nacionales e internacionales como el Instituto Africano para las Investigaciones de la Paz (APRI),² la Asociación Internacional para la Investigación de la Paz (IPRA), el Instituto Internacional para la Investigación de la Paz de Oslo (PRIO), el Instituto de Investigación de la Paz de Frankfurt (PRIED), el Instituto Internacional de la Investigación de la Paz de Estocolmo y la Universidad de las Naciones Unidas, entre otros muchos.³

Educar para la paz

El objetivo de los estudios que promueven esos organismos, en términos generales, es el de comprender la violencia, las condiciones que la propician, los factores que la desencadenan, los mecanismos para su control y autocontrol, etc., para fundamentar el diseño de los contenidos, las técnicas, los métodos y los procedimientos que integran la *educación para la paz*.

De acuerdo con la concepción del problema de la paz, que expuse antes, la violencia, como parte de la cotidianidad y de las reacciones de los individuos, es inseparable de la tendencia de los Estados al uso de la violencia para la solución de los conflictos. La educación para la paz deberá entonces construir «defensas mentales» en la conciencia de los individuos, tanto para evitar la solución violenta de los conflictos entre los Estados, como para que no recurran a la violencia en la solución

La educación para la paz no puede reducirse a la transmisión de conocimientos sobre cada uno de estos aspectos. Para que esa educación sea eficiente y evite la violencia, tiene que involucrar tres niveles: cognitivo, afectivo y aptitudinal.

de sus problemas particulares con otros individuos. La educación para la paz debe contener entonces, de acuerdo con la concepción que promuevo, no solo la *educación de la vocación internacional* (según la expresión de la *Recomendación*, de 1974, de la UNESCO),⁴ sino también la educación para el desarrollo sostenible y el respeto del medio ambiente, la educación para la tolerancia, la educación para vivir en paz consigo mismo, y la educación para la solución pacífica de los conflictos.

La educación de la vocación internacional (siempre de acuerdo con la *Recomendación* de la UNESCO) comprende a su vez: 1) la educación para la comprensión y la paz internacional; 2) la educación para el desarme; 3) la educación sobre los derechos humanos y las libertades fundamentales; 4) la educación para la democracia; y 5) la educación inter y multicultural; 6) la enseñanza de los más graves problemas de la humanidad. El objetivo no es educar a individuos ignorantes, complacientes y menos aún cómplices, de las injusticias del orden mundial. Se trata precisamente de lo contrario: educar individuos conscientes de que ese orden es injusto, que constituye una violencia, que se mantiene por ella y que es necesario luchar para eliminarlo y establecer un orden justo y equitativo.

En los objetivos de la *educación para el desarrollo sostenible y el respeto del medio ambiente* se funde la preparación de los individuos para la corrección de las injusticias actuales en la distribución de la riqueza, y el consumo en el mundo y en cada nación, con su preparación para la comprensión de que se debe y se puede alcanzar el desarrollo sin comprometer el destino sobre la tierra de nuestros descendientes. Se trata también, al mismo tiempo, de inculcar el respeto y el amor por la naturaleza y por los ambientes en los que el hombre vive.

No todos estarán de acuerdo con la inclusión de la educación para el desarrollo sostenible y el respeto del medio ambiente dentro de la denominación de *educación para la paz*, debido quizás a la enorme importancia que este rubro tiene en nuestros días. Sin restarle nada de esta importancia, la formación de un ciudadano responsable, fuertemente apegado a los más altos valores humanos —en definitiva, el objetivo de la educación para la paz—, no estaría completa si no se incluye este aspecto.

Las relaciones entre las personas, la *educación para la tolerancia*, es uno de los elementos fundamentales de la educación para la paz. La tolerancia (o su antónimo, la intolerancia) son reacciones de las personas a las diferencias. La intolerancia aparece cuando una persona rechaza, reprime, menosprecia a otra por un rasgo, una cualidad, una condición diferente de la suya; se manifiesta como un prejuicio, conduce a la discriminación y puede tener el origen más diverso: la raza, la religión, la nacionalidad, el sexo, la profesión, las ideas políticas, la edad, etc. La tolerancia es un elemento fundamental de la paz, en tanto la discriminación puede servir, ha servido y está sirviendo para «justificar», a los ojos de unos, las injusticias y las violencias cometidas contra otros. Del mismo modo que en el caso de la educación de la vocación internacional, el objetivo de la educación para la tolerancia es educar a las personas en el respeto a las condiciones y las ideas de los demás. Esto no significa promover actitudes de complacencia o de complicidad con ningún tipo de conducta que atente contra los valores humanos.

Además de su significación para la felicidad y la estabilidad emocional de las personas, la *educación para vivir en paz consigo mismo* prepara a los individuos para vivir en paz con los demás. Mal puede tolerar a los otros quien no se tolera a sí mismo, pero también mal puede tolerar a los otros quien está tan convencido de su propia perfección y considera inferiores a todos los demás. Vivir en paz consigo mismo implica alcanzar un estado de madurez en el que reconocemos y aceptamos nuestras virtudes y nuestros defectos, en el que aceptamos nuestra imperfección como característica de la condición humana compartida por todos.

La *educación para la solución pacífica de los conflictos* implica tanto la renuncia de la violencia como el desarrollo de las estrategias y las habilidades para la solución pacífica de los conflictos. Ello requiere no solo el control de los impulsos agresivos, sino también la inteligencia para encontrar argumentos convincentes, intereses comunes, en fin, todos los elementos que pueden llevar al éxito los procesos de negociación a través de los cuales se solucionan pacíficamente los conflictos.

En cuanto a estos grandes rubros o aspectos que componen la educación para la paz y la solución pacífica de los conflictos, existen dos grandes enfoques: uno, que llamamos *fragmentario*, y otro *holístico*. El primero

enfatisa la independencia de estos elementos y minimiza sus relaciones y su influencia recíproca en la educación para la paz. El segundo, por el contrario, subraya las relaciones de estos componentes, postula que forman un sistema y que no es posible considerar logrados los objetivos de la educación para la paz mientras no se hayan desarrollado armónicamente todos y cada uno de ellos en la personalidad de los educandos. Desde mi punto de vista, la justeza del enfoque holístico es evidente: ninguno de los aspectos de la educación para la paz que enumeramos puede ser desarrollado unilateralmente, so pena de errar las metas y los objetivos que se persiguen.

La educación para la paz no puede reducirse a la transmisión de conocimientos sobre cada uno de estos aspectos. Para que esa educación sea eficiente y evite la violencia, tiene que involucrar tres niveles: cognitivo, afectivo y aptitudinal. Cognitivo en tanto la educación para la paz implica la transmisión de información, la formación de conceptos y el conocimiento de principios; afectivo, porque la educación para la paz implica la formación de un vínculo personal, de un compromiso, con las ideas y principios que se transmiten; y aptitudinal, ya que dicha educación no está completa mientras no se formen y desarrollen las habilidades y capacidades para actuar de acuerdo con los conocimientos, y resolver los conflictos de manera pacífica.

Uno de los problemas cardinales de la educación para la paz es la forma en que van a incluirse en los planes y programas de estudios de las escuelas —frecuentemente ya muy sobrecargados—, los temas y las acciones educativas correspondientes a cada uno de los aspectos que la componen. Las alternativas son dos: la educación para la paz se constituye como una asignatura o una disciplina independiente, o los temas y las acciones que la componen se incluyen y se coordinan dentro de las otras disciplinas que ya forman parte de los currículos. Se aprovechan las oportunidades que brindan las asignaturas de ciencias naturales o sociales para incluir, de manera oportuna y coherente, los temas y las actividades que tributan a la educación para la paz. Esta segunda alternativa es la que parece más viable, y para ella se produce la mayor cantidad de materiales de apoyo.

Psicología para la paz

La educación para la paz y la pedagogía de la educación para la paz, como todas las otras modalidades educativas, tienen estrechas relaciones con

la psicología, que les brinda fundamento a sus técnicas y procedimientos.

Uno de los aspectos psicológicos más polémicos acerca de la violencia y la agresividad es el de su *naturaleza*. Para unos, la agresividad es un rasgo de la «naturaleza humana»; para otros, una adquisición, un aprendizaje, una adaptación a una situación social e histórica. La importancia de este problema para la educación para la paz salta a la vista. Si la agresividad es inherente a la «naturaleza humana», entonces todo lo que la educación puede hacer es inhibirla, reprimirla. La educación para la paz se limitaría a técnicas de inhibición y de represión. Si, por el contrario, la agresividad es una condición aprendida, puede dirigirse no solo a los mecanismos de su inhibición o represión, sino también a los de aprendizaje de las conductas agresivas, a los objetos contra los que se dirige, a las situaciones y las condiciones que las engendran y los mecanismos que las disparan.

Ha sido el psicoanálisis freudiano la corriente psicológica que más fuerte y sistemáticamente ha sostenido la hipótesis del carácter «natural» e «instintivo» de la agresividad. Para Freud, la psiquis humana está gobernada por Eros y Tanatos, dioses del amor y de la muerte, representantes de los impulsos de la vida y de la muerte, los instintos del amor y de la agresividad. Freud fundamentó esta hipótesis acerca de la conducta humana en una analogía con el animal. Este mata «instintivamente» y el hombre mata también; por tanto, su conducta es también «instintiva», «natural».

Esta analogía olvida que el animal mata por una necesidad biológica y muy raramente a otro de su misma especie.⁵ Solo el hombre mata por odio, por venganza, por desprecio o por el poder y, cuando lo hace, es siempre a uno de sus semejantes. Esto no ocurre nunca entre los animales «no racionales». La violencia como tal, la agresividad como rasgo o estado de ánimo parece ser exclusivamente «humana». Y esto resulta coherente con la hipótesis de su origen social.

Por qué la agresividad y la violencia se manifiestan con mayor frecuencia e intensidad cuando existe algún conflicto, es hoy objeto de estudio preferencial. Desde el punto de vista psicológico, los conflictos pueden ser intra e interpersonales. Se produce un conflicto intrapersonal cuando la persona debe decidirse por una alternativa entre dos o más que se perciben como igualmente positivas o negativas. Los conflictos de este tipo son, sin dudas, muy molestos; pero por su propia naturaleza intrapersonal raramente desembocan en una conducta violenta.

El conflicto interpersonal es el que más nos interesa desde el punto de vista de la violencia. Se produce entre dos o más personas cuando los bienes, los

principios, el territorio o las relaciones interpersonales están en juego.⁶

Los bienes materiales del hombre han sido siempre una de las más frecuentes fuentes de conflictos; los principios de todo tipo —religiosos, políticos, morales, artísticos, etc.—, son fuentes potenciales de conflicto, como lo es también el territorio físico (la casa, el país) o psicológico (la propia identidad y la imagen de sí mismo). Las relaciones interpersonales que asumen la forma de dominación, de sumisión, de expectativas, de diferencias personalológicas, etc., constituyen también potenciales fuentes de conflictos.

Ninguno de esos conflictos es necesariamente negativo, ni tiene que resolverse por la violencia; todo depende de la forma en que la situación conflictiva sea percibida y afrontada por las personas involucradas.

El conflicto puede y debe ser un agente del desarrollo. En realidad, una sociedad sin conflictos —además de ser utópica— sería también inerte. Desde este punto de vista, el objetivo de la educación para la paz no debe ser la eliminación de los conflictos, sino la transmisión de los conocimientos y la formación de las actitudes y habilidades para enfrentarlos positiva y creativamente.

Existen diferentes formas de afrontar los conflictos, que pudiéramos situar entre dos polos negativos: ceder pasivamente o defender agresivamente lo que consideramos nuestro. Los conflictos se pueden «evitar» (con la «prudencia» que siempre nos aconsejan nuestras abuelas), «ignorar» (la estrategia del avestruz), «afrontar agresivamente» (buscar la anulación del otro, su dominación, su humillación, su desaparición física, psíquica o social, etc.), o bien se pueden «negociar». A una solución positiva y creativa de los conflictos —incluso de los intrapersonales— solo se puede llegar mediante la negociación. Por eso, de una forma o de otra, la cultura de la paz es la *cultura de la negociación*. El

mundo la alcanzará cuando la tolerancia, la vocación internacional, el respeto del medio dentro de las metas del desarrollo sostenible, y las habilidades para encontrar los intereses comunes por encima de las diferencias y para hacerlos valer, se conviertan en atributos, rasgos y cualidades de todas las personas. A ese objetivo supremo se dedica la educación para la paz.

Notas

1. Esto también lo saben, por supuesto, los fabricantes y mercaderes de la guerra, que manipulan las mentes de las personas para romper esas defensas.
2. Estas y las otras siglas corresponden a la denominación inglesa.
3. Para una bibliografía acerca de las investigaciones del tema, véase Shapour Rassekh, *Éducation et culture de la paix: sélection bibliographique mondiale*, UNESCO, París, 1996.
4. UNESCO, *Recomendación sobre la educación para la comprensión, la cooperación y la paz internacional y la educación relativa a los derechos del hombre y a las libertades fundamentales, adoptadas por la Conferencia General de la UNESCO en la ocasión de su decimoctava sesión*, París, 1974.
5. El hombre también mata para comer pero, al igual que el animal, sin ninguna agresividad. Nadie diría que el carnicero «odia», «desprecia» o «minusvalora» a la res o el cerdo que sacrifica para comer.
6. Véase Sonia Bofill Sánchez, *Hacia una cultura de paz y tolerancia: diagnóstico en la adolescencia de las causas y los estilos de afrontamiento que se dan con más frecuencia en el proceso de solución de conflictos*, Diploma de Licenciatura en Psicología tutorado por el autor, Biblioteca de la Facultad de Psicología de la Universidad de La Habana, 1998.

© TEMAS, 1999.

Ernesto Guevara, también conocido como el Che, de Paco Ignacio Taibo II

Elena Díaz

Profesora. Universidad de La Habana.

La aparición de múltiples biografías del Che, después de más de treinta años de su desaparición física, es expresión de la trascendencia de su vida y pensamiento. Los nuevos intentos de rastrear sus huellas, de desentrañar sus misterios, de aproximarse al conocimiento de sus motivaciones y sus ideas reflejan el impacto que su personalidad provoca.

Como dijera Eduardo Galeano en su lenguaje de poeta, «¿por qué será que el Che tiene esa peligrosa costumbre de seguir naciendo? [...] ¿No será que el Che decía lo que pensaba y hacía lo que decía?». Esta es, en efecto, una de las aristas de la fascinación que ejerce: la total consecuencia entre ideas y acción. El ciclo integral de su vida es aval suficiente para hacer perdurar su memoria.

Pero en este milagro de su nacimiento continuado hay causas mucho más profundas: ser símbolo de la lucha, sin claudicación, en aras de un sueño: la transformación de la sociedad en beneficio de los pueblos, contra la injusticia y la desigualdad. En el mundo unipolar de fin del milenio, ese sueño adquiere un significado más trascendente, como alternativa al modelo neoliberal que se impuso a los

países del Sur, con sus consecuencias de polarización social y pobreza extrema.

Sobre este escenario desolador, la figura del Che adquiere un doble significado que atrae a las nuevas generaciones: como modelo de rebeldía ante la injusticia, y como esperanza de otra forma de pensar y de vivir.

Algunas biografías sobre el Che tratan, en gran medida, de desentrañar las facetas de su vida, de satisfacer ese interés apasionado que despierta, más fuerte mientras más años nos separan de su muerte en Bolivia, en 1967. Otras tienen objetivos menos nobles, han sido diseñadas para tratar de aplacar esa oleada espontánea de admiración en un intento de desmitificación del héroe, utilizando mecanismos intencionales de distorsión.

Esa intencionalidad no es neutral, y la figura del Che no es el principal objetivo; el intento de desarmar su ejemplo y sus ideales es un ataque contra la Revolución cubana y su significado.

Una de las biografías más divulgadas, entre las recientes, es *Ernesto Guevara, también conocido como el Che*, de Paco Ignacio Taibo II.¹

Su autor, conocido escritor mexicano, escribió dos textos anteriores que le sirvieron de antecedentes: *El año en que estuvimos en ninguna parte* y *La batalla de Santa Clara*. En la biografía, Taibo parte de una concepción que pretende ser objetiva, con el propósito de conocer al Che y darlo a conocer. Este aliento está presente en el texto y es posible aquilatarlo. No existen intencionales olvidos ni patrañas inventadas.

Las fuentes son, en su mayoría, tomadas del propio Che, utilizadas muchas veces textualmente, sobre todo en los textos públicos. A través de las líneas, aparece en múltiples ocasiones la narración del Che y es posible apreciar la admiración del autor por el personaje, casi a su pesar. Así, en uno de los capítulos confiesa: «Al historiador le gustaría poder apelar nuevamente a la voz del propio Che. No hay manera de evadir ese tono narrativo, esa sinceridad cabrona, ese sentido del humor cáustico».

El texto construido resulta interesante, fluido, ameno; en su estilo se aprecia el oficio del escritor que sabe cómo atrapar al lector.

Entre sus deficiencias formales puede señalarse, sin embargo, la excesiva fragmentación del texto, que abarca 62 capítulos. Por ejemplo, dedica 8 capítulos a su etapa de juventud, 14 al período insurreccional de la Revolución cubana, 13 a la gesta africana, 10 a Bolivia y 5 a su muerte y análisis posterior. Esta fragmentación contribuye a conformar una imagen superficial y poco coherente de su vida.

En este carácter reside su principal deficiencia, donde lo anecdótico gana terreno a la comprensión más profunda. Ello informa otro rasgo de la biografía: más una recopilación de textos y citas documentales que el resultado de una investigación donde se articulen varios ejes de análisis. Podría catalogarse como una cronología periodística, más que un ensayo de interpretación. Por esta razón no aporta nuevos enfoques ni logra iluminar facetas poco estudiadas del Che, excepto para aquellos que no conocen sus propios textos.

El foco central de este libro es, por supuesto, la figura del Che, la descripción de su personalidad a través de diferentes etapas y acciones de su vida; en este sentido, logra dibujar sus rasgos, tan fuertes que el resultado es también fuerte. Pero precisamente por este énfasis en la persona, su trayectoria se presenta más como una consecuencia de su carácter y no como realmente ocurre, la expresión consecuente de su pensamiento.

La presentación de las primeras etapas de la vida del Che, y de la guerra revolucionaria en Cuba, y hasta de la estancia en África, reflejan con mayor riqueza las situaciones, por contar con fuentes testimoniales directas. En la narración de estos momentos, se logra con mayor certeza, captar —aunque parcialmente— destellos de

la apasionante situación vivida. Resultan especialmente interesantes las referencias a la lucha en el Congo, que entonces no se conocía suficientemente, por no haberse publicado aún el Diario del Che sobre esta etapa. El autor ha explicado en otro texto cómo tuvo acceso a esa fuente entonces inédita, y también que no comparte la interpretación de otros ensayistas sobre este importante documento. Su apreciación sigue siendo muy cuidadosa y respetuosa sobre la figura del Che, el significado de su conducta y sus nexos con la Revolución cubana en ese período. Estos aspectos, como se sabe, han sido objeto de manipulación y difamación durante años, incluso de una de las más burdas tramas, inventadas para acusar a Fidel Castro de la desaparición del Che, como prueba de la supuesta separación y enemistad de los dos hombres. Ya Fidel había explicado, en el libro que escribió el periodista italiano Gianni Miná,² la cronología sobre este período, y cómo la dirección de la Revolución se vio obligada a publicar la carta de despedida del Che ante la presión internacional y la constitución del primer Comité Central del Partido Comunista de Cuba, en el que el pueblo esperaba la inclusión natural de su dirigente. También narra la comunicación entre ambos en ese período, y cómo logra convencer al Che para que regrese a Cuba a preparar su próxima gesta.

Quizás por todo el misterio que rodeó, durante años, a la lucha en el Congo, lo que escribe Taibo sobre esto resulta novedoso, y puede atrapar al lector en sus aristas complejas y hasta cierto grado desconocidas.

Pero el proceso de las transformaciones sociales de la Revolución cubana, del año 59 al 65, aparece desdibujado, lleno de lagunas y carente de una comprensión abarcadora. Es esta también una etapa llena de fascinación para el que quiera comprender la profundidad del proceso revolucionario realizado en Cuba, la complejidad del escenario social y de su contexto internacional, y el protagónico papel del Che. Es esta su dimensión más original, por sus aportes al pensamiento creador, por sus críticas al modo en que se desarrollaba la sociedad en el socialismo del Este europeo, por la implementación de un proyecto de dirección novedoso, por los múltiples ejemplos en que concibió y contribuyó a generar una nueva forma de vivir en Cuba.

Por todo esto, pensamos que Taibo no comprendió la integralidad del pensamiento del Che.

En el libro se presenta, en trazos muy gruesos, una imagen bastante superficial del contexto de la época. En el pensamiento del Che, el escenario internacional se articula con el nacional, vinculando el enfrentamiento a la política colonial y neocolonial de los Estados imperialistas y la defensa de la soberanía de los subdesarrollados, con la formación de valores. En el

caso de Cuba, esta integralidad la concibe como un deber de la Revolución. Solo integrando estos enfoques puede comprenderse la estrategia del Che, su proyecto de lucha revolucionaria a nivel continental, que funde su concepción militar con el proyecto de transformación de las relaciones internacionales, en la creación de nuevos valores, y su internacionalismo.

Tampoco Taibo comprende la profundidad del pensamiento ético del Che. El significado, por ejemplo, del trabajo voluntario, que para él es instrumento de formación de nuevos valores y conciencia, y que en el libro se presenta principalmente como aspiración casi estoica de autoexigencia —también parte de la realidad vivida por el Che, pero no insertada en su contexto más certero en esta biografía.

Hay referencias a su comprensión sobre el hombre nuevo, pero otra vez se pierde la connotación más importante. Para el Che, es este uno de los conceptos más relevantes de su pensamiento, imagen nunca acabada de un paradigma que se construye en el proceso de transformación de la sociedad, como parte inseparable de la integración del individuo a la colectividad, sin perder su individualidad, pero siendo parte del proyecto social. El autor intenta comprender el significado del concepto, pero otra vez resulta insuficiente, casi descriptivo, incapaz de atrapar su connotación más profunda.

Así lo refiere cuando reseña de un plumazo el contenido de *El socialismo y el hombre en Cuba*, profundo ensayo donde el Che incursiona en la relación dirigente/ dirigidos, en el papel de la masa, en las motivaciones de los hombres para asimilar las ideas socialistas, en mecanismos de participación, en procesos de institucionalización y sus complejidades.

Es la tríada que conforma una de las dimensiones más notables de su pensamiento ético: el énfasis en potenciar la individualidad humana a través de su integración a la sociedad (conservando y aun magnificando esa individualidad que exalta); la interrelación de los valores de solidaridad y justicia; y la identificación de la dignidad, como respeto al otro y a sí mismo. Estas ideas son expresión de su pensamiento más maduro, y por tanto más integral; a través de su comprensión puede analizarse la coherencia que otorga a su lucha guerrillera un nexo indisoluble con sus sueños de una sociedad diferente, más justa y humanizada.

Por último, en esta breve reseña sobre la obra de Taibo no podría dejar de mencionar un aspecto negativo: en el libro se expresa que la CIA no estuvo involucrada en la muerte del Che. Puede parecer exceso de rigor, porque el autor no tenía acceso a pruebas documentales, pero en realidad la crítica más leve a este error sería la de ingenuidad.

Otro elemento que se ha criticado es su extensión, la reproducción innecesaria de documentos —¿objetivo comercializador? Pero en realidad esta extensión puede valorarse en otra dimensión, porque también contribuye a divulgar las ideas y la vida del Che, para las muchas personas que ansían conocerlo, especialmente los jóvenes. Finalmente, a pesar de las críticas, el saldo del libro, aunque este sea incompleto e insuficiente, es valioso. El sabor que deja no es amargo, quizás por la escasez de biografías y la competitividad de otras, preparadas no con la objetividad y la intencionalidad de Taibo, sino con el propósito de atacar al proceso revolucionario cubano.

Esta biografía, por su intención y forma de expresarla, cumple un importante papel en la divulgación y el mayor conocimiento de la vida y el pensamiento del Che. A través de sus páginas, muchos se aproximan con admiración a la figura legendaria. Uno de sus admiradores, tal vez sin total conciencia de ello, es el propio Taibo.

Se rinde tributo así a una de las figuras más influyentes del siglo que termina y, sin dudas, un símbolo para las nuevas generaciones en el próximo milenio.

Notas

1. Paco Ignacio Taibo II, *Ernesto Guevara, también conocido como el Che*, Editorial Planeta, México, 1997.
2. Gianni Miná, *Un encuentro con Fidel*, Oficina de Publicaciones del Consejo de Estado, La Habana, 1987, pp. 311-49.

© TEMAS, 1999.

Controversia

La filosofía en Cuba

Joaquín Santana
María del Pilar Díaz-Castañón
Pablo Guadarrama
Fernando Martínez
Isabel Monal

Joaquín Santana (moderador): Quiero agradecer, en nombre de la revista *Temas*, la presencia de los invitados a esta mesa redonda que va a versar sobre los problemas de la filosofía en Cuba. Lo que nos interesa es analizar un conjunto de cuestiones, problemas, inquietudes, que se han presentado y se presentan en la filosofía a nivel mundial, y en Cuba específicamente.

Quisiera invitar a los participantes a iniciar la discusión abordando las problemáticas y las relaciones de la filosofía con otras ciencias y, de manera específica, sus relaciones con la sociedad cubana.

Pablo Guadarrama: En primer lugar, se debe destacar que Cuba ha tenido una situación relativamente privilegiada en este continente respecto al desarrollo de la filosofía. Son varios los estudiosos del pensamiento latinoamericano que insisten en que México, Perú, Argentina y Cuba son los cuatro países que más se han destacado históricamente en este espacio, desde la época de la colonia, por su riqueza en la producción filosófica. No se dispone de estudios amplios y pormenorizados sobre la escolástica en Cuba que corroboren esta afirmación; pero a partir del pensamiento ilustrado cubano, es evidente que la correlación entre ciencia, filosofía y pensamiento político resulta muy marcada y explícita.

Por supuesto, ese hecho está en correspondencia con el espíritu del pensamiento ilustrado en todas partes. En el caso de Cuba, se puede apreciar que desde Félix Varela, en especial, e incluso desde antes, desde su maestro José Agustín Caballero, hay una manifiesta preocupación sobre el problema del método. Esto se revela mucho

más en José de la Luz y Caballero. Estos pensadores le dedicaron atención al tema de las ciencias naturales, y especialmente de la física, la química y la biología. La producción filosófica del siglo XIX cubano, en especial la influida por el positivismo, como en el caso de Enrique José Varona, manifiesta un marcado interés por el tema de la evolución de las especies, así como por el nacimiento de la antropología y otras ciencias.

Pero no había un vínculo con la ciencia, en abstracto; sino también con la realidad social, política y económica del país. Nuestra filosofía no ha sido nunca una filosofía de gabinete. No ha sido una actividad de élites intelectuales desvinculadas de la realidad, sino un proyecto de reflexión racional sobre la realidad cubana y mundial, con el objetivo, incluso, de proporcionar instrumentos para su perfeccionamiento.

Creo que hay una trayectoria muy auténtica de la filosofía en Cuba, entendiendo por autenticidad el grado de correspondencia de una formulación filosófica con las exigencias ideológicas, epistemológicas, éticas, axiológicas, de un contexto histórico-social determinado. Lo mejor de la producción filosófica cubana ha tenido ese carácter de autenticidad, y se ha nutrido de lo más valioso de la trayectoria humanista y desalienadora del pensamiento cubano, pero también de otras tradiciones del pensamiento filosófico latinoamericano y mundial.

Lo mejor del pensamiento filosófico cubano se ha orientado en ese plano. No quiero decir que toda la producción filosófica cubana tenga ese carácter. Yo digo lo mejor, lo más valioso, lo que más ha trascendido.

Si vamos al siglo XX, sucede algo parecido. Es decir, observamos momentos de auge y otros de estancamiento. No es que esa producción se haya desarrollado en una línea constantemente ascendente; en verdad, siempre existen ciertos zigzagueos, en correspondencia con múltiples sucesos históricos, especialmente los políticos.

El triunfo de la Revolución cubana fue un acontecimiento no solamente político, sino cultural, y también un hecho relevante en el orden de la ciencia para este país. Y el desarrollo que ha tenido el pensamiento filosófico, en particular el marxismo, en Cuba, de una forma u otra ha estado también consustancialmente muy articulado, en los últimos cuarenta años, con ese ímpetu en el desarrollo de las ciencias, tanto naturales y exactas como sociales. En la misma forma, el pensamiento filosófico cubano reciente ha estado muy al tanto de la realidad política, ideológica, cultural, social, de Cuba y del contexto latinoamericano y mundial.

Existe una imbricación indisoluble entre filosofía, ciencia y comprensión de la realidad social en toda la trayectoria del pensamiento cubano.

María del Pilar Díaz: Quiero comentar algo de lo que decía Guadarrama. Me voy a referir muy especialmente a un rasgo. Pablo comentaba la comunidad del desarrollo filosófico y científico en Cuba y en América Latina; pero creo que si hay un rasgo específico del quehacer filosófico cubano es justamente su instrumentalidad, a lo cual Pablo se refería, más en perífrasis que en afirmación. Yo lo voy a dar así, con el bombazo de la afirmación. No creo que ni siquiera en la época menos conocida —como él decía, los estudios sobre la escolástica son lamentablemente escasos—, se produjera en Cuba filosofía para «filosofar».

Hay que recordar las enormes polémicas que costó la apertura de la Universidad de La Habana; cómo aquello trataba de dejar de ser un recinto puramente escolástico; las luchas internas, que tuvieron su eco después en planes y programas notablemente avanzados para la época. Pero, sobre todo, hay que recordar qué pasa en Cuba en el siglo XVIII.

Ya en el XIX, la filosofía cubana está preparando a la gente para pensar. Se recuerda siempre, como es lógico, al Maestro, a Luz y Caballero. Pero el padre Caballero, Varela y el mismo Luz —que es el heredero, la síntesis de todo eso—, lo que están haciendo es preparar a la juventud cubana para pensar sobre una realidad transformable, a mi juicio.

Hace poco estuve revisando la polémica sobre el eclecticismo y pienso que resulta difícil para alguien que no haya leído a Víctor Cousin darse cuenta del porqué de la insistencia de Luz y Caballero en que semejante teoría no penetrara en Cuba. El eclecticismo cousiniano no es solamente elegir lo mejor de todo. Es elegir lo mejor para no hacer absolutamente nada. Y Luz se rebela en contra de todo esto en nombre de, primero —como dice él—, la decencia y el honor; segundo, la moral; tercero, el desarrollo de la ciencia; cuarto, el desarrollo mismo de la filosofía. Si alguien demuestra que Cousin está estropeando lamentablemente a Hegel, es Luz y Caballero.

Creo que esta vinculación instrumental de la filosofía cubana, su capacidad para producir, desde los temas más adelantados del quehacer filosófico mundial, para el quehacer filosófico cubano no han sido suficientemente subrayadas.

Si esto ocurre en el siglo XIX, cuando existía una Sociedad Económica de Amigos del País, cuando se produce un auge de la ciencia en Cuba, apoyado por este proyecto filosófico, pienso —quizás provocando un poco a partir de lo que decía Guadarrama— que en el siglo XX, antes de 1959, la filosofía no tiene ninguna aplicación en la sociedad cubana. Para mí, lo digo con todo respeto, Piñera Llera y las García Tudurí comentaban entre ellos, hablaban entre ellos, invitaban a Gaos y se quedaban muy felices y muy contentos, incluyendo a Medardo Vitier. Esa es mi opinión muy particular. *La Revista de la Sociedad Cubana de filosofía*, desaparecida en las bóvedas de la Biblioteca Nacional, la leían quizás cien personas, y creo que estoy exagerando.

Si hay, creo yo, un ejemplo de cenáculo filosófico restringido, donde se está discutiendo sobre la ontología mientras están matando muchachos en las esquinas, es en la Sociedad Cubana de filosofía de aquella época. Lo cual no quiere decir que no fuera instrumental sino que, como decía Piñera Llera en el artículo que inicia la revista —que es el más conocido porque da la clasificación de lo que él llama la filosofía en Cuba—, es una instrumentalidad negativa, porque no puede incidir en lo que ocurre en el país. Se dedicaría al desarrollo del pensamiento, lo cual, por ejemplo, no era para nada el rasgo general de la enseñanza en la Universidad de La Habana. Por eso la cerraban cada cinco minutos.

Me gustaría abordar otro punto que Pablo subrayaba: lo que él llama la autenticidad de la filosofía cubana. Yo no sé hasta qué punto somos auténticos. Lo que sé es que somos cubanos. ¿Qué quiero decir? La gente se equivoca mucho por la falta de información sobre el desarrollo de la filosofía en la joven Revolución cubana. Se supone —es la versión más extendida— que a la gente se le empieza a dar el marxismo a cucharadas, una vez que se declara el carácter socialista de la Revolución en el año 61.

Sería oportuna una revisión de la prensa de la época para mostrar, en primer lugar, que la cucharada requería de unas tragaderas anchísimas, porque en aquella época todo el que no sabía se puso desesperadamente a buscar lo que era el marxismo. No estoy refiriéndome a los que ya lo sabían. El problema era el montón de gente que no lo sabía. Esa gente a la cual Fidel Castro, el primero de mayo de 1961, le tiene que decir que el socialismo cubano es justicia e igualdad social; y que la teoría será siempre una teoría cubana. En una etapa tan poco estudiada, sería bueno subrayar la originalidad con que la joven Revolución se apropia de las determinaciones marxistas, sin hacer concesiones de principios ni tampoco concesiones teóricas.

A mi juicio, estos dos puntos de vista, la instrumentalidad y la autenticidad de que hablaba Pablo, se pueden transformar en utilidad y cubanidad. La filosofía de Cuba para Cuba.

Fernando Martínez: Lo que dicen Pablo y Pilar me anima mucho. Hay una larga historia de interpretaciones del pensamiento cubano. Realmente, esto de que José Agustín Caballero inició una historia muy brillante a mí nunca me ha convencido. Yo tengo la impresión de que nosotros, o mejor, la burguesía de Cuba se inventó un

pasado, como toda burguesía que se respeta. Y en ese pasado, la filosofía debía tener también su lugar. Era el adorno intelectual por excelencia.

Entiendo que durante cincuenta años —1790-1840, aproximadamente— en Cuba se produjo una abrumadora transformación de todo: desde la cantidad y el color de la piel de las personas, y la estructura social, hasta el uso de los vehículos. Y la filosofía acompañó a ese movimiento. Fue un proceso importantísimo, que creo que ha sido estudiado de una manera muy sesgada, y en algunos casos demasiado interesada. Y también ha sido olvidado, de vez en cuando.

Solo quiero señalar, por ser breve, que después de 1840 pasaron cuarenta años prácticamente sin aportes notables al pensamiento. Lo que quiero decir es que una sociedad también puede verse en ese caso. Y sucedió en Cuba entre 1840 y 1880: se movió el país, a tal punto, que el trabajo libre empezó a ser predominante y la maquinización en la industria azucarera también, y hubo una gran guerra que duró diez años. Sin embargo, el pensamiento no avanzó. Era realmente un páramo en la época. Esto lo digo porque creo que hay una relativa autonomía del pensamiento filosófico y del pensamiento en general, respecto al orden económico y social. Sin que deje de existir un condicionamiento social muy fuerte del pensamiento.

Después, tenemos una historia hasta 1959, en la que, en mi opinión, la filosofía no es lo más importante del pensamiento teórico. Es cierto que podemos encontrar desde los cursos de Varona hasta los libros de García Bárcena o Piñera Llera. Pero me parece que donde se encuentran las mayores teorizaciones, durante prácticamente un siglo, es en el pensamiento político, en la Historia, en las ideas económicas, en las ideas pedagógicas y en los programas de organizaciones políticas. Y así fue hasta el triunfo de la Revolución del 59.

Es un largo camino, con sus detalles. Y entonces fue una explosión tremenda, después de 1960, la de la filosofía en Cuba. Creo que es una de las razones por las que estamos sentados aquí. Porque hace treintisiete o treintiocho años, de pronto el pueblo de Cuba entero se abalanzó sobre la filosofía, palabra que hasta ese momento no usaba casi nadie. Incluso muchas personas, en la primavera y el verano del 61, buscaban la filosofía en las novelas soviéticas. En *Los hombres de Panfilov* y *Así se templó el acero* trataban de encontrar la filosofía del proletariado. A la vez fue necesario, y así sucedió, que se empezaran a preparar escuelas, profesores, planes de estudio, a importar textos, etc., para lograr que la filosofía fuera algo generalizado.

Eso me parece sumamente importante, porque cambió el lugar, la entidad y la función de la filosofía en Cuba. Y cambió por una razón extrafilosófica, e incluso extrateórica: hubo una gran revolución. Eso motivó que la filosofía ocupara un lugar central; no la filosofía, sino una de ellas: el marxismo.

El orden de los factores está claro: la Revolución trajo al marxismo, no el marxismo a la Revolución. Eso es así. Nosotros no nos hicimos revolucionarios por marxistas, sino que fuimos marxistas por habernos hecho revolucionarios. Es una verdad de Perogrullo, pero es imprescindible recordarla hoy, como hay que recordar la historia del marxismo en las etapas que vinieron después y hacerlo desde la situación actual, tan grave, de abandono del marxismo en Cuba por una parte —que, en mi opinión, es enorme— de la juventud culta, para no hablar de las personas no tan jóvenes.

Entonces, se trata de un fenómeno con sístoles y diástoles, y con problemas cardíacos, el de la historia de la filosofía entre nosotros.

Isabel Monal: Voy a referirme al punto de relación de la filosofía con otras ciencias —yo diría con otros saberes, entre ellos los de tipo científico, y los relacionados con la sociedad cubana. Ese es un problema fundamental del pensamiento teórico y de la filosofía en Cuba, y es una problemática específica que encontramos no solo en la evolución del pensamiento cubano; vamos a encontrar este contrapunto a lo largo de toda la filosofía occidental, que es la nuestra. Y lo vamos a encontrar también en la América Latina.

Las cosas que voy a decir con respecto a Cuba las señalaré, por tanto, teniendo en cuenta el contexto latinoamericano, porque me preocupa escuchar con frecuencia criterios sobre la filosofía en Cuba, como si hubiera aportes o características que nos van a individualizar, a diferenciar y a caracterizar en contraste con los otros, mientras que son cosas que sí, que nos caracterizan, que nos identifican, pero en unión a otros, no en contraste.

Se ha hablado de los orígenes de la filosofía en Cuba a partir del período de la escolástica. ¿Y cómo la filosofía no va a tener relación con otras ciencias, si la ciencia forma parte del estudio de la filosofía? Es decir, está en la concepción misma de la filosofía escolástica que las ciencias no sean independientes, sino precisamente que formen parte de esta filosofía escolástica, una filosofía que funciona como sierva de la Teología, y de unas «ciencias» que funcionan también como siervas de la Teología.

El gran mérito, o uno de los grandes méritos, de José Agustín Caballero es haber iniciado un movimiento muy incipiente, muy moderado en ese sentido, para liberar a la filosofía de su servidumbre. Pero en realidad no fue muy lejos, y la filosofía siguió siendo sierva. Y las ciencias siguieron siendo siervas.

No es hasta Varela y Luz cuando realmente hay una visión moderna, una radicalización, cuando ya se cambian las reglas de juego. Pero eso ocurre en Cuba y en toda la América Latina, y ocurrió antes en Europa, en períodos distintos. Y en consecuencia, como también va a estar condicionado —como muy bien decía Fernando, el condicionamiento social— por las realidades sociales nuestras y de la América Latina, se va a dar de una manera particular, con una serie de características y especificidades que no las vamos a encontrar exactamente así en Europa. Es decir, Europa no saltó de la filosofía de tipo medieval y escolástica a la filosofía moderna. Nosotros, pasando por ese breve intermedio de José Agustín Caballero, prácticamente lo hicimos así; un interludio muy rápido, que lo encontramos en toda la América Latina y que yo he llamado «reformismo electivo». No hago de ese título, de esa denominación un problema de principios, pero es el que me ha parecido justo, y lo sigo manteniendo. Desde el año 85 hasta hoy no he cambiado en ese sentido. Los contemporáneos lo llamaban eclecticismo; no en el sentido del de Víctor Cousin; es muy importante que esto no se confunda.

Fue con Varela y con Luz que realmente la filosofía cambia sus relaciones con las ciencias, porque cambia la relación con la teología. Y entra con fuerza la importancia determinante de la teoría del conocimiento en las concepciones.

Yo sí creo que la filosofía cubana del siglo XIX, sobre todo de los primeros cincuenta años, es muy importante. Creo que ahí tenemos una fuente continua de inspiración. Sin lugar a dudas, es uno de los momentos más importantes de la filosofía en América Latina, en particular en lo que respecta a José de la Luz y Caballero; porque era un hombre extremadamente culto en filosofía, estaba muy al día en todo lo que se hacía. La radicalidad la introduce Varela. Luz continúa su acción; pero sin lugar a dudas, el nivel de profundidad analítica a que llega Luz es ya un paso más allá. Y por eso creo que sí, que es posible considerar a Varela y a Luz como dos de los más grandes pensadores filosóficos que tuvo la América Latina en el siglo XIX.

He dicho muchas veces en mis cursos, y me perdonan que lo repita aquí, que el siglo XX, en lo que es filosofía *strictu sensu*, es francamente lamentable. En general, la filosofía latinoamericana y el pensamiento filosófico latinoamericano tienen una inclinación hacia la filosofía política y social, lo que es comprensible, porque los problemas sociales, económicos, políticos, son de una envergadura tal que indiscutiblemente van creando un apremio. Pero con independencia de ese hecho —que va a estar presente a lo largo de toda la historia del pensamiento latinoamericano, sobre todo a partir de finales del siglo XVIII y principios del XIX—, encontramos en la república neocolonial un período de aridez en el pensamiento. Muy rara vez puede encontrarse un artículo, aquí o allá, que se pueda reconocer como filosofía.

Creo que la Revolución, efectivamente, ha abierto un nuevo período. Pero un nuevo período que no está dando los frutos que podría y debería dar. En esto quiero ser muy clara. Lo digo con mucho dolor, pero creo que es así.

Pienso que, además, hace unos veinte años aproximadamente, quizás menos, se ha ido produciendo una tendencia en el pensamiento cubano en que la teoría cada vez está pesando menos, en que los valores de la teoría se están reconociendo menos, en que los estudios de visiones micro van imponiendo una tónica. Y yo soy una defensora ardiente de los estudios micro; pero me preocupa mucho cuando se rompe el equilibrio que tiene que existir, y cuando las relaciones y los nexos entre los niveles del saber se rompen y se disminuyen.

Por eso me parece muy buena la idea que ha tenido la revista *Temas* de hacer esta mesa redonda, porque precisamente es poner en el proscenio al pensamiento teórico como tal. Porque si hay algo bien teórico en el mundo, es la filosofía. Y me parece ocioso recordar que no hay nada más cercano a la realidad que una buena teoría. La idea de que la teoría está alejada de la realidad es verdadera solamente cuando la teoría es falsa. Cuando no es falsa, o cuando está en un proceso ascendente del saber y llega a un escalón de ese proceso, está muy cercana a la realidad, porque precisamente mira la realidad en su totalidad.

A mí me parece que sin la filosofía y el pensamiento teórico en general y los nexos con los otros niveles de generalización, la sociedad cubana corre el riesgo de dar bandazos a ciegas, como en el juego de la gallinita. Y me parece que si antes la teoría fue importante, y en consecuencia la filosofía, hoy me parece imprescindible un esfuerzo único de pensar, de reflexión y de acción entre las dimensiones políticas y las dimensiones más teóricas, para que precisamente el proceso revolucionario cubano se beneficie de todos los saberes. Porque no es posible guiar a la sociedad ignorando los saberes que tienen que ver con su propio estudio.

Joaquín Santana: Creo que las palabras de Isabel nos están introduciendo ya en la otra problemática que debatiremos. Quisiera tomarme una pequeña atribución como moderador y destacar algunas ideas. Hablando del siglo XIX, desde una perspectiva histórico-filosófica, para los contemporáneos de Luz, él como filósofo, era patriota. La filosofía se identificaba entonces con el patriotismo y con la cubanidad, con la esencialidad del ser cubano. Sin embargo, este sentimiento prácticamente desaparece en el siglo XX, y no creo que en la actualidad esté vigente.

Me refiero especialmente a cómo se ve esto, a partir de los 80. Fernando tocaba momentos importantes. El momento del triunfo de la Revolución es el del descubrimiento del marxismo por las grandes masas, cuando todo el mundo leía marxismo; se veía a la gente con un texto de marxismo en la mano. Pero ese fenómeno se liquida quizás por un proceso de institucionalización, de sistematización, que se produce a partir de un acercamiento mayor a la Unión Soviética y el establecimiento de unos programas de estudio tal vez demasiado rígidos.

Hemos hablado de la filosofía en el siglo XX. Es verdad que en este siglo el pensamiento no se comporta desde una producción propiamente filosófica, pero me parece que hay expresiones e intencionalidades relacionadas con una filosofía política en determinados autores. Al mismo tiempo, hay todo un conjunto de trabajos, de estudios de corte sociológico-filosófico, de ensayos que tratan de reproducir la esencialidad de lo cubano. Pienso, por ejemplo, en autores como Jorge Mañach cuando trata de describir qué es el choteo para el cubano. No lo hace desde una perspectiva filosófica, pero la está tocando. Y una perspectiva más propiamente histórico-filosófica se da en Medardo Vitier, y en una óptica más literaria, años después, en Cintio Vitier, cuando trata de recorrer lo cubano en la poesía.

Estas problemáticas estaban vigentes en la primera mitad del siglo XX. Y con el triunfo de la Revolución se abren nuevas perspectivas, y nuevas problemáticas. Y la

filosofía marxista vive momentos muy importantes en este país. Sin embargo, a partir de los años 70 hay un proceso que, de una manera u otra, y cada vez más, tiende a que sectores intelectuales se aislen del marxismo o no encuentren en el marxismo las respuestas a las preguntas que tienen. Y ese es uno de los problemas más preocupantes que vive, a mi modo de ver, la sociedad cubana hoy.

Pablo Guadarrama: El nivel de protagonismo de la filosofía en la evolución del pensamiento cubano no puede ser considerado algo lineal. Yo señalaba que había zigzagueos, etapas de auge y etapas de estancamiento. No podemos hablar de similar nivel de autenticidad de la época de la polémica filosófica de José de la Luz y Caballero frente a los eclécticos y el de la época de la obra de José Manuel Mestre. Tampoco es igual el momento de las conferencias filosóficas de Varona —que fueron un acontecimiento cultural que promovió la vida intelectual cubana de inicios de los 80 del siglo XIX—, que la década de los 30 o de los 40 del XX, cuando la filosofía no alcanza la misma envergadura y reconocimiento.

Si algo caracterizó —y por eso lo omití y conscientemente salté a los años posteriores al triunfo de la Revolución cubana— a la mayoría de la intelectualidad filosófica cubana de la década de los 50 del siglo XX fue su torremarfilismo y academicismo. Predominó entonces cierto aislamiento de los problemas sociales, políticos, culturales de urgencia, aunque tal vez estaban muy a tono con algunas discusiones que se daban en el terreno de la fenomenología, el existencialismo o la filosofía analítica, así como de otras corrientes que en ese momento tenían cierto auge en América Latina.

Creo que un análisis similar se impone para estos cuarenta años de Revolución. Porque la filosofía marxista tampoco ha tenido un nivel de protagonismo similar en los 60 que en los 90. Eso está clarísimo y lo puede confirmar Fernando. Hoy en día no encontramos en nuestra juventud esa avidez por conocer el marxismo, condicionada por la efervescencia revolucionaria de los 60, y aun en algunos sectores intelectuales encontramos hasta cierta indiferencia ante los estudios filosóficos. Hay muchos factores causales. No creo que sea solamente por el derrumbe del socialismo real. Hay otros factores, tal vez posmodernos, que inciden en esa indiferencia ante esos problemas.

Lo que sí podemos decir es que lo mejor de la producción filosófica cubana en estos dos siglos aproximadamente sí ha tenido un vínculo orgánico con las demandas sociales, políticas, culturales del país. Y ha contribuido a la fermentación ideológica de sus procesos. A veces con relativos retrasos, otras con adelantos, y a veces con ausencias imperdonables.

El pensamiento marxista en Cuba de los últimos años tal vez no ha tenido la suficiente calidad, ni originalidad, diríamos mariateguiana, como para ser considerado suficientemente creativo —aunque haya sido heroico—, pero no genuinamente renovador y hasta incluso hereje —como era Marx—, es decir, heterodoxo, crítico y autocrítico, que revolucione a este propio pensamiento. Por el contrario, a veces se anquilosó por la importación de esquemas filosóficos soviéticos, de Europa oriental, o de otras latitudes, que no siempre contribuyeron a su enriquecimiento. Estas influencias acomodaron el pensamiento a la idea de que en el marxismo o con el marxismo estaban resueltos todos los problemas habidos y por haber y, por tanto, como decía el Che en su carta a Armando Hart, no había nada que pensar. Sencillamente todo estaba explicado. Esa visión contribuyó a estimular cierta pasividad y falta de creatividad para plantearnos nuevos problemas y la búsqueda de sus soluciones. Era necesario reconocer el valor de Marx, de Lenin, de Gramsci, y de otras grandes figuras del pensamiento marxista, pero no para quedarnos en ellos. Tal vez uno de los problemas que hemos tenido en los últimos años, en cuanto a la falta de carácter aportativo de la filosofía, ha sido esa función mimética, reproductiva. La

producción teórica de los últimos años no ha sido lo suficientemente audaz como para revolucionar el pensamiento filosófico cubano.

María del Pilar Díaz: Me parece muy interesante lo que dice Pablo, pero me recuerda aquella frase del holandés Huizinga y su concepto de Historia cuando dice: «La historia es la visión tradicional de un pasado». Yo siempre la he interpretado como «un cierto pasado». Uno de los problemas que tenemos cuando pensamos en la filosofía es que la pensamos también a partir de la historia que tenemos, a partir de la visión que la historia nos ha dado de ella, de la sacralización o del desprestigio que la historia nos ha dado de un cierto momento, unas ciertas figuras o un cierto período del pensamiento, tanto filosófico como intelectual en general.

Es muy difícil pensar al padre José Agustín Caballero más que en blanco y negro. Nadie piensa en él como un catalizador, que es lo que fue. Simplemente el que desempeñó el papel de motivador de un desarrollo. Él era, como se vio cuando le dieron la cátedra, incapaz de sostener, pero sí capaz de propiciar.

Por otra parte, es realmente asombroso el modo en que durante prácticamente cincuenta años del siglo XX, en este país no se está produciendo filosofía. Había buenos profesores y un número bastante reducido de intelectuales aislados que se reunían de vez en cuando para hablar de filosofía y para creer que hacían teoría, y para estar realmente, como decía Pablo, muy a tono con lo que se estaba haciendo en América Latina en esos momentos.

Fernando Martínez: Yo he tenido años suficientes para pensar en este asunto. Por eso quiero volver sobre lo abordado en las tres últimas intervenciones. La filosofía en Cuba, efectivamente, tuvo un lugar importante, en estrecha relación con la sociedad criolla, entre 1790 y 1840. Y tuvo un lugar mucho más importante desde 1961 —en nuevas condiciones históricas— en medio de una revolución tan desmesurada que planteaba un montón de problemas de todo tipo. Porque los cambios íntimos de las personas, los de las relaciones entre las personas y los de las instituciones, fueron sumamente radicales.

Pero, a la vez, la Revolución estaba necesitada de un discurso y de un orden mental, cierto saber establecido, para que fueran viables su poder y su proyecto. Ese fue un problema filosófico central desde los primeros años 60, cuando el presente se convirtió en cambios, y el futuro en proyectos, estallando —y pasando al olvido en poco tiempo— las mezquinas dimensiones que había llegado a tener. Hasta ahí, el presente era la solución de la vida cotidiana personal y familiar, algunos problemas de sobrevivencia, y un poco más arriba, de ascenso social relativo. Por ejemplo, a mí me enseñaron de niño, en mi casa, un problema filosófico básico: que cada uno debe darse su lugar. En todas las familias se aprendía eso. Si acaso, uno podría subir solo un peldaño de la escalera social.

La Revolución fue precisamente la ruptura de la escalera y de la idea de que cada uno debe darse su lugar. Se acabó el respeto a la propiedad privada como en ningún otro lugar del mundo, y ese respeto es quizás el más difícil de perder. No solo se acabó con la propiedad privada, sino con el respeto a ella, de lo cual me siento muy feliz. También me hace feliz el igualitarismo. Cuando en la actualidad se critica el igualitarismo se está haciendo una de las tantas concesiones al retorno de una ideología de matiz burgués. Soy tajante para ser sintético. Porque vuelvo otra vez a los 60.

En aquel momento fue necesaria la teoría, y la necesidad —Federico Engels sabía eso— puede más que las Universidades. Fue necesaria porque no era posible que se correspondiera el pensamiento con las realidades. Esa perla del marxismo dogmático, la obligada correspondencia que nos sujeta a «las fuerzas productivas», no podía regir de ninguna manera y, por tanto, era necesario pensar. En aquel momento, Fidel y el Che eran los pensadores por excelencia en Cuba. A la vez, el marxismo —y esto es lo

más complicado de todo— resultó ser *la* filosofía, frente a las demás. Pero el marxismo tenía una historia, y su historia reciente no lo capacitaba mucho para eso. No solo se había vuelto insuficiente para la tarea, era además muy dogmático, muy prepotente; era sectario, clasificador y juzgador. Contenía, por tanto, el peligro de que sirviera solo para legitimar la Revolución, no para andar con ella y tratar de ayudar a guiar la acción y el proyecto.

Algunos intentaron gobernar el pensamiento desde aquel marxismo tan pobre, y desde una unión de lo científico, lo acertado y lo correcto, unión que es siempre funesta. Ellos estaban embanderados en una ideología que venía desde el aliado principal, que se proclamaba el portador del socialismo y nos facilitaba armas y petróleo por azúcar. Se desarrolló un conflicto entre aquella corriente y la emergencia de un pensamiento revolucionario cubano que se hacía marxista desde sus circunstancias y por el camino descubría las realidades de la historia y el rico potencial de la teoría del marxismo. Esa es una de las claves de la historia de la filosofía cubana de los 60, los 70 y los 80, hasta inicios de los 90. Primero triunfaron la necesidad y el vigor revolucionario. Había una tensión favorable, creativa, entre el poder y el proyecto. Entonces se decía: «La Revolución es fuente de derecho», como un principio jurídico fundamental. Pienso que también se podría haber dicho: «La Revolución es fuente de teoría», como un principio filosófico fundamental.

Y naturalmente, la teoría debía tener —vuelvo a lo que decía al principio— una relativa autonomía. Si no es así, no es. Por tanto, la filosofía debía estudiar a Kant y a Sartre, a Trotsky y a Mao. Debía cumplir con sus reglas de producción intelectual, como cumplen las suyas otros campos del conocimiento y de la vida social.

Mientras eso sucedió, mientras la relación ente el poder y el proyecto fue favorable, hubo un desarrollo. Es imprescindible establecer la historia, los hechos, lo que efectivamente sucedió. Después de 1971 la situación cambió. Corresponderá a los estudiosos e investigadores elaborar interpretaciones a partir de esos hechos; decir su palabra, que nunca será la última, porque cada generación siempre tiene que hacer la interpretación de su pasado. Por mi parte, he publicado mi opinión: lo que sobrevino fue el empobrecimiento y la dogmatización del pensamiento filosófico y de las ciencias sociales en Cuba. Una filosofía seca y estéril que repetía y obligaba a repetir fórmulas abstractas, supuestas gobernadoras del mundo. La camisa de fuerza de una supuesta epistemología de las ciencias, que se llegó a convertir en la parte sagrada de todo acto profano. Se hacían Tesis de grado que se encomendaban al marxismo-leninismo en un primer capítulo, y después venía el fruto de lo estudiado. La primera cita al pie debía ser de uno de los tres clásicos del marxismo y la segunda debía ser del último Congreso del Partido del país de donde fuera.

De aquella realidad, de esos polvos, salió mucho lodo. No fue la caída de un muro en Berlín lo que motivó el desastre que sucedió entre nosotros en el ámbito del pensamiento, como la caída del Muro, e incluso la apropiación de su propio país por el grupo dominante en la Unión Soviética, tampoco motivó la caída de la Revolución en Cuba. Ahora bien, si el fin de los regímenes con los cuales tenía Cuba el 80% de sus relaciones económicas no provocó la caída del sistema cubano, ¿por qué no significó un nuevo florecimiento del pensamiento teórico cubano? Porque no es lo mismo sembrar cebollas que aprender a pensar. Porque la imposición, que después se interioriza, el dominio del poder sobre el proyecto, termina por hacerle daño al proyecto, y por hacer daño a la posibilidad de pensar el proyecto.

Durante casi dos décadas se alimentó una ideología y un campo teórico que, en nombre de la protección del marxismo-leninismo, secó el entusiasmo popular por la filosofía del marxismo y dañó el potencial del marxismo para impulsar la creación de una cultura de transición socialista y de ideales comunistas. Se fueron creando las bases para una situación muy grave, que no ha sido remontada. Y no lo ha sido

porque nunca se sacó a debate, ni ha habido la necesaria decisión política e ideológica frente al problema, quizás por algo que Isabel decía en su primera intervención: porque no se le da la importancia que tiene el pensamiento. Parece como si el pensamiento fuera terciario, no digamos secundario, como si se pudiera prescindir de él durante el tiempo que sea necesario.

En los 90, donde cada año es diferente al otro, nos encontramos en una situación angustiosa. Como pasa siempre, hay problemas más o menos profundos. En la superficie, uno advierte una tendencia a abominar el marxismo por parte de muchos jóvenes. Eso, cuando se les menciona; porque si no, ellos no hablan nada de marxismo, como si no existiera. Y gran parte de los mayores trata de olvidarlo. A mí me preocupa la necesidad que tienen de reaccionar así, porque pienso que forma parte de una onda conservadora que gana terreno en nuestro país desde hace varios años. Que no tiene que ver solamente con lo que estamos hablando, sino que lo incluye.

Es una situación, pienso, que tiene que ver con el problema de los ideales: si nuestra sociedad necesita o no determinados ideales. No me refiero a la retórica que puede escucharse a veces en medios públicos, que insiste de manera suicida en desgastar el lenguaje. Hablo de las necesidades y de lo que se mueve realmente en la calle, en las conversaciones y en los pensamientos de la gente. ¿Es necesario que sometamos nuestra actuación a valores determinados o no? Si es necesario, será necesaria la filosofía. Como fue necesaria en los 60, cuando el presente se convertía en cambios y el futuro en proyectos. Pienso que sigue siendo necesaria. Puedo estar equivocado, aunque no creo estarlo. Pero, lamentablemente, advierto a mi alrededor la idea del fin de toda concepción general —que puede ser una discusión más o menos elegante en Francia, pero aquí es trágica—, el fin de los paradigmas y de los grandes relatos, la trivialización, la carnavalización. Todas esas palabras más o menos largas me parecen interesantes, pero podrían ser inadecuadas para nuestros problemas, u ocultarlos.

En realidad, esa idea concurre a los intentos de fundamentar la actuación y la vida en un pragmatismo —no el de aquellos pensadores norteamericanos de principios de siglo— ramplón, que se corresponde con una ausencia de emociones. Preferiría el cinismo, que por lo menos esconde emociones y frustraciones. El pragmatismo ramplón aspira a que no haya emociones. El grito por una filosofía en la actualidad debe relacionarse con el grito porque prevalezcan los valores, porque el intelecto vaya, por ejemplo, más allá del informe del comportamiento de las ramas de la economía. Enseguida aparecerá una segunda pregunta básica: ¿qué valores? El que no cree deberse a ningún valor ya se está debiendo a unos, muy determinados, aunque no lo sepa.

Isabel Monal: Una de las cosas del temario que más me ha interesado es que no está limitado al marxismo. En Cuba, obviamente, sobre todo después del triunfo de la Revolución, pero también durante todo nuestro siglo xx, el marxismo es fundamental; pero yo quiero decir algunas cosas que no sean solo sobre el marxismo, sino sobre la filosofía. Quiero hablar un poco, o por lo menos subrayar el tema del nexo entre pensar y conocer. Porque para pensar bien, aunque uno se equivoque, hace falta conocer. Y creo que uno de los problemas fundamentales que tenemos en la enseñanza y en todo lo demás es que no hay un suficiente respeto al conocer. Hay mucho estímulo a la improvisación, a las transgresiones de una rama a otra, contra lo cual no tengo nada, siempre y cuando se hagan bien hechas. Si yo voy a entrar en un terreno que no es el mío, no estoy exenta de dedicarle algún tiempo antes de entrar en él, de ver de qué se trata; lo que no se limita, digamos, a una lectura para conocer contenidos, sino saber cómo uno se mueve dentro de una temática —para no decir materia— determinada, que tiene sus métodos, sus maneras, sus características. Hay que saber cuáles son las problemáticas. Porque se puede leer y no saber de qué problemáticas

se trata, de cómo se establecen sus nexos. Y qué han dicho unos cuantos señores que pensaron y conocían mucho, durante unos cuantos siglos de esta humanidad.

Este es un punto que a mí me preocupa muchísimo; esa tendencia a la improvisación, un hecho que, desgraciadamente, a veces es estimulado. El que primero nos enseñó a pensar, lo primero que hizo fue conocer. Y también los otros que lo siguieron, que pensaron y que hicieron verdaderos aportes a nuestra historia, a nuestra identidad, al desarrollo de la filosofía en Cuba, al desarrollo de los saberes en Cuba. Fue, ciertamente, algo de una cierta originalidad, pero una originalidad basada en el trabajo serio, en un conocimiento serio. Y basada, en consecuencia, en una capacidad de interpretar.

Creo que todo eso hay que mirarlo en conjunto. Yo tengo tendencia a identificarme con Gramsci cuando distingue ser original de ser creador. Se puede discutir la terminología. Lo importante es la esencia de lo que Gramsci está expresando. El defiende la creatividad, aquella que realmente es un aporte sobre una base seria, sólida y no en busca de decir algo nuevo —que a veces no es tan nuevo—, simplemente porque eso va a recibir aceptación, nos va a permitir saltar etapas rápidamente, etc. Conocemos ese camino.

Precisamente, lo que nos enseña la mejor tradición de pensamiento cubano es que pensar bien implica conocer bien. Conocer bien en el sentido amplio que dije al principio, no solo de contenidos.

La cuestión de la masificación entra aquí también. Es un problema serio para el cual yo reconozco, con toda honestidad, que no tengo respuesta. He pensado mucho sobre eso y nunca he encontrado la solución ni algo que se le aproxime. Pero creo que sigue estando ahí.

El socialismo no se puede hacer sin una participación consciente de las masas; una conciencia basada en ese pensar que hemos estado señalando todos aquí. La conciencia pasiva no resuelve los problemas, sino la activa, la que piensa. Y una conciencia, para pensar, tiene que estar informada. Y ahí empezamos a tener problemas —y no solo en el estudio del marxismo. El socialismo sin información tampoco se puede construir; porque no podría haber una conciencia activa, participativa.

Es ese pensar el que hace falta. Pero también hace falta la masificación. Entonces, ¿cómo masificar la filosofía y, en este caso específico, el marxismo?

Creo que tratando de masificar cometimos errores que, como bien se ha dicho aquí, cayeron en formulaciones triviales y en una vulgarización lamentable del marxismo. Yo recuerdo algunas amistades mías que pasaban cursos de marxismo, y que iban a verme para que yo las ayudara. He pasado allí los tragos más difíciles, más amargos. ¿Cómo explicar que los reclutas desfilando en la Plaza con sus madres son una prueba de la ley de la dialéctica? ¿Cómo podía yo solucionar aquello? Me venían a pedir ayuda porque eso fue lo que les explicaron, y se iban a examinar. Esta es una anécdota, pero creo que refleja una realidad.

Y necesitamos que la filosofía no sea solo la de los filósofos. Y eso Gramsci lo señaló muy bien. Creo que ahí es donde tenemos el problema. Porque no puede haber una conciencia socialista si no hay un conocimiento del marxismo y de otras cosas.

Aquí estamos hablando de filosofía y de marxismo, pero quiero mencionar otras cosas que se le relacionan: la Historia, por ejemplo. Y no solo la historia de Cuba, que es la otra moda, como si conociendo solo historia de Cuba se pudiera entender el mundo de hoy, ni el de ayer, ni el de ningún momento.

Tenemos una tendencia a vulgarizar ese nacionalismo que tanto queremos y que hemos defendido tanto, como vulgarizamos el marxismo. Ese es otro peligro, compañeros. Porque igual que había miles de citas de Marx fuera de contexto, ahora hay citas de Martí, vengan bien o no. Cogemos cualquier cita para justificar cualquier

cosa. Martí merece otro respeto. Yo estoy muy de acuerdo en citar a Martí. Yo cito muchísimo a Martí. Pero hay que saberlo citar con propiedad para el nivel teórico, para el problema que Martí está abordando. No para «resolver» cualquier cosa.

Una de las deficiencias que tenemos en el conocer, ya a nivel de trabajo más profesional —y esto lo he dicho muchas veces— es un conocimiento insuficiente y a veces un desconocimiento de la historia de las ideas de la disciplina de que se trate, y de las ramas aledañas. Por ejemplo, no se puede hablar de sociedad civil ignorando a Locke, porque no se puede hablar de sociedad civil sin conocer la historia del concepto, donde los fundamentos dados por Locke y Adam Smith están todavía en la teoría neoliberal contemporánea. No han envejecido, porque las condiciones del capitalismo siguen estando ahí.

Hace falta ser creador. Pero para ser creador, por lo menos en este tema y en otros muchos, no se puede improvisar. De manera que ese pensar tiene que ser a partir de un conocimiento que no se limite a Cuba; de un sentido amplio de los problemas que encontramos en otras zonas geográficas, y la relación de Cuba con todo eso.

No solo porque hay nuevas condiciones y nuevas situaciones que hay que estudiar —que son inéditas para la propia teoría marxista—, sino porque muchas de las cosas que la propia teoría marxista estudió, y a veces estudió bien, también se han modificado. Y otras veces porque se equivocaron, caramba. Tenían derecho a equivocarse. Y ellos mismos lo iban reconociendo. Justamente, una característica que debe tener todo marxista es volver sobre sí mismo y rectificarse. Rectificarse sobre la base de una crítica. Y la creación implica, entre otras muchas cosas, este ejercicio. El ejercicio de criticar los propios fundamentos y las propias concepciones en las que uno se inspira.

María del Pilar Díaz: Si no se enseña a pensar es muy difícil que se obtengan resultados en el pensamiento. Hay que meditar sobre eso, desde la paradoja que tan sintéticamente Isabel señaló: el socialismo necesita de masividad, pero la filosofía no es una disciplina masiva. Miren qué sencillo. El conocer es totalmente imposible si no se ha enseñado cómo se conoce. Para las tantas generaciones a las cuales se les ha enseñado que leer el último libro y repetirlo significa conocimiento, no tiene nada de extraño que repitan toda la discusión posmoderna que ya nadie discute salvo, lamentablemente, en Cuba; que se repitan aquí los postulados de Lacan; que se repita cualquier cosa nueva o no nueva.

Es totalmente imposible intentar resolver un problema, sea del orden que sea, conociendo tres o cuatro determinaciones, leyendo cuatro libros, cuyo último *copyright* es del mes anterior y, a partir de ahí, ya establecer una conclusión. El pensamiento humano es casi mágico, pero tiene sus límites.

Voy a hacer una anécdota personal, referida a mi ejercicio de grado, que se llamó *Ideología y revolución en Cuba. 59-62*. En esos días me encontré con un compañero que me dijo: «¿Cómo es posible que trabajes la Revolución cubana si tú te ocupas de Hegel, de lo abstracto y lo concreto y esas cosas?». Parece que no es posible hacer una reflexión teórica sobre la Revolución cubana. Es por eso que traigo esta anécdota a colación. La paradoja del conocimiento y el pensamiento tiene en estos momentos todavía otra arista: la valorativa. El pensamiento valora necesariamente; la teoría siempre traspone la valoración y ofrece un resultado.

No creo que la llamada crisis de valores sea hoy realmente una crisis. Es un tránsito necesario. No es posible que no haya un cambio valorativo en un país que tiene dos economías paralelas. Esto es tan claro como el agua. Pero creo que los estudios sobre los valores que se desarrollan actualmente olvidan un problema que el pensamiento ya estudió: que no es tan fácil ejecutar un cambio de valores.

Para que la coyuntura valorativa del sujeto cambie totalmente y no periféricamente mediante la incorporación de tradiciones, hábitos, costumbres, impuestos por la

coyuntura, tienen que darse alternativas que sean realmente radicales, y que todavía, hasta donde yo sé, en este país no han ocurrido. Creo que hace falta que el pensamiento cubano se dedique a estudiar el problema actual, desde hoy, a partir de la transformación valorativa que está ocurriendo en este momento.

Estudiar esa problemática debe ser una de las tareas más urgentes de la reflexión filosófica en nuestro país. No quiero decir que no se haga, sino que se hace desde una perspectiva que, a mi juicio, conoce sin conocer, porque está estableciendo características del sistema valorativo actual sin ver sus antecedentes y sustratos como mentalidad. Y como decía la doctora Monal, sin conocer a profundidad, pensar es totalmente imposible.

Joaquín Santana: Un tema que me parece fundamental y que ha estado presente de manera implícita en las reflexiones realizadas, es el de la enseñanza de la filosofía en Cuba. ¿Cuáles son los problemas y dificultades que presenta esa enseñanza en la actualidad?

Pablo Guadarrama: La mesa a que nos convocaron era sobre la filosofía en Cuba, y por eso yo agradezco mucho la precisión de Isabel Monal de que estamos hablando de la filosofía, y no exclusivamente del marxismo. Uno de los puntos que se quiere que tratemos es el de la enseñanza de la filosofía. Voy a tratar de dar respuesta a preguntas que me hacen con frecuencia, sobre todo fuera de este país. Me preguntan: «¿Qué se enseña en Cuba en filosofía?». Cuando preguntan eso, yo digo —y pienso, porque estoy convencido—, que la filosofía no se puede reducir a patronímicos ni gentilicios. Que la filosofía, por su propia naturaleza, no es aristotélica, ni heideggeriana, ni marxista, ni gaosiana, ni varoniana, *in strictu sensu*, como no es estrictamente griega, ni alemana, ni cubana, ni francesa: es filosofía. Como no hay una Matemática australiana ni una Física congoleña.

Desde luego, todo tiene un condicionamiento histórico-social. Hay tradiciones de pensamiento, y hay pensadores que son básicos en la historia del pensamiento filosófico, como los hay en el científico, en el arte, en la literatura, y como los hay en todas partes.

Por eso, se supone que nosotros en la actualidad, en Cuba, estamos enseñando la filosofía con una perspectiva marxista. Sin embargo, hay diversas interpretaciones de lo que se entiende por filosofía marxista. Basta visitar las Universidades y otros centros de educación para observar que sobre la base de un determinado programa común de estudios, que tiene unos llamados temas «invariantes», cada cual interpreta, por supuesto, esos temas a su manera y da su versión, lo que él entiende que es la interpretación marxista y por tanto correcta del asunto.

Yo digo con frecuencia que el primero que cuestionó su condición de marxista fue Marx, en aquella famosa entrevista que le hicieron al final de su vida. Creo que afirmó eso, no porque renegara de su concepción dialéctica, materialista, humanista y revolucionaria, ni de sus principios políticos y científicos, sino porque no quería reducir a ese patronímico una cosa tan seria como es una concepción filosófica del mundo.

Por eso yo reivindico epistemológicamente mucho más el posible «núcleo duro» del marxismo, cuyos componentes son la concepción materialista de la historia, la visión dialéctica del mundo, y su condición humanista, práctico-crítica y revolucionaria. Es decir, estos elementos que, a mi juicio, conforman una concepción teórico-filosófica, que es lo que supongo que con sus diversas interpretaciones, se enseña en las Universidades y en otros centros de educación cubanos.

Sin embargo, tengo una gran preocupación —esto lo he dicho en otras ocasiones, pero no lo hemos abordado aquí—: el problema de las fuentes bibliográficas

actualizadas sobre la filosofía. Pienso que, lamentablemente, su estado es deplorable en nuestra situación actual. Y eso incide en la calidad de la enseñanza de la filosofía en nuestro país. Porque no hay, realmente, una actualización bibliográfica para que los profesores tengan un nivel de conocimiento de los nuevos aportes, de las nuevas corrientes que se están produciendo en el pensamiento filosófico mundial, ya que hasta para criticarlas hay que conocerlas. Para mí, esa es una seria deficiencia de la enseñanza de la filosofía.

¿Cuándo nos percatamos más de esa situación? En los congresos y otros eventos, cuando participan extranjeros; en la lectura de artículos en distintas revistas, o cuando en otro país de pronto descubrimos que estamos desactualizados. Ese es un problema muy grave.

Hay otro problema, a mi juicio, muy serio: la llamada crisis del socialismo real y la llevada y traída crisis del marxismo. Hay en Cuba tantas disímiles interpretaciones —desde quienes consideran que no ha habido crisis, hasta los que han puesto en tela de juicio la total validez epistemológica e incluso axiológica e ideológica del marxismo—, que se ha producido una caótica diversidad de posiciones en cuanto a la enseñanza del marxismo en la actualidad, que no siempre ha encontrado los canales adecuados de debate, aunque se hayan hecho algunos intentos provechosos para mejorar esa situación.

En resumen, no creo que la enseñanza de la filosofía en general y del marxismo en particular esté en sus mejores tiempos en nuestro país. Esa es mi conclusión lamentable.

María del Pilar Díaz: Si se habla de la enseñanza de la filosofía en Cuba en el primer momento de la Revolución —la Revolución del 59, como le gusta decir a Fernando Martínez—, hay que decir que era una enseñanza totalmente subversiva, que casi no era enseñanza del marxismo porque no se sabía todavía de eso. Yo diría que, salvando a un grupo pequeño, el conocimiento que se tenía en aquel momento de la teoría marxista era nulo. Se aprendió mucho más —y ahí es a donde voy—, de las intervenciones de Fidel Castro, que en una clase de filosofía, en los años 62, 63 y 64.

Yo creo que el problema está en a qué le estamos llamando filosofía en Cuba. La doctora Monal recordaba un punto muy importante: la teoría, que es lo que le da legitimidad a la filosofía. ¿Estamos llamando filosofía a la enseñanza de la filosofía? Yo, por lo menos, no me considero una filósofa, sino una profesora de filosofía. ¿Estamos llamando filosofía a la divulgación, recepción y aceptación en el país de las ideas más avanzadas de la época? ¿O le estamos llamando filosofía al modo en que el pensamiento teórico se apropia de las determinaciones sociales, se nutre de ellas, se retroalimenta de ellas, y presenta a la sociedad una visión que ella puede compartir?

En cualquiera de estas tres alternativas tenemos un problema con la enseñanza de la filosofía. Hay un problema que Pablo recordaba cuando hablaba de la institucionalización. Yo no creo que entonces el problema fuera si los programas eran buenos, malos o regulares. Si no recuerdo mal, eran los que se daban en la Lomonosov. El problema estaba en la idea de que ese era el camino, la verdad y la vida; de que eso ya era lo perfecto. Salvo brillantes profesores, era difícil salirse de esa concepción, y absolutamente innecesario para la gran mayoría.

Filosofía significa reflexionar sobre el saber. No se puede reflexionar cuando no se tiene entrenamiento para pensar, y en ese esquema no había entrenamiento para pensar. He hecho la salvedad de que profesores brillantes, al margen de lo que estuviera en blanco y negro en los amarillos papeles de la Lomonosov, usaban la Historia de la filosofía para lo que siempre se ha usado: como pretexto para pensar. Porque reflexionar sobre lo que dijo Spinoza el único interés que tiene no es saber qué dijo, sino saber para qué me sirve.

La reproducción masiva de la idea de que la filosofía es algo que hay que aprobar y vencer para un grado científico, la abarata totalmente, le quita todo el prestigio social que pueda tener, y a la vez la ata a una realidad social muy coyuntural.

Cuando aquello, filosofía era, por antonomasia, filosofía marxista, y filosofía marxista era la que se producía en la Unión Soviética y quizás en la ex RDA. Recordemos aquellos célebres textos de crítica de la filosofía burguesa contemporánea. Usted no enseñaba filosofía burguesa contemporánea. Usted la criticaba, y la asignatura se llamaba así.

De esta manera se pretendió enseñar a pensar, por lo que resulta harto sorprendente que cuando el derrumbe de Europa socialista provoca el descrédito de la filosofía marxista, mucha gente siguiera pensando. La pregunta es: ¿dónde se entrenaron para pensar el marxismo? Se supone que todo lo que se ha dado son cucharadas. Por eso me interesaba subrayar ese matiz.

Elegir entre las alternativas que di, supone un problema para la enseñanza de la filosofía en la Cuba revolucionaria, por la masividad. Uno de los principios de esta Revolución es que potencialmente todo el mundo puede tener un título universitario. Si esto es así, todo el mundo puede aprobar la asignatura filosofía repitiendo los manuales ¿Y entonces qué queda de la filosofía? ¿Qué queda de la teoría que pedía Isabel? Si alguien se tomara el trabajo —como yo he tenido que hacer— de estudiar el cambio en los temas de las tesis de Diploma en filosofía, desde los primeros hasta ahora, vería una diferencia sustancial.

Las primeras tesis —fueran buenas, malas o regulares— tenían la intención de abordar y reflexionar sobre un problema teórico, o aplicar una teoría. Había en aquel momento tesis sobre Spinoza, acerca de la discusión de los estudios espinozistas en Cuba, tesis sobre Sánchez Vázquez, etc. Se encuentran tesis que abordan un problema teórico para hacer una proposición teórica. Incluso hay tesis de los años 86-90 que teóricamente están haciendo proposiciones muchísimo más avanzadas respecto a lo que se estaba produciendo en toda América Latina en ese momento. Pero, lamentablemente, después llegamos al momento de la instrumentalidad falsa, por absoluta. Pienso que no se trata de que la teoría quede relegada, sino que deja de existir como teoría.

Como subrayaba la doctora Monal, la única razón de existir que tiene la filosofía es pensar, enseñar a pensar, a reflexionar. Y aquí en Cuba —me cito ahora a mí misma— para un algo. No creo que durante estos años, salvo notables excepciones, hayamos enseñado a pensar para un algo. De hecho, lo que le hemos enseñado a la gente, sin darnos cuenta, es que existe un *canon* y del otro lado hay una gran tierra incógnita. Lo cual explica la moda de la posmodernidad y con qué entusiasmo se asumió en Cuba; y explica la asunción de la Escuela de Frankfurt como si Horkheimer no estuviera hecho ceniza hace bastante tiempo, porque la gente no sabía quién era Max Horkheimer; y explica el intento de discusión de lo que algunos llaman «marxismo occidental».

Pensar no está de moda. A eso quiero llegar. Hay que ver la matrícula que tenemos en la especialidad de filosofía: ocho, diez o doce estudiantes. Pensar no está de moda porque hemos habituado a la gente a que no le hace falta pensar. Le hemos enseñado que todos los problemas de pensamiento están resueltos. Y por tanto ahora, en medio de la coyuntura en la que tan gallardamente sobrevivimos, nadie piensa que hace falta pensar. Se trata de buscar una solución práctica, de coyuntura.

Fernando Martínez: Lamento no poder opinar sobre la enseñanza del marxismo en Cuba en la actualidad, porque no la conozco suficientemente. Me interesé mucho en ella, con ayuda de gente muy valiosa que a fines de los 80 y principios de los 90 confiaban en que se abrirían nuevos caminos. Planteé entonces, y hoy, que no habrá

superación de la crisis del marxismo en Cuba sin debate y participación real de todos los interesados, en un rescate crítico de toda la teoría y toda la historia del marxismo, en el examen respetuoso y profundo de las demás corrientes de pensamiento, para sacarles provecho, en la reeducación y educación seria en marxismo, en que se utilice para abordar los problemas principales y en que termine su vulgarización. La enseñanza de la filosofía no puede ser un remanente de las cavernas, una obligación o un gasto no productivo del sistema. Desconozco la situación actual, y lo siento muchísimo.

Comparto la preocupación de Isabel sobre los modos en que ahora se exalta la Historia de Cuba. Quizás parezca una venganza por el tiempo en que hasta a los niños se les quitó la Historia de Cuba como asignatura, pero todo puede convertirse en algo negativo o ser malentendido. La trivialización de Martí —uso la palabra intencionalmente— es un buen ejemplo. También lo es constatar que el centenario de la Revolución del 95 —cumplido de 1995 al 98— propició unas pocas publicaciones de las serias investigaciones que se hacen, pero no el conocimiento de aquel proceso crucial de nuestra historia, aunque fuera por parte de minorías numerosas de la población. Es dramático, pero es verdad. Se conmemoraron las fechas de las batallas y las caídas de los grandes próceres, pero seguimos sin conocer quiénes fueron los combatientes y cómo fue su lucha, qué tuvieron en esencia que combatir, incluso dentro de sí mismos —como nos sucede en la actualidad— los que hace un siglo pretendieron que Cuba fuera muy diferente y muy superior a lo que era. No se avanzó mucho en aprender qué conocer, cómo y para qué conocer, formas más colectivas del conocer; lo mismo puede decirse de la divulgación.

Esa necesidad insatisfecha de conocer hubiera podido ayudarse con el pensamiento teórico. Estoy hablando de cosas prácticas. Porque —sigo repitiendo lo que ya se ha dicho— no hay nada que pueda ayudar tanto a los seres pensantes a resolver, o por lo menos a plantearse bien los problemas prácticos, como las teorías y los análisis teóricos de las experiencias.

Joaquín Santana: Creo que hay un conjunto de problemas en lo que respecta a la enseñanza de la filosofía, especialmente de la filosofía marxista, que han sido abordados por los participantes. Se han destacado, por ejemplo, el problema de los programas, la falta de conocimiento, la necesidad de reflexionar.

Como ha dicho Isabel, el desconocimiento de la historia de las ideas y desgraciadamente (en el caso de los marxistas) el desconocimiento de la propia historia del marxismo, es muy grave. Hay que considerar que, en una determinada época, muchos se enfrentaron a ser profesores de filosofía marxista sin tener una idea conformada de la propia historia de su materia. Esos aspectos han incidido de manera negativa en la enseñanza. No creo que sea un problema de programas. El peor programa del mundo, si está impartido por un buen profesor, el estudiante lo asimila. Para ser profesor de cualquier materia —desde primaria hasta la Universidad—, uno de los factores fundamentales es un nivel suficientemente alto de cultura, de sensibilidad, que muchas veces ha faltado, quizás por la masividad, y eso ha llevado a la vulgarización. Se han hecho planes, se han tratado de hacer adecuaciones. Pero hay discusiones que quedaron en el tintero; mientras esas discusiones no lleguen a soluciones, la enseñanza del marxismo y de la filosofía va a estar siempre limitada y acotada.

El otro aspecto del problema es la filosofía como ciencia, que enfrenta hoy en el mundo contemporáneo problemas que el filósofo cubano no puede ignorar. Problemáticas éticas, que van desde la bioética (eutanasia, clonación, etc.) hasta los asuntos medioambientales. Temas que me parece que hay que repensar y abordar desde la perspectiva de Cuba. Hay problemáticas que se insertan tanto en la enseñanza como en la propia evolución de la filosofía como ciencia. Los invito a comentar sobre algunos de ellos.

María del Pilar Díaz: Quisiera comentar sobre el estado de la filosofía a nivel mundial. Yo diría que es simplemente deplorable. Estamos en el fin del siglo. Y un fin de siglo que —a pesar de Descartes— va a pasar por fin de milenio (aunque el milenio se cumple el 31 de diciembre del 2000). Los fines de milenio siempre se caracterizan por un alza del irracionalismo. Eso no es nada nuevo. Si hay algo curioso, hasta donde estoy enterada, en la producción filosófica contemporánea, más allá de esas cosas que siempre se hacen para los estudiantes, para los cursos de la Sorbona, etc., es el intento de diseñar filosóficamente la sociedad nueva que se avizora, y que debe ser «nueva» porque entramos en el nuevo milenio.

Y usted se encuentra con una enorme producción, que no me atrevo a considerar filosófica, pero que pasa por filosófica, que hace pronósticos encantadores teniendo en cuenta el mágico espejismo de que, como se llegó a un punto finito, todo debe cambiar: para empeorar o para mejorar, pero todo debe cambiar. Esos son algunos de los grandes textos que se producen acerca del futuro en el 2000. Por ejemplo, en Francia hay una lista ya enorme de publicaciones acerca de cómo se van a eliminar las diferencias sociales, raciales, de género, etc. Y por otro lado usted encuentra la recurrencia a los viejos temas, también desde perspectivas curiosas, donde le diseñan a uno una sociedad que Tomás Moro ni siquiera avizó. Usted encuentra la recurrencia a «descubrir» a Locke, a Gramsci —de lo cual yo personalmente me alegro mucho— y hay quien ha vuelto a descubrir a Hegel, lo cual para mí refleja la indigencia de la producción.

En lo que yo observé, analizando listas editoriales de cuatro países, las dos tendencias mayoritarias eran estas.

Creo que con la filosofía marxista está pasando más o menos lo mismo. Se inscribe, por un lado, en «vamos a recuperar a Marx», y, por otro, a decir lo «nuevo» del marxismo. Yo diría que se le pide a la filosofía que responda a la interrogante que ella no puede siquiera plantearse. Porque la filosofía no es futurología. Se le está pidiendo que responda hacia dónde vamos. Y entonces se tiene que hacer filosofía política, que es una rama muy respetable de la filosofía, pero eso no quiere decir que sea una filosofía nueva. Porque para hacer una filosofía nueva no basta con desplazar la cuestión —como hicieron los grandes bonzos de la Sorbona— y decir: «Nos vamos a oponer a los maestros y entonces vamos a declarar el fin de los metarrelatos, el sujeto no existe, la racionalidad cartesiana murió», y nunca les importó resolver el problema de cómo seguimos pensando; si el sujeto no existe, no hay racionalidad. Estaban tratando simplemente de resolver un problema muy coyuntural para ellos que, sin embargo, se irradió a todo el mundo falto de coyuntura.

Por tanto, a mí me parece que las corrientes que se están diseñando (lo de diseñando es importante) a nivel mundial, realmente lo que hacen es eso: o retomar alguna proposición anterior, o tratar de hacer una proposición mucho más política que filosófica, para intentar avizorar un nuevo camino. Este nuevo camino no me parece que sea pensable porque todavía tenemos una realidad exacta sobre la cual pensar.

Pablo Guadarrama: Hay una cuestión que creo que no hemos abordado suficientemente, que es la relación de la filosofía marxista con otras perspectivas filosóficas contemporáneas en América Latina y en el mundo. Recientemente, en agosto de este año tuvimos un Congreso interamericano de filosofía en la Universidad de Puebla, México, donde se supone que estaba toda la constelación de corrientes filosóficas del continente americano, o sea, tanto Norteamérica como América Latina y el Caribe. Allí comentábamos —sobre todo los participantes cubanos— el hecho de que se trata de minimizar al máximo el marxismo. Hay una marcada intención. Cuando parece que hemos entrado en la etapa de los pos-posmodernismos, ahora comienza la de la hermenéutica a tomar una relativa fuerza en determinados ambientes de la filosofía.

No podemos ignorar que se están produciendo ciertas tendencias en el ambiente filosófico internacional, que la perspectiva de la filosofía en Cuba no debe ignorar. Porque son oleadas, a veces vagas, pasajeras, como el posmodernismo; y a veces son cosas más viscerales, más fuertes, más enjundiosas, que tienen sus núcleos racionales o elementos valiosos, como diría Lenin. No se pueden minimizar ni subestimar, porque, en última instancia, sabemos que toda filosofía que se respete tiene una función hermenéutica, así como posee una función ideológica, gnoseológica, humanista, etc.

Creo que si la vida filosófica cubana contemporánea quiere mantenerse más o menos al nivel de interacción debe estar actualizada en esos debates. Por eso insistía tanto en las cuestiones bibliográficas y en los congresos, eventos, etc., que nos permitan intercambios de experiencias con especialistas de otras perspectivas filosóficas que pueden aportar determinados elementos de interés a la validación del pensamiento filosófico contemporáneo.

A mí me parece que hay que insistir en eso, no con visión ecléctica, sino tal vez recurriendo al método electivo de José Agustín Caballero, ante las nuevas corrientes filosóficas y ante esos nuevos problemas de carácter ético, ecológico, cosmovisivo, comunicativos, y otros, que están naciendo de la globalización; problemas que están en el orden del día, por así decirlo, en los debates filosóficos internacionales.

La intelectualidad cubana, por lo menos la que intenta cultivar el saber filosófico, tiene el deber de enseñar estos nuevos problemas —ya que si no somos filósofos, seamos por lo menos buenos profesores de filosofía y por tanto amantes del saber—, para transmitirles a las nuevas generaciones esas nuevas perspectivas, corrientes y problemas, con una postura crítica. Porque, repito: para criticar, primero hay que conocer lo que se critica.

María del Pilar Díaz: Yo diría que en la Universidad de La Habana se transmiten esos nuevos problemas en algunas asignaturas, a través de textos y de traducciones que algunos profesores hacemos. La actualización se mantiene, por lo menos en ese reducto. En cuanto a las nuevas corrientes, mi pregunta es si tratan problemas filosóficos o no. Lo que yo he visto es un resucitar de la analítica, del marxismo y de otras corrientes. Un resucitar de lo que ya está. Yo no he encontrado nada nuevo en lo que he visto.

Isabel Monal: Me parece que este último tema es particularmente importante. Todos han sido importantes, pero este es, además de importante, sensible. Voy a empezar haciendo una breve referencia a la cuestión que Pablo mencionaba sobre electivismo y eclecticismo, porque soy un poco responsable de la separación entre electivismo y eclecticismo. Es en la Introducción a *Las ideas en América Latina* donde hago esta diferenciación. Quisiera decir, en este sentido, que yo no conozco ningún pensamiento filosófico que no sea electivo, sencilla y llanamente. Desde antes de Platón hasta hoy.

Desde el punto de vista epistemológico, eclecticismo y electivismo son lo mismo, solo que uno viene del griego y el otro del latín. Y cuando esta problemática se plantea en la segunda mitad del siglo XVIII, muchos pensadores latinoamericanos se llaman a sí mismos eclécticos. José Agustín Caballero utilizó el término «electivo». Otros también. Y me pareció que, como el término ecléctico tiene, en filosofía, esa carga tan lamentable —con razón, además—, y la intención de aquellos hombres no era precisamente hacer un *potpourri* extraño, me pareció que era rendirles más honor y hacerles más justicia separar conceptualmente un término de otro; cosa que no me arrepiento de haber hecho, y de pensar que eso es factible en filosofía. Le di al electivismo esa valoración que Pablo ha expresado, con la que yo también me identifico, siempre y cuando se tenga en cuenta que, ya desde Platón, Aristóteles, Marx, todo el mundo toma de sus antecedentes. Lo cual no los hace necesariamente eclécticos. Luz y Caballero tomó de varios y atacó al eclecticismo. Pero al eclecticismo de Víctor Cousin, una forma específica de eclecticismo, que es nociva.

Vistas así las cosas, yo creo que el electivismo es un principio sano que hay que mantener. Y que está en toda la tradición de cualquier pensamiento serio, de cualquier pensamiento creador. Es decir, por definición, todo pensamiento serio y creador es electivo. Sería casi, en este sentido, una tautología.

A mí me parece que el marxismo —esto también lo he dicho otras veces— tiene, como todo saber, un condicionamiento que no es solo social, sino gnoseológico. Entonces, necesariamente, el marxismo y el leninismo no pueden continuar desarrollándose si —teniendo en cuenta precisamente ese condicionamiento gnoseológico—, no beben de todos los saberes, no solo filosóficos, que se han desarrollado desde Marx hasta hoy; y de todos los saberes que de hoy en adelante se van a seguir desarrollando.

De lo que se trata es de que hay saberes, algunos de ellos científicos, que se han desarrollado después de Marx y Engels, y que nosotros sencillamente tenemos que incorporar. En algunos casos, se trata de trabajar visiones marxistas para determinadas problemáticas. En otros, de incorporar, dentro de un núcleo teórico marxista, aspectos que han sido desarrollados por otros pensadores u otros científicos.

Yo, por ejemplo, creo que no son negativos los esfuerzos que han hecho los llamados filósofos marxistas analíticos anglosajones. Es verdad que me formé en una Universidad analítica; yo no reniego de eso. Me alegro muchísimo de tener eso detrás de mí. Como le dije un día a alguien, eso me ordenó la mente, que para mí ya es muy importante.

Me parece que no es tanto en los saberes filosóficos, sino en otros saberes que han surgido, de donde podemos tomar segmentos enteros. Esto, naturalmente, no puede ser acrítico. Pero es que tampoco la asimilación del marxismo puede ser acrítica, ni la del leninismo. Y cuando hablo del marxismo me refiero no solo a los clásicos, sino a todo lo que vino después. No nos podemos apropiarse de Gramsci o de Rosa Luxemburgo acríticamente, ni nos podemos apropiarse de nada acríticamente.

Manteniendo esta visión crítica, podemos considerar que un elemento del desarrollo creador del marxismo es, precisamente, saberse apropiarse correctamente del desarrollo de otros saberes.

En este sentido no debemos ignorar lo que se está haciendo en toda una serie de tendencias filosóficas, sino al contrario: tenerlas en cuenta creativamente. Una forma de apropiación, a mi juicio, incorrecta, es una que está un poco en boga, que es tomar la teoría de la comunicación de Habermas de una manera acrítica. Habermas dice muchas cosas de una lucidez tremenda, de las cuales tenemos que aprender. Pero vamos a no perdernos: él hace de la comunicación el centro de la interpretación del movimiento histórico y social del mundo. Cuando ya se empieza a perder el sentido exacto de lo que está diciendo el otro, y empiezan las apropiaciones acríticas, es igual que si nos apropiamos de Darwin acríticamente: liquidamos la teoría de la revolución y nos hacemos todos simples evolucionistas. Y entonces ya no hay teoría de la revolución.

Me parece, pues, que el marxismo en Cuba tiene la tarea de ser, necesaria y continuamente, creador. En el sentido en que lo decía Mariátegui y en el que lo practicaron todos los grandes marxistas, hasta el Che y Fidel.

Creo también que sin el marxismo no es posible, en primer lugar, interpretar los problemas del mundo contemporáneo, ni las tendencias que en ese mundo se generan y se expresan, y que sin el marxismo no podemos enfrentar los problemas del socialismo cubano. Solo que ese marxismo tiene continuamente que escuchar a los otros. No solamente para tomar, sino para hacerse autocrítico. Y no subestimar muchas de las críticas que nos hicieron y que no escuchamos, y muchas de las críticas que todavía hoy nos hacen y que tenemos que escuchar. Eso es lo que quería decir.

Pablo Guadarrama: Wenceslao Roses, uno de los principales traductores de las obras de Marx, Engels y Lenin al español, decía que el marxista que solamente sabe

de marxismo ni siquiera es marxista. Y Adolfo Sánchez Vázquez sostiene con razón que sin el marxismo es imposible entender el siglo xx. Son dos frases que, en mi criterio, son fundamentales para lo que estamos debatiendo.

Fernando Martínez: Hay cosas que Pablo decía y que los demás fueron añadiendo también, que a mí me preocupan mucho. Convenimos en la necesidad de conocer para poder ejercer el pensamiento. Pues cuando miro los catálogos de publicaciones de los primeros cinco años del Instituto del Libro (1966-71) siento una gran tristeza. Porque no hay comparación, en cuanto a riqueza de pensamientos diversos, con lo que sucedió después, todavía hasta hoy. Me angustia el hecho de que arribamos al 2000 sin haber mejorado apreciablemente en cuanto a la necesidad de darles a las personas ese auxilio insustituible en materia filosófica, de pensamiento, que es el libro. El libro escrito por otras personas que piensan también —sean o no marxistas—, que pueden pensar desde diferentes concepciones y situaciones, y lo ayudan a uno a conocer y a pensar.

También siento la ausencia de otras publicaciones al alcance de la gente y del interés de la gente. No se trata solo de que estén al alcance de la gente, sino de crear el interés de la gente. Y que puedan ayudar en esta necesidad tan intensa de conocimiento que tenemos hoy.

Yo sigo viendo a una élite alrededor de estos problemas, 150 años después de que José de la Luz y Caballero escribiera su manual para enseñar cómo comportarse a las jovencitas de una élite. En aquel tiempo no estaba bien que la jovencita conversara con la criada negra. Había la idea de que eso perjudicaba su moral. Pero a fines del siglo xx, no solo hay que conversar con la criada negra, hay que detener el racismo entre nosotros, que amenaza crecer. Hablamos con razón de la necesidad de libros de filosofía, pero es angustioso pensar que los profesores de filosofía tengan que preocuparse por cuestiones tales como el racismo en nuestro país.

Es un gran riesgo que lleguemos a una combinación de altísima instrucción y profunda ignorancia. Altísima instrucción y profunda ignorancia pueden combinarse. La filosofía, que se vio compelida al centro del mundo intelectual durante gran parte de este proceso de 40 años, y a cuya situación actual nos asomamos en esta mesa, debe encontrar su lugar en la Cuba actual y ante sus perspectivas.

Tenemos ante nosotros problemas muy importantes. Pero uno de ellos es la ampliación del «nosotros». Existen, ha habido siempre, gentes pensando teóricamente, pero no necesariamente están solo en los congresos y los libros de filosofía. Le escuché a un anciano en Guadalajara, hace unos años, esta reflexión: «A mí me interesa muchísimo todo lo que están produciendo los teóricos acerca de la comunicación y cómo se controla a la gente a través de la televisión. Pero qué poca fe tienen en la gente. Yo creo que la gente va a ser capaz de sobreponerse a la televisión. Y miren que está bien organizada para estupidizarnos a todos». A mí me pareció un filósofo inteligentísimo. Y es importante que gentes así no sean profesionales de la filosofía. Desde hace varias décadas se aprecia una capacidad, en sectores amplios de personas, para inquirir a nivel filosófico —y a otros niveles «cultos»—, como consecuencia de la gran ampliación y los cambios de contenido de los consumos intelectuales durante el siglo, y de las extraordinarias experiencias sociales sucedidas en él. Se unen a esto los cambios en las formulaciones de discursos filosóficos y del número de sus interlocutores, y los desafiantes tajos hechos a la naturaleza de la filosofía por las prácticas y los proyectos anticapitalistas. Están en cuestión la dimensión y los ámbitos de lo filosófico, no solo sus paradigmas, y quizás también su naturaleza.

María del Pilar Díaz: Bueno, habida cuenta de que hemos hablado un poco acerca de la filosofía, y de su enseñanza, a mí me gustaría hablar de los estudiantes de filosofía. Porque yo recuerdo aquel pensamiento enarbolado por Julio Antonio Mella que decía:

«Todo tiempo futuro tiene que ser mejor». Me gustaría recordarlo aquí, en honor a mis estudiantes y a todos los estudiantes universitarios que tienen el coraje de estudiar filosofía en esta coyuntura. Porque quizás algunos de los teóricos de estos importantes temas olvidan que si ellos existen es porque hay estudiantes que les interesa estudiar filosofía.

Y como espero que el futuro sea mejor, espero que llegue el momento en que mis estudiantes tengan no solo libros actualizados, sino que puedan leer los clásicos de la filosofía en libros que ahora no se encuentran ni en los centros espirituales. No se trata solo de que no pueden acceder al último ensayo analítico. Se trata de que no tienen la *Ética* de Spinoza, ni *La República* de Platón. Se trata de que no tienen a Santo Tomás completo.

Yo quisiera concluir mi intervención diciendo que si todavía hay un interés por las cuestiones filosóficas en este país, está, en mucho, estimulado por esos muchachos que sin tener las condiciones ideales —que muchos desperdician en países más desarrollados—, aún se atreven a estudiar filosofía, aún la aman; y también creen que todo tiempo futuro tiene que ser mejor.

Joaquín Santana: Me parece que lo principal que ha tenido esta mesa ha sido plantear problemas que nos convocan con urgencia en el día de hoy. Y, a su vez, ha tenido una virtud que ha estado en crisis: la de señalar que el pensar tiene que dar lugar, espacio y derecho también a errar. Que el pensar, para poder desarrollarse, tiene, de una manera u otra, que conocer, que interactuar, que discutir o polemizar.

Pablo Guadarrama: Quisiera decir algo que tiene que ver con lo que recordaba Joaquín acerca de que pensar supone la posibilidad de errar. Algo que en ocasiones he apreciado en determinados círculos, no solamente filosóficos, sino científico-sociales —y eso lo dije cuando el congreso constitutivo del Sindicato de las Ciencias— es cierta autocensura entre algunos investigadores de estas disciplinas. En las ciencias técnicas y en las naturales, cuando un profesional se equivoca puede ser un error matemático, experimental, de determinado método, o cualquier tipo de error que se atribuye a una causa estrictamente técnica, científica o metodológica. Sin embargo, cuando se equivoca un científico social —y esto es válido no solamente para la filosofía, lo es también para la economía, la sociología, las ciencias políticas, la historia, etc.—, ¿en qué se piensa? En que se trata de un problema ideológico o una desviación ideológica. Se le da una connotación que no es la que realmente tiene. ¿Acaso no tenemos derecho también a equivocarnos en la filosofía o en las ciencias sociales?

María del Pilar Díaz: El error en ciencias sociales se paga caro. Pero lo que más caro se paga es la sospecha de que va a ocurrir un error. Y entonces llegamos a los problemas que Pablo mencionaba y a lo que yo he caracterizado humorísticamente como *miedo ambiente*, que no tiene nada de simpático porque impide trabajar. Hegel nunca lo estudió, por eso el miedo no tiene determinación. Pero Lefebvre sí lo estudió y se dio cuenta de que el miedo irradiaba y contaminaba. Con una persona que tenga miedo hay ciento cincuenta aterrados. El miedo, en nosotros los intelectuales, lleva a restringir temas que nadie oficialmente ha restringido, pero de los cuales, por miedo ambiente, se dice: «Eso no se debe tocar; de eso no se habla, eso no se estudia, eso no se puede, eso no está permitido». Y cuando uno pregunta quién no lo permitió, no existe un quién: es el miedo ambiente. Y de ahí viene la autocensura.

Joaquín Santana: Pero la autocensura no es gratuita, ni solo para no arriesgarse al error. Es resultado de un aprendizaje. Sencillamente aprendiste, y decidiste tú mismo qué puede ser aceptado y qué no.

Fernando Martínez: La autocensura es aprender la censura. Lo que decidiste es hacer carrera. Si vas a hacer carrera no vas a andar preguntándole al de arriba qué es

lo que puedes decir y qué no. Lo peor es cuando esto pasa a ser una práctica no consciente, «natural».

Joaquín Santana: Cuando dije que la autocensura no es gratuita, me refería a que responde a algo. A veces, a los palos que la gente ha recibido.

María del Pilar Díaz: Lo que estamos debatiendo ahora, a partir de lo dicho por Guadarrama, es fundamental para las ciencias sociales. Luchar contra la autocensura significa perfeccionar nuestro trabajo, cosa que es imposible en ese miedo ambiente. Hay una portada de *Temas* que dice: «¿Cómo andan las ciencias sociales?» Mi respuesta sería: como pueden, porque uno de sus problemas es que su demostración no es matemática. Al ingeniero se le cae un puente y se demuestra que su teoría es un desastre, o que sus cálculos estaban errados. En las ciencias sociales hay que arriesgarse con las demostraciones. No queda otra salida.

Joaquín Santana: Creo que hemos debatido un conjunto de problemas que son de suma importancia para el desarrollo y la propia reflexión de la filosofía. Naturalmente, han quedado algunos problemas en el tintero, que solo han sido apuntados, pero que, de una manera u otra, pueden dar lugar a debates posteriores. Quiero reiterar mi agradecimiento a todos los participantes.

Participantes:

Joaquín Santana. Profesor de filosofía. Facultad de Filosofía e Historia. Universidad de La Habana.

María del Pilar Díaz-Castañón. Profesora de filosofía. Facultad de Filosofía e Historia. Universidad de La Habana.

Pablo Guadarrama. Profesor de filosofía. Universidad Central de Las Villas

Fernando Martínez. Investigador. Centro de Investigación y Desarrollo de la Cultura Cubana «Juan Marinello».

Isabel Monal. Investigadora. Instituto de Filosofía. Directora de la revista *Marx Ahora*.

La globalización de espaldas al Africa

Armando Entralgo

Investigador. Centro de Estudios de Africa y Medio Oriente (CEAMO).

Desde el barrio de la *aldea global* en que vivimos, nos parece, en efecto, que la globalización da las espaldas al continente africano. ¿Tanto hay de unipolaridad en el mundo actual, que los poderosos pueden darse el lujo de remitir a un continente entero y a sus necesidades más apremiantes, a un Cuarto mundo, de mantenerlo en el escalafón de las «no-prioridades»? ¿Sin más? Puede que sí, como otra demostración de fuerza y, a la vez, de profunda miopía política.

Pero puede ser también que lo sucedido como reacción en cadena y a renglón seguido del caso Tailandia, haya impedido a las instituciones financieras internacionales percatarse de la posible significación futura de esa «pifia», no solo para los agraviados, sino para la mismísima causa del globalismo, en sus proyectos de incorporar a todo el mundo conocido —ojalá hubiese alguno mejor por conocer— al mercado global.

Para Africa, la historia no comenzó por el desplome thai, que todavía ocasiona dos mil despidos diarios; la historia se inició hace tanto tiempo, que ni los más viejos pueden acordarse bien.

De los más recientes capítulos de esa historia se reflexiona en este artículo. A lo largo del texto surgen preguntas, que no siempre he podido responder con seguridad, entre otras cosas porque no soy economista, sino historiador, y mi método es el histórico, en última instancia.

Veamos las preguntas:

- a. ¿La llamada crisis económica global es decididamente más grave que los «coletazos» de recesión experimentados durante los últimos 20 años?
- b. ¿Cuáles diferencias encontramos entre la globalización y otras formas precedentes de internacionalización del capital; entre globalización y neoliberalismo; entre neoliberalismo y liberalismo a secas?
- c. ¿Qué mecanismos están a disposición del G-7 para detener un posible colapso de la economía mundial?
- d. ¿Cómo habría sido la globalización, en ausencia de la revolución tecnológica de la década de los 80?
- e. ¿Cómo entender la globalización, más allá de la polarización ideológica de los discursos —inevitable y muy justificada, sin duda? Culturalmente hablando, ¿qué es aprovechable y de qué manera? ¿Qué ha

muerto ya en el interior de nuestra pretendida civilización moderna, como resultado de los procesos «financierizadores» en los mercados extranjeros?

- f. ¿Lo ya ocurrido es suficiente razón para considerar que la tendencia globalista es la dominante; que el Estado y la economía nacional han sido sobrepasados por el mercado mundial y las firmas multinacionales? ¿Cómo se expresan hoy las contradicciones en el seno del gran capital?
- g. ¿Cómo se ve concretamente el impacto de la globalización en el terreno de la ayuda al desarrollo de África?

Para muchos partidarios de la mundialización, y para algunos especialistas que pretenden objetividad, la evolución que rige el sistema en su conjunto determina también el contexto en el que operan los ajustes locales, sea a nivel de nación o región. De seguir esa lógica, ese punto de vista sistémico que relativiza la diferencia entre «factores externos» y «factores internos», estos últimos ocuparían un sitio de menor importancia en el cuadro de las contradicciones, dado que, crecientemente, a escala global todos los factores serían «internos» por definición.

Lo anterior tiene incidencia de dos maneras: todo intento de las fuerzas antisistémicas para contrarrestar los efectos perjudiciales de la globalización impuesta desde afuera, sería estéril, razonamiento que tiende a desmovilizar políticamente esas fuerzas en el interior de dichos países. La maquinaria ideológica, por conducto del control global de los medios de difusión, va minando no solo las acciones prácticas, sino incluso las capacidades de teorización para enfrentar determinadas políticas de los partidarios de la mundialización.

Sean cuales fueran las peculiaridades de la actual coyuntura, que por supuesto no pueden ni deben ser ignoradas por el bando antisistémico, lo cierto es que, en esencia, la conformación de un sistema mundial capitalista no es una tendencia reciente; se expresa desde sus orígenes más remotos y se mantiene como una constante del sistema en su paso por las diferentes etapas (mercantilismo, capitalismo industrial «clásico», etc.).

Para el llamado Tercer mundo —en particular África (aunque algunos la califican ya de «Cuarto mundo»)—, es imprescindible recordar las especificidades del período del capitalismo «maduro», con su característica forma de acumulación al nivel central, y el tipo de división internacional del trabajo que se iría imponiendo desde las últimas décadas del XIX hasta la Segunda Guerra Mundial.

Para Samir Amin,¹ el capitalismo clásico se organiza a partir de la revolución industrial en sus formaciones centrales, mientras que las periferias latinoamericanas,

asiáticas y africanas seguirían siendo rurales (no industrializadas), lo cual condicionaría su papel en la división internacional del trabajo y por ende en el proceso de polarización de la riqueza a nivel mundial.

En el polo desarrollado, los sistemas industriales cristalizarían en forma de sistemas nacionales paralelos al Estado nacional burgués. En respuesta, la ideología de la liberación nacional también se propondría la búsqueda del progreso mediante el logro de la industrialización y la construcción de Estados nacionales en el muy diferente mundo del Sur; en otras palabras, lucharían por la modernización, una vez rotos los vínculos coloniales y con independencia del carácter abrumadoramente neocolonial de esas independencias. Lo uno —la industrialización— y lo otro, el Estado nacional independiente, se modelarían a continuación del desenlace de la Guerra Mundial, según diferentes formas de transición a un nuevo modelo de acumulación capitalista, en las décadas de los 80 y los 90 del presente siglo.

Hacia el final de la descolonización política, iría avanzando de manera simultánea el desmantelamiento progresivo de los sistemas de producción nacional centralizados y de su recomposición como elementos constitutivos de un sistema mundial integrado.² Cabe aclarar que ambas tendencias estaban ya embrionariamente presentes en el sistema implantado por el capitalismo maduro, asimismo mundial e integrado; pero ahora la «mundialización» buscará la integración desestabilizando a su paso los equilibrios precedentes, y sin haber definido todavía un sistema alternativo de relaciones económicas y políticas adecuadas que conciliaran el impulso de la industrialización, ya avanzada en regiones de Asia y América Latina (aunque de manera desigual), con el crecimiento económico global.

En las regiones más atrasadas del Tercer mundo que habían meramente iniciado su largo viaje hacia la industrialización, o incluso aquellas que no habían podido rebasar siquiera la fase de los proyectos y promesas de ayuda (África y buena parte del mundo árabe-musulmán), el capitalismo globalizante no establecería con ellas otra relación que la de exclusión.³ Es decir, la avalancha mundializadora se situaría ante las necesidades y las insuficiencias de los pueblos de esas regiones, suponiéndolos cínicamente en condiciones de sumarse a una tendencia que sería —que es ya— la más polarizante y despiadada forma reproductiva del capital a escala planetaria; y mediante fórmulas, mecanismos e instituciones cuyo discurso tecnocientífico no se traduce fácilmente a las realidades locales autóctonas.

Al Estado nacional, heredero del nacionalismo afroasiático, la corriente globalista no propondrá nuevas

formas de organización política y social que lo trasciendan, sino su paulatina autoliquidación, la cual comienza por descalificarlo en su papel de importantísimo agente económico, y a sustituirlo por el auto-regulador *par excellence* de los globalistas: el mercado mundial. La perspectiva de ir logrando poco a poco una homogeneización progresiva del mundo por la vía de la nueva economía global, pretende olvidar (y hacernos olvidar) que hasta hoy la única expansión históricamente conocida a escala global, la capitalista, siempre ha producido la polarización de la riqueza. Además, desde sus inicios, el nuevo paradigma teórico-ideológico, el globalismo de etiqueta neoliberal, ya va polarizando más que cualquier otro modelo premoderno.

La relación de poder entre los monopolios (firmas, trans o multinacionales) y los Estados nacionales no es lineal, sino que funciona en ambos sentidos: en algunas fases predomina una dirección; en otras, la dirección inversa. En época de Lenin, los monopolios eran muchas veces instrumentos conscientes para el expansionismo imperialista de los Estados nacionales europeos, cosa que se repetiría después de la Segunda Guerra Mundial con los consorcios multinacionales yanquis.

Sin embargo, aproximadamente desde 1970 en adelante, con mayor ímpetu a partir de los 80, las «firmas» se emancipan, en medida notable, de los poderes estatales, que pierden relativa capacidad de intervención. Aunque algunos lo ven como una característica estructural de la nueva mundialización, opino (junto a otros estudiosos del tema) que se trata básicamente de *una característica coyuntural de crisis*. Más adelante, el Estado, la institución decisiva por razones históricas, debe remontar nuevamente, aunque seguro llevará consigo las «marcas» del período de la mundialización neoliberal.

Por cierto, en Africa la historia habla copiosamente de esa alternancia o división de trabajo entre compañías comerciales y Estados europeos, en cuanto a la administración colonial misma. Al descolonizarse el continente en los 60, el Estado nuevo africano heredó de su contrincante colonial no solo el aparato administrativo, sino también, a veces, su economía.

Hasta hoy, por necesidad, el protagonismo del Estado sigue en pie, y el conjunto de las fuerzas políticas así lo perciben. Si, como puede constatarse en toda el Africa, la presencia de la economía extranjera apenas rebasa las viejas fronteras de los enclaves coloniales, el mejor pronóstico —tanto por sus probabilidades de mantenerse, como también porque es la mejor alternativa si no la única frente al caos ocasionado por las políticas neoliberales y la marcha de la globalización— es que el Estado seguirá en el puente de mando como

contraparte africana. Pero para que pueda actuar, ese Estado africano debe purgarse de impurezas, anacronismos, prácticas patrimoniales, despotismo y corrupción, lo suficiente como para merecer en la nueva coyuntura el respaldo popular.⁴

Pudiera preguntarse cómo es posible que ese Estado africano, estructuralmente tan frágil, logre mantener su papel en Africa, cuando algunos Estados capitalistas en Asia e incluso en Europa se ven a veces sobrepasados y sustituidos en sus funciones por los requerimientos de la economía global de las multinacionales.⁵ La respuesta que se me ocurre es que tal contradicción, más aparente que real, se explica en gran parte por el relativo desinterés del gran capital en grandes regiones del Africa que no resultan inmediatamente valorizables en el mercado global.

Resumiendo cronológicamente, el período del desarrollo capitalista y de su sistema mundial, que comienza en 1945 con la posguerra y termina aproximadamente a principios de la actual década, dista mucho de ser homogéneo. Se inicia por una fase ascendente del crecimiento económico que, según Amin, va de 1945 a 1968,⁶ fechas a partir de las cuales empieza una larga crisis que se expresa claramente en los ritmos de crecimiento. La «financierización» arranca un poco más tarde, por los años 80, coincidiendo con las transformaciones políticas que representan Ronald Reagan en los Estados Unidos y Margaret Thatcher en Gran Bretaña (la «revolución» conservadora). Los años caracterizados por el hundimiento del sistema soviético, entre 1985 y 1990, constituyen otro corte epistemológico.

El globalismo no lograría evolucionar hasta ahora sino en condiciones muy ambiguas: mientras que el espacio económico del nuevo modelo de acumulación se globaliza. En cambio, los espacios de gestión política y social siguen delimitados generalmente por las fronteras de los viejos Estados-nación.

Las interpretaciones

La presente crisis económica global —como se le denomina con mayor frecuencia— es analizada por los especialistas desde variadas posiciones, que en más de una ocasión son abiertamente contrapuestas. Unos opinan que lo que se requiere es administrar la crisis actual para que no se salga de los cauces previstos por las políticas fondo-monetaristas. Otros, en cambio, precisan que se trata de una forma de acumulación que no puede ser administrada más allá de cierto límite, y que la situación podría culminar en un desastre económico global. Hay quienes, desde la izquierda del

pensamiento político y económico, llaman a la integración de un frente anti-globalista... también global.

En oposición a este tercer grupo, que se amplía permanentemente desde la crisis de los *tigres* asiáticos (1997-98); el segundo grupo, favorable al *crisis management*, propone cautelosamente, ciertos controles al flujo de capitales, pero jamás su reversión, y la revisión de algunas recetas del plan de ajustes estructurales en el caso de los países más pobres —casi todos ellos africanos, por supuesto—, en particular la liberalización, la privatización, el pago de la deuda externa, etc. En cualquier contingencia, se advierte que esas medidas no deben perder su prioridad ni aun en los casos más críticos, ni mucho menos afectar la marcha del proceso de financierización masiva a escala global.

Increíblemente, a los más perjudicados por la crisis no se les pide que opinen sobre el modelo: se les pide fe y obediencia, aunque los mismísimos dioses se manifiesten en contra. Se les pide su activo concurso al proceso de desmantelamiento de los sistemas productivos nacionales, a pesar de que en la realidad esos sistemas no hayan sido sustituidos por otros más convenientes a los intereses nacionales.

El motor que ha impulsado el desarrollo (en los últimos 20 años, aproximadamente) de una economía globalizada, es un tipo de capital más fácil e internacionalmente «transportable» y móvil. Permanentes oleadas de desregulación financiera en las economías más avanzadas, sumadas a las nuevas tecnologías de información y comunicación, provocaron el crecimiento espectacular del capital financiero internacional. El promedio diario de transferencias a mediados de los 80 puede haberse quintuplicado a mediados de los 90.

Esta globalización financiera, sin embargo, no parece haber ayudado significativamente a los países subdesarrollados, sino que, por el contrario, las diferencias entre ellos y los grandes países capitalistas se hacen día a día más profundas. La polarización causada por este nuevo modelo de acumulación globalista, contrariamente a las predicciones de la teoría económica neoliberal, es la más violenta y empobrecedora jamás padecida por el hombre.

Los flujos financieros siguen prefiriendo abrumadoramente, en su constante movimiento, a los grandes países capitalistas, mientras que en los países en desarrollo los flujos se concentran en un puñado de mercados emergentes relativamente ricos. En estos últimos casos, no obstante, las experiencias vividas por los llamados *tigres* asiáticos —Tailandia, Malasia, Corea del Sur y otros— fuerzan a cuestionarse seriamente la idoneidad de los mecanismos de intensa y rápida financierización, para países en desarrollo.

En cuanto a África, es lamentable constatar que, a pesar de que muchos países firmantes de los SAP con

el Fondo Monetario Internacional han hecho desde comienzos de la presente década un esfuerzo colosal por cumplir con las recetas fondomonetaristas, los flujos de capital brillan por su ausencia; aunque privadamente algunos gobernantes y especialistas africanos se alegren de que la globalización se mantenga sin todavía emplearse a fondo en África.

En el caso de la SADC en África Meridional, creada para tratar de avanzar en un tipo de integración básicamente inspirado en los intereses de todos los países miembros, y contando como «buque insignia» con la economía sudafricana, el mercado de acciones no ha llegado, hasta este momento, a presentar síntomas graves del «efecto Tailandia». Pero no puede descartarse su futura afectación, debido a la siempre posible ampliación geográfica de la crisis.

Los países más pobres, los africanos en primer lugar, han padecido enormemente a consecuencia de los grandes cortes y las reorientaciones en la ayuda que reciben de los países donantes; en particular, por la amenaza de ir sustituyendo ayuda por libertad de comercio e inversiones privadas. Para el total de países en desarrollo, a mediados de los 90, solamente el 5% de la ayuda total recibida provenía de fondos públicos, incluidas las agencias de la ONU, quedando el 95% restante en manos de ONG y empresas privadas —no siempre comprometidas con las prioridades de la lucha contra la extrema pobreza y sus derivados.

Para el pequeñísimo grupo de países africanos conocidos como el África «útil», el esfuerzo de integración vía globalización les ha hecho perder demasiado, en términos de autonomía administrativa, y ha aumentado, en sentido general, su vulnerabilidad frente a las exigencias de las finanzas internacionales.

El crecimiento económico anual, salvo algunas excepciones, se comporta poco más o menos con la misma inestabilidad de años anteriores. La privatización es lenta y, por regla general, su carácter forzoso no favorece la valorización justa de las empresas estatales puestas a la venta. Las que se ofertan son casi siempre «malos negocios», que no atraen al capital extranjero hasta tanto no se hagan concesiones, las más de las veces contrarias a las finanzas del Estado en cuestión. La privatización de las más atractivas, alrededor de las cuales hay siempre debate, dado que su venta afectaría intereses que el Estado tiene la obligación de defender, es frecuentemente causa de polémica entre los donantes internacionales y las autoridades locales. A modo de ejemplo, los procesos de privatización en Kenia y Tanzania son permanentemente afectados e interferidos por el FMI y por los países donantes de ayuda. Estos últimos manipulan la entrega de la tristemente célebre «Facility» para equilibrar el presupuesto del Estado, a fin de obligar al gobierno a tomar decisiones perjudiciales a sus propias políticas.

Pobreza y deudas

La polarización representa la continua marginalización de los Estados más pobres y virtualmente indefensos. Según Thomas Callaghy, cientista político de la Universidad de Pennsylvania, «un dilema estructural central para la pretendida economía global, es la emergencia de una *sub-clase* de Estados y economías débiles, que no son capaces de beneficiarse fácil o rápidamente por la reforma económica (neoliberal)». ⁷ Lo cual acarrea mayores dificultades a la economía política internacional, y nuevas amenazas a la paz. Hace algunos años, el FMI y el Banco Mundial clasificaron como «Países Pobres Altamente Endeudados» (PPAE), a un total de 41 de los Estados miembros del Fondo, que tenían entonces una deuda de 215 000 millones de dólares. Del total, 32 son países del África subsahariana.

Las causas de ese *status* de «sub-clase» son, entre otras, las siguientes: gran dependencia de productos primarios en su comercio exterior, débiles economías formales y débiles esfuerzos de reforma económica, corrupción generalizada, conflictos y guerras civiles, degradación del medio ambiente, infraestructura física y social en estado de desintegración, acceso limitado o nulo a los flujos de capital privado internacional, en contradicción con lo acordado con el FMI y el Banco Mundial.

Un buen número de esos países son Estados en bancarota o a punto de «clasificarse» como tales: Somalia, Liberia, Sierra Leona, Chad, Camerún, República Centroafricana. Otros sufren de conflictos civiles crónicos: Ruanda, Burundi, los dos Congos, Sudán, Uganda, Angola. Hasta los de mayores recursos, como Nigeria y Sudán, afrontan muy serias dificultades. Reescalonamientos, iniciativas para «perdonar» parte de la deuda, nuevos paradigmas para favorecer una actitud internacional un tanto más pragmática, etc.; todo ha fallado. Y la lista se amplía con nuevos miembros, porque prácticamente ninguno de ellos puede cambiar en sustancia su *status* de PPAE. Más complejo y problemático aún es el hecho de que, en su lucha por la mera supervivencia, esos PPAE tienen que negociar con «una compleja forma de “transgobernación” —según Callaghy— a la cual los Estados son vinculados en redes crecientemente más complejas, compuestas de funcionarios de otros Estados, organizaciones internacionales, corporaciones, bancos, firmas de abogados, y *lobbies*, y un amplio espectro de ONG, que comienzan a constituirse en una especie de sociedad civil global». ⁸

Creo que la discusión en marcha sobre si la globalización es o no es una realidad irreversible en los hechos, demuestra por sí sola la complejidad del

problema. Para Susan Strange (Universidad de Warwick),

aunque es difícil medir el proceso de globalización, *este no es un mito*. Existe, y cambia cosas, a diferentes niveles: a) a nivel de la vida material en vez de bienes y servicios producidos predominantemente por y para el pueblo que vive en el territorio de un Estado, ellos son ahora crecientemente producidos por gente que vive en varios Estados, para un mercado mundial en vez de para un mercado local; b) la globalización introduce cambios en la estructura financiera, ahora la creación y el uso de los créditos tienen lugar a través de las fronteras territoriales, en mercados globales electrónicamente vinculados a un solo sistema y, aunque existen también bancos y mercados territoriales, estos no son ya autónomos; c) finalmente, la globalización tiene lugar en un tercer nivel: el de las percepciones, creencias, ideas y gustos. Las diferencias culturales persisten —dice Strange— pero son crecientemente modificadas por los procesos de la homogeneización global. ⁹

Quizás lo más característico del proceso globalizador que se abre paso, sobre todo en las últimas dos décadas, sea la acelerada tasa de cambio tecnológico; y la acelerada movilidad del capital. Cabría una observación, desde la ciencia histórica: ¿a qué punto de su evolución habría llegado la tendencia hacia la globalización, sin la presencia de la revolución tecnológica, que casi coincide cronológicamente con ella? La aparición de ambas en escena, en un mismo tiempo histórico, las ha hecho interactuar de forma vertiginosa y no suficientemente controlada. El número de países afectados a partir del efecto *thai* en 1997, y el desconcierto que reina entre sus expertos, así lo demuestran.

Por otro lado, no debemos olvidar la larga precedencia de tendencias proto-globalizantes que, como se sabe, no cuajaron en su instante; ni tampoco el hecho de que la forma «final» del nuevo modelo de acumulación aún está por ver, como también por ver está qué modelo la reemplazaría y cuándo.

No cabe descartar, pues, ninguna alternativa de salida a este globalismo financiero, a este caos —como muchos seriamente le dicen— responsable de la presente crisis económica, la cual algunos ven como crisis estructural del sistema capitalista en fase neoliberal-globalista. No debe descartarse, por ejemplo, su probable «disolución» en otro modelo que resulte menos problemático, que no suponga la frecuencia de crisis como la presente, la cual pone en solfa grandes intereses igualmente capitalistas; intereses de menor premura y mayor visión, que podrían tal vez recuperar ese requisito «clásico» del que hoy tanto hablan los más acobardados por el efecto *Tailandia*: toda economía de mercado, global o nacional, requiere de un «prestamista» de último recurso, de una autoridad multinacional capaz, al modo keynesiano, de dar confianza y a la vez disciplina a los bancos y a los mercados financieros.

Mientras tanto, como escribe la académica mexicana Blanca Heredia, hasta ahora la globalización «no ha hecho al mundo menos diverso y más igualitario», en términos de la redistribución del ingreso a nivel mundial. Por desgracia «la gran mayoría de la humanidad está siendo rápidamente dejada fuera y muy detrás».¹⁰

La «aldea global», una caracterización original y atractiva, es una moneda de dos caras, como todas: una de ellas, la global, se comunica por Internet —Descartes diría hoy: «me comunico, luego existo»— pero la otra, su complemento, no es más que *aldea*, y aldea africanizada del Cuarto mundo. Aldea donde impera, por el momento, la más absoluta desesperanza. Hasta ella no llegó, en 1998, el mensaje del Presidente norteamericano, en la primera gira de un mandatario de ese país por el más apartado continente de la tierra. Bien intencionado el Presidente, creo, pero poco conocedor del accidentado relieve económico y social de esas latitudes. En consecuencia, a la vuelta de un semestre, las cosas se han movido muy poco de su lugar habitual, por razones en lo absoluto ajenas al globalismo; y así debe haberlo comprendido el Sr. Clinton.

El Presidente regresó a su despacho oval, y tuvo que dejar al África para otra oportunidad. Al menos, la visitó; algunas personas ingenuas, inocentes, lo tocaron para ver si era un presidente de verdad. Por primera vez en sus vidas vieron a un mandatario de una gran potencia. Por primera vez en su vida, el Presidente norteamericano vio africanos por docenas de miles. A pesar del esfuerzo del señor William Clinton, el africano, el pueblo menos xenófobo que conozco, comprende bien que insistir en la liberalización de mercados «por emerger», sin la menor garantía, y en el actual escenario mundial, es un arma de un solo filo, y letal. Hay, en cambio, apreciaciones más calificadas, menos «espectaculares», de otros sectores de la sociedad norteamericana. Por ejemplo, Jeffrey Sachs, profesor de Comercio Internacional de la Universidad de Harvard, escribió lo siguiente:

Con las actuales instituciones, que no dan la importancia suficiente al Tercer mundo, el capital global no puede triunfar con suficiente amplitud y credibilidad para crear un mercado mundial estable. Hoy todo el mundo piensa que Estados Unidos y el FMI empujaron hacia una prematura liberalización de los mercados de capital, causa de la actual crisis. El dinero que entró tan rápidamente en países como Tailandia, Corea del Sur y otros, luego se marchó en pánico [...] hay que darles a los Estados emergentes la posibilidad de regular sus propios mercados de capital internamente.

También critica que a esos países «se les obligara a elevar estratosféricamente las tasas de cambio de sus monedas. Lo que hay que hacer es ayudarlos a protegerse de la estampida de los bancos cuando se va generalizando el pánico». Sachs critica más adelante «las

imposiciones absurdas del FMI a los gobiernos aspirantes: no se va a discutir con ellos, sino a decirles lo que ya se acordó en Washington que la delegación del FMI dijera». Sachs sugiere que parte de la ayuda extranjera se canalice por organizaciones regionales como la ASEAN, el Mercosur, la SADC.

Al referirse a los PPAE, Sachs expresa que se trata de procesos lentos y contradictorios, y a veces estos pueblos terminan más presionados que antes:

El objetivo debe ser restaurar la legitimidad de las políticas locales, y abandonar la creencia mal orientada de que el FMI y el Banco Mundial pueden micro-administrar el proceso de reforma económica [...] el ideal de los burócratas de Washington es que los países no colapsen, pero que nunca mejoren.⁹

Notas

1. Samir Amin, *Los desafíos de la mundialización*, Siglo XXI, México D.F., 1997.
2. *Ibidem*.
3. *Ibidem*.
4. No obstante, como resultado de las «pifias» del FMI en el terreno, cuyas «recetas» a los subdesarrollados se muestran cada vez más inalcanzables, el propio Banco Mundial ha tenido que «rehabilitar» el concepto de la centralidad del Estado, como se expresa con gran cuidado en su Informe Mundial 1996-97.
5. Abrirse a los mercados globales puede ocasionalmente promover formas excluyentes de crecimiento, basadas en enclaves dinámicos de exportación, y altamente productivos (aunque volátiles) mercados financieros internos. Pero ello a título excepcional. No excluye al África, teóricamente, de esa posibilidad, en alguno que otro caso.
6. En 1971 se suprime la convertibilidad del dólar en oro.
7. Thomas Callaghy, «Globalization and Marginalization: Debt and the International Underclass», *Current History*, v. 96, n. 613, noviembre de 1997, p. 394.
8. *Ibidem*, p. 392.
9. Véase Susan Strange, «Erosion of the States», *Current History*, ob. cit., pp. 365-9.
10. Blanca Heredia, «Prosper or Perish? Development in the Ages of Global Capital», *Current History*, ob. cit., p. 387.
11. Tomado de Jeffrey Sachs, «Global Capitalism», *The Economist*, septiembre de 1998, pp. 23-5. En un recuadro de la misma revista, se inserta el pronóstico siguiente: para 1999 los flujos de capital a las economías emergentes serán solamente de \$120 mil millones, en comparación con los 247 mil millones de 1997 o sea, una reducción del 50%. La mayor parte de estos flujos se dirigen a inversiones directas en negocios y propiedades o al financiamiento comercial. Los préstamos serán mínimos.

La pipa sentimental o el lunario de kif: los vasos comunicantes

Wlfrido Dorta Sánchez

Estudiante. Universidad de La Habana.

*En sus funambulescos calzones
va un poeta...*

Leopoldo Lugones

*...que en la azulada neblina se
tienden por mis quimeras de
cannavina.*

Ramón del Valle-Inclán

Bien conocida es la polémica —a la que tantas voces se han sumado— que trata de dirimir la cuestión de la pertenencia o no de la generación del 98 española al movimiento modernista. Negaciones y afirmaciones se han sucedido, en un vaivén que suele tornarse inacabable. Más que proposiciones taxonómicas, recetas de características que dividan o aúnen, mapas sistematizadores de tales o cuales tendencias que afilien o separen, urge a los estudios crítico-literarios que se acercan al tema una profundización en los textos, que son los que, al final, darán cuenta de lo que se ha tratado de dilucidar.

Premio *Temas* en la Jornada Científica Estudiantil de la Facultad de Artes y Letras, Universidad de La Habana.

Propósito semejante es el que nos anima en estas reflexiones. No para llegar a conclusiones que modifiquen sustancialmente el estado general de aquella polémica, sino para atender dos propuestas estéticas que, según creo, guardan más de un punto en común, y que vienen a reafirmar el criterio de la esterilidad que comporta el aislamiento raigal entre las producciones de la generación del 98 y las de los modernistas americanos, así como la equivalencia tenaz que algunos han querido ver entre ellas, como totalidades discursivas.

Habría que hablar, más bien, de la parcialidad de estas influencias, de estas retroalimentaciones con fondo histórico común. Ni todos los noventayochistas son el modernismo, ni es posible trazar un diseño del desarrollo de este movimiento sin contar con las aportaciones discursivas de algunos de los integrantes (y de algunos momentos de sus obras) de este grupo de escritores españoles.

Por ello me adscribo al criterio de Iris M. Zavala, quien sostiene que la suma total del movimiento modernista viene a ser «un elaborado camino de agregados, en oscilaciones pendulares entre los dos Mundos»;¹ criterio que, entre otros, servirá de base al

presente análisis: un acercamiento a las obras poéticas de Ramón M. del Valle-Inclán y de Leopoldo Lugones, específicamente a *La pipa de kif*, del primero, y a *Lunario sentimental*, del segundo, para develar sus convergencias y afinidades escriturales.

En algún momento, Jorge Luis Borges ha señalado —sin detenerse demasiado en ello— los ecos que tuvo *Lunario...* de Lugones en la poesía peninsular, y menciona, como uno de los principales receptáculos de aquel, al Valle-Inclán de *La pipa de kif*.²

Por otra parte —y aquí acudo a datos factuales que si bien sostienen, en alguna medida, el propósito de este trabajo, no son suficientes en sí mismos para ello—, el propio Valle expresó, en algunas de las entrevistas ofrecidas por él a diarios importantes del continente americano, su conocimiento de la obra del argentino, y en ocasiones hizo grandes elogios de su figura, como puede leerse en el habanero *Diario de la Marina* del 12 de septiembre de 1921.³

Después de un primer momento en el devenir del modernismo, la mayoría de los críticos coinciden en afirmar que fue Leopoldo Lugones quien inició la segunda revolución dentro del movimiento: una reacción frente al lenguaje del primer modernismo, y que tiene un paralelo con las creaciones de algunos escritores españoles. Este sería el caso de Valle-Inclán, alguien (el único, entre los de la península) al que Octavio Paz exonera del cargo de insensibilidad ante «la verdadera originalidad del modernismo: la visión analógica heredada de románticos y simbolistas».⁴

Confluyen entonces, en primera instancia, Lugones y Valle-Inclán en un mismo período, en el que se están gestando cambios esenciales en el seno de la estética que los acoge en comunidad. Convergen, además, en una de las vertientes del doble sistema de conexiones que, según la Zavala, se articula en la creación de los modernistas hispánicos en la literatura finisecular y de principios del siglo xx, «para producir un análisis radical de las tradiciones, cánones y prácticas»⁵ instaurados hasta entonces: la que informa las estrategias textuales diseñadas a través del lenguaje («estilo, mofa o inversión de la autoridad»⁶). Propósitos extendibles, como decíamos, a las obras de los modernistas americanos.

Si algo unifica, en sus intenciones y alcances, a los poemarios citados de Valle y de Lugones, es su voluntad de ruptura, su pulsión de renovación.

Se trata de un cambio de actitudes, no de valores: la reubicación del sujeto autorial ante el objeto lírico, la incorporación de tópicos y personajes antes relegados por los primeros modernistas, la capacidad de ironizar tomando como base los propios presupuestos creativos.

En ambos sujetos autorales hay conciencia de la ruptura que propician con sus creaciones. Este

«conocimiento interior» es hecho explícito en los poemas que abren ambos libros: textos programáticos, de naturaleza proyectiva, pues sientan las bases de las coordenadas estéticas y escriturales que atravesarán sus respectivos poemarios.

Abre *Lunario...* con «A mis cretinos»;⁷ en él, Lugones reconoce que la lectura (la recepción) de su obra puede semejarse a una «tosca dispepsia», pues la exclusividad de su proyecto poético así lo posibilitará. Se dirige al otro, advirtiéndole que su «estro» y su «gato» «tienen muy mala luna», y que un rechazo traería consigo una «catalepsia» de «siglo y medio», en la que se eternizaría en «[u]n silencio magnífico/ De academia y retórica». El otro queda identificado con lo académico, lo oficial, lo canónico, precisamente todo lo que el autor se propone superar. Lugones sabe de antemano que su verbo es inusual; que la función regularizadora y homogeneizante de la Academia puede hacer de él una excrecencia insufrible y deslegítimar sus presupuestos de creación, entendidos de manera radicalmente distinta a sus propósitos como emisor: «Dando en tropo más justo/ Mi poético exceso,/ Naturalmente es queso/ Para vuestro buen gusto» [...] «Me probaréis que, esclavo/ De mi propia cuarteta,/ No fui ni soy poeta;/ Ni lo seré».

En un momento del poema, el argentino se autorrefiere, y hace metapoésía al vuelo, desde la ironía: «¿Qué tal? ¿La hipermetría// Precedente os sulfura?/ Os la doy limpia y pura./ Pulverizadla. Es mía...».⁸

Una similar voluntad inquietante sostiene a Valle-Inclán en *La pipa...* Es la que, según él mismo, distingue al modernista: «el modernista es el que inquieta [...] a los jóvenes y a los viejos, a los que beben en la clásica fuente de mármol helénico, a los que llenan un vaso en el oculto manantial que brota en la gris penumbra de las piedras góticas».⁹ La voluntad que se une —para conformar una manera de decir y de asumir el hecho poético—, a lo novedoso y a la noción de ruptura, como factores esenciales de la creación; a la marca individual que debe portar esta; a la misión fundacional del poeta. Dirá Valle que «el modernista [...] es el que siguiendo la eterna pauta, *interpreta la vida por un modo suyo*»;¹⁰ que «el secreto de los grandes poetas, de los creadores, está en situarse ante la vida como un hombre sin tradición, *como si él fuera el primero que va a ver las cosas*».¹¹ Y es muy sintomático que, seguidamente, acote: «Es el caso de Rubén y el de Lugones».

Abren *La pipa...* dos textos que participan de la misma naturaleza de los de Lugones antes comentados: «La pipa de kif» y «¡Aleluya!».¹² El primero comienza con unos versos que tienen mucho de esa visión prístina y ese regreso a lo genésico por los que apostaba Valle en las palabras citadas con anterioridad: «Mis sentidos tornan a ser infantiles,/ tiene el mundo una gracia

matinal». En el segundo, hace burla explícita de los censores, identificados —como en Lugones— con lo académico; reconoce la estirpe transgresora de sus versos, todo para dejar expuestas las direcciones de la estética que asume el poemario: «me ha venido la ventolera/ de hacer versos funambulescos/ —un purista diría grotescos—./ Para las gentes respetables son cabriolas espantables»; recoge un inventario de la «gran caravana académica»: «Cotarelo la sien se rasca,/ pensando si el Diablo lo añasca./ Y se santigua con unción/ el pobre Ricardo León».

Valle declara su conciencia de fundación y de ruptura: «En mi verso rompo los yugos,/ y hago higa a los verdugos./ Yo anuncio la era argentina de socialismo y cocaína»; su estrategia de continuar «la eterna pauta», pero, al mismo tiempo, de instaurar otros cánones: «resplandecen de amor las normas eternas. Renacen las formas».

Al final del texto, se pregunta lo que, de algún modo, sabe que es cierto y que lo hace pertenecer a un mismo clan de renovadores, de rebeldes incesantes: «¿Acaso esta musa grotesca/ —ya no digo funambulesca—./ que, con sus gritos espasmódicos,/ irrita a los viejos retóricos,/ y salta, luciendo la pierna,/ no será la musa moderna?».

Las poéticas lugonesiana y valleinclaniana contenidas en *Lunario...* y *La pipa...*, respectivamente, se articulan, entonces, sobre bases estructurales y sistémicas que muestran más de un entrecruzamiento, y sobre concepciones estéticas que soportan más de un diálogo reconstruible.

El libro del español inaugura (y cierra, en poesía) la etapa esperpéntica dentro de su producción. Lo que se traduce, en términos de concepción de poética, en una sostenida *distorsión* del objeto lírico, en su disloque, en su reubicación dentro del universo poético, en el éxtasis ante sus desfases y desarmonías.

La que llamaremos *visión alucinada*¹³ es una variante de esta esperpentización. El sujeto lírico nos entregará fragmentos de mundo pasados por el filtro de su alucinación: los textos serán las *volutas de humo* que salen de la pipa, delirios que incorporan objetos transfigurados, habitantes de otra dimensión en la que se han borrado los límites espacio-temporales, en la que el canon es «el caos febril de la modorra» («Rosa de sanatorio»).

El kif, la marihuana, el opio, son los catalizadores de estas visiones, nacidas «[b]ajo la sensación del cloroformo», hijas de sentidos sugestionados, conectados entre sí para presenciar (y brindar después) «trágicas farsas funambulescas» profusas en imágenes sensoriales («La tienda del herbolario»).

Los estupefacientes (variaciones del espejo cóncavo posterior) inducen al Demiurgo (en palabras de Antonio

del Risco¹⁴), al Supremo Hacedor, a visionarizar universos autárquicos, mundos cuyo guía deja de ser la conciencia para ser suplantada por la subconciencia. *La pipa...* deviene un Texto-herbolario, continente de «aromas» condensadores de «la *visión densa*» del Universo (subrayado mío. W. D.).

He aquí algunos personajes de esta «triste sinfonía de las cosas» («Marina nortea»). Aparece una Animalia contaminada de seres travestidos: el «Bestiario». Cada jaula proyecta insospechadas radiaciones, bajo la luz del foco soporífero que pasea por ellas el alucinado: se suceden un «canguro antediluviano», una «jirafa/ solterona que bebe hiel», entre otros.

El fumador de opio devela en otro texto las carcomidas entrañas de un espacio que es, por excelencia, *topos* de lo carnavalesco y lo travestido: en «El circo de lona» todo se presenta, primero, con ribetes de espectáculo dorado (aunque, aun así, merodeen las notas de un «agrijo y desvinculado organillo»); cada personaje interpreta su papel ante el público, que ignora el festín de lo esperpéntico que sucede después de cada acto diario: los objetos se trasmutan en inservibles piezas que se desintegran («Silla que se desbarata,/ mesa que se escachifolla»); los seres se descubren en su esencial humanidad deformada: «El payaso ante el espejo,/ se despinta con cerote,/ y se arranca el entrecejo de pelote./ A su lado una mozuela,/ luciendo el roto zancajo,/ recose la lentejuela de un pingajo».

Una «[v]ista madrileña» puede convertirse, bajo el verbo del consumidor cannábico, en un inventario de lo grotesco, en un regodeo en lo excéntrico. Animales, personas y espacios comparten rasgos: una comunión tan absurda como vívida: «una vieja tuerta/ azota en su puerta/ el ruedo del can»; «[u]na chica fea/ —que la tifoidea/ pelona dejó—/ baila en la guardilla [...] y parece el cuco/ que habla en el reloj»; «algún pobre huerto,/ con su perro muerto,/ destripado al fol».

En un texto como «Resol de verbenas» conviven lo familiar y lo extraño, lo deforme y lo «estéticamente correcto», todo moldeado en la «belleza del alejamiento»: «Vuela el columpio con un vuelo/ de risas. Cayóse en la falda/ de la niña la rosa del pelo,/ y Eros le ofrece una guirnalda», y «[b]rama el idiota en el camino/ [...] lanza un destello rijoso,/ bajo el belfo, el diente canino».

Por su parte, *Lunario sentimental* supone un cambio de peso en el decir poético de Lugones; viraje que se sustenta (como en el caso de Valle-Inclán), entre otras cosas, en la re-ubicación del sujeto autoral ante su objeto creativo.

La poética del argentino en este texto se diseñará bajo los presupuestos de lo que denominaremos *visión desde* «*El taller de la luna*» (título de un poema del

cuaderno), y como en *La pipa...*, supondrá un sistemático desencajamiento de los objetos líricos, una sostenida desarticulación de los nexos habituales que los informaban. El prisma alucinado del sujeto valleinclaniano tiene su correlato en la mirada lunática del sujeto lugonesiano, quien refracta las apariencias inusuales inyectadas por la luna a los fragmentos de mundo percibidos por él: «Hay un vate fortuito/ Cuyo estro se aduna/ A la obra que la luna/ Teje como una araña en el infinito» («El taller de la luna»).

Las radiaciones lunares dislocan, indistintamente, objetos, animales o personas; los cubren de pátinas morbosas o grotescas, putrefactas o terroríficas: «Las masas de luz blanca/ Van transformándose [...] Mezcladas a la sombra que se estanca/ En los follajes con un fluido obscuro./ Y es tenebroso pérfido la barranca,/ Y cantera de mármol cualquier muro». El plenilunio difumina contornos, borra lo cotidianamente percibido y reordena el mapa del mundo, con cada pieza transformada: «La fronda inmediata,/ Esume sobre el césped su sombra en vago tizne [...] con luz irreal el astro labra,/ Un inconcluso fauno a quien no cupo/ En el magro pernil el pie de cabra». La luna exprime resonancias grises, de ultramundo: «alarga con histeria lívida/ En espectro de sombra cada tronco [...] Convierte la glorieta en hondo cuévano».

En un texto como «El pescador de sirenas», asistimos a la desmitificación de esta figura (la sirena), a un disloque de imágenes estereotipadas, estrategias insertas en la visión que venimos abordando. El sujeto poemático se regodea en la descripción de estos seres que aquí pierden su aura mitologizada, y devienen esperpentos marinos: las sirenas «bogan muy cerca de la superficie/ Blancas y fofas como enormes hongos,/ O deformando en desconcertante molicie/ Sus cuerpos como vagos odres oblongos [...] bien pronto disuélvense en los hondos cristales/ Con fosfórica putrefacción de molusco» (subrayados míos. W. D.).

Ellas se incorporan a la fauna que merodea por el *Lunario...*: una procesión casi inacabable de personajes descoyuntados, inarmónicos: la *humanidad abortada* en el taller lunar. Desde el «hipocondríaco que moja/ Su pan de amor en mundanas hieles»; el sastre que se encomienda a la luna «alzando [...] sus manos gorilas», bostezando «con bocas y axilas»; hasta la «rentista sola [...] Redonda como una ola,/ que [a] amor de los céfiros sobre el balcón se inclina;/ Y del corpiño harto estrecho,/ Desborda sobre el antepecho/ La esférica arroba de gelatina».¹⁶

Donde viene a realizarse con creces la visión que nos ocupa es en la versión que este sujeto *lunaticado* nos ofrece, precisamente, del objeto que la «alimenta».

El libro de Lugones contiene, según Borges,¹⁷ uno de los mayores inventarios de metáforas en lengua

española; la mayoría constituyen variaciones analógicas de un solo referente: *la luna*. Esta será despojada de todo halo romanticoide, sumida en atmósferas degradatorias, presentada bajo aspectos desacralizadores.¹⁸ Será llamada por el sujeto lírico «Bola de la sandez», o «Linterna del cadalso», «Tarántula del diablo», «Musa del alcohol», «Perla espectral del sol» («Jaculatoria luna»).

Octavio Paz ha señalado como una de las distinciones de la estética modernista (en su segundo momento), el diálogo o tensión que se establece entre la analogía y la ironía.¹⁹ La una, como visión articuladora, conjuncional, unitiva; la otra, como estrategia desarticuladora, disyuntiva y desligadora. Ambas «fuerzas» habitarán los textos de Valle-Inclán y de Lugones que tratamos.

La nota irónica, también acota Paz, «voluntariamente antipoética y por eso más intensamente poética, aparece en el mediodía del modernismo», con *Cantos de vida y esperanza*, de Darío.²⁰ Y no es por gusto, entonces, que este sea el que Valle invoca en «¡Aleluya!»: «Darío me alarga en la sombra/ una mano [...] Cantor de Vida y Esperanza,/ para ti toda mi loanza». Porque, precisamente, la ironía será en *La pipa...* una constante discursiva, ya apreciable en ese texto y rastreable a lo largo del cuaderno. En «La infanzona de Medinica» es la que informa el retrato de este personaje, una solterona que reparte su vida entre apariencias públicas y verdades íntimas: «odia a los masones,/ reza por que mengüen las contribuciones [...] da buenas palabras al que llora pan», y «corre a la novena con trote de can» y responde ceremoniosamente «al saludo de los capellanes [...] desde su balcón».

En «El taller de la luna» escribe Lugones, refiriéndose al «vate fortuito» con indicios autorreferenciales: «Su nocturna cantinela/ Tiene un leve agraz de mofa,/ Que desbarata el canon de la escuela/ Y no logra cabal ninguna estrofa». La letanía lugonesiana tiene mucho de ironía: aquí también atraviesa el texto, y lo hace desde el inicio en el poema «A mis cretinos». Vagabundea, despiadada, por el *Lunario...*, y provoca imágenes como las de «El pescador de sirenas»: «Brotó una gigantesca llenando el lago./ Pero, felizmente, luego se esconde/ Entre lactescencias de un ópalo vago./ Colmó la esmeralda umbría/ De las nocturnas aguas, su anca gorda./ ¡Cómo el lago no desborda/ Con tan enormes damas de la mitología!».

Existen otras convergencias entre las propuestas estéticas de Lugones y de Valle-Inclán, que queremos, al menos, apuntar como constancia de los diversos puentes entre ambos poetas.

La primera apuntaría a una voluntad de renovación del idioma español. En Lugones, manifestada en la incorporación a sus textos poéticos de términos —antes

obviados por los creadores—afiliados, muchos de ellos, a terminologías científicas o de poco uso en general. En Valle, por la asunción de un caudal variado de americanismos que inundarán los poemas de *La pipa...*²¹

Las otras dos, estarían vinculadas a lo que ambos consideraban como intrínseco al verso, por un lado, y a la rima, por otro: el carácter agradable del primero y la importancia capital de la segunda. Creía Lugones que el fin supremo del verso es agradar (idea plasmada en el prólogo a *Lunario...*). Tal noción de placer es consustancial a la del escritor español: «El verso por el verso es ya emotivo [...] Al goce de su esencia ideológica suma el goce de su esencia musical».²²

La rima es, por otra parte, un elemento esencial en la preceptiva de Valle-Inclán. Le confería, además de sus valores musicales, resonancias mágicas. Escribe en *La lámpara maravillosa*: «Como la piedra y sus círculos en el agua, así las rimas en su enlace numeral y musical. La última resume la vibración de las anteriores».²³

Mayores ribetes de dogmatismo alcanzan las consideraciones de Lugones acerca de la función y de la inevitabilidad de la rima en la poesía. Llega a pensar el argentino que «sin ella, el verso deja de existir o se vuelve prosa», que «no hay buen poeta que no sea buen rimador [...] el lenguaje poético puede libertarse de todo, menos de la rima».²⁴

Más de un intersticio sirve de conducto para que se contaminen las poéticas de Lugones y de Valle-Inclán. *Lunario sentimental* y *La pipa de kif* comparten no solo la intención declarada de sentar pautas en el panorama contemporáneo a cada uno de estos textos, sino también maneras de asumir el hecho poético, visiones del mundo, estrategias discursivas y modos escriturales, que apoyan la idea de un Modernismo pendular, oscilatorio entre dos mitades geográficas, deudor de un itinerario de influencias, transmisiones y préstamos que aún está por trazar en toda su extensión.

Notas

1. Iris M. Zavala, «Modernismo y modernidad», en *Historia y crítica de la literatura española*, suplemento 6/1 («Modernismo y 98»), Francisco Rico, ed., Ed. Crítica, Barcelona, 1994, p. 82.

2. Véase Jorge Luis Borges, *Leopoldo Lugones*, Ed. Troquel, Buenos Aires, 1955.

3. Valle se refiere a Lugones como «uno de los cerebros más potentes de América». Véase Ramón del Valle-Inclán, *Entrevistas, conferencias y cartas*, Joaquín y Javier del Valle-Inclán, eds., Ed. Pre-Textos, Valencia, España, 1995, p. 196.

4. Acota el mexicano que, sin embargo, los poetas españoles sí hicieron suyo el nuevo lenguaje, los ritmos y las formas métricas. Dedicar especial atención al caso de Unamuno. Véase Octavio Paz,

«Romanticismo y postmodernismo», en *Historia y crítica de la literatura española*, ob. cit., p. 130.

5. Iris M. Zavala, ob. cit., p. 83.

6. *Ibidem*.

7. Leopoldo Lugones, *Lunario sentimental*, Arnoldo Moen y Hermano Editores, Buenos Aires, 1909. Todos los poemas citados pertenecen a esta edición.

8. Se refiere al encabalgamiento de la estrofa anterior: «Me besaré, cuando haya de/ Abrevarme en sus aguas».

9. Hersilia Migulez, «Inventario elemental de la lírica de Valle-Inclán», en Ramón M. del Valle-Inclán. 1866-1966 (*Estudios reunidos en conmemoración del centenario*), Universidad Nacional de La Plata, Río de La Plata, 1967, pp. 247.

10. *Ibidem*.

11. Entrevista ofrecida a Valentín de Pedro para su libro *España renaciente*, Espasa-Calpe, Madrid, 1922. Republicada en Ramón del Valle-Inclán, *Entrevistas, conferencias y cartas*, ob. cit., p. 235.

12. Ramón M. del Valle-Inclán, *La pipa de kif*, en *Obras escogidas*, Aguilar, Madrid, 1963, pp. 1250-94. Todos los poemas citados pertenecen a esta edición.

13. Opción terminológica que se relaciona con la *visión degradada* de Díaz-Plaja: «la toma de conciencia del escritor frente [a un] proceso de desvalorización definitiva»; «una voluntad de estilo que [...] se apoya en una concepción del mundo [...] hecha de depresión, de melancolía, de cansancio. Por eso [Valle] acudió a la sublimación, por vía de lo grotesco, de su reflejo del mundo». Véase Guillermo Díaz-Plaja, *Las estéticas de Valle-Inclán*, Gredos, Madrid, 1965, pp. 132-3.

14. Antonio del Risco, *El demiurgo y su mundo: hacia un nuevo enfoque de la obra de Valle-Inclán*, Gredos, Madrid, 1977.

15. Términos de Valle-Inclán citados por Guillermo Díaz-Plaja, ob. cit., p. 134.

16. Las citas son de «Himno a la luna», *Lunario sentimental*, ob. cit., pp. 27-38.

17. Jorge Luis Borges, ob. cit.

18. En realidad *Lunario...* es un texto en tensión, que incorpora dos visiones opuestas de la luna (y dos estéticas que se desprenden de estas). Abordamos solo una de ellas, en concordancia con nuestros propósitos.

19. Véase Octavio Paz, ob. cit., p. 131.

20. *Ibidem*, p. 130.

21. La variante en prosa de esta preocupación de Valle será su novela *Tirano Banderas*.

22. Guillermo Díaz Plaja, ob. cit., p. 154.

23. *Ibidem*, pp. 157-8.

24. Raquel Halty-Ferguson, *De Laforgue a Lugones: dos poetas de la luna*, Tamesis Book Limited, London, 1981, p. 60-1.

La resolución de conflictos. De la teoría a los nuevos énfasis

Suzet Peña de Sola

Profesora. Instituto Superior de Relaciones Internacionales (ISRI).

Con el fin de la Guerra fría, lejos de disminuir, las amenazas a la paz y la seguridad internacional han adquirido mayor complejidad. Si bien el peligro de enfrentamiento nuclear constituía una verdadera fuente de peligro global, el énfasis en la confrontación bipolar desde la segunda posguerra determinó en buena medida que muchos de los conflictos con marcado carácter violento entre Estados, e incluso internos, se asociaran al enfrentamiento geopolítico entre las grandes potencias, tanto en sus análisis como en la búsqueda de alternativas o mecanismos de solución. Este panorama dejaba a un lado la verdadera naturaleza de muchos conflictos, cuyas causas más profundas descansaban en tensiones étnicas, desigualdades económicas, o regímenes políticos carentes de legitimidad, entre otras muchas. El fin de la dicotomía Este-Oeste ha dejado ver con más claridad la multiplicidad de problemas y la diversidad de actores con diferentes aspiraciones, que van desde la preservación de valores históricos y culturales de comunidades y naciones, hasta la necesidad de algún tipo de reconocimiento de su identidad, en un contexto de creciente globalización de las relaciones

internacionales. Todo esto, además, agravado por profundas desigualdades económicas.

Cerca de un centenar de conflictos armados han sido registrados en el período de 1989 a 1996 en distintas zonas geográficas, desde Bosnia hasta Sri Lanka, Argelia, Timor Oriental, Sierra Leona; y situaciones difíciles de contener en Ruanda, Burundi, México. Solo cerca de un 5% de los conflictos en esta etapa han podido catalogarse como enfrentamientos interestatales. El conflicto dentro de los Estados ha emergido como el principal foco de inestabilidad y violencia.¹

Al hacer un breve balance de los principales fenómenos de conflictos en la posguerra fría, encontramos que se conjugan elementos permanentes y otros de carácter novedoso: la proliferación nuclear, el ascenso de fundamentalismos nacionales y religiosos, enfrentamientos étnicos con escaladas de violencia sin precedentes (se ha oído hablar recientemente de «limpieza étnica», de crisis humanitarias e incluso de genocidio, fenómeno este que parecía haber quedado en el pasado). A esta lista se suman conflictos dentro de los Estados, relacionados con la escasez de recursos y el deterioro del medio ambiente, guerras civiles con

implicaciones regionales tales como crisis de refugiados y problemas migratorios. La desintegración de Estados de débiles estructuras institucionales es otro fenómeno sin precedentes. A todo ello se suma el problema del subdesarrollo y la agudización de la pobreza como consecuencia de la globalización jerárquica del sistema económico mundial.²

Muchos de los enfrentamientos contemporáneos pueden identificarse como «conflictos sociales prolongados», y constituyen la forma más extrema de conflicto social, pues se relacionan con la identidad. Sus fuentes se encuentran en la negación de necesidades tan vitales para los individuos como la seguridad, el reconocimiento de la identidad, el bienestar, la participación efectiva y legítima en el sistema político, en el ámbito económico y social.³ Tales conflictos llevan implícito un fuerte componente existencial cuando las partes se perciben —una en relación con otra— como amenazas a sus respectivas sociedades, instituciones, culturas, valores e identidad.

Una de las consecuencias más importantes del fin de la Guerra fría es precisamente el hecho de que la regulación y resolución de conflictos adquiere mayor complejidad, tanto la que se produce en el interior de los Estados como a nivel internacional, pues ambos niveles están estrechamente imbricados. Por un lado, su solución concierne, cada vez más, a un número significativo de actores con diversos intereses, relacionados directa o indirectamente con las situaciones conflictivas; por otro, abre numerosas interrogantes acerca de los fines y medios que emplear en la difícil búsqueda de la paz, entendida en sentido positivo, tanto dentro como fuera de las sociedades.

Cuando nos enfrentamos al término *resolución de conflictos* —muy en boga en los últimos años—, inmediatamente podemos asociarlo a un sinnúmero de situaciones, en su inmensa mayoría vinculadas a los fenómenos antes mencionados. Estas pueden abarcar desde las acciones y funciones que desempeñan, en determinado conflicto, las fuerzas de mantenimiento de paz de Naciones Unidas, hasta los mecanismos y técnicas que pudieran emplearse en una negociación entre dos o más fuerzas políticas, incluso entre empresas en un Estado, o entre Estados. El término también pudiera aludir la intervención de una tercera parte —ya sea un individuo, organización o grupo de Estados— en una situación en la que dos o más partes pugnan entre sí empleando distintos medios, incluso violentos, para alcanzar objetivos que se contraponen.

Estas posibles percepciones no están erradas, aunque impliquen diversos escenarios. De hecho, lo que desde hace cerca de tres décadas ha venido apareciendo, en una amplia literatura, bajo la denominación de

resolución de conflictos (*conflict resolution*), se refiere de modo más general al estudio interdisciplinario del fenómeno, su dinámica, estructura y vías de regulación, en dependencia del contexto que se tome como referencia.

Teniendo en cuenta la amplitud del tema, el presente trabajo busca hacer una aproximación general a este campo de estudios, relativamente reciente y de gran complejidad, cuyos enfoques han adquirido cierto *momentum* tras el fin de la Guerra fría. Ello se hace necesario, pues en los últimos años su conocimiento está siendo cada vez más extendido a nivel global por diversas instituciones dedicadas a analizar y buscar respuestas alternativas a conflictos, tanto en las relaciones internacionales como en distintos niveles de la sociedad.

La resolución de conflictos constituye una temática que abarca un amplio espectro de problemas y disímiles actores: individuos pertenecientes a un determinado grupo social, comunidades enteras, naciones e incluso organismos internacionales. De hecho, la teoría y las investigaciones acerca del conflicto y de su resolución se han desarrollado desde un marco referencial que comprende varios niveles: el individual, el societal/nacional, el internacional y el global.⁴ Existe un grado de interconexión entre unos y otros niveles. A veces esto puede conducir a un alto grado de confusión, o a lo que algunos autores conciben como una suerte de integración conceptual, o una teoría genérica que tenga verdaderas implicaciones en la práctica de la resolución de conflictos, particularmente en aquellos con marcado carácter violento.⁵

Ello explica, en buena medida, el hecho de que la resolución de conflictos constituya un área de características difíciles de definir y respecto a las cuales no hay consenso entre los investigadores, aunque existe una tendencia cada vez más creciente a concebirlo como una disciplina autónoma, como un área con características propias.⁶

Por ello, trataremos de esbozar el fenómeno desde varias dimensiones, sin perder de vista su estrecha interrelación. Una dimensión es la referida a los orígenes y principales presupuestos teóricos desarrollados por esta área de estudios, dentro del marco más general que conforman las investigaciones sobre el conflicto y para la paz. En otra dimensión, nos acercaremos a los enfoques que se manejan en torno a la regulación del conflicto y a la intervención de terceros en este proceso, así como a los actores que se han ido incorporando a esta práctica. Por último, a la manera en que —desde un actor tan significativo como Naciones Unidas— se concibe estratégicamente la resolución de conflictos, fundamentalmente tras el fin de la Guerra fría.

La resolución de conflictos y las ciencias sociales

La literatura relacionada con la resolución de conflictos comenzó a registrar un auge considerable a partir de la segunda mitad de este siglo. Se insertó dentro del contexto de investigaciones, mucho más amplio, acerca del conflicto, que se desarrolló en esta etapa con un particular interés en los aspectos de su desarrollo, arreglo y dinámica. También la denominación de *conflict management* se ha venido utilizando por algunos autores para referirse a estos estudios.⁷ Dentro de estas investigaciones se cuentan los numerosos aportes en relación con los diversos medios políticos y jurídicos de solución de diferencias a nivel internacional, es decir, la negociación, los buenos oficios, la mediación, la conciliación, el papel de las organizaciones internacionales gubernamentales y no gubernamentales, entre otros. Sin embargo, hasta ese momento, la mayor parte de la literatura sobre las vías de solución de conflictos —y en específico, sobre el papel de la tercera parte en estos procesos— partía de una perspectiva de tipo histórico o jurídico, por lo que ofrecía descripciones de casos de determinados conflictos internacionales, y hacía hincapié en sus características únicas. El éxito o no de los procesos de solución se atribuía a las habilidades diplomáticas de los negociadores y mediadores. Asimismo, en la literatura aparecían referencias a cómo hacer más efectivo el papel de las Naciones Unidas en su primordial función de mantener la paz y la seguridad internacional.⁸

El interés por el estudio a fondo del conflicto en el nivel social y en el internacional, fue más allá de la búsqueda de la comprensión del fenómeno. Se llegó a exponer la necesidad de teorizar sobre las nuevas vías de solución de situaciones de conflictos que luego pudieran aplicarse con cierta regularidad. Estas vías deberían ser ajenas al uso de la fuerza o a las posiciones de poder ejercidas por algunas de las partes en conflicto. Los métodos convencionales de intervención de terceros y resolución de conflictos basados en las tradiciones diplomáticas y jurídicas habían demostrado no ser lo suficientemente exitosos. Tales nociones concebían los conflictos como una suerte de «competencia» por ganar, o como casos que ser «juzgados» o tratados por el Derecho.

El principal reto para quienes se aproximaran a la resolución de conflictos desde una perspectiva novedosa e interdisciplinaria sería, por un lado, el de ofrecer los medios para el análisis de las causas, y las respuestas a los problemas de conflictos y violencia dentro y fuera de las sociedades, y entre estas. Por otra parte, habría que ir más allá del simple paliativo que tanto los estudios como los procesos de aplicación práctica pudieran significar para individuos y comunidades afectadas por conflictos de diferente naturaleza. En otras palabras, se trataría de

llegar a una comprensión de las raíces mismas del fenómeno del conflicto y en función de ello poner en práctica muchos de los conocimientos adquiridos por las ciencias sociales, en particular la aplicación de conceptos desarrollados en los análisis socio-psicológicos, de comportamientos de grupo, no solo poniéndolos en función de la explicación de la dinámica del conflicto a nivel internacional, sino a otros niveles. Tales concepciones, métodos y técnicas han sido, en gran medida, elaborados y puestos en práctica bajo el liderazgo metodológico de los centros desarrollados, principalmente los Estados Unidos.

Una definición más reciente de la resolución de conflictos muestra el carácter abarcador que esta área de aplicación práctica ha llegado a alcanzar:

Los que practican la resolución de conflictos trabajan a *distintos niveles*, en un rango que va desde el nivel interpersonal hasta el internacional. Operan en *diferentes dominios*, como el sistema judicial, la política pública, las relaciones industriales, interétnicas, la diplomacia internacional. Derivan sus ideas desde una *variedad de fuentes* tales como el Derecho, la psicoterapia, teorías de la administración, dinámicas de grupo, investigaciones para la paz, teoría de la decisión, el estudio de la resolución de conflictos en sociedades tradicionales, modelos teóricos basados en todo el rango de disciplinas de las ciencias sociales. A pesar de la diversidad en nivel, dominio y origen intelectual que caracteriza el trabajo en este campo existen *nociones comunes*, ideas y enfoques prácticos. Por eso, puede decirse que, con diferentes grados de énfasis, todos abogan por un marco de resolución del conflicto no adversarial, por un enfoque analítico, orientado a resolver el problema, con participación directa de las partes en conflicto tratando de buscar una solución, y facilitado por una tercera parte entrenada en el proceso.⁹

A pesar de los diferentes énfasis en los modelos teóricos y en la práctica misma, la resolución de conflictos se concibe, de modo general, como un proceso que trata de reconocer la existencia de uno, diagnosticar su naturaleza y aplicar una metodología apropiada para que las partes sean capaces de entender y resolver sus diferencias. Por un lado, la resolución de conflictos, entendida en un sentido integrativo, enfatiza la participación e interacción estrecha de todas las partes en pugna, de manera que sea posible examinar sus causas más profundas. Por otro, comprende un proceso interdisciplinario de análisis e intervención de terceros, que empieza por considerar que las estrategias de negociación y regateo donde uno «gana» o satisface sus intereses a expensas del otro, pueden a corto plazo llegar a un arreglo, pero no resolverlo; o transformar la situación llegando a las raíces mismas del problema.

La teoría de John Burton

Un punto de partida en la comprensión de los enfoques contemporáneos asociados a esta problemática

está dado en la teoría de la solución de conflictos entendida de manera analítica y colaborativa, cuyos orígenes pueden situarse en la década de los 60. Emerge vinculada al ámbito de las relaciones laborales, como resultado del desarrollo industrial y de la necesidad de buscar soluciones estables, a largo plazo, a problemas cotidianos dentro y fuera de las instituciones económicas, en lo que se conoce como Estudios de Administración (*Management Studies*).¹⁰ Sin embargo, fue en el área de las relaciones internacionales en la que esta teoría adquirió particular relevancia y llegó a distinguirse de los estudios tradicionales acerca de la negociación, el arbitraje y la mediación.

Lidereado por el Centro para el Análisis del Conflicto, radicado en Londres, y los estudios del académico británico John Burton acerca de sus causas, se produjeron los primeros talleres internacionales de solución de conflictos, con la participación de terceros en calidad de mediadores y facilitadores.¹¹ Esta sería la técnica fundamental, a partir de la cual esta visión comenzó a desarrollarse. Los talleres tendrían una doble función: en primer lugar, la de propiciar a algunos estudiosos la aproximación a las dinámicas de conflictos específicos que se producían en las relaciones internacionales. En segundo, ofrecer a las partes un marco en el cual pudieran reunirse e interactuar fuera de los ámbitos oficiales, de manera que, eventualmente, pudieran resolver el conflicto de modo pacífico.¹² Se redimensionaba entonces el papel de la tercera parte neutral. Esta sería la encargada de facilitar la comunicación, el intercambio de información, propiciar la empatía entre las partes, y emplear dinámicas que posibilitaran que fueran ellas mismas las que llegasen a transformar su relación y sus percepciones y actitudes respecto a la otra.

Con anterioridad se había extendido la noción de que los procesos tradicionales de solución de conflictos —previstos en organizaciones como las Naciones Unidas— no se utilizaban con efectividad, no porque no funcionaran, sino por la falta de voluntad política de las partes. El Centro para el análisis del conflicto, y principalmente la obra de Burton, se empeñaron en demostrar la necesidad de superar los marcos tradicionales de interacción entre ellas. De este modo comenzaban a desarrollarse paulatinamente diversas nociones de Intervención de Terceras Partes (TPI), al tiempo que cobraba impulso una nueva práctica basada en la necesidad de ampliar la comunicación entre las partes y su conocimiento objetivo de las necesidades y valores afectados.

En esta dirección, la labor académica de Burton devino un punto de ruptura con las concepciones prevalecientes acerca del conflicto y sus vías y mecanismos de control; por consiguiente, referencia

obligatoria para los estudiosos del tema. Para este autor, las situaciones de conflicto no deben ser evitadas o solucionadas por las autoridades, que solo tratan de conservar el *status quo* y evitar el cambio.¹³ Una consideración que se repite en su extensa obra sobre la resolución de conflictos parte de la crítica a las instituciones en el proceso de su regulación. Así, en uno de sus primeros trabajos, *Peace Theory. Preconditions of Disarmament*, Burton concebía que «la fuente posible y la causa más verosímil de una guerra abierta [las constituían] la persistencia de políticas y estructuras (alianzas, seguridad colectiva) tradicionalmente empleadas para impedir que se produzcan los conflictos».¹⁴ Como alternativa a la política de poder y a los mecanismos coercitivos de las instituciones estatales, Burton aboga —desde una perspectiva behaviorista— por la necesidad de formular una teoría o explicación del comportamiento humano, que contribuya a explicar los conflictos y a deducir de ahí los medios para regularlos, de manera que «sean las instituciones las que se acomoden de manera continua a las necesidades de los individuos y no al revés».¹⁵ Al estimar que el conflicto es un elemento necesario en las relaciones humanas, su atención se centra no en su eliminación sino en su control y resolución.

Por lo general, en las consideraciones acerca de la regulación de conflictos, estos fenómenos se definían en términos físicos, asociados a unas afrontaciones en torno a *status*, a una lucha por recursos escasos, o por poder, en la cual las partes contendientes no tienen solo por objeto la obtención de los valores deseados, sino infligir daño, eliminar o llegar a neutralizar a sus rivales. Sin embargo, el énfasis de Burton y sus seguidores recaería en la explicación del fenómeno a partir de las profundas necesidades humanas y valores no palpables, principalmente de reconocimiento e identidad, que constituyen la causa de los conflictos, y cuya satisfacción no puede recaer en compromisos ni en mecanismos institucionales de tipo autoritario, concebidos para eliminar los conflictos, o por el ejercicio de políticas de poder por la autoridad, dentro de un Estado, o por las grandes potencias en el sistema internacional.

Desde esta percepción, el conflicto se concibe como

un fenómeno genérico que no conoce fronteras sistémicas. Trátese de conflictos interpersonales, de comunidad, étnicos, o en las relaciones internacionales, estamos tratando con las mismas necesidades ontológicas de las personas, por lo tanto se requieren los mismos procesos analíticos de resolución de conflictos.¹⁶

En resumen, la teoría de las necesidades, aplicable en la resolución de conflictos —con implicaciones para todos los aspectos de la conducta humana— pone énfasis en el hecho de que el control del conflicto deberá abrir paso a procesos de interacción de las partes, que

Una de las consecuencias más importantes del fin de la Guerra fría es precisamente el hecho de que la regulación y resolución de conflictos adquiere mayor complejidad, tanto la que se produce en el interior de los Estados como a nivel internacional, pues ambos niveles están estrechamente imbricados.

permitan buscar sus fuentes de manera conjunta, y las vías mediante las cuales puedan satisfacerse las necesidades esenciales, asociadas al desarrollo, la identidad y la seguridad. Ello implica una crítica al ejercicio de la autoridad que representa el Estado ante las situaciones conflictivas.

En este sentido, el principal objeto de preocupación es el enfrentamiento violento,¹⁷ interno o internacional, y no las tensiones normales que se presentan como conflictivas y que pueden solucionarse por vías jurídico-normativas; de ahí la distinción entre «disputas» (*disputes*) y conflictos. En las primeras, los intereses de las partes pueden ser negociables, solucionarse por consenso o por medio de mecanismos de mediación institucional. Los conflictos, por su parte, se producen en torno a cuestiones no negociables; por tanto, la resolución debe ir más allá, y comprender la satisfacción de las necesidades, de las cuales los grupos humanos han sido desprovistos como resultado de la dinámica del conflicto.

Pese a su carácter novedoso y al reto que significa el enfoque de la solución colaborativa basada en la teoría de las necesidades humanas, esta no ha estado exenta de críticas desde múltiples aristas. Los partidarios de una visión más pragmática, subrayan el carácter limitado de este enfoque cuando intenta ser aplicado en el plano internacional, teniendo en cuenta el carácter complejo del sistema mundial en la resolución de conflictos, en el que participan los Estados como principales actores.¹⁸ Asimismo, los críticos enfatizan el hecho de que este ámbito se caracteriza por las grandes desigualdades entre las partes —principalmente los Estados—, por la naturaleza de las comunicaciones, la falta de un marco interdependiente de actitudes y percepciones, normas sociales a partir de las cuales el enfoque analítico pudiera implementarse con éxito.¹⁹

Otros autores, por su parte, llegan a cuestionarse la noción misma de necesidades, su posible contenido y jerarquía; si son o no universales y fundamentales en todas las sociedades y culturas, o si pueden satisfacerse parcialmente. Se llega a afirmar la urgencia de resolver estas y otras interrogantes para el futuro desarrollo y aplicabilidad de esta noción, en la resolución de conflictos.²⁰ Precisamente, una de las consecuencias más importantes de estos cuestionamientos es que

comienzan a poner en duda la fuerte distinción que hacen los teóricos de la resolución de conflictos entre su arreglo (*settlement*) —percibido generalmente como incompleto y temporal— y su resolución (*resolution*), concebida como duradera, aceptable y permanente porque satisface completamente necesidades anteriormente frustradas.²¹

La resolución de conflictos de forma colaborativa presupone que las partes en pugna, tras un complejo proceso de interacción facilitado por un tercero, pueden llegar a redefinir sus relaciones sobre la base de la cooperación. Esto, a partir del presupuesto de que independientemente del conflicto que se trate y del nivel en que se manifieste, la causa última del fenómeno es la no satisfacción de las necesidades humanas —de seguridad, reconocimiento, identidad, desarrollo, entre otras—, las cuales son ontológicas, universales, y por tanto comunes a todos los individuos y grupos sociales.

Lo anterior lleva implícito, como consecuencia, un énfasis en el pretendido carácter no ideológico de la resolución de conflictos, que subraya su carácter analítico partiendo de esas necesidades universales, asumiendo que las metas fundamentales convergen, aun cuando los móviles ideológicos de las partes difieran y se asemejen en el nivel de las necesidades de los individuos. Pero incluso en ese supuesto, la satisfacción de las necesidades de las partes pasa por los distintos valores e intereses de los grupos sociales, a lo cual se suma la consideración de la desigualdad de las partes y de los medios de que disponen para hacer avanzar sus valores e intereses. En la perspectiva de Burton y de los partidarios del enfoque colaborativo de la resolución de conflictos, parece implícita la homogeneidad de valores e intereses derivada de la existencia de necesidades comunes y no satisfechas.²²

Si bien la perspectiva colaborativa y analítica se ha abierto espacio en los ámbitos de la teoría y la práctica, esta no ha sido la única. Como antes señalamos, en la mayor parte de la literatura sobre solución de conflictos que se ha desarrollado desde finales de los 80, y principalmente en la década de los 90, se destaca una dicotomía en la forma de abordar un conflicto y en cómo se concibe el papel de los terceros que intervienen para contribuir a su solución. Se trata de lo que pudiera

denominarse, por un lado, perspectivas de la resolución y por otro las del arreglo o compromiso.²³

Tales nociones se han ido desarrollando —principalmente por grupos de académicos en universidades y centros creados para el análisis y la solución de conflictos²⁴—, por las experiencias acumuladas en los distintos niveles. Es importante señalar que el grado de «profesionalización» de individuos en calidad de prácticos en las técnicas de resolución de conflictos es un fenómeno algo reciente, y se presenta fundamentalmente en instituciones vinculadas con el estudio de determinados conflictos que repercuten en el nivel internacional. De modo que nos detendremos brevemente en algunos de los presupuestos más generales en los que se basan los principales enfoques empleados en diversas situaciones y niveles.

De modo general, las propuestas dentro de la perspectiva colaborativa enfatizan la necesidad de que sean principalmente las partes en conflicto las que interactúen en la búsqueda de una solución, no con la finalidad de llegar a un compromiso negociado o a un arreglo sobre cuestiones específicas de la agenda —que pudiera solo satisfacer parcialmente las necesidades e intereses de cada una—, sino con la meta de redefinir las relaciones. La tercera parte que interviene en el proceso está llamada a facilitar el análisis conjunto, el intercambio de información, y la comunicación entre las partes, no a propiciar un cambio promoviendo sus propios intereses. La consulta, la conciliación y la mediación simple —por distinguirla de la denominada mediación con músculo— son ejemplos de participación no sustancial de terceros, encaminada solo a promover un marco de interacción que permita a las partes buscar una solución integrativa.

Esta noción parte de varios presupuestos esenciales. En primer lugar, concibe que las raíces del conflicto hay que buscarlas en las relaciones subjetivas entre las partes, de ahí que cambiando sus percepciones y actitudes —una en relación con la otra—, sea posible transformar el problema. En segundo lugar, sus partidarios subrayan que los asuntos en disputa —o las cuestiones que salen a relucir en la agenda— tienen sus raíces en sistemas de valores diferentes, o en la búsqueda de vías incompatibles para satisfacer necesidades similares. Por ello, la base para resolver los elementos sustantivos del conflicto está dada en el reconocimiento mutuo de los sentimientos, percepciones del otro en relación con el conflicto en cuestión.²⁵ Busca no solo un arreglo a corto plazo, sino de manera definitiva, tratando las raíces mismas del conflicto. A esto hay que añadir la orientación conceptual que parte de la existencia de factores humanos ontológicos para, de ahí, deducir los medios que permitan regular los conflictos.

Por su parte, las perspectivas del arreglo o *settlement* parten de consideraciones diferentes acerca de las causas

de los conflictos, entendidos como fenómenos que se generan a partir de asuntos objetivos, relacionados con el poder. El resultado al que se aspira se deriva de un acuerdo que las partes alcanzan a través de la negociación, el regateo y el compromiso. La tercera parte que interviene en el proceso de negociación o en su fase previa —ya sea un mediador influyente, un árbitro o fuerzas de mantenimiento de la paz— desempeña un papel activo, pues puede presentar iniciativas utilizando recursos legítimos de poder.

Por definición, el arreglo busca un acuerdo sobre los puntos de la agenda. Puede que las partes no queden plenamente satisfechas con los resultados, ya que alguna o tal vez ninguna haya alcanzado todos sus fines; pero eso lo compensa el hecho de haber alcanzado un compromiso y la eventual disminución de la intensidad del enfrentamiento. Este enfoque —según sus teóricos y prácticos— resulta más efectivo cuando se trata de conflictos de naturaleza violenta, ante los cuales puede producirse una mediación efectiva cuando la tercera parte tiene intereses en el asunto y suficiente poder para obligar a los contendientes a alcanzar un acuerdo, aun cuando los problemas subyacentes no hayan sido tratados. La mediación internacional, tanto dentro como fuera del marco de Naciones Unidas, ha sido el principal foco de análisis.²⁶

Papel de la sociedad civil en los conflictos

Resulta interesante el hecho de que últimamente la resolución colaborativa va teniendo una contrapartida práctica, con un énfasis mayor, en mecanismos de solución alternativos a los canales oficiales de los Estados y organizaciones intergubernamentales. La noción de horizontalidad, al margen, incluso, de las estructuras estatales, privilegia un papel más activo de la sociedad civil, no solo dentro de sus propios Estados, sino entre grupos sociales de uno y otro Estado en conflicto. Ejemplo de esto lo constituye la denominada diplomacia de «segundo carril» (*track two diplomacy*), que desde finales de los 80 ha venido desarrollándose principalmente por entidades como el Instituto de Servicio Exterior del Departamento de Estado norteamericano, y dentro de la cual la diplomacia pública o ciudadana ocupa un lugar importante.²⁷ Estos «ingredientes» se han ido incorporando a diversos procesos de resolución de conflictos en varios escenarios.

Por su parte, la diplomacia de «segundo carril» se define por sus principales promotores como un proceso de comunicación e intercambio que se establece en niveles extraoficiales, en cuestiones que son normalmente negociadas en el nivel oficial —lo que se

denomina primer «carril» (*first track*). Es por tanto un proceso —que puede o no desarrollarse paralelamente al nivel oficial— de negociaciones entre miembros de grupos adversarios o naciones que experimentan conflictos entre sí, pero en un plano informal y con mayor flexibilidad.

Este tipo de actividad tiene como finalidad el desarrollo de estrategias conjuntas entre actores que intervienen en el conflicto, pero que no toman las decisiones directamente: incidir en la opinión pública, movilizar y organizar recursos humanos y materiales, de manera que estos esfuerzos puedan contribuir a la solución, sin que llegue a constituir un sustituto de la vía formal. La lógica fundamental de la diplomacia de segundo carril —ejercida desde los últimos años por un número cada vez mayor de organizaciones no gubernamentales interesadas en trabajar en zonas de conflicto (construcción de la paz, derechos humanos)— descansa en la percepción de que los gobiernos, por lo general, poseen grandes limitaciones en lo que respecta al entendimiento de situaciones que pueden ser cambiadas por la participación de la sociedad civil, no solo del Estado donde exista un conflicto, sino de otros Estados con mayores recursos. No debe perderse de vista que aunque la diplomacia pública es de carácter flexible y exploratoria, y que está en cierto modo limitada por su carácter extraoficial, también puede constituir en algunos casos un mecanismo «no oficial» de determinadas instancias de gobierno o de políticas, interesadas en promover uno u otro cauce de las relaciones entre las partes, o a una situación posterior al conflicto.

La extendida noción de que los conflictos entre Estados y grupos dentro de estos surgen y se desarrollan principalmente debido a mutuas percepciones erróneas y a diferencias culturales, contribuye a reforzar la participación de individuos en los conflictos, con algún tipo de incidencia en el proceso de toma de decisiones de los Estados. No resulta sorprendente que la diplomacia de segundo carril, sea fomentada principalmente por ex-funcionarios, académicos e individuos vinculados, de algún modo, a los gobiernos.²⁸ Sin embargo, esta vía se encuentra limitada a las condiciones impuestas por las autoridades. Puede darse el caso de que en las fases en las que las relaciones entre partes en conflicto atraviesan etapas difíciles, los posibles cambios hacia una mejor imagen del «enemigo» sean desalentados.

La diplomacia ciudadana presta una atención particular a cuestiones de índole subjetiva, presentes en un conflicto determinado, de ahí que se relacionen fundamentalmente con los enfoques de tipo colaborativo y con los procesos de consolidación de la

paz posteriores al conflicto. A diferencia de la diplomacia oficial, la pública busca un mayor entendimiento dentro de la sociedad civil, como vía para la transformación y el cambio de política de los gobiernos o de los grupos de poder en determinado conflicto.

Es importante valorar el contexto en el que estas dinámicas tienen lugar. En una etapa de creciente globalización de las relaciones internacionales, y junto a la explosión de numerosos conflictos dentro de los Estados, hay una percepción cada vez más generalizada de lo artificial que resulta la separación entre el ámbito puramente nacional y el internacional. Esto hace que organizaciones concebidas para el mantenimiento de la paz y la seguridad, como las Naciones Unidas, se consideren en muchos casos insuficientes para dar respuesta a situaciones de conflicto en los Estados, pero que repercuten a nivel internacional.²⁹

En la medida en que los contenidos y formas de enfrentamientos cambian, también los mecanismos que emplea la comunidad internacional para su solución son objeto de cuestionamiento y revisión. Los conflictos actuales, en su inmensa mayoría, no constituyen guerras convencionales, sino pugnas internas de carácter étnico o político, agravadas por desigualdades económicas y sociales. Su dinámica es sumamente compleja, lo que dificulta su tratamiento y regulación, tanto por organismos internacionales, como por otros no gubernamentales e individuos en calidad de mediadores y facilitadores. Ha quedado demostrado que las políticas de defensa tradicionales no constituyen métodos apropiados para hacer frente a conflictos cuya espiral de violencia política, étnica, o de antagonismos ideológicos arrastra a un número cada vez mayor de víctimas de la población civil.³⁰

Sin duda, el documento «Un programa de paz», presentado en 1992 por el entonces Secretario General de Naciones Unidas, Boutros-Boutros Ghali, y su posterior suplemento, sentaron pautas sobre la discusión acerca de un sistema de solución de conflictos más amplio y fortalecido. Esta revisión ha tenido como meta permitir a la organización ir más allá de la denominada diplomacia de las crisis, y enfrentar las amenazas a la paz y a la seguridad internacional desde bases que enfatizan, en particular, la prevención de los conflictos (diplomacia preventiva), el establecimiento y mantenimiento de la paz en complejas operaciones de ayuda humanitaria, y el novedoso concepto de consolidación de la paz después de un conflicto.³¹

Uno de los principales retos para Naciones Unidas consiste en actuar sobre las causas económicas y sociales que producen situaciones de tensión, y no solo sobre sus manifestaciones militares, que en la mayoría de los casos llevan implícitas respuestas militares sin que las situaciones que generaron el conflicto se transformen

de manera positiva. De ahí que las funciones preventivas comiencen a adquirir relevancia: medidas para consolidar la confianza, investigación de los hechos, alerta temprana, e incluso el despliegue preventivo de fuerzas. En el centro del debate sobre el papel de Naciones Unidas en la posguerra fría, se centra la necesidad de dotar a esta organización de capacidades para ejercer de árbitro ante situaciones de conflicto, de manera que sus fuerzas de paz puedan intervenir con posibilidades de éxito aun sabiendo que se trata de problemas estructurales, de imposible solución a corto plazo, o que requieren importantes transformaciones en el ámbito internacional.

De hecho, casi un 90% de las operaciones de mantenimiento de paz, iniciadas desde 1988, han tenido como fin la resolución de conflictos internos, lo cual hace que la naturaleza de estas operaciones (también denominadas multifuncionales) se hagan más complejas, al incluir funciones novedosas tales como la observación del cumplimiento y respeto de los derechos humanos, la supervisión de nuevas administraciones, el monitoreo de elecciones, y la asistencia humanitaria. Ello trae consigo una creciente participación de personal civil y de ONG en estas operaciones.

Tanto las estrategias de prevención como la consolidación de la paz —ambos componentes básicos de la resolución de conflictos en diferentes niveles— deben tener como principales metas llegar al fondo de los problemas, transformar las situaciones conflictivas caracterizadas por la no satisfacción de las necesidades básicas de distintos grupos de individuos, y la realización de la justicia social. Ello implica prestar una mayor atención a las desigualdades económicas y sociales, principales fuentes de conflicto, no solo en su dimensión interna sino también externa.

Para que la resolución de conflictos —en cualquier nivel que se produzca y con los actores que participen— constituya verdaderamente un proceso encaminado a reducir todo tipo de violencia y a crear condiciones en las que las partes puedan desarrollarse en un marco de justicia social, es preciso que posea una clara orientación al futuro. Como expresara el académico español Vicenç Fisas,³² tanto la prevención y regulación de los conflictos, como el desarrollo y la misma política han de ser sostenibles, puesto que han de satisfacer las necesidades del presente sin comprometer las de generaciones futuras.

Notas

1. Peter Wallensteen y Karen Axell, «Conflict Resolution and the End of the Cold War, 1989-1993», *Journal of Peace Research*, v. 31, n. 3, 1994, pp. 333-49; Peter Wallensteen y Margareta Sollenberg,

«Arm Conflicts, Conflict Termination and Peace Agreements 1989-1996», *Journal of Peace Research*, v. 34, n. 3, 1997, pp. 339-58.

2. En uno de los informes de la Conferencia de Naciones Unidas sobre Comercio y Desarrollo (UNCTAD) acerca de los países menos desarrollados, se calculaba que medio centenar de países, en los que viven cerca de 500 millones de habitantes, tenían un crecimiento económico y nivel de desarrollo negativo. Estos países «sufren disputas políticas y civiles frecuentemente asociadas con conflictos armados, desplazamientos masivos de población, severas perturbaciones socioeconómicas y la ruptura de los instrumentos de gobierno». UNCTAD, *The Least Developed Countries. 1993-1994. Report*, Naciones Unidas, Nueva York, 1994.

3. Según Edward Azar —quien ha acuñado este término— estos conflictos se producen cuando «las comunidades son desprovistas de la satisfacción de las necesidades humanas básicas, sobre la base de su identidad comunal. Esta carencia es el resultado de una cadena causal compleja, que comprende el papel del Estado y el patrón de vínculos internacionales. Además, las condiciones iniciales (legado colonial, historia doméstica, naturaleza de la sociedad) desempeñan un importante papel en la conformación del conflicto social prolongado». Edward E. Azar, *The management of protracted social conflict. Theory and cases*, Dartmouth Publishing Co. Limited, Inglaterra, 1990.

4. Las dimensiones aparecen en el sistema que propone K. Waltz en su obra *Man, the State and War: A Theoretical Analysis* (Columbia University Press, Nueva York-Londres, 1959). El nivel global se refiere a los problemas que incumben a todo el planeta, ya sea como efecto de los tres niveles anteriores o como fuentes que a su vez inciden en ellos. Entre estos problemas se encuentran la destrucción ambiental, la pandemia del SIDA, etc. Robert North considera que 20 años atrás este nivel no era objeto de preocupación y aún no ha sido ampliamente aceptado como instrumento analítico. Véase Robert North, *War, Peace Survival: Global Politics and Conceptual Synthesis*, Westview Press, Boulder, Colorado, 1990, citado en Dennis Sandole y Hugo van der Merwe, eds., *Conflict Resolution. Theory and Practice. Integration and Application*, Manchester University Press, Gran Bretaña, 1990, p. 7.

5. *Ibidem*, p. 8.

6. Al respecto, Celestino del Arenal señala que prueba de los esfuerzos académicos por constituir los estudios bajo la denominación de Resolución de conflictos, lo constituye la atención que se presta a ello en los ensayos que se publican en el *Journal of Conflict Resolution*. Celestino del Arenal, «La investigación para la paz», *Revista de Relaciones Internacionales*, n. 2, San José de Costa Rica, 1989, p. 43. Además, numerosas publicaciones como *Journal of Peace Research*, *Peace Review* y *Negotiation Journal*, ofrecen con sistematicidad artículos relacionados con esta temática. La producción intelectual en esta área ha tenido lugar principalmente en los medios académicos de los centros desarrollados.

7. *Ibidem*.

8. Barbara Hill, «An Analysis of Conflict Resolution Techniques», *Journal of Conflict Resolution*, v. 26, n. 1, marzo de 1982, p. 110.

9. Herbert Kelman, «Prefacio» en Dennis Sandole y Hugo van der Merwe, ob. cit., p. xi (El énfasis es mío. S.P.S.).

10. Joseph Simecca, «What is Conflict Resolution?», *Peace Review*, v. 5, n. 4, 1993, p. 393.

11. El primer taller tuvo lugar en 1965, con la participación de representantes de Indonesia, Malasia y Singapur. Estos países eran partes en un conflicto violento de carácter prolongado, relacionado

con reclamaciones territoriales de Indonesia sobre una parte de Borneo, entonces bajo la jurisdicción de Malasia. El taller tuvo resultados positivos, pues poco después de concluido, los enfrentamientos entre ellos cesaron. Joseph Scimecca, op. cit. Véase también John Burton, «Civilizations in Crisis: from Adversarial to Problem-solving Processes», *International Journal of Peace Studies*, v. 1, n. 1, 1990, pp.15-16.

12. Barbara Hill, op. cit., p. 111.

13. John Burton, «Conflict Resolution as a Political Philosophy», en Denis Sandole, ob. cit., pp. 55-64.

14. John Burton, *Peace Theory. Preconditions of Disarmament*, Sage, Londres, 1962, p. 99.

15. John Burton, «Conflict Resolution as a Political Philosophy», ob. cit., pp. 55-64.

16. *Ibidem*, p. 58.

17. La violencia la entendemos no solo como la que se ejerce de manera directa o personal, físicamente, sino que suscribimos además la definición de Galtung de «violencia estructural», como aquella presente cuando los seres humanos están influenciados de tal forma que sus realizaciones somáticas y mentales están por debajo de sus realizaciones potenciales. La violencia estructural se deriva de la estructura del sistema, se basa en la desigualdad de oportunidades, de poder; equivale a la injusticia social.

18. M. Hoffman, «Third Party Mediation and Conflict Resolution in the Post Cold War World», en J. Baylis y N. J. Rengger, eds., *Dilemmas in World Politics*, Clarendon Press, Oxford, 1992, p. 274.

19. Jacob Bercovitch, *Social Conflicts and Third Party Strategies of Conflict Resolution*, Westview, Boulder, Colorado, 1984, cap. 6.

20. C. R. Mitchell, «Necessitous Man and Conflict Resolution: More Basic Questions about Basic Human Needs», en John Burton, *Conflict: Human Needs Theory*, St. Martin's Press, Nueva York, 1990, p. 172.

21. *Ibidem*.

22. M. Hoffman, ob. cit., p. 274.

23. Es posible encontrar diferentes términos para referirse a uno u otro enfoque. Así encontramos por ejemplo, «análisis de procesos cooperativos y procesos competitivos en la solución de conflictos», según el académico Morton Deutsch; Kessel y Pruitt ofrece otra denominación: «intervención contextual y sustantiva». Fisher y Keashly distinguen entre consulta y mediación; Jacob Bercovitch entre estrategias de intervención procesal e instrumental. Un recuento importante de esta dicotomía aparece en David Bloomfield, «Towards Complementarity in Conflict Management: Resolution and Settlement in Northern Ireland», *Journal of Peace Research*, v. 32, n. 2, 1995, pp. 151-64.

24. En este sentido cabe mencionar el Centro para el Análisis y la Solución de Conflictos de la Universidad George Mason, en Washington; el Proyecto de Negociación de Harvard, del cual son líderes Roger Fisher y William Ury, con una extensa obra en técnicas de negociación; el *Institute of Multitrack Diplomacy*, del Instituto de Servicio Exterior del Departamento de Estado norteamericano. En Europa también se destacan importantes centros dedicados principalmente a las investigaciones para la paz (Bradford, Copenhague, entre otros).

25. Entre los autores más representativos que han desarrollado la teoría y también la práctica de la resolución de conflictos colaborativa y analítica pueden citarse a John Burton, *Resolving*

Deep-rooted Conflict. A Handbook, Londres, 1987; *Conflict: Resolution and Prevention*, McMillan, Londres, 1990; Edward Azar, *The Management of Protracted Social Conflict: Theory and Cases*, Aldershot, Dartmouth, 1990; Ronald Fisher, «Third Party Consultation as a Method of Intergroup Conflict Resolution: a Review of Studies», *Journal of Conflict Resolution*, v. 27, n. 2, 1983, pp. 301-34; Herbert Kelman, «Interactive Problem Solving: the Uses and Limits of a Therapeutic Model for the Resolution of International Conflicts», en Vamik Valkan, Julius A. Demetrius y Joseph de Montville eds., *The Psychodynamics of International Relationships*, v. 2, Unofficial Diplomacy at Work, Lexington, Massachusetts, 1991.

26. Entre los trabajos más exhaustivos sobre el tema se destacan los de los académicos William Zartman, Saadia Touval y Jacob Bercovitch acerca de la mediación internacional. Véase al respecto J. Bercovitch, *Resolving International Conflicts: The Theory and Practice of Mediation*, Boulder, Colorado, 1996; Lynne Rienner, W. Zartman y S. Touval *International Mediation in Theory and Practice*, Westview, Boulder, 1985.

27. Según estudios de finales de la década del 80, cerca de un 90% de un total de 186 organizaciones encuestadas en los Estados Unidos, practicaban la diplomacia pública, abarcando desde intercambios de ciudadano a ciudadano, hasta discusiones relacionadas con cuestiones políticas relevantes. John Burton y Frank Dukes, eds., *Conflict: Practices in Management and Resolution*, St Martin's Press, Nueva York, 1990, p. 126. Tras el fin de la Guerra fría, el asesoramiento en medios de facilitación y mediación ha ocupado un lugar importante en la participación de organizaciones en la solución de conflictos en diversas partes del mundo.

28. Se cita con frecuencia como ejemplo de la diplomacia pública, que contribuyó al acercamiento entre la ex Unión Soviética y los Estados Unidos, las denominadas Conferencias Pugwash entre científicos y académicos de ambos países durante la Guerra fría. La mejoría de las relaciones entre las superpotencias y su eventual distensión se debió en gran medida a la contribución de los intercambios entre ciudadanos, en los marcos de la diplomacia de segundo carril. Véase Joseph Montville, «The Arrow and the Olive Branch: a Case for Track Two Diplomacy», en John McDonald y D. Jand Bendahmane, eds., *Conflict Resolution: Track Two Diplomacy*, Foreign Service Institute, Departamento de Estado de los Estados Unidos, 1987.

29. Una crítica al papel de la ONU en la solución de conflictos la ofrece Yasushi Akashi, quien fuera representante especial del Secretario General de Naciones Unidas para la ex Yugoslavia, en el período de enero de 1994 a octubre de 1995, en su artículo «The Limits of UN Diplomacy and the Future of Conflict Mediation», en *Survival*, v. 37, n. 4, invierno de 1995-96, pp. 83-98.

30. En los años 80, la población civil representaba las tres cuartas partes de las víctimas de los conflictos, y se estima que en la actualidad los civiles constituyen el 90%. Al respecto, véase Michael Renner, «Critical Juncture: The Future of Peacekeeping», *World Watch Paper*, n. 114, mayo de 1993.

31. A esto se unen otros instrumentos como el desarme, las sanciones y la acción coercitiva. «Un programa de paz. Inclusión de nuevos apuntes», Naciones Unidas, A/50/60, 25 de enero de 1995.

32. Véase Vicenç Fisas, *El desafío de Naciones Unidas ante el mundo en crisis*, ICARIA, Barcelona, 1994.

La seguridad internacional en las Américas

Francisco Rojas Aravena

Investigador. FLACSO, Chile.

El fin de la Guerra fría ha generado incertidumbres conceptuales y en la forma de definir políticas y concretar acciones de cooperación. Las cuestiones estratégicas globales dejaron de tener un peso relevante y temas de orden transnacional con efectos sobre cuestiones estratégicas aparecen en las primeras prioridades de la agenda. En este campo emergen temas tan variados como el control de la proliferación de armas y tecnologías de destrucción masiva y los acuerdos destinados a prevenir sus transferencias, hasta el control del narcotráfico. El concepto de seguridad internacional ha tendido a ampliarse sin que en forma correlativa se hayan producido avances en la definición y mecanismos operacionales. Avanzar en la construcción de un nuevo concepto de seguridad internacional significa avanzar en la redefinición de las misiones de las diversas instituciones encargadas de promoverla. Esta es una tarea de gran significación para las Américas. El hemisferio occidental ha contribuido a la estabilidad global en el período de posguerra fría, pero no ha sido capaz, en una década, de generar regímenes internacionales, reglas y normas que definan de manera

estable y produzcan certidumbre en este aspecto crucial para el desarrollo nacional, regional y global.

En las Américas y en los vínculos entre sus diversas regiones se presentan distintas vulnerabilidades, entre ellas las carencias de institucionalización de regímenes internacionales y en la continuidad de un proceso de desconfianza que impide avances sustantivos en el conjunto de los campos de interrelación (económico, político, social y cultural). La vinculación entre democracia, gobernabilidad y seguridad internacional es cada vez mayor.¹

América Latina es visualizada y se autopercebe como una zona de estabilidad político-estratégica y de bajo nivel de conflicto internacional, aunque al efectuar un análisis más detallado aparecen situaciones de gran complejidad y con un potencial muy significativo de ingobernabilidad como consecuencia de problemas domésticos y/o de acción de fuerzas transnacionales. La cooperación interestatal en materias político-estratégicas ha tenido importantes avances en el período de posguerra fría, en especial por el desarrollo de medidas de confianza mutua y cooperación internacional.²

Buscando nuevos conceptos de seguridad internacional

Las matrices de las grandes teorías (realismo, idealismo, conductismo), aun siendo vigentes, no logran aprehender de manera adecuada los nuevos fenómenos. De ahí que estemos en una etapa de reflexión y reconstrucción de paradigmas en los cuales se producen áreas crecientes de superposición entre los distintos enfoques teóricos. Las teorías de alcance medio referidas a procesos de toma de decisiones, teoría de negociación o de regímenes internacionales, adquieren mayor relevancia heurística y mayor fuerza para generar recomendaciones de política.

Las nuevas relaciones internacionales, el carácter segmentado de las realidades de poder militar y económico, así como la conformación de un sistema complejo de relaciones, en el que prima la cooperación, pero donde se siguen manteniendo situaciones de competencia, obliga a repensar los marcos teóricos y el tipo de vinculación que se establece entre los diversos actores. La agenda emergente evidencia que no hay opción distinta a la cooperación para enfrentar los problemas que tienen relación con la seguridad internacional al concluir el siglo xx. En ella no existen alternativas de suma cero. Pone en claro que sin cooperación pueden producirse resultados no óptimos, menos satisfactorios que los esperados de una asociación efectiva.

La transición conceptual desde el paradigma de la confrontación hacia uno más asociativo, si bien tiene una larga historia, vinculada a las corrientes denominadas liberales, se ha abierto un mayor espacio en el período de posguerra fría. Los nuevos fenómenos de la agenda internacional no encuentran solución racional o éticamente aceptable en el ámbito del «realismo» y el uso de la fuerza, como mecanismos exclusivos de solución. Fenómenos como la migración o las dimensiones ambientales de la seguridad internacional, aunque pudiesen tener «soluciones» militares, no son aceptables en el marco de los grandes principios que recorren el planeta, en especial el del respeto a los derechos humanos. Una importante tendencia se expresa en la transición desde un paradigma que enfatiza las perspectivas del juego de suma cero, hacia uno que, reconociendo la importancia de los fenómenos del poder, busca generar instancias de solución sobre la base de la cooperación.³ La teoría de regímenes internacionales adquiere cada vez más significación e importancia. Provee, mejor que otras perspectivas conceptuales, acercamientos efectivos a la cooperación y la asociación.

El nuevo paradigma se fundamenta esencialmente en la persuasión desde un marco multilateral. Desde el

punto de vista operativo, los sistemas de prevención de crisis (diplomacia preventiva), y de alerta temprana, constituyen elementos sustanciales. El marco de acción reafirma el carácter multilateral y la búsqueda conjunta de soluciones.

La creciente interconexión entre fenómenos nacionales y lo que ocurre en el contexto global, complejiza las relaciones y ubica las dimensiones de la seguridad, en forma simultánea, en tres niveles diferenciados, pero interconectados: la seguridad humana, con énfasis en los temas domésticos; la interestatal, con fuerte acento en las dimensiones subregionales; y la internacional, con un peso cada vez mayor de los asuntos globales en la región. El nuevo concepto de seguridad internacional deberá dar cuenta de esta triple dimensión y de la creciente dificultad para diferenciar fenómenos estrictamente nacionales de los internacionales.

El Estado continúa siendo un actor central, pero ya no el único. El peso de los actores estatales en diversas dimensiones, y en especial en lo referido a las transacciones financieras, se ha reducido. El poder del Estado, por tanto, ha decrecido. En forma correlativa el multilateralismo tradicional, de organización parlamentaria y con fuerte sello estatal, también ha debido resignar funciones frente a la emergencia de una nueva forma de diplomacia que se centra en la interlocución entre los más altos responsables de la política estatal, por sobre el que efectúan las instituciones burocráticas permanentes.

El peso de los actores involucrados en los temas de la seguridad ha cambiado: el del Estado se reduce y otros actores emergen. Visiones pos-estadistas enfatizan los nuevos contenidos de carácter supranacional, aunque no se evidencian aún las instituciones responsables. Se ha modificado la gravitación de foros que analizan y resuelven temas sobre la seguridad internacional. De foros diplomáticos con fuerte acento parlamentario, se ha pasado a una «diplomacia de Cumbres».⁴ Las arenas empresariales y los eventos financiero-comerciales ocupan un espacio cada vez mayor.

La definición conceptual, los temas que se quieren abordar y su delimitación, son el resultado del proceso político. Lo que es seguridad para unos, puede ser fuente de inseguridad para otros. La seguridad es un concepto elusivo. Corresponde a una categoría amplia que trasciende lo militar e involucra aspectos no militares. La seguridad debe ser entendida en su contexto socio-histórico-cultural-geográfico.⁵ Esto posee una gran importancia al constatar que existen distintas América Latina. En cada una de ellas se perciben diversas amenazas con intensidades diferentes y formas de expresión disímiles.

Lo que es seguridad para unos, puede ser fuente de inseguridad para otros. La seguridad es un concepto elusivo. Corresponde a una categoría amplia que trasciende lo militar e involucra aspectos no militares. La seguridad debe ser entendida en su contexto socio-histórico-cultural-geográfico.

Albert Einstein señaló que «es la teoría la que determina lo que podemos observar».⁶ Es necesario construir un nuevo orden; para ello es esencial primero definirlo conceptualmente, crearlo intelectual y políticamente. Luego generar las condiciones para establecerlo como realidad efectiva, capaz de definir y establecer regulaciones y marcos de acción para los diversos actores. Este orden, desde la perspectiva del poder en la posguerra fría, aun siendo monopolar en ciertas dimensiones, es multipolar en otras y universal en unas pocas. A partir de esta realidad, debemos avanzar desde la incertidumbre hacia un orden producido. Esta creatividad de la dirigencia política, será la que posibilite alcanzar las metas de paz y estabilidad en el ámbito de la seguridad internacional, clave para el desarrollo global. Aun para las superpotencias, la construcción de regímenes es una cuestión central.⁷

Tanto desde el punto de vista económico como desde las grandes tendencias estratégicas, la región latinoamericana posee una autonomía acotada. La fuerza no es la fuente de poder de la región, sino su capacidad de concentrarse en diversidad. La asociación obliga a la consideración de los intereses fundamentales y al reconocimiento de capacidades decisorias autónomas, aunque estas sean limitadas. La complejidad de la nueva realidad y de la nueva agenda, no logra ser aprehendida por las concepciones tradicionales de seguridad internacional. La respuesta que algunos actores han buscado entregar es una ampliación del concepto de seguridad internacional. Con ello ubican en el ámbito de la seguridad temas de distinto orden (económicos, sociales, culturales, étnicos), con lo que dificultan la operacionalización práctica y el desarrollo de acciones específicas. La necesidad de cooperación en diversas áreas es distinto a generar concepciones de seguridad sobre ellas —como por ejemplo en cuestiones étnicas o económicas. La ampliación del concepto lleva a desvirtuar los aspectos específicos de la seguridad interestatal, que son claves para la estabilidad regional y la seguridad internacional. Si el concepto se amplía sin referentes concretos, terminará englobando todo aspecto significativo de la vida de las sociedades y desbordará las tareas naturales del ámbito de la defensa.

Debemos centrarlo en las cuestiones referidas a la guerra y la paz, como aspectos primordiales. La seguridad internacional se vincula a la cuestión de la fuerza: cómo detenerla, pararla, restringirla, y ocasionalmente amenazar y aun usarla. Se relaciona con el uso de la violencia organizada y las conductas y actividades militares. En la posguerra fría, la naturaleza básica del concepto no tiene por qué cambiar radicalmente en relación con el largo período histórico anterior; y, por lo tanto, debe resituarse en lo que es central: en la naturaleza del conflicto y en el vínculo entre conflicto internacional y uso de la fuerza (o la amenaza de su uso).⁸ Derivado de lo anterior, es necesario profundizar las conceptualizaciones, para la actual etapa histórica, sobre políticas específicas: medidas de confianza mutua, transparencia, control de armas, gasto militar, fiscalización y otros.

Si bien el concepto de seguridad internacional recoge distintas fuentes, tradiciones y capacidades de diversos actores, no tiene por qué ampliarse de tal manera que pierda su capacidad instrumental. Su carácter multidimensional debe ser abordado desde una perspectiva amplia y compleja, lo que no significa una ampliación del concepto, en cuanto tal, y de sus claves constituyentes; sino la incorporación de las variables que permitan explicar los fenómenos bajo estudio y definir los instrumentos que posibilitan alcanzar la situación de seguridad deseada. La diferenciación de instrumentos, desde el ámbito preventivo hasta las capacidades de reacción, debe estar en función de los objetivos que se quieren alcanzar. El central debe ser evitar el uso de la fuerza y la militarización de las relaciones entre los actores, en especial los estatales.

Los tipos de amenaza diferencian de manera sustantiva a diversas regiones del mundo y a subregiones dentro de ellas. Esto es una de las claves que permite la comprensión de los problemas de seguridad internacional en las diversas subregiones de las Américas. Las amenazas vinculadas al uso de la fuerza son muy distintas en los países caribeños que en los continentales, el peso de la amenaza armada es claramente diferenciado entre los países pequeños y los de mayor tamaño. El vínculo del uso de la fuerza con fenómenos político-sociales adquiere características muy diferenciadas en cada una de las subregiones.

El continente americano es un área privilegiada, dado que las amenazas de carácter militar poseen un muy bajo nivel y muy baja intensidad.⁹ En América Latina las principales amenazas están radicadas en nuevos fenómenos de carácter no militar.¹⁰ Estas poseen un peso distinto según sea la dimensión considerada: la seguridad humana (ciudadana), la estatal y la internacional.

Es necesario diseñar un nuevo marco en el cual democracia, integración y seguridad internacional conformen un todo articulado, que permita generar estabilidad y predictibilidad, condiciones esenciales para alcanzar una paz sustentable. En forma paralela a la reconceptualización de la seguridad internacional, es necesario estudiar el creciente proceso de transferencia de competencias del ámbito nacional al internacional y cómo dichos procesos han transformado el principio de autodeterminación y de soberanía en el mundo global.

Los países latinoamericanos enfrentan una doble agenda: la histórica y la nueva. La agenda histórica tiene relación con los temas de delimitación fronteriza y los de balance militar; ambos poseen un fuerte impacto en las percepciones de amenaza de carácter militar. La nueva agenda incorpora fenómenos no militares, pero con impacto sobre el uso de la fuerza, tales como los procesos de integración y el fenómeno de la transnacionalización y la globalización. En este último ámbito se ubican nuevos desafíos como el accionar del narcotráfico u otros procedimientos ilícitos internacionales.

¿Cómo conjugar un concepto que posibilite la cooperación intergubernamental en el campo de la seguridad internacional y la defensa, y a la vez evite su ampliación en esferas de orden interior? La globalización supone una mayor interrelación entre lo internacional y lo doméstico. El Estado sigue siendo el actor principal que diseña y ejecuta las decisiones, con capacidad de generar cambios estructurales en el corto plazo. Sin embargo, en el contexto de la globalización, otros actores pueden generar también cambios significativos, en especial en cuestiones financieras, medioambientales, o de imagen del país. Reconociendo estos hechos, ¿cómo afianzar una perspectiva de relacionamiento, caracterizado por la desmilitarización de los vínculos? ¿Cómo producir un nivel mayor de cooperación que permita afrontar de manera asociada los riesgos emergentes? La voluntad política desempeñará un papel central en estos procesos y definiciones de cursos de acción. La voluntad política será la que posibilitará cambiar patrones históricos de relación de carácter competitivo por otros de carácter asociativo.

La incorporación de otros actores al proceso implica una mayor complejidad. Si bien es evidente que las

relaciones internacionales dejaron de ser, desde hace mucho tiempo, un monopolio gubernamental y estatal, los actores encargados de la administración de las vinculaciones internacionales muchas veces se resisten a reconocer esta realidad. La democracia como forma de dirimir conflictos genera una necesidad de incorporación plural, y con ello aumenta la complejidad de las vinculaciones y el abanico de actores presentes, pero a la vez refuerza sus decisiones y su legitimidad.

Volvemos a destacar lo central de la definición de seguridad internacional, su vínculo con el uso de la fuerza. «La defensa de la nación contra enfermedades contagiosas es un problema completamente diferente que la defensa contra el ataque de un misil balístico».¹¹ El primer hecho requiere de la cooperación internacional como cuestión crucial para su resolución. El segundo, impone obligaciones que la defensa debe ser capaz de resolver, ya sea con capacidades disuasivas o con la construcción y alianzas y perspectivas asociativas. Avanzar en la reconceptualización de la seguridad internacional implica redefinir las metas por alcanzar y su priorización. El papel que cumplen las reuniones ministeriales de defensa o el que ejecuta la Comisión de seguridad hemisférica, de la OEA, son fundamentales. Abrir canales de comunicación entre los actores tradicionales y no tradicionales en el campo de la seguridad, contribuirá de manera efectiva a este proceso de reconceptualización y afinamiento de políticas. Particular importancia posee el diálogo entre los actores gubernamentales con los parlamentarios. También el vínculo con el sector académico es muy importante en la conformación de perspectivas intelectuales en estas materias.

La seguridad internacional en las Américas. Algunas recomendaciones de política

La oportunidad generada por el fin del conflicto bipolar requiere transformarse en regímenes internacionales efectivos, capaces de dar certidumbre y transparencia a las políticas de los distintos sectores. Transformar la oportunidad en acciones positivas en el campo de la cooperación requiere un marco conceptual y una visión de futuro en la cual el desarrollo de políticas asociativas, por sobre las asimetrías, tiene una función central. La cooperación es una construcción social. Debe ser imaginada e impulsada. La voluntad política constituye un elemento fundamental, pero no suficiente. Se hace necesario establecer los marcos políticos y legales que la viabilicen. Este es el papel de los regímenes internacionales.

La construcción institucional para la resolución de conflictos, así como para la cooperación, supone un

proceso largo y complejo. La asignación de recursos —materiales y humanos— viabilizaría la construcción institucional y la posibilidad efectiva de cooperación. El sustento político-social es crucial. Sin su apoyo en las respectivas sociedades, la cooperación internacional se debilita, más aún cuando está referida a temas de alta sensibilidad como la seguridad internacional. Avanzar en la cooperación es avanzar en un proceso de interdependencia, pero que, a la vez, refuerza las capacidades nacionales. La constitución de regímenes internacionales vinculantes permitirá dar un salto cualitativo en la cooperación para la paz en las Américas y en una perspectiva más global de desmilitarización de las relaciones interestatales.

Junto con el proceso de rediseño y nueva conceptualización de la seguridad internacional en las Américas, de acuerdo con los desafíos presentes, a finales del siglo xx se puede impulsar una serie de acciones que contribuirán de manera efectiva a la creación de confianza, a la desmilitarización de los vínculos interestatales y a la construcción de una perspectiva global de cooperación para la paz. Entre ellas destacamos:

1. Reafirmación y ratificación de los compromisos hemisféricos y regionales de solución pacífica de las controversias.
2. Cooperación para desactivar conflictos fronterizos. En este campo, los avances en la última década son altamente significativos. Es posible ir más allá y resolver el conjunto de situaciones pendientes. En la perspectiva de este objetivo, el desarrollo de medidas de confianza mutua ocupa un lugar preferente. Formas específicas de medidas de confianza mutua —tales como establecimiento de comisiones de frontera, mejoramiento de los sistemas de comunicación, y notificación previa de actividades militares en áreas de frontera— poseen un valor que va más allá de la prevención en materia de seguridad internacional, y contribuyen al desarrollo de un clima general de entendimiento.
3. Cooperación preventiva. El desarrollo de acciones preventivas y su planificación frente a conductas del terrorismo transnacional, o de mafias internacionales en zonas de frontera, puede contribuir de manera efectiva a evitarlas y al desarrollo de actividades importantes en la coordinación de políticas entre los países. En este campo se ubican actividades como patrullaje conjunto de fronteras, intercambio de informaciones y coordinación diplomática.
4. Cooperación técnica en el ámbito científico. Las áreas de cooperación en este campo son múltiples y posibilitan la focalización de recursos con una

perspectiva asociativa, la que provee acceso a información científica y técnica muy valiosa para la prevención de diversos hechos que afectan la seguridad nacional e internacional. Ejemplos de actividades en este campo van desde la prevención en cuanto al medio ambiente hasta la conformación de bancos de datos e intercambio de información e inteligencia sobre mafias internacionales. La prevención de huracanes requiere de información por satélites. Su desarrollo supera las capacidades económicas de los países más pequeños del Caribe. En este ámbito, también el monitoreo del deterioro de la capa de ozono requiere de acciones subregionales. El cumplimiento de los tratados antárticos se puede ubicar en este mismo ámbito. En cada subregión es posible encontrar e implementar importantes áreas de cooperación técnica, con impacto en la seguridad internacional.

5. Cooperación para el desarrollo. La emergencia de nuevas amenazas, como las provenientes del área ecológica (huracanes, efecto invernadero y otras) requieren de una proyección asociativa. Según he explicado, la cooperación para el desarrollo debe ser vista y analizada como una actividad diferente a las actividades referidas a la seguridad internacional. Corresponden a acciones de carácter político que contribuyen a la seguridad de cada uno de los países, pero que no se vinculan directamente con el uso de la fuerza. En general, la cooperación para el desarrollo está referida a acciones de carácter preventivo o a la generación de soluciones frente a problemas que impactan de manera diferencial la seguridad nacional de los distintos Estados. La creación de un fondo internacional frente a desastres naturales para el área del Caribe, aparece como un tema esencial, dado el impacto que estos fenómenos naturales representan para esa subregión. También la cooperación entre los distintos Estados para la formación de líderes con una perspectiva asociativa, es una actividad que posee una significación trascendente.
6. Cooperación para la seguridad regional, hemisférica y global. La cooperación en el ámbito estratégico tiene una función crucial. La cooperación entre fuerzas de defensa solo será posible si existe confianza interestatal y un profundo diálogo profesional entre los encargados de ejecutarlo. El aporte de la región en misiones de observación de la paz, verificación y establecimiento de la paz, ejecutadas bajo el mandato de la ONU o de la OEA, alcanzará sus objetivos más eficientemente, de manera correlativa al nivel de interoperatividad. Este se lograría a través del desarrollo de ejercicios combinados entre las fuerzas

armadas de diversos países e incluso en una proyección de su modernización que reconozca el nuevo contexto. Lo anterior significa avanzar hacia medidas de confianza mutua más firmes y significativas.

7. Monitoreo permanente de la situación de seguridad internacional y de las actividades desarrolladas por los distintos actores en cada una de las subregiones. En este campo el papel de las organizaciones regionales y de instituciones académicas, como el Programa Paz y Seguridad en las Américas, puede generar una contribución muy importante al proceso global.

Construir un régimen hemisférico de seguridad internacional es una necesidad fundamental para el desarrollo de un nuevo orden regional. Cumplir con el mandato emanado de las conferencias cumbres en estas materias,¹² es contribuir de manera esencial a la construcción de bienes públicos internacionales y a la cooperación para la paz en las Américas.

Notas

1. Las perspectivas de un sistema de «paz democrática» se han incrementado a partir de acuerdos específicos como la *Declaración de Santiago*, de la OEA, en 1991. Véase Stephen M. Walt, «International Relations: One World Many Theories», *Foreign Policy*, n. 110, Washington, D.C., primavera de 1998, pp. 29-46.

2. El análisis de las medidas de confianza mutua efectuado en el ámbito académico, en especial por el Programa Paz y Seguridad en las Américas, y la evaluación efectuada en la Reunión ministerial de Defensa, tanto en Bariloche como en Cartagena de Indias, evidencia la importancia de este instrumento para alcanzar los objetivos propuestos.

3. Danny Ertel, *Negociación 2000*, McGraw Hill, Bogotá, Colombia, 1996.

4. Francisco Rojas Aravena, ed., *Globalización, América Latina y Diplomacia de Cumbres*, FLACSO-Chile, Santiago.

5. Sergio Aguayo, Bruce Bagley, Jeffrey Stark, *En busca de la seguridad perdida. Aproximaciones a la seguridad nacional mexicana, Siglo XXI*, México, D.F., México, 1990.

6. Citado por Paul Wayzalawick, *¿Es real la realidad?*, Ed. Herder, Barcelona, 1981, p. 59.

7. Robert O. Keohane, «The International Institutions: Can Interdependence Work?», *Foreign Policy*, ob. cit., p. 82-96.

8. Lawrence Friedman, «International Security: Changing Targets», *Foreign Policy*, ob. cit., pp. 48-63.

9. Los conflictos de carácter interestatal se han ido solucionando y encontrando fórmulas efectivas de arreglos diplomáticos. Especial importancia posee el acuerdo alcanzado entre Perú y Ecuador para la solución del conflicto del Alto Cenepa. En otras áreas, como la frontera chileno-argentina o la colombo-venezolana, el desarrollo de medidas de confianza mutua y de políticas de cooperación, ha facilitado la reducción de las percepciones de tensión e incrementado las oportunidades de cooperación. En Centroamérica, a través del Tratado de Seguridad Democrática de Centroamérica, y en el Caribe por medio del Regional Security System, se han establecido mecanismos de alerta temprana y de reducción de tensiones derivadas de fenómenos tradicionales, lo que ha abierto renovadas oportunidades para la cooperación ante la nueva agenda.

10. La intensidad de la amenaza puede variar de manera sustancial según los recursos de poder con que cuenten los diversos Estados para enfrentarla. Amenazas no tradicionales y de carácter no militar en una perspectiva global como lo es el narcotráfico, puede ser una seria amenaza, con un nivel de intensidad significativo para algún micro Estado del Caribe en una coyuntura determinada. Más aún en casos de países importantes como Colombia, el narcotráfico ha presentado un importante desafío del Estado.

11. Lawrence Freedman, ob. cit., p. 53.

12. Francisco Rojas Aravena, ed., *Globalización, América Latina y la II Cumbre de las Américas*, FLACSO-Chile/LACC, Santiago, 1998.

Las ciencias sociales en América Latina y el Caribe por una cultura de paz

Francisco López Segrera

Historiador. Oficina Regional de Ciencias Sociales para América Latina y el Caribe (UNESCO).

La argumentación que desarrollaré sintéticamente a continuación parte del modelo teórico sobre el futuro de la ciencia en América Latina y el Caribe que nos ofrecen las principales figuras de las ciencias sociales (y también de las exactas y naturales) a nivel planetario y regional, e igualmente de la riqueza que nos ofrecen el «Proyecto de Declaración final sobre la ciencia y la utilización del saber científico» y el «Borrador de Programa» a la Conferencia Mundial de la Ciencia de la UNESCO. Teniendo en cuenta estos aportes trataremos de expresar en qué consiste, a nuestro juicio, el principal legado de las ciencias sociales a nivel mundial y regional, los desafíos que enfrentamos y cuáles son las perspectivas. Como afirma John Maddox en el *Informe Mundial de la Ciencia* de UNESCO, de 1998, «el progreso en las ciencias consiste, en parte, en plantearse las viejas preguntas de manera más lúcida y penetrante». Estas son las preguntas sugerentes que han sabido hacerse Wallerstein, Prigogine, Morin, un grupo representativo de científicos sociales latinoamericanos en una encuesta de 1995 de la revista *Nueva Sociedad*, y trabajos como el de Ana María Cetto y Hebe Vesuri en el mencionado *Informe Mundial de la Ciencia*. A partir

de las preguntas y análisis contenidos en dichos textos, y de nuestras bases de datos y reflexiones, hemos elaborado este trabajo.¹

Es imprescindible —para contribuir a superar la denominada «crisis de paradigmas», e igualmente para «impensar» y «abrir» las ciencias sociales (CS) en la región, recreándolas— una relectura de textos esenciales de estas disciplinas en Latinoamérica y el Caribe.

Si el legado y futuro de las CS a nivel planetario pueden ser expresados hoy en tres axiomas (legado) y seis desafíos (futuro), esta relectura seguramente contribuirá en forma decisiva a la valoración de aspectos esenciales de la herencia que nos han legado las CS de esta región e igualmente a enfrentar los desafíos específicos de estas disciplinas en América Latina y el Caribe. La reflexión sobre este legado histórico resulta clave para crear nuevos paradigmas que nos permitan vislumbrar y construir un futuro alternativo.

Hagamos, en primer lugar, algunas reflexiones sintéticas acerca de las ciencias sociales a nivel planetario, para luego referirnos a su dimensión latinoamericana. Es necesario no solo repensar las ciencias sociales, sino sobre todo impensarlas. Es decir, poner en cuestión su

legado decimonónico y el de este propio siglo, a la manera en que Ilya Prigogine ha hecho, en las ciencias duras, con la herencia de la física newtoniana y de la teoría de la relatividad. Esta necesidad de impensarlas obedece a que muchas de sus suposiciones, pese a su carácter falaz, permanecen arraigadas firmemente en nuestra mentalidad. Consideramos que impensar las CS significa reconciliar lo estático y lo dinámico, lo sincrónico y lo diacrónico, mediante el análisis de los sistemas históricos como sistemas complejos con autonomía y límites temporales y espaciales. Si decidimos, por tanto, que la unidad de análisis no es ya el Estado-nación, sino el sistema-mundo (es decir, que no podemos analizar ningún Estado-nación dissociado del sistema-mundo) debemos además acudir al análisis transdisciplinario, eliminando la tradicional distinción entre el método de análisis idiográfico propio de la historia y el nomotético propio de la antropología, economía, ciencias políticas y sociología. Las ciencias sociales no deben ser ni mero recuento de los hechos del pasado (historia tradicional), ni tampoco la simple búsqueda de regularidades con una visión ahistórica. Las ciencias humanas como la psicología y la filosofía, entre otras, también deben ser tenidas en cuenta a la hora de elaborar esta síntesis.

Pienso que hay textos metodológicos que debemos rescatar, como «La imaginación sociológica», de C. Wright Mills y otros que debemos relegar al olvido o releer solo por mera curiosidad como «El sistema social», de Talcott Parsons, Biblia de una sociología ahistórica que ejemplifica los defectos de la «gran teoría» y su incapacidad para explicar los sistemas complejos. Esta «gran teoría», por un lado, y el empirismo abstracto de estudios en detalle, por otro, son los grandes peligros que acechan a las ciencias sociales desde sus orígenes, y por lo cual resulta necesario impensarlas y también abrirlas.² Esto último significa deconstruir las barreras disciplinarias entre lo idiográfico y lo nomotético, integrar esas disciplinas en un método transdisciplinario, promover el desarrollo de investigaciones conjuntas no solo entre historiadores de un lado, y antropólogos, economistas, politólogos y sociólogos de otro, integrados en equipos transdisciplinarios en torno a un tema de investigación; sino además integrar a científicos en proyectos conjuntos en que participen especialistas de las ciencias sociales y de las ciencias duras, y donde, por tanto, lo transdisciplinario no se agote en la fusión de lo idiográfico y lo nomotético, sino que incluya las ciencias naturales y exactas. Es esto lo que nos ha enseñado el legado de Marx, Durkheim y Weber.

Las obras de Braudel, Wallerstein, Morin, Dos Santos, González Casanova, Aníbal Quijano y Enrique Leff, entre otros, constituyen, a nuestro juicio, un esfuerzo notable en este sentido, desde las ciencias

sociales, e igualmente la de Prigogine desde el terreno de las ciencias duras. En resumen, para que las CS tengan verdadera relevancia hoy, es imprescindible la reunificación epistemológica del mundo del conocimiento, sin que esto implique la muerte inmediata de disciplinas con una larga tradición. Abogamos por la integración, en el análisis de los fenómenos sociales, de lo idiográfico y lo nomotético, y de estos con las ciencias duras, lo cual no quiere decir que neguemos el valioso legado de las disciplinas autónomas, aunque sí consideramos su menor relevancia, en análisis desintegrados, de los conocimientos que pueden aportarnos el conjunto de ellas.

Antes de referirnos a su especificidad en América Latina y el Caribe, enunciemos los principales axiomas que constituyen lo esencial del legado de las CS, e igualmente los desafíos que enfrentan a nivel mundial.

1. Existen grupos sociales que tienen estructuras explicables y racionales (Durkheim).
2. Todos los grupos sociales contienen subgrupos distribuidos jerárquicamente y en conflicto unos con otros (Marx).
3. Los grupos y/o Estados mantienen su hegemonía y contienen los conflictos potenciales, debido a que los subgrupos de menor jerarquía le conceden legitimidad a la autoridad que ejercen los situados en la parte superior de la jerarquía, en la medida en que esto permite la sobrevivencia inmediata y a largo plazo (Weber).

Estos axiomas constituyen la herencia esencial de la cultura sociológica occidental, de la cual somos, en la región, tributarios en más de un sentido, sin que esto niegue nuestra especificidad. Es un mérito de Anthony Giddens el haber sido uno de los primeros en discutir la obra de conjunto de Marx, Durkheim y Weber como tres autores.

Pudiera objetarse que hay muchos otros autores que también han legado axiomas de relevancia, como Malthus (ensayo sobre la población), Tönnies (comunidad y sociedad), Sorokin (diferenciación de las sociedades en grupos multivariados), Veblen (el ocio ostensible), Mannheim (sociología del conocimiento, ideología y utopía), Wright Mills (la élite del poder), Adorno (la personalidad autoritaria), Marcuse (el origen de la civilización represiva), Lukacs (las raíces sociológicas del asalto a la razón, sociología de la cultura), Habermas (su teoría de la acción comunicativa), sin olvidar los aportes de los fundadores (Comte y Spencer) y la lúcida obra actual de Wallerstein, Giddens, Morin, Dos Santos, Gorostiaga, González Casanova, y Quijano, entre otros. Pero lo que ha tratado de argumentarse por Wallerstein, al resumir la «cultura sociológica», es que esta pudiera sintetizarse en tres

proposiciones claves: la realidad de los hechos sociales (Durkheim), el carácter perenne y permanente del conflicto social (Marx), y la existencia de mecanismos de legitimación que regulan y contienen los conflictos (Weber).

Veamos ahora los desafíos:

1. ¿Es que en realidad existe una racionalidad formal? (Freud).
2. ¿Existe un desafío civilizatorio de envergadura a la visión moderna/occidental del mundo que debemos tomar seriamente? (Anouar Abdel-Malek).
3. ¿Acaso la realidad de tiempos sociales múltiples requiere que reestructuremos nuestras teorías y metodologías? (Braudel).
4. ¿En qué sentido los estudios sobre complejidad y el fin de las certidumbres, nos fuerzan a reinventar el método científico? (Prigogine).
5. ¿Podemos demostrar que el feminismo, que el concepto de género, es una variable de presencia ubicua, aun en zonas aparentemente remotas como la conceptualización matemática? (Evelyn Fox Keller, Donna J. Haraway y Vandana Shiva).
6. ¿Es la modernidad una decepción que ha desilusionado antes que a nadie a los científicos sociales? (Bruno Latour).

A partir de estos axiomas y desafíos, Immanuel Wallerstein nos propone las siguientes perspectivas en el siglo XXI para las CS: a) la reunificación epistemológica de las denominadas dos culturas, esto es, la de las ciencias y la de las humanidades; b) la reunificación organizacional de las ciencias sociales; y c) la asunción por las ciencias sociales de un papel de centralidad (que no implica hegemonismos) en el mundo del conocimiento.³

La obra de Immanuel Wallerstein —al igual que la de Prigogine en el terreno de la física y la química, y la de Edgar Morin en lo que respecta al pensamiento complejo—, se encuentra en la vanguardia de la reflexión prospectiva sobre las CS. Los principales hitos metodológicos de esta reflexión son: *Impensar las ciencias sociales* (1991); *Abrir las ciencias sociales* (1996); «Social change? Change is eternal. Nothing ever changes» (1996); *Cartas del Presidente de la Asociación Internacional de Sociología* (1994-1998); y, en especial, su discurso como Presidente de la Asociación Internacional de Sociología, en el XIV Congreso Mundial de Sociología, «The Heritage of Sociology. The Promise of Social Science» (26 de julio de 1998).⁴

Anthony Giddens, por su parte, al expresar los objetivos esenciales de su trabajo de investigación como sociólogo, ha formulado una agenda relevante: reinterpretar el pensamiento social clásico, analizar la naturaleza de la modernidad, y establecer un nuevo

enfoque metodológico en las ciencias sociales. Estos tres temas interconectados constituyen la agenda de trabajo del mencionado autor.⁵

En la Conferencia Europea de Ciencias Sociales (1992), el entonces Director General de la UNESCO, Federico Mayor, formuló un conjunto de orientaciones de especial relevancia para el trabajo de investigación en CS, que tienen hoy plena actualidad, y que coinciden, en gran medida, con lo tratado por Wallerstein y Giddens:

1. Promover los enfoques interdisciplinarios y los estudios comparados.
2. Estos enfoques deben apoyarse en bases de datos cuantitativas (estadísticas) y cualitativas de excelente calidad. Para las ciencias naturales, la naturaleza y la vida son las fuentes de sus bases de datos, que se analizan en condiciones de laboratorio una vez seleccionadas. Para las ciencias sociales los datos se toman esencialmente de series estadísticas; por eso debemos asegurarnos del carácter fidedigno de nuestras fuentes y trabajar, siempre que sea posible, con fuentes primarias.
3. Es necesario llevar a cabo cambios institucionales y organizativos que permitan el desarrollo del trabajo interdisciplinario.

Concluía Federico Mayor diciendo que «ningún otro campo del conocimiento podría contribuir tan decisivamente a construir un puente entre la reflexión y la visión de los asuntos humanos, de una parte, y a la formulación de políticas y la puesta en marcha de acciones para mejorar la calidad de vida de los seres humanos, de otra».⁶

La importancia de la transdisciplinariedad fue también destacada por él en otro texto en el que afirma: «Hace cuarenta años, el novelista C. P. Snow declaró que vivimos en un mundo de dos culturas. Una, la cultura artística, tiene un amplio espacio en los periódicos, la radio, la televisión, mientras que la otra, la cultura científica, debe contentarse con un espacio extremadamente limitado. ¿Por qué esa diferencia?». Y en 1998, en la Segunda Conferencia europea de ciencias sociales, expresó:

Hace medio siglo, los fundadores de la UNESCO recomendaron que las ciencias sociales ocuparan una posición importante en el monitoreo de la integración social de la humanidad. La década pasada ha sido un período importante de balance, en lo que se refiere a nuestras tradiciones heredadas del conocimiento social. [...] Dentro de la UNESCO se prepararon nuevos terrenos para la transdisciplinariedad, especialmente para mejorar la cooperación entre las ciencias naturales y sociales, durante la XXVIII sesión de la Conferencia General en 1995.⁸

En el «Proyecto de Declaración sobre la Ciencia y la utilización del saber científico», que se presentará por

UNESCO a la Conferencia Mundial de la Ciencia, se destacan los aportes positivos de las ciencias (mayor esperanza de vida, aumento de la producción agrícola, las posibilidades que para el conocimiento crean las nuevas tecnologías de información y comunicación), pero también se señala la brecha creciente entre países industrializados y los eufemísticamente llamados en vías de desarrollo, y el hecho de que la explotación inadecuada de los logros científicos ha implicado la degradación del medio ambiente y dado lugar al desequilibrio social y la exclusión. Para que se pueda instaurar una paz durable, de acuerdo con el espíritu con el cual la Asamblea General de las Naciones Unidas ha proclamado el 2000 como «Año Internacional de la Cultura de la Paz», es necesario solucionar estas contradicciones.

En el mencionado «Proyecto de Declaración», se afirma que «es indispensable intensificar los esfuerzos interdisciplinarios, asociando los especialistas de las ciencias exactas y naturales a los de las ciencias sociales»; ellas son claves para «suprimir las causas profundas de los conflictos: desigualdades sociales, pobreza, ausencia de justicia y democracia, trabas a la educación para todos, inadecuados servicios de salud, penuria alimentaria, degradación del medio ambiente y otras». Igualmente se enfatiza en el hecho de que la investigación científica en el sector privado no puede sustituir a la pública, lo que supone que el sector público otorgue un financiamiento adecuado, sobre todo a aquellas investigaciones cuyos resultados sean de especial utilidad para la sociedad, lo que no implica minimizar el importante papel de la investigación fundamental. En el punto referido a la ciencia para el desarrollo se afirma que «será necesario, a nivel nacional, detener las estrategias en uso y poner en curso dispositivos institucionales que incrementen el papel de la ciencia como motor del desarrollo».⁹ El Proyecto de Declaración también expresa la necesidad de democratizar el uso de las nuevas tecnologías y de crear mecanismos institucionales que remedien las dificultades que enfrentan las mujeres y las minorías para acceder a carreras científicas y al saber en general.

En el «Proyecto de Programa» a la Conferencia Mundial de la Ciencia, en el Foro II, denominado Ciencia y Sociedad, se pide analizar temas claves para las ciencias sociales tales como la percepción pública de las ciencias, la ciencia para el desarrollo, prioridades que establecer en un nuevo contexto socioeconómico, género, y un nuevo contrato social para la ciencia que tenga en cuenta desafíos como medio ambiente, salud, alimentación y pobreza, y la ciencia para las nuevas generaciones.

Axiomas, desafíos y perspectivas en América Latina y el Caribe

Si bien estos textos, entre otros, nos ofrecen, una valiosa brújula, la especificidad de nuestras ciencias sociales tiene sus propios axiomas, desafíos y perspectivas. Es precisamente esa singularidad la que devela y revela una relectura de sus principales textos. Veamos, brevemente, en qué consiste ese legado en nuestra región —así como el papel de la UNESCO en fortalecerlo y contribuir a recrearlo— para luego plantearnos una posible agenda de trabajo y referirnos a nuestros axiomas, desafíos y perspectivas específicas, injertando en el tronco de nuestras reflexiones autóctonas lo mejor de las CS a nivel planetario.

Concentraré mis reflexiones en sintéticos vislumbres acerca de la misión de la UNESCO en el proceso de desarrollo de las ciencias sociales en la región y, en especial, en cómo contribuir a su redimensionamiento futuro. No puedo dejar de mencionar su papel clave en la fundación y desarrollo de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO) y su permanente interacción con la Secretaría General y los Capítulos nacionales, e igualmente la sostenida y creciente colaboración con el Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO), con su Secretaría Ejecutiva y con sus Grupos de trabajo. En torno a FLACSO Y CLACSO —que siempre han tenido el apoyo de la UNESCO— se ha nucleado tradicionalmente lo mejor de las ciencias sociales de la región.

En síntesis, puedo decir que son las redes como FLACSO y CLACSO —y otras muchas que de forma más o menos directa están asociadas al desarrollo de las ciencias sociales en esta área: ALAS, SELA, CLAD, FIUC, PROGRAMA BOLÍVAR— y los científicos sociales agrupados en ellas en torno a universidades y/o grupos de trabajo, los que han producido el extraordinario desarrollo de las ciencias sociales latinoamericanas —visualizadas por otros países del Sur como paradigmas—, y quienes garantizan su futuro, sin que su identidad se disuelva en modelos importados. Las ciencias sociales latinoamericanas alcanzaron su plena identidad en los años 50, en el momento en que surgió FLACSO. Es un mérito de esta red —y de la UNESCO— el haber contribuido a la creación de paradigmas autóctonos en las ciencias sociales de América Latina y el Caribe, labor que ha impulsado CLACSO. Digámoslo de una vez: podrá haber crisis de paradigmas en relación con la era de CEPAL o de la Escuela de la Dependencia, pero no hay crisis de identidad. Es clara, no obstante, desde los 80, la tendencia a la reversión de los valiosos intentos de repensar el continente desde sí mismo. Esta tendencia, a la cual nos referiremos más adelante, está asociada a

los paradigmas propios del neoliberalismo y del posmodernismo.

Veamos ahora, brevemente, los distintos paradigmas de las ciencias sociales en la región desde fines de la Segunda Guerra Mundial hasta la actualidad.¹⁰

A fines de los años 50, el futuro de América Latina era visualizado a través de los paradigmas estructural-funcionalista, del marxismo tradicional (y luego, de la nueva versión que emergió como resultado de la Revolución cubana) y del pensamiento desarrollista de CEPAL. Si la falla del funcionalismo fue considerar que se podría reproducir en la periferia el esquema clásico de desarrollo capitalista del centro —tesis validada por el marxismo tradicional, que consideraba a América Latina como una sociedad feudal—, y la de CEPAL fue pensar que solo con la sustitución de importaciones y un Estado y un sector público fuertes se obtendría el desarrollo, la Escuela de la Dependencia, en su crítica al denominado capitalismo dependiente latinoamericano, no fue capaz de ofrecer una reflexión con resultados viables acerca de cómo construir un modelo alternativo de sociedad.

El desarrollismo cepaliano de Raúl Prebisch fue considerado por los teóricos de la Dependencia como un paradigma que, si bien reconocía la necesidad de reformas estructurales modernizantes, en la práctica era incapaz de superar el reformismo. La crítica neoliberal del desarrollismo se centró en el excesivo intervencionismo estatal, el estrangulamiento de la iniciativa privada y la asignación de recursos en forma irracional.

El defecto esencial de la Teoría de la Dependencia fue el no haber percibido que ningún sistema puede ser independiente del sistema histórico actual, de la economía mundial. Esta realidad interdependiente no implica, sin embargo, validar el neoliberalismo y sus políticas de ajuste estructural —que tienden a privilegiar la función del mercado en detrimento de la sociedad civil y del Estado— como única receta, y mucho menos como fin de la historia. Sobre todo cuando hoy sabemos, tras más de una década perdida, en lo económico, que el ajuste estructural ha implicado en la región un profundo deterioro de las condiciones sociales y una concentración cada vez mayor de la riqueza, junto al crecimiento de la pobreza y la exclusión social. Si hoy hablamos de desarrollo humano sostenible (concepto enunciado por el *Brundtland Report* en 1987), es porque el otro *desarrollo* en realidad ha sido un crecimiento económico perverso y desequilibrado que atenta contra el hombre y su habitat.¹¹

Las dos influencias teóricas que predominan en las ciencias sociales latinoamericanas hoy —el neoliberalismo y el posmodernismo— entrañan ciertos peligros. El primero tiende a la reafirmación dogmática de las concepciones lineales de progreso universal y del imaginario del desarrollo, y la segunda a la apoteosis del eurocentrismo. El hecho de que los metarrelatos en boga en el siglo xx hayan hecho crisis, no implica la crisis de toda forma de pensar el futuro y mucho menos de este.¹²

Como axiomas y/o aportes claves de las CS latinoamericanas y caribeñas en la segunda mitad de este siglo, podemos mencionar, entre otros, los siguientes:

1. El del capitalismo colonial, de Sergio Bagú:

El régimen económico luso-hispano del período colonial no es feudalismo. Es capitalismo colonial, [...] el cual presenta reiteradamente en los distintos continentes ciertas manifestaciones externas que lo asemejan al feudalismo. Es un régimen que conserva un perfil equívoco, sin alterar por eso su incuestionable índole capitalista. Lejos de revivir el ciclo feudal, América ingresó con sorprendente celeridad dentro del capitalismo comercial, ya inaugurado en Europa [...] y contribuyó a dar a ese ciclo un vigor colosal, haciendo posible la iniciación del capitalismo industrial años más tarde.¹³

2. El de «centro-periferia», de Raúl Prebisch:

[E]n otros términos, mientras los centros han retenido íntegramente el fruto del progreso técnico de su industria, los países de la periferia les han traspasado una parte del fruto de su propio progreso técnico.¹⁴

3. El de «sub-imperialismo», de Ruy Mauro Marini:

Pasó el tiempo del modelo simple centro-periferia, caracterizado por el intercambio de manufacturas por alimentos y materias primas [...] El resultado ha sido un reescalamiento, una jerarquización de los países en forma piramidal y, por consiguiente, el surgimiento de centros medianos de acumulación, que son también potencias capitalistas medianas —lo que nos ha llevado a hablar de la emergencia de un subimperialismo.¹⁵

4. El de «dependencia», de Theotonio dos Santos:

[La dependencia es] una situación en la cual la economía de un cierto grupo de países está condicionada por el desarrollo y la expansión de otra economía, a la cual su propia economía está atada; una situación histórica que configura la estructura de la economía mundial de tal manera que determinados países resultan favorecidos en detrimento de otros, y que determina las posibilidades de desarrollo de las economías internas.¹⁶

Los autores citados son especialmente emblemáticos, pero expresan amplios movimientos de reflexión en la región, de los cuales son tributarios. Estos axiomas tienen especial relevancia, desde nuestro punto de vista, para la comprensión del papel de América Latina y el Caribe en el actual sistema-mundo capitalista.

Otros aportes de relevancia de las CS en Nuestra América, entre otros muchos que pudiéramos mencionar, son:

- a) Los estudios tipológicos de Darcy Ribeiro sobre los pueblos y el proceso civilizatorio.
- b) La sociología del hambre, de Josué de Castro.
- c) La metodología Investigación-acción participativa, de Orlando Fals Borda.
- d) Los conceptos de colonialidad del poder y reoriginalización cultural, de A. Quijano.
- e) La pedagogía del oprimido, de Paulo Freire.
- f) Las visiones críticas de la globalización, de Octavio Ianni y Celso Furtado.
- g) La crítica a la visión fundamentalista de la integración-globalizada, de Aldo Ferrer.
- h) Los vislumbres sobre la Teología de la Liberación, de Gustavo Gutiérrez, así como de Leonardo y Clodovils Boff.
- i) La teoría de la marginalidad, de Gino Germani, enriquecida desde un ángulo diverso por aportes como el de José Nun.
- j) La visión de la dependencia en Fernando Henrique Cardoso y Enzo Faletto, denominado «Enfoque de la Dependencia» para diferenciarlo de la «Teoría de la Dependencia», de Marini, Dos Santos, Bambirra y Gunder Frank.
- k) Los valiosos aportes de Pablo González Casanova sobre el México marginal, y su crítica al «nuevo orden mundial», su visión de una democracia no excluyente, su preocupación por reconceptualizar nuestras CS.
- l) La crítica al neoliberalismo latinoamericano, de Atilio Borón.
- m) La tesis de una civilización geocultural alternativa emergente, de Xabier Gorostiaga.
- n) Las tesis sobre transición, democracia y Estado, de Francisco Delich, Manuel Antonio Garretón, Norbert Lechner y Guillermo O'Donnell, entre otros.
- o) La tesis de las culturas híbridas, de Néstor García Canclini.
- p) Los estudios de la economía de la coca, de Hermes Tovar Pinzón.
- q) La Sociología del Caribe, de Gerard Pierre Charles y Suzy Castor.
- r) Los aportes teóricos sobre la economía de plantaciones del Caribe, de Ramiro Guerra, Eric Williams, Manuel Moreno Fraginals y Juan Pérez de la Riva.
- s) La Sociología centroamericana, de Edelberto Torres Rivas.

Por último, no menos importante es la obra de próceres cuyas reflexiones tienen un carácter fundacional: Simón Bolívar, José Martí y José Carlos Mariátegui.

Como desafíos específicos que enfrentan las CS en la región hoy podemos enumerar, entre otros, los siguientes:

1. ¿Es posible la integración cultural? ¿O acaso todo el discurso en torno a la multiculturalidad, la pluralidad cultural y los problemas de homogeneización y heterogeneidad no rebasarán el marco retórico-académico?
2. ¿Es posible recrear un nuevo Estado distinto al caudillista, populista, cepaliano o neoliberal, donde la exclusión social sea eliminada sin volver al autoritarismo y dando una dimensión no solo política, sino también social a la democracia? ¿O es que acaso el Estado neoliberal, que legitima y viabiliza el modelo de capitalismo dependiente, con rostro de democracia, es viable a largo plazo?
3. ¿Es posible a los Estados latinoamericanos obtener mayores márgenes de independencia y autonomía por la vía de la integración del subcontinente, pese a crecientes procesos de globalización, y transnacionalización?
4. ¿Es posible disminuir la brecha entre «infopobres» e «inforricos» en la región democratizando el uso de las nuevas tecnologías de información y comunicación? ¿O solo servirán estas para aumentar la pobreza, la desigualdad y la exclusión social?
5. ¿Es posible la educación para todos, el desarrollo sostenible, el nuevo carácter de las ciudades, una nueva ética y la construcción de una cultura de paz? ¿O acaso es una utopía inalcanzable construir naciones democráticas, multiculturales y multirraciales con niveles mínimos de desigualdad?

El futuro de las CS en la región dependerá, en gran medida, de las políticas y acciones que se adopten en relación con estos desafíos.

Los problemas claves que preocupan a Wallerstein sobre las CS a nivel mundial, paradójicamente, pese a nuestro «atraso» en relación con el patrón occidental de desarrollo, no tienen entre nosotros la misma dimensión. Afortunadamente, no tuvimos un Talcott Parsons, aunque sí algunos epígonos ya olvidados. Podemos decir que el proceso de impensar las CS empezó en nuestra América (la del Río Bravo a la Patagonia) en los 50 con CEPAL y que, pese a la «crisis de paradigmas» de los 80, no se ha detenido. Tenemos no solo axiomas básicos, sino multitud de conceptos, como ha señalado Pablo González Casanova al hablar de las CS en la región. Por otra parte, pese a la perspectiva eurocentrista/anglosajona con que se elaboraron los planes de estudio de las carreras de CS en la región, los mejores textos de estas disciplinas tienden a integrar lo idiográfico y lo nomotético en el análisis. Esto obedece, por un lado, a que la herencia

española, si bien nos legó lo que, en algunos casos, es retórica hueca, también nos ofreció una rica herencia ensayística que funde lo idiográfico y lo nomotético; y, por otro, a que la superespecialización no ha sido una actitud cultural entre nosotros, por diversas razones. Por estas causas, entre otras, la exhortación a impensar y abrir las CS ya lleva largo trecho recorrido entre nosotros, sin que por eso podamos darnos el lujo arrogante de la autocomplacencia que destruye la creatividad. Es por todos conocida la influencia de las CS de nuestra región, no solo en los países del Sur, sino también en algunos de los principales científicos sociales de los países desarrollados de Occidente y de otras latitudes.

En relación con las perspectivas de las CS en América Latina y el Caribe, debe reiterarse que mucho hemos avanzado en la reunificación epistemológica de las dos culturas, la de las ciencias y la de las humanidades. No quiere esto decir que podamos eliminar totalmente de la agenda la necesidad de impensar y abrir las CS en nuestra región. De lo que se trata, sobre todo en nuestra América, es de avanzar en la reunificación organizativa de las CS y en que estas reasuman su papel de centralidad en el mundo del conocimiento, debilitado en los 80 y primera mitad de los 90, como consecuencia de la «crisis de paradigmas». Para esto resulta clave el pensar la región desde sí misma, sin peligrosos provincianismos —el mejor antídoto contra esto es el imprescindible dominio, o al menos lectura, de tres o cuatro idiomas claves y un estado del arte renovado permanentemente en nuevas tecnologías de la comunicación e información— y sin asimilar en forma acrítica agendas y paradigmas de otras latitudes.

Es importante establecer un conjunto de prioridades compartidas por todos, que den respuesta a las urgencias de nuestra América, de su sociedad civil y de sus clases políticas, para coordinadamente establecer una nueva agenda de las investigaciones en CS en nuestra región. Si no somos capaces, unidos, de formular esa agenda, las ciencias sociales de la región perderán una identidad ganada a sangre y fuego, y presenciaremos no una «crisis de paradigmas», sino la recolonización de nuestras ciencias sociales por paradigmas y agendas fijadas en función de los intereses del Norte desarrollado.

Si tuviera que resumir la agenda de las CS en la región lo haría con tres propuestas esenciales que pudieran contribuir a «impensar» y «abrir» aún más nuestras CS y, sobre todo, a lograr una nueva síntesis teórico-metodológica:

1. Organizar debates entre los científicos sociales idiográficos (historiadores) y nomotéticos de nuestra región, en que también participen representantes

latinoamericanos y caribeños de las ciencias duras e igualmente figuras de primer nivel de otras latitudes.

2. Fomentar la transdisciplinariedad mediante proyectos de investigación en torno a problemas de suma importancia actual.
3. Revalorizar las grandes teorías explicativas evitando la ultra-especialización.

Otra propuesta que quisiera hacer, en este caso referida a la UNESCO, en forma más específica, es la siguiente: que los fondos que destina para ciencias exactas y naturales y ciencias humanas y sociales por concepto del programa ordinario y del programa de participación, se otorguen y direccionen de manera prioritaria hacia aquellos proyectos de carácter transdisciplinario presentados por los Estados miembros de la Organización.

Importancia de la transdisciplinariedad

El papel esencial de los científicos sociales consiste en iluminar a los responsables de la toma de decisiones sobre las alternativas históricas ante ellos, qué opciones tomar. Cuando un sistema histórico está viviendo su etapa de desarrollo normal, el rango de las opciones y alternativas para los actores sociales es bastante limitado. Sin embargo, cuando se encuentra en su fase de desintegración, el rango de opciones posible se amplía y las posibilidades de cambio son infinitamente mayores. Coincido con Immanuel Wallerstein en que estamos en un momento de desintegración de un sistema histórico, que durará de 20 a 50 años. Si esto es así a nivel planetario, más drástico aún será este proceso en nuestra América, donde las desigualdades del sistema nunca han sido amortiguadas por el Estado de bienestar. El estado secular de malestar en nuestra región nos ofrece una oportunidad histórica única, al final de este milenio, para formular con claridad escenarios y alternativas que permitan construir un futuro sin destrucción ecológica, sin abismales desigualdades sociales, y que deseche las guerras como vía de solución de los conflictos, mediante una cultura de paz. En ese nuevo sistema histórico desaparecerán brechas tales como pasado/presente —lo cual ha separado la historia (idiográfica) de disciplinas nomotéticas como la economía, la ciencia política y la sociología—, civilizados/otros, y mercado/Estado/sociedad civil. En realidad estos límites están hoy en una crisis terminal. Las disciplinas tradicionales de las ciencias sociales están dejando de representar campos de estudio acotados. La complejidad actual solo puede aprehenderse mediante la transdisciplinariedad. En el punto de saturación alcanzado por este sistema histórico, solo nuevas

alternativas podrán desbloquear un modelo de acumulación y de sociedad agotado. Corresponde a nosotros imaginarlas y comenzar a ejecutarlas.

Prigogine, en «La fin des certitudes», nos revela el nuevo recurso y discurso del método a manera de resumen:

Lo que hoy emerge es, por tanto, una descripción mediana, situada entre dos representaciones alienantes, la de un mundo determinista y aquella de un mundo arbitrario sometido al solo azar. Las leyes físicas corresponden a una nueva forma de inteligibilidad que expresan representaciones probabilísticas irreductibles. Ellas están asociadas a la inestabilidad y, sea a nivel microscópico o macroscópico, ellas describen los acontecimientos en tanto que posibles, sin reducirlos a consecuencias deducibles y previsibles propias de las leyes deterministas.¹⁷

Lo que existe, por tanto, no es el desenvolvimiento de una idea universal hacia el futuro, que se identifica con el progreso; lo que existe realmente son bifurcaciones que permiten construir varios futuros, es decir, los *futuribles* o futuros posibles.

Afirma Wallerstein:

La flecha del tiempo es ineluctable e impredecible, siempre tenemos ante nosotros bifurcaciones cuyo resultado es indeterminado. Más aún, aunque hay una sola flecha del tiempo, existen múltiples tiempos. No podemos permitirnos ignorar ni la larga duración estructural ni tampoco los ciclos del sistema histórico que estamos analizando. El tiempo es mucho más que cronometría y cronología. El tiempo es también duración, ciclos y disyunción.¹⁸

El fin de las certidumbres de que nos habla Prigogine significa que lo que realmente existe son certidumbres parciales que no prevalecen eternamente. Debemos formular nuestras predicciones e hipótesis teniendo en cuenta esta permanente incertidumbre.

Los científicos sociales han sido vistos tradicionalmente como parientes pobres por las ciencias duras y las humanidades. En América Latina esto ha sido peor en una época de auge neoliberal, en que todo conocimiento que no tenga uso práctico inmediato queda devaluado. Esto no debe llevarnos a ser indulgentes con nosotros mismos, sino a reconocer que mucha retórica hueca se esconde tras supuestas grandes teorías explicativas. Sin embargo, la situación está cambiando rápidamente a nivel mundial y regional. Los estudios sobre la complejidad en las ciencias físicas, de un lado han puesto en cuestión la supuesta exactitud de las ciencias duras y, de otro, han considerado a los sistemas sociales como los más complejos de todos. El auge de los estudios culturales en las humanidades, ha enfatizado las raíces sociales de lo cultural. El resultado, por tanto, ha sido acercar las ciencias naturales y las humanidades hacia el terreno de las ciencias sociales.

El conocimiento, ante las incertidumbres, implica tomar decisiones ante opciones diversas y tomar acción. El conocimiento, unido a los valores y a la ética, y pese a la incertidumbre, nos permite tomar las mejores decisiones —para lo cual es imprescindible la colaboración entre las diversas ramas del saber— a fin de construir un futuro alternativo. La nueva ciencia debe ser como un holograma, donde cada una de las partes representa el todo y viceversa. En un momento en que las ciencias sociales han ido recuperando su centralidad a nivel mundial y regional —la creciente desigualdad ha hecho que los gobiernos de la región y otras instancias soliciten cada vez más el concurso de los científicos sociales—, no podemos ser neutrales ante la destrucción ecológica, la desigualdad y el autoritarismo. Debemos optar por la construcción de un futuro vivible, no regido por la lógica de los mercados financieros y sí por la de una cultura de paz.

Existen inmensos obstáculos, teniendo en cuenta, por un lado, que «la investigación científica en América Latina y el Caribe apareció en el siglo xx»; y, por otro, que «la falta de visión estratégica que sufre la sociedad latinoamericana se traduce en la pérdida inmensa y absurda de un buen número de sus mejores investigadores, que emigran hacia los países industrializados, donde su trabajo es apreciado y valorado. Se estima que de un 40 a un 60% de los investigadores argentinos, colombianos, chilenos, y peruanos viven y trabajan fuera de su país».¹⁹ Aunque este análisis está referido esencialmente a las ciencias exactas y naturales, la situación no es distinta en las ciencias sociales. Esto implica la necesidad de políticas que inviertan estas tendencias, e igualmente la correlación del monto de la inversión destinada a investigación-desarrollo, sumamente alta en los países desarrollados con respecto a los países del Sur.

En resumen, las vanguardias del pensamiento científico hoy, tanto en las ciencias sociales como en las naturales, parecen coincidir en la importancia de la transdisciplinariedad. Es necesario eliminar las fronteras tajantes y artificiales no solo entre disciplinas propias de las ciencias sociales —historia, economía, Derecho— o de las ciencias duras —física, matemática, biotecnología—, sino incluso entre ciencias sociales y humanas y las exactas y naturales. Esto no implica, en absoluto, renunciar a la especialización propia de cada disciplina. Como ya hemos señalado, la obra de autores como Ilya Prigogine, Immanuel Wallerstein, Edgar Morin, Pablo González Casanova, Theotonio dos Santos, Enrique Leff, Aníbal Quijano y Xabier Gorostiaga, entre otros, nos enseña el camino. Para lograr esto, es necesario constituir programas de estudios de carácter transdisciplinario en torno a un tema y problema de investigación dados, y con la

participación de profesores invitados de otros países. Sería necesario establecer estos programas de investigación de carácter interdepartamental con centros de excelencia de la región (cooperación Sur-Sur) y de fuera de ella, que estén en el estado del arte de las disciplinas con que se aborda el tema de investigación dado.

Prigogine ha afirmado que «la ciencia nos permite tener la esperanza de ver aparecer un día una civilización donde la violencia y la desigualdad social no sean una necesidad».²⁰ Walter Benjamin ha dicho: «la esencia de una cosa aparece en su verdad cuando está amenazada de desaparecer».²¹ Depende de nosotros el convertir la «crisis de paradigmas» de las CS en la región (en un momento de desintegración del sistema-mundo en que se amplían nuestras opciones), en coyuntura propicia para imaginar y construir un nuevo futuro, a partir de *aggiornar* las ciencias sociales latinoamericanas y caribeñas, elaborar su nueva agenda y, de este modo, abrir las ciencias sociales, reestructurarlas y construir su futuro y el de la región entre todos.

Notas

1. Véase Conférence mondiale sur la science, «Project de Declaration», UNESCO-CIUSS, y «Draft Programme», UNESCO, 5 de enero de 1999; *Rapport Mondial sur la Science, 1998*, UNESCO, 1998; «América Latina: la visión de los científicos sociales», *Nueva Sociedad*, n. 139, septiembre-octubre de 1995.

2. Véase C. Wright Mills, *La imaginación sociológica*, México, 1964; Talcott Parsons, «La situación actual y las perspectivas futuras de la teoría sociológica sistemática», *Sociología del siglo XX*, Buenos Aires, 1956.

3. Véase Immanuel Wallerstein, «The heritage of sociology. The promise of social science», XIV Congreso Mundial de Sociología, Montreal, 26 de julio de 1998.

4. Véase Immanuel Wallerstein, «Possible Rationality: A Reply to Archer», *International Sociology*, v. 13, n. 1, marzo de 1998; *Impensar las ciencias sociales*, Siglo XXI, 1998; *Abrir las ciencias sociales*, Siglo XXI, 1996; «Social Change?», Ponencia al III Congreso Portugués de Sociología, Lisboa, 1996; *Cartas del Presidente (1994-1998)*, ISA, 1998; Ilya Prigogine, *La fin des certitudes*, Edition Odile Jacob, París, 1996; E. Morin, *Terre-Patrie*, Editions du Seuil, París, 1993; *Pour une utopie réaliste*, Arléa, París, 1996.

5. A. Giddens, «The Transition to Late Modern Society», *International Sociology*, v. 13, n. 1, marzo de 1998, p. 124.

6. Federico Mayor, «The role of the social sciences in a changing Europe», *International Social Science Journal*, febrero de 1992. Reproducido en el número 157 de septiembre de 1998, p. 458.

7. Federico Mayor y A. Forti, *Science et Pouvoir*, UNESCO, 1995, p. 161.

8. Federico Mayor, «Comunicado a la segunda Conferencia Europea de Ciencias Sociales», Bratislava, 14 de junio de 1998.

9. «Project de Declaration», ob. cit.; Francisco López Segrera, «La UNESCO y el futuro de las ciencias sociales en América Latina y el

Caribe», en R. Briceño y H. Sonntag, eds., *Pueblo, época y desarrollo: la sociología de América Latina*, Nueva Sociedad, Caracas, 1998.

10. Véase Francisco López Segrera, «Los procesos de integración en América Latina y el Caribe: retos, variables, escenarios y alternativas en la era de la globalización», en Emir Sader, ed., *Democracia sin exclusiones ni excluidos*, Nueva Sociedad, Caracas, 1998; «La UNESCO y el futuro de las ciencias sociales en América Latina y el Caribe», en R. Briceño y H. R. Sonntag, ob. cit.; H. Sonntag, *Duda, certeza, crisis*, UNESCO-Nueva Sociedad, 1988; *¿Nuevos temas, nuevos contenidos?*, UNESCO-Nueva Sociedad, 1989; H. Sonntag y R. Briceño, eds., *Pueblo, época y desarrollo...*, ob. cit. Este libro contiene monografías de Aníbal Quijano, Hebe Vesuri, Raquel Sosa, Francisco López Segrera, Paulo César Alves, Rigoberto Lanz, Edgardo Lander, Orlando Albornoz, Emir Sader, Marcia Rivera y Pablo González Casanova (ISA publicó en varios idiomas este volumen); G. Sankatsing, *Las ciencias sociales en el Caribe*, UNESCO-Nueva Sociedad, 1990; S. Villena, ed., *El desarrollo de las ciencias sociales en América Latina*, FLACSO/UNESCO, San José de Costa Rica, 1998.

11. Véase Fernando Henrique Cardoso, «El pensamiento socioeconómico latinoamericano», *Nueva Sociedad*, n. 139, septiembre-octubre de 1995; Thetonio dos Santos, «El desarrollo latinoamericano: pasado, presente y futuro. Un homenaje a Andre Gunder Frank», *Problemas del Desarrollo*, v. 27, n. 104, enero-marzo de 1996, UNAM, México; «La teoría de la dependencia», en Francisco López Segrera, ed., *Los retos de la globalización*, UNESCO-Caracas, 1998.

12. Edgardo Lander, «Eurocentrismo y colonialismo en el pensamiento social latinoamericano», en R. Briceño y H. R. Sonntag, ob. cit.

13. Sergio Bagú, *Economía de la sociedad colonial*, Editorial Grijalbo, México, 1993, p. 253.

14. Raúl Prebisch, «El desarrollo económico de América Latina y algunos de sus principales problemas» (1949), en Ruy Mauro Marini, *La teoría social latinoamericana. Textos escogidos*, t. I, UNAM, México, 1994, p. 238.

15. Este concepto resulta equivalente al de semiperiferia de Wallerstein, pues se refiere al papel desempeñado por países como Brasil y los tigres asiáticos en la nueva división internacional del trabajo. Ruy Mauro Marini, «La acumulación capitalista mundial y el subimperialismo», *Cuadernos Políticos*, n. 12, Ediciones Era, México, abril-junio de 1977, p. 21.

16. Theotonio dos Santos, «La crisis de la teoría del desarrollo y las relaciones de dependencia en América Latina», en *La dependencia político-económica de América Latina*, México, 1969, p. 184.

17. Ilya Prigogine, ob. cit., p. 224.

18. Immanuel Wallerstein, ob. cit., 1998, p. 52.

19. Ana María Cetto y Hebe Vesuri, «L'Amérique Latine et la Caraïbe», en *Rapport mondial sur la science, 1998*, UNESCO, 1998.

20. Ilya Prigogine, «Prefacio» a *Science et Pouvoir*, de Federico Mayor y A. Forti, ob. cit., p. 5.

21. Walter Benjamin, citado por Jerome Bindé, en *Représentation et Complexité*, EDUCAM/UNESCO/ISSC, 1997, p. 30.

Los conflictos étnicos en un mundo globalizado

Gabriel Pérez Tarrau

Profesor. Instituto Superior de Relaciones Internacionales «Raúl Roa García».

El advenimiento, en los años 90, de una nueva fase en el desarrollo histórico-social contemporáneo, inaugurada con el cese de la bipolaridad mundial y la desaparición de la contradicción Este-Oeste como eje visible de la política internacional, no significó, como es evidente, que la humanidad arribara a una era de estabilidad, armonía, paz social y seguridad con respecto al futuro.

Al compás de la disolución de la confrontación ideológica global que tipificara más de cuatro décadas de Guerra fría, alcanzan singular protagonismo y relieve conflictos que, bajo el común denominador de la movilización étnica, parecen tomar el relevo de los enfrentamientos interestatales como principal vector de inestabilidad y guerra en nuestros días.¹

En sus diferentes orígenes y formas de manifestación, la beligerancia etnopolítica ensombrece el panorama social, pone en jaque a gobiernos, agobia a las organizaciones internacionales, desafía instituciones y estructuras, erosiona viejos paradigmas y crea focos actuantes o potenciales de sangriento conflicto en las más diversas latitudes. Constituye, por ende, un factor

determinante en la política mundial del siglo que termina, y sobran los indicios para suponer que igualmente lo será en el siglo que se inicia.

Comoquiera que este fenómeno, por su contenido y modalidades de expresión, suele parecer enraizado en la historia secular de los pueblos y en los meandros de una psicología colectiva de más o menos remota gestación, por lo que el pasado se presenta como referente y principio legitimador, pudiera concebirse el movimiento etnopolítico en términos de primitividad o atavismo, ajeno y antagónico al progreso y al rumbo globalizador que acompaña a la actualidad. Desde esta óptica se ha afirmado:

Lo que caracteriza a este fin de siglo es el regreso de creencias, ideas y movimientos que se suponía desaparecidos de la superficie histórica. Muchos fantasmas han encarnado, muchas realidades enterradas han reaparecido [...] no somos testigos de una revolución en sentido moderno de esta palabra, sea liberal o marxista, sino de una *revuelta*: un volver a la entraña del pueblo, un sacar afuera la tradición escondida, un regreso a la fuente original.²

Y también se ha dicho: «el siglo XIX nos aguarda a la entrada del XXI».³

En realidad, la historia no conoce de regresos absolutos ni de fuerzas incontaminadas por su propio devenir; mucho menos en el mundo interdependiente y plurivinculado de hoy.

Es cierto que a la prevaleciente y bien definida tendencia a concentrar y homogeneizar,⁴ se oponen contratendencias defensoras de la diversidad o promotoras del particularismo, desintegradoras o excluyentes. Estas pueden adoptar formas y manejar símbolos que asemejan un retorno a conductas, jerarquías y postulados identificables con los de un pasado ya superado. O bien, verse como una tenaz resistencia al libre despliegue de la modernidad.⁵

Pero más allá de apariencias y retórica, estas contratendencias se muestran inseparables, en su naturaleza y proyección, del contexto histórico en que emergen. Son uno de los miembros de la ecuación que los procesos globalizadores plantean a la humanidad. Surgen más por ley que por ironía de la historia.

La eclosión de los conflictos étnicos finiseculares ha resultado traumática. A pesar de que no faltaron enfrentamientos y querellas de esta índole en épocas anteriores y que fueron difundiendo significativamente desde los años 60 del presente siglo, impacta ahora el hecho de que aparecen explosivamente asociados al cambio sistémico derivado del desplome del socialismo esteuropeo y a la trabajosa conformación de las nuevas realidades geopolíticas de esa área, hacen acto de presencia en todas las regiones y continentes, se dilatan en el tiempo, y tienden a ser más propensos a treguas que a soluciones; mantienen una vinculación genética con las líneas dominantes de evolución de la sociedad internacional contemporánea, resumen las desgracias pretéritas y las desigualdades presentes; expresan, en fin, buena parte de las inconsecuencias y contradicciones de la fase actual del decursar de los asuntos humanos.

Por lo demás, la proliferación de conflictos étnicos en la última década del siglo sirvió de temprano mentís a las conclusiones que, en un arrebato particularmente agudo de triunfalismo, extrajeron políticos y politólogos norteamericanos de la debacle del bloque socialista euroriental. Ni se había llegado al «fin de la historia», ni asomaba en verdad un «nuevo orden mundial».⁶

¿La era de la etnopolítica?

Los fenómenos relativos a las motivaciones, bases de sustentación, hechos e implicaciones de la beligerancia étnica, ocupan, desde el inicio del actual decenio, lugar relevante en la política mundial.

Al calor de los procesos que condujeron a la «implosión» soviética y al desmembramiento de Yugoslavia, cuyos efectos más inmediatos quedaron

plasmados en una radical transformación del mapa político europeo y en cuotas de violencia desconocidas por el viejo continente desde el fin de la Segunda Guerra Mundial, y dada la proliferación de conflictos en otros escenarios —también resultado del accionar de fuerzas que se movilizan bajo criterios de pertenencia étnica— tuvo lugar una revalorización-jerarquización del significado de este componente en la vida social y en las relaciones internacionales.

Fueron publicados innumerables artículos y multitud de libros sobre este tema; vieron la luz nuevos enfoques que, aun sin abandonar totalmente la visión estadocéntrica dominante, daban cabida a la ponderación de la apreciable incidencia de los actores étnicos sobre la paz y la estabilidad en el planeta.⁷ Se desencadenó una especie de «etnomanía», y las referencias a la etnicidad, sus rasgos e influencia se multiplicaron por doquier.⁸

Los medios de difusión masiva no escatimaron imágenes ni calificativos en su cobertura de aquella cadena de sucesos. No faltaron apreciaciones interesadas o la descarnada manipulación en la presentación de las causas, protagonistas, desarrollo o desenlace de las distintas manifestaciones de beligerancia etnopolítica que se extendían incesantemente por el globo terráqueo. Para su tratamiento, se incorporaron o reasumieron conceptos y apelativos que fueron conformando un arsenal terminológico particular. Se hablaba de «etnocidio», «limpieza étnica», «odio ancestral», «repulsión étnica», «tribalización», «retribalización», «segunda Edad Media», etc.

Gentilicios y topónimos que eran antes del dominio de un puñado de especialistas —y, por supuesto, de las poblaciones involucradas—, se hicieron de conocimiento general: chechenos, tamiles, kurdos, chiítas, hutus, tutsis, Kosovo, Nagorni-Karabaj, Eslavonia, Chiapas, Osetia del Norte o del Sur, etc. Se hizo dramáticamente evidente lo que no se ignoraba: el mundo continuaba siendo complejo, heterogéneo y convulso; no solo a nivel global, sino también dentro de cada país.

Los mayores índices de urbanización y la consiguiente disminución de la población rural, los progresos de la alfabetización, la interdependencia económica, el colosal influjo de la revolución habida en las comunicaciones y el transporte, así como la amplitud de los movimientos migratorios y del turismo —factores todos de acercamiento y homogeneización— no bastaban para borrar diferencias o disipar identidades.⁹

Ante esta realidad, despertó particular alarma en los medios políticos internacionales la resultante de los procesos de fragmentación de Estados que caracterizaron los primeros años 90. El hecho de que, por la acción directa de fuerzas etnonacionales, en muy

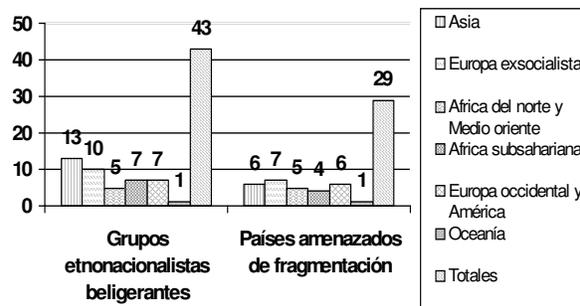
breve tiempo y sin que mediara una conflagración mundial —lo cual no tenía precedentes en la historia—, surgieran 24 Estados en territorios en los que solo existían cuatro, resultaba impactante. De imponerse como tendencia, sería el caos.¹⁰ Sobre todo si se toma en consideración que este alumbramiento de nuevas formaciones estatales, como ya se apuntó, no estuvo exento de cruentos choques, no pocas masacres, apreciables destrucciones, oleadas de refugiados y desplazados,¹¹ y diversos grados de injerencia foránea. Por demás, la nueva configuración política creada —especialmente en los Balcanes y el Cáucaso, pero también en la inmensa y diversa Federación Rusa—, no se caracterizaba, en la mayoría de los casos, por la existencia de fronteras indiscutidas ni por la aceptación del nuevo *status quo* geográfico por la totalidad de la población. Tanto la propia realidad geopolítica como la memoria histórica de los distintos grupos étnicos afectados, alimentada ahora con novedosos referentes de antagonismo y rechazo, hacían posible futuros conflictos.

Esta historia reciente y los contornos del acontecer actual ratifican el criterio de que es la modalidad etnonacional de beligerancia la portadora de mayor potencial desestabilizador. Las aspiraciones a la autodeterminación y soberanía estatal de grupos secesionistas implican confrontación y guerra.¹² Ningún Estado acepta dócilmente la pérdida de una porción de su territorio como resultado de un movimiento de esta índole, aunque la composición y la voluntad de la población que allí reside lo justifique ampliamente. Los Estados no son remisos a entregar habitantes —no suele obstaculizarse la emigración—, pero rechazan toda disminución territorial, aun la más mínima.

En ese contexto, se hicieron oír voces de alarma: «Si no encontramos alguna forma para que los diferentes grupos étnicos puedan vivir juntos en un país, ¿cuántos países tendremos? ¿Tendremos 5 000 países en lugar de los algo más de cien que ahora tenemos?».¹³

A esta inquietud del entonces secretario de Estado norteamericano, Warren Christopher, se unió la de Boutros-Boutros Ghali, en ese momento Secretario General de la Organización de Naciones Unidas: «el nuevo peligro que aparecerá en el mundo en los próximos diez años es el de mayor fragmentación. En lugar de 100 ó 200 países, puede haber al final del siglo 400 países, y no seríamos capaces de alcanzar ninguna clase de desarrollo económico, por no mencionar más conflictos sobre fronteras».¹⁴

La dimensión de esta modalidad del conflicto etnopolítico, que puede desembocar en las llamadas «guerras de formación de Estados», se muestra en el gráfico siguiente:



Fuente: «Informe 1996-97», *Minorities at Risk Project*, Universidad de Maryland, EE.UU. (material fotocopiado).

Estas cifras adquieren mayor connotación si se tiene en cuenta la persistencia de los conflictos de esta naturaleza y lo difícil de alcanzar un arreglo duradero.¹⁵ Aun en aquellos en que, mediante estatutos de autonomía o concesiones, se logra una determinada solución, pueden subsistir sectores minoritarios inconformes que continúan llevando a cabo acciones aisladas de violencia.

No obstante la importancia que reviste esta insurgencia etnonacionalista para las relaciones internacionales y la política mundial de nuestros tiempos, ella no agota todo el potencial de conflictos que encierra la movilización étnica. Bajo la misma denominación de «conflictos étnicos», en la actualidad se acostumbra incluir una amplia gama de contextos activos o potenciales de violencia, que constituyen la resultante del enfrentamiento de determinados grupos humanos entre sí o de uno o varios de ellos con el poder estatal, sin que estén ausentes los casos en que se combinan ambas categorías. Tales manifestaciones de violencia etnopolítica abarcan expresiones como protestas masivas o motines, rebeliones, alzamientos, luchas de guerrillas, guerras, acciones terroristas. Sus objetivos pueden resumirse en dos grandes categorías: lucha por territorio o lucha por un cambio en la relación de *status* y poder en una sociedad determinada.¹⁶

Modalidades actuales de beligerancia etnopolítica activa o potencial

En las condiciones del presente, es posible distinguir, desde el punto de vista de sus protagonistas y propósitos, ocho modalidades principales de movimientos etnopolíticos que constituyen vectores de conflicto.

1. Etnonacionalismos. Se trata de situaciones como las ya abordadas, que se caracterizan por la existencia de una comunidad de individuos geográficamente concentrados y con indicadores de pertenencia etnonacional diferentes a los del grupo mayoritario y/o dominante en un Estado constituido.

Fuerzas políticas de dicha comunidad, representativas o no de las aspiraciones de la mayoría, luchan por obtener cuotas mayores de autonomía o por alcanzar la soberanía estatal. En este caso se desarrollaría un proceso secesionista que, como ya se expresó, se traduce en conflicto bélico. (Tamiles, chechenos, quebecquenses, corsos, turcochipriotas, saharauíes, etc.)

2. Irredentismo etnonacional. Agrupa aquellas circunstancias en las que una comunidad de individuos, también geográficamente concentrados, comparten indicadores de pertenencia etnonacional con el grupo dominante de un Estado vecino. Fuerzas políticas de uno u otro lado de la frontera, o de ambos lados, exponen aspiraciones de unificación de tales comunidades y, por tanto, emerge un conflicto al no ser posible satisfacer esos propósitos sin una modificación de los límites fronterizos establecidos o sin provocar desplazamientos masivos de población. Aun en los casos en que no se busca la unificación, coyunturas de esta naturaleza son fuente de contradicciones y recelo entre los Estados involucrados, máxime cuando el país vecino, hacia el que miran las comunidades «irredentas», se siente compelido a asumir el papel de protector o salvaguarda de los intereses de las poblaciones afines ubicadas en su entorno inmediato.¹⁷ (Húngaros en Rumania, kosovares en Serbia, rusófonos en los países bálticos, católicos del Ulster, etc.)
3. Etnoclasas. Se refiere a grupos étnicamente diferenciados que, como resultado de procesos de colonización o movimientos migratorios, se han asentado en otras sociedades, particularmente en los países del llamado Primer mundo. Se encuentra aquí la situación tipificada en el hecho de que los rasgos étnicos de esos grupos reflejan también un lugar asignado en la escala jerárquica ocupacional, de niveles de vida y hasta de residencia. Esos rasgos se convierten en una limitante para la promoción social y en factor de eternización de posiciones —por lo regular subalternas—, que expresa una dinámica de discriminación estructural. La movilización de estos grupos se encamina al logro de objetivos de igualdad, antidiscriminatorios y de participación equitativa en la vida social y política de los países en que viven, pues una salida asimilacionista implicaría renuncias inadmisibles, o se encuentra vedada por la fortaleza del estereotipo étnico en condiciones de un medio hostil. (Turcos en Alemania, chicanos en los Estados Unidos, afrocaribeños en Gran Bretaña, magrebinos en Francia, etc.)
4. Movimientos xenófobos o racistas. Comprende a grupos y fuerzas políticas que se movilizan en oposición

a comunidades étnica o racialmente diferenciadas con las que comparten un mismo territorio o sociedad. La beligerancia xenófoba o racista se inspira en concepciones de superioridad cultural, nacional o racial y se expresa en programas políticos y formas de violencia que buscan alcanzar objetivos como la expulsión del territorio o país de los integrantes de esas comunidades diferentes, desestimular su crecimiento con la creación de un clima adverso a nuevos inmigrantes, impedirles el acceso igualitario a fuentes de empleo o zonas residenciales, frenar toda posibilidad de que participen, en condiciones de equidad, en la vida política.

Estos movimientos, que han adquirido últimamente especial propagación en las sociedades del Primer mundo, se dirigen contra los representantes de la categoría antes mencionada (etnoclasas) y toman como blanco favorito a los inmigrantes del Tercer mundo de nueva generación. (Neonazis en Alemania, seguidores del Frente Nacional en Francia, grupos racistas en Gran Bretaña o los Estados Unidos, etc.)

5. Pueblos indígenas. Se trata de los grupos descendientes de los pobladores originarios de territorios que fueron objeto de colonización e implantación de masas de inmigrantes procedentes de otros lugares. Víctimas de formas de violencia extrema —incluyendo el genocidio—, los pueblos indígenas quedaron en situación de marginación, discriminación y frecuente relegación a zonas periféricas, poco productivas y de difícil acceso.¹⁸ Su beligerancia política suele ser reactiva, ante la amenaza de ser despojados del remanente de sus tierras o ver afectados sus medios de vida. Igualmente, pueden reaccionar contra iniciativas y prácticas encaminadas a su asimilación forzosa en el plano cultural. Como regla, no cuentan con precedentes de formas modernas de organización y actuación políticas. (Comunidades mayas de Chiapas o Guatemala, aborígenes australianos, pueblos montañeses de la península indochina, bereberes del Magreb, etc.)
6. Sectas militantes. Esta modalidad abarca a las muy diversas agrupaciones que se movilizan y emprenden acciones violentas sobre la base de criterios de pertenencia religiosa. Constituyen los ahora llamados «fundamentalismos» o «integristas», cuyo número y peligrosidad no han cesado de incrementarse en los últimos tiempos. En su ardor beligerante asumen la religión como rasgo identitario y fuerza cohesionadora fundamental, y como instrumento movilizador por excelencia. Pero su lucha no se ubica, en realidad, en el ámbito de la ideología religiosa. No combaten por razones de fe o doctrina.

Como el resto de las modalidades de beligerancia étnica enumeradas, las sectas militantes se proyectan en función de normas y valores de vida, de situación socioeconómica, de relaciones de poder. (Grupos «fundamentalistas» islámicos, cristianos o budistas; sectas esotéricas como «Verdad Suprema» en Japón, etc.)

7. Comunidades étnicas en pugna. En Estados en los que predomina una apreciable heterogeneidad poblacional, según líneas de diferenciación étnica o etnorreligiosa, pueden generarse situaciones de enfrentamiento entre las distintas comunidades. No se trata, por lo regular, de contextos que faciliten una salida secesionista, al estar entremezcladas esas poblaciones. Los choques son motivados por una desigual distribución del poder y la aplicación de medidas discriminatorias por parte del grupo dominante. No es raro encontrar, en esta modalidad de beligerancia étnica, la impronta de un pasado colonial, dada la práctica habitual de las metrópolis de enfrentar a unas comunidades contra otras, según la fórmula de «divide e impera».

Con el tiempo, se van fijando estereotipos de hostilidad y antagonismo entre esas poblaciones, en detrimento de la emergencia de una conciencia nacional y, por tanto, de que a la formación estatal corresponda también una filiación identitaria de ese nivel. (Serbios, croatas y musulmanes en Bosnia; hutus y tutsis en Rwanda o Burundi; diversas comunidades étnicas en otros países afroasiáticos; etc.)

8. Clanes, bandas y facciones. En sociedades de menor desarrollo y más precarias condiciones de vida, se hacen presentes manifestaciones de beligerancia de grupos que se nuclean en torno a filiaciones identitarias de rango inferior, tales como relaciones de linaje, parentesco, clientelismo primario o caudillismo. En estos casos se hace visible que se trata de contiendas por el poder, entendido este, ante todo y sobre todo, como vehículo para la obtención de beneficios y privilegios. (Clanes somalíes, facciones en lucha por el poder en Sierra Leona o el Congo, etc.)

Como es claramente apreciable en este inventario de modalidades de beligerancia étnica, no es exactamente la diversidad lo que está en falta.¹⁹ Por lo demás, parece obvio que no pocos de esos grupos pueden ser clasificados en más de una de estas modalidades, en dependencia del elemento identificador que se tenga en cuenta.

Tomadas en conjunto, las ocho modalidades de beligerancia etnopolítica que se identificaron anteriormente, abarcan hoy día el accionar o presencia

de 268 agrupaciones de individuos que, en 112 países, son actuales o potenciales vectores de enfrentamiento e inestabilidad.

La impresionante magnitud y vastedad de este fenómeno se ilustra en la tabla siguiente:

Grupos etnopolíticos - 1995				
Regiones y cantidad de países considerados	Países donde existe beligerancia etnopolítica	Grupos	Integran los grupos	
			Total de personas	% del total regional
Países occidentales y Japón (21)	15	30	90 789 000	10,8
Europa del Este y CEI (27)	23	59	53 704 000	12,3
Asia (21)	19	57	441 732 000	14,4
África del Norte y Medio Oriente (19)	11	26	94 263 000	27,3
África Subsahariana (38)	27	66	226 695 000	36,9
América Latina y el Caribe (23)	17	30	112 320 000	23,3
Total: 149	112	268	1 019 503 000	17,7

Fuente: «Informe 1996-97», *Minorities at Risk Project*, Universidad de Maryland, EE.UU. (material fotocopiado).

Se podría argumentar que esta considerable cifra de más de mil millones de personas (el 17,7% de la población mundial), en 112 países, quizás sea exagerada o que un porcentaje fundamental de esos grupos de riesgo se encuentra ubicado en la categoría de beligerancia potencial y nunca llegue a ser activo. Pero, de todas formas, la diversidad es un hecho. La posibilidad de que ella engendre militancia etnopolítica radical está siempre presente y la perspectiva de que lo potencial se transforme en movilización y violencia depende, en última instancia, de la dinámica que se establezca entre los portadores de esas filiaciones identitarias y los demás factores de un medio socioeconómico y político dado.

Hay variedad de actores, diferentes motivaciones directas, y distintos contextos. No obstante, existe, como ya se dijo, un factor común a estos vectores de conflicto: su potencial movilizador se sustenta en criterios específicos de pertenencia o identidad, los cuales, en ausencia de otro calificativo homologador, pueden denominarse como étnicos. Esto nos sitúa en el movedizo terreno de las filiaciones identitarias,

En sus diferentes orígenes y formas de manifestación, la beligerancia etnopolítica ensombrece el panorama social, pone en jaque a gobiernos, agobia a las organizaciones internacionales, desafía instituciones y estructuras, erosiona viejos paradigmas y crea focos actuantes o potenciales de sangriento conflicto en las más diversas latitudes.

precisamente aquel en el que abundan enfoques disímiles, definiciones contradictorias y cierto caos conceptual.²⁰

Si el tema atañe a los grupos étnicos, parecería que se está en presencia de genuinos «OPNIS» (Objetos Políticos No Identificados),²¹ y que, parafraseando a Winston Churchill, se enfrenta un acertijo, envuelto en un misterio, dentro de un enigma. La lógica diría que para hacer «identificables» esos objetos políticos habría que establecer, de inicio, su «identidad». En este caso parece imprescindible reiterar algunas verdades elementales y adelantar algunas reflexiones que contribuyan al esclarecimiento del tema y puedan sugerir ulteriores indagaciones.

En el laberinto de las identidades

En grado no inferior a cualquier otro ser viviente y en una dimensión cualitativamente superior, el hombre, por su esencia misma, es inconcebible fuera de la sociedad con sus congéneres. Al margen de ella, ningún individuo logra alcanzar la plena condición humana, aun disponiendo de todo el arsenal genético de la especie.

La vida en sociedad supone el establecimiento de determinadas formas de relacionamiento, las que dan respuesta a necesidades —tanto de orden corporal como psíquicas. Muy tempranamente queda fijada en la mente humana una exigencia de vinculación e identificación con grupos de semejantes. Esto define y sirve de referente a cada individuo en el complejo y multidimensional medio social; le proporciona reconocimiento, apreciación y amparo. Su existencia deviene requisito para el equilibrio y la seguridad interior de cada cual, algo indispensable para la realización personal y la autoestima.

Por tanto, se crea un sistema de nexos necesarios que vincula a los hombres en el seno de cualquier sociedad y que, en el decursar de la milenaria historia de la humanidad, ha presentado diversos niveles y formas de manifestación, como consecuencia de circunstancias tan objetivas como el propio carácter natural de la especie y las determinantes del entorno físico en que se ha desenvuelto, así como de realidades específicamente sociales.

Independientemente de que dichas circunstancias produzcan diferencias en niveles y formas de relacionamiento humano, un conjunto de nexos se presentan como esenciales e inevitables en cualesquiera de los contextos sociales.

- a) Genealógicos o de parentesco (que en un nivel primario se definen como de consanguinidad).
- b) Espaciales o territoriales (establecidos a partir de la cohabitación o contigüidad geográfica).
- c) Productivos (correspondientes a la participación en la actividad laboral y relaciones de producción).
- d) Culturales (que conforman una comunidad idiomática, de costumbres y tradiciones, de valores y creencias, de símbolos compartidos).
- e) Sociopolíticos (determinados por la vigencia de una estructura social y por las relaciones de poder establecidas).

Estos nexos fundamentales, que no se encuentran aislados, sino entremezclados hasta constituir una intrincada trama de interrelaciones y determinaciones recíprocas en ininterrumpido proceso de complejización, ofrecen la base de sustentación a la emergencia de las más variadas formas y categorías de *identidad* (del latín *idem*: lo mismo).

Cada individuo —y en mayor grado según sea más compleja la sociedad en que vive y su lugar en la misma—, es portador de multitud de identidades: de familia, de edad, de género, de religión, de clase, de localidad, de profesión, de militancia o filiación política, de rango educacional o cultural, de etnia o nacionalidad, etc. Es decir, se siente «identificado con» o «igual a» otros, a partir de la convicción y evidencia de que comparten uno o varios rasgos específicos de pertenencia, en el contexto de las categorías de nexos antes enumerados. De ahí se deriva una vinculación de base identitaria.

Esos relacionamientos identitarios, siempre múltiples, se ubican en una escala jerárquica particular, en función de la importancia que asuman para el individuo, según el contexto o coyuntura de que se trate. El nexo identitario es siempre situacional (se hace

relevante o prioritario en dependencia de la situación concreta), puede ser transitorio o intercambiable (extinguirse, abandonarse o sustituirse), implica, por lo regular, una carga emocional de una u otra dimensión, la cual es modificable, no siempre consciente y fácilmente manipulable por agentes externos.

Especial connotación política reviste el hecho de que una «identidad» comporta siempre un elemento de exclusión. O sea, el reconocimiento de los «iguales» es inseparable de la identificación de los «ajenos», los «otros», los «distintos», quienes pueden convertirse, si la coyuntura lo demanda, en los «enemigos».

Es preciso distinguir, además, dos niveles de filiación identitaria: uno, que puede ser denominado «de pertenencia», comprende la autoadscripción a colectivos situados en el espacio social inmediato al individuo: familia, grupo estudiantil o laboral, vecinos, célula de base de una organización política o social, etc. Los nexos prevalecientes en este nivel son de relativa visibilidad, cotidianidad y alta frecuencia de las interacciones. Otro, que puede nombrarse como «de referencia o autoproyección», refleja la afiliación de los individuos a comunidades «imaginadas» envolventes, las que trascienden los espacios de las interacciones inmediatas y frecuentes. En este caso, los «iguales» no están en su mayoría a la vista o alcance del sujeto, no le son conocidos directamente, no se le relacionan cotidianamente. La referencia o autoproyección son los únicos medios con que cuenta la persona para identificarse con esos grandes grupos simbólicos (clase, etnia, nacionalidad, etc.), que solo se manifiestan en las representaciones colectivas y que solo son visibles a través de sus símbolos, de sus testimonios históricos o de sus representantes.²²

Pero el significado de las modalidades de relacionamiento humano en la vida social no se limita a la aparición de formas de identidad derivadas de los nexos esenciales antes consignados, ni a la existencia de los niveles de filiación identitaria. De esos nexos esenciales se desprenden también —según se manifiesten, estructuren y potencien recíprocamente— las formas de comunidades humanas que se han sucedido a lo largo del proceso histórico-social: horda primitiva, gens, tribu, confederación tribal, imperios antiguos basados en la comunidad aldeana, ciudades-Estado e imperios de base esclavista-mercantil, reinos feudales, Estados-nación. En esta evolución de las comunidades humanas, los nexos más dinámicos y determinantes son los productivos y sociopolíticos.

En última instancia, una explicación a los conflictos en los que el elemento identitario se presenta en primer plano, como agente central de movilización política, debería partir del reconocimiento de esas interrelaciones.²³

¿Existen en realidad conflictos étnicos?

A estas alturas del análisis, esta interrogante pudiera parecer no ya extemporánea, sino incongruente. Sin embargo, en la respuesta aflora un enfoque que interesa subrayar. Como señala un reconocido especialista del tema,

puede sostenerse que el conflicto étnico en sí no existe. Lo que sí existe son conflictos sociales, políticos y económicos entre grupos de personas que se identifican mutuamente según criterios étnicos: color, raza, religión, idioma, origen nacional. A menudo, dichas características étnicas pueden ocultar otras características distintivas, tales como intereses de clase y poder político, las cuales, cuando se analizan, pueden ser los elementos más importantes del conflicto. Sin embargo, cuando se utilizan las diferencias étnicas de manera consciente o inconsciente para distinguir a los adversarios en una situación de conflicto determinada —en particular cuando se han convertido en poderosos símbolos de movilización, como suele ocurrir—, la etnicidad se convierte efectivamente en un factor determinante de la naturaleza y la dinámica del conflicto.²⁴

En otras palabras, los conflictos que se vienen calificando como «étnicos» responden, por su contenido, a causales y condicionantes de otra naturaleza, aunque adopten una forma étnica de manifestación. En el despliegue y desarrollo de este tipo de conflicto, la dialéctica de forma y contenido conduce, como regla, a otorgarle al componente identitario cierta dosis de autonomía causal e indudable realce y protagonismo.

En consecuencia, un *grupo étnico*, entendido en el sentido de un colectivo de individuos que se consideran con un origen común y que asumen una filiación identitaria del orden de referencia o autoproyección —que se sustenta en el hecho de que comparten todos o algunos rasgos de pertenencia (memoria histórica, lengua, religión, tradiciones y creencias, usos y costumbres, elementos culturales, nexo con un territorio histórico)—, deviene vector de conflicto solo si circunstancias externas o ajenas a esas características de identidad lo impelen a ello.²⁵ Se trata, en esencia, de que esas personas se encuentren o perciban encontrarse en una situación de *desventajas colectivas* reales o imaginadas, actuales o pasadas, económicas o sociales, culturales o políticas.

Estas desventajas colectivas pueden estar también referidas a un agudo sentimiento de inseguridad con respecto al porvenir, nacido de precedentes negativos de la historia: «miedo al futuro, vivido a través del pasado».²⁶ A veces la movilización étnica es resultado de una competencia directa por bienes preciados (tierra, agua, empleos, etc.), o bien la expresión egoísta de mantener o incrementar un *status* ventajoso.²⁷

En el desencadenamiento de conflictos de esta índole pueden desempeñar un papel, a veces determinante, los intereses de las élites políticas grupales,

que —en aras de defender su poder amenazado, de consolidarlo o extenderlo— acuden al discurso identitario, de indudable fuerza emocional y movilizativa. Así, las desventajas colectivas, reales o supuestas, son empleadas como combustible por dichas élites grupales, a fin de encender pasiones, exacerbar antagonismos y asegurar el activismo político contestatario o defensivo. Con el uso y abuso de la fórmula elemental de «ellos o nosotros», buscan vigorizar la cohesión del grupo, vivificar sus nexos internos de identidad y convertirlo en instrumento propicio para satisfacer aquellos intereses e intenciones. Por lo demás, no se debe olvidar cómo en los tiempos de confrontación bipolar y Guerra fría, la beligerancia etnopolítica fue utilizada como vector de desestabilización y enfrentamiento a regímenes de izquierda o movimientos revolucionarios en diversos escenarios del planeta.²⁸

Independientemente de que en la beligerancia etnopolítica puedan estar presentes conductas negativas o repudiadas, de que pueda ocasionar víctimas y sufrimientos a poblaciones indefensas, no se debe escamotear el hecho de que ella no se origina en el vacío, sino en un mundo de desigualdad, desequilibrio e injusticia, que fue forjado, en lo fundamental, por los actuales centros de poder, y en su beneficio. A lo largo de los siglos, migraciones, guerras, anexiones, oleadas de expansión colonial —en las que prevalecían los apetitos de las clases dominantes de turno—, fraguaron la actual estructura geopolítica y socioeconómica del mundo. En ese proceso no solo emergieron fronteras extravagantes, distribución desigual de los recursos, heterogeneidad poblacional dentro de los Estados, sino que los nexos identitarios adquirieron una connotación inevitable de autoprotección y defensa, en un contexto de diversidad y confrontación.

Por último, tampoco se puede pasar por alto que en la beligerancia etnopolítica pueden encarnarse sanas aspiraciones de independencia, justicia social y resistencia a la opresión. De hecho, el componente identitario acompañó siempre a los grandes movimientos de liberación que ha conocido la historia.

Un recuento de los principales escenarios de conflicto étnico en los últimos años, evidencia el predominio de contextos como los siguientes:

- Procesos de radical transición socioeconómica y política, donde ha colapsado un régimen y se ha creado una situación de vacío de poder, caos económico y desconcierto ideológico.
- Sociedades profundamente divididas por líneas étnicas o etnorreligiosas, en las que está ausente la autoconciencia nacional, y el poder no es percibido como representante legítimo del conjunto de la población.

- Estados cuyas fronteras no responden a la composición étnica de sus habitantes, sino que constituyen una herencia del colonialismo.
- Países donde contingentes de colonizadores llegados de otras regiones o continentes, relegaron a una situación de marginación y discriminación a los pobladores autóctonos, y constituyeron sociedades duales, según criterios de diferenciación étnica.
- Países de miseria extrema y espantosas condiciones de vida, en los cuales la movilización étnica, promovida por y en interés de las élites políticas grupales, se convierte en ruta de acceso al único botín disponible: el poder estatal.
- Nuevos Estados, nacidos del desmembramiento de entidades multinacionales, con límites territoriales en disputa, poblaciones heterogéneas y fenómenos de irredentismo y/o etnonacionalismo.
- Viejos Estados-nación, en los que subsistieron enclaves de diversa composición etnonacional que ahora protagonizan movimientos autonómicos o secesionistas.
- Antiguas metrópolis coloniales y otros países industrializados del Primer mundo, receptores de masas de inmigrantes que engendran heterogeneidad social, movimientos etnoclasistas y reacciones xenófobas o racistas.²⁹

No hay que olvidar tampoco que la proliferación casi universal de condiciones de desarraigo, desamparo y crisis de valores que la fría, impersonal y despiadada lógica de funcionamiento del capitalismo promueve por doquier, así como la ofensiva homogeneizadora y de absorción cultural que la acompaña, impulsa a las personas a refugiarse en filiaciones identitarias que pueden devenir excluyentes y beligerantes.

Como señala Federico Mayor,

a través de la producción masiva de bienes culturales, la influencia de algunas culturas «minoritarias» sobre otras grandes culturas (próximas y distantes geográficamente) es extraordinariamente preocupante. Hay que reaccionar: todos deben —asociándose cuando sea necesario— hacer patentes sus características e identidades. La cultura, como el amor, solo se multiplica cuando se comparte. El indebido predominio de las mayorías y el repliegue de las minorías sobre sí mismas desemboca en la atomización y conduce a situaciones de enorme riesgo: puede derivar en reflejos de exclusión y fenómenos de discriminación.

Hay que meditar sobre los brotes de corrientes extremas, demagógicas y xenófobas que pueden transformar legítimas aspiraciones a la afirmación de la propia identidad en situaciones incompatibles con un contexto de libertades públicas y de participación democrática... Es comprensible la voluntad de

autodefensa que se levanta por doquier ante la tendencia a la globalización, ante el peligro de uniformización, ante la despersonalización.³⁰

Entre el hielo y el fuego: globalización y conflictos

Los escenarios de conflicto y las manifestaciones de beligerancia etnopolítica antes expuestos, son inseparables del contexto histórico-universal en que se desenvuelven y de las líneas y tendencias dominantes en estos tiempos finiseculares.

Ello se resume en el accionar de dos elementos de una misma ecuación: unipolaridad y globalización. De un lado, el predominio, a escala planetaria, de un solo polo capitalista que impone su hegemonía tecnológica, comercial, financiera, ideológica, cultural y bélica sobre pueblos y naciones de todos los continentes;³¹ del otro, el despliegue de los procesos globalizadores, que esa unipolaridad dinamiza y asegura, así como hegemoniza el rumbo de las relaciones económicas y políticas internacionales en las postrimerías del siglo y del milenio.³² Se vive en «un mundo suspendido entre el hielo y el fuego [...] entre la globalización económica y la balcanización política».³³

Parecería que la humanidad se debate entre dos tendencias, tan contradictorias como inseparables: por una parte, la que promueve la interdependencia y propende a la constitución de entidades supranacionales; por otra, la que impulsa una fragmentación sustentada en la resistencia, renacimiento o reinención de identidades nacionales o infranacionales.³⁴

Lo que es válido destacar es cómo la globalización, entendida como la fase actual del ininterrumpido proceso de internacionalización del capital, no solo crea un marco determinado para la eclosión y desarrollo de los conflictos étnicos, sino que también puede generarlos, agudizarlos y elevar su relevancia o incidencia.

Se trata de una consecuencia directa del doble carácter de los procesos globalizadores: mientras profundizan sin cesar la polarización socioeconómica, la desigualdad y diferencias entre pueblos, naciones y sectores sociales, también enlazan, vinculan, multiplican la interdependencia. De esa ambivalencia emana la contribución de la globalización al amplio panorama de conflictos que hoy se aprecia.

No resulta particularmente difícil discernir las principales expresiones de ese nexo globalización-conflicto:

1. Es casi universalmente admitido —hasta por el FMI y el Banco Mundial— que la extrema miseria en que se ven sumidas masas cada vez mayores de la población del planeta constituye el principal vector

de inestabilidad y de conflicto. El incremento de la interdependencia (por definición asimétrica), que la globalización impulsa, lleva implícito un nivel superior de polarización social: los ricos se hacen más ricos y los pobres más pobres, y asimismo más probables y peligrosos los enfrentamientos sociopolíticos.

2. En el contradictorio decursar de la historia —hasta que se imponga en los asuntos humanos otra racionalidad distinta a la del afán de lucro—, hasta los efectos beneficiosos de los estrechos nexos entre el mundo del desarrollo y el del atraso y la miseria, como en el caso de la erradicación de muchas enfermedades o de la lucha contra hambrunas masivas, pueden desembocar en una paradoja. La disminución de los índices de mortalidad y la extensión de la esperanza de vida condujeron al fenómeno de la explosión demográfica: aumentó exponencialmente el contingente de pobladores del planeta, y se elevó proporcionalmente el número de víctimas de la desigualdad y la miseria. Esto supone una presión redoblada sobre el frágil equilibrio ecológico mundial y la posibilidad de nuevos conflictos por el acceso a los recursos, especialmente el agua para regadío y consumo humano.
3. El aumento del número de pobres potencia las corrientes migratorias, tanto en su dimensión Sur-Sur, como, sobre todo, en su la dirección Sur-Norte. Este corolario de la globalización —el incontenible flujo de emigrantes o refugiados hacia los países con altos niveles de vida— introduce elementos de inestabilidad en esas sociedades y puede desatar fuerzas racistas o xenófobas, que constituyen claras amenazas a la institucionalidad democrática de que se precian esos países. Por otro lado, por conducto de sus emigrantes, el Tercer mundo exporta al Primero sus propios problemas y contiendas políticas, incluyendo las de carácter étnico.³⁵ De hecho, estas oleadas migratorias siembran diversidad en los países receptores, implantan comunidades étnicamente distintas —frecuentemente concentradas en barrios específicos—, las que pueden revitalizar su identidad y proyectarse como fuerzas contestatarias. En este sentido, un analista occidental expresaba que pudiera originarse un «choque de civilizaciones», pero no al modo que anunciara Samuel Huntington, sino como «una guerra de guerrillas en nuestros suburbios, a medida que se conviertan en *ghettos*».³⁶
4. La vertiente cultural de la globalización es también fuente apreciable de conflicto. La muy desarrollada y poderosa industria cultural de Occidente, en particular la estadounidense, difunde un mensaje unificador, deformante y ajeno a las tradiciones y

Hay variedad de actores, diferentes motivaciones directas, y distintos contextos. No obstante, existe, como ya se dijo, un factor común a estos vectores de conflicto: su potencial movilizador se sustenta en criterios específicos de pertenencia o identidad, los cuales, en ausencia de otro calificativo homologador, pueden denominarse como étnicos.

valores de las restantes comunidades humanas. Tiende a imponer estilos de vida, hábitos de consumo y formas de entretenimiento de factura primermundista, que proyectan la dependencia e inferioridad de oportunidades del resto del globo a niveles insospechados. Esta incidencia deviene vector de conflictividad por, al menos, dos razones fundamentales: primero, porque la acción enajenante de estos medios despierta apetitos de consumo y aspiraciones de ascenso social, que se encuentran totalmente fuera del alcance de las grandes masas, con lo que siembran frustración, descontento y motivaciones de cambio, cuyas únicas salidas pueden ser la emigración hacia el Norte o actitudes de lucha contra el orden establecido y las jerarquías vigentes. Segundo, porque revela o revaloriza la identidad propia de las comunidades receptoras de esos mensajes, las que acuden a reacciones defensivas, factibles de plasmarse en agresividad e insurgencia de base identitaria.

5. En estos tiempos de globalización y unipolaridad, se refuerza la exportación por Occidente de sus propias concepciones e instituciones políticas al resto del mundo, en franco desconocimiento de la diversidad de realidades económicas, sociales, culturales o territoriales. Esto atañe, preferentemente, a la vigencia planetaria que se atribuye a las recetas de liberalización absoluta de las fuerzas de mercado y de democracia pluripartidista, sin cuya aceptación ningún Estado obtiene plena legitimidad internacional ni acceso a créditos o colaboración económica.³⁷ Ambos expedientes se traducen en aumento de la miseria —dada la incapacidad en que se coloca al Estado para regular la economía o promover el desarrollo—, y en fragmentación o dispersión política. Se abren las puertas a la ingobernabilidad y al estallido de contiendas por el poder, las que no es raro que adopten formas étnicas de manifestación. Habría que insistir, por último, en que estas expresiones de vinculación entre globalización y conflictos etnopolíticos forman parte de un proceso único, de una misma trama de acciones y reacciones, que excluye toda comprensión aislada o totalmente autónoma de las fuerzas actuantes y de su incidencia.³⁸

Escozor injerencista: la internacionalización de los conflictos étnicos

Desde hace mucho se conoce el potencial destabilizador, para las relaciones internacionales, de los conflictos intraestatales, en especial los de naturaleza étnica. Motivaciones instrumentales (intereses geoestratégicos y de política doméstica) o de carácter afectivo (por afinidad étnica), incitan a actores foráneos a involucrarse en conflictos que se originan y desarrollan en los límites territoriales de un Estado.³⁹

Hoy en día, la óptica predominante en los centros de poder económico y político que hegemonizan las relaciones internacionales es la de considerar los conflictos étnicos como expresión condenable de irracionalidad, fuente de perturbación y discordia que obstaculiza el rumbo hacia la conformación de un orden mundial en el que el capitalismo globalizado medre sin sorpresas ni inquietudes. Inevitable corolario de este enfoque deviene la convicción, ya muy generalizada en dichos centros, de que la beligerancia étnica demuestra la obsolescencia del principio de soberanía de los Estados, de que la injerencia externa es tanto un derecho como un deber de la comunidad internacional para prevenir, suprimir y evitar el reinicio de tales conflictos.

En las condiciones actuales de posguerra fría, la facilidad del consenso en el poderoso y democráticamente deficitario Consejo de Seguridad de la ONU, así como los sueños mesiánicos de instaurar un orden mundial a la medida de los intereses de las grandes potencias del capitalismo globalizado, han provocado una especie de «escozor injerencista» en sus círculos dominantes.

Pretextando razones humanitarias, se defiende la vigencia de un derecho y de un deber de injerencia en conflictos ajenos, siempre que ellos tengan lugar en países pequeños y no nucleares. En realidad, este afán de intromisión, que vulnera el principio de soberanía de los Estados y el de no injerencia en sus asuntos internos, se inspira en un conjunto de consideraciones de otra índole.

Confluyen motivaciones como el temor a que los conflictos étnicos incrementen el caudal de inmigrantes y refugiados en los países industrializados,

preocupaciones por la estabilidad regional en áreas priorizadas por su significación económica o geoestratégica, ambiciones hegemónicas que aconsejan la presencia militar directa en escenarios relevantes, e intenciones de forjar una imagen de liderazgo y firmeza. Igualmente, desempeñan un papel nada despreciable las exigencias de la política doméstica: presiones ejercidas sobre los gobernantes por sectores de la población que, por móviles de afinidad étnica, toman partido ante un conflicto o la influencia de un estado de opinión pública que es la resultante de lo que se ha dado en llamar «efecto CNN».⁴⁰

La presente década ha sido testigo de una novedosa tendencia a proyectar los conflictos internos hacia el plano de la política mundial, desconocer la soberanía de los Estados, instrumentar operaciones multilaterales de intervención armada, elaborar un cuerpo doctrinal que justifique la necesidad de una suerte de tutelaje internacional protagonizado por las grandes potencias sobre los frágiles e internamente desgarrados países que conforman la gran periferia del mundo globalizado.

Al atribuirse el papel de defensores de la paz y garantes de los derechos humanos, esas fuerzas políticas hacen patente una gran hipocresía: quienes extienden la desigualdad y la miseria por el planeta, quienes ocasionan las mayores desgracias ecológicas, quienes pretenden hegemonizar la cultura y negar identidades, carecen de autoridad moral para asumir esa función. Ese clima ideológico y político apunta a la consecución del sueño irrealizable de un gobierno mundial. En tal contexto, valorar los conflictos étnicos como una prueba de la necesidad de ese gobierno es ignorar que ellos representan, en realidad, un testimonio irrefutable de su imposibilidad.

En un mundo globalizado, donde diversidad y desigualdad parecen ser tan irreductibles como inseparables, no faltarán espacio ni razones para los conflictos étnicos de hoy ni de mañana.

Notas

1. El politólogo cubano Roberto González Gómez, en su artículo «Posguerra fría y “orden mundial”: la recomposición de las relaciones internacionales», (*Temas*, n. 9, enero-marzo de 1997), ofrecía un documentado análisis de los cambios y tendencias de la política mundial. Sin dejar de atribuirles a las rivalidades interestatales el papel rector en la dinámica de evolución de las relaciones internacionales, debió reconocer: «la agudización de dos fenómenos, obviamente preexistentes, pero que ahora resurgen con fuerza inesperada y sorprendente, en esta época de revolución científico-técnica y economía globalizada: las rivalidades etnonacionales y los fundamentalismos religiosos» (p. 93).

2. Octavio Paz, *Tiempo nublado*, Ed. Seix Barral, Buenos Aires, 1990, pp. 94 y 96.

3. Regis Debray, «El retorno de la historia», *Panorama Mundial*, n. 6, 8 de enero de 1990.

4. Mediante esquemas de integración económica, construcción de entidades supraestatales que apuntan a la unificación política, protagonismo de la concertación y el multilateralismo en las relaciones internacionales, propagación planetaria de valores y normas de vida de hechura occidental.

5. En este plano de la ubicación histórica de los fenómenos étnicos se ha señalado: «Durante décadas, el llamado paradigma de la “modernización” dominó el pensamiento en las ciencias sociales. En este marco, los problemas étnicos pertenecen al mundo “particularista” o moderno, y se dejan de lado en el proceso de modernización. Si se plantean, son considerados como “obstáculos de cambio” o sino como una consecuencia de una “modernización incompleta”, y por ende de menor importancia para el teórico». Rodolfo Stavenhagen, «Los conflictos étnicos y sus repercusiones en la sociedad internacional», *Revista Internacional de Ciencias Sociales*, n. 127, marzo de 1991, p. 125. Las recurrentes apelaciones a la historia como justificación de la movilización étnica, han contribuido a considerarla teñida de antigüedad, a manera de incómoda reminiscencia, como «una irrupción del pasado imponiéndose irracionalmente sobre el presente». William Pfaff, *The Wrath of Nations*, Touchstone Book, Nueva York, 1994, p. 233. Cabe recordar que, en ocasión de los enfrentamientos en Yugoslavia, se dijo que esos pueblos eran víctimas de una «sobredosis de historia», que los Balcanes «producían más historia que la que podían consumir localmente», sin que faltaran las imputaciones a los historiadores por aportar elementos que, al alimentar la autoconciencia étnica, supuestamente favorecían los antagonismos.

6. Tanto el delirio neohegeliano de Francis Fukuyama, al proclamar el «fin de la Historia», como la mesiánica afirmación de George Bush sobre la emergencia de un «nuevo orden mundial» (del cual los Estados Unidos se atribuían la paternidad), reflejaban la imposible aspiración de congelar el *status quo* en el momento en que ese país asumía el papel de única superpotencia. Se trataba, en definitiva, de etiquetas publicitarias del hegemonismo norteamericano al inaugurarse la posguerra fría.

7. Un exponente significativo de la jerarquización de factores de carácter no estrictamente político, sino cultural-religioso, en las relaciones internacionales, lo constituye el conocido artículo del politólogo norteamericano Samuel P. Huntington, «El choque de civilizaciones» (*Foreign Affairs*, n. 3, verano de 1993). Su publicación y la polémica que desató en los medios académicos contribuyó a centrar la atención en la vertiente de la política mundial que, en última instancia, puede considerarse «étnica». Cabe referirse al enfoque de Michael T. Klare («Redefining Security: The New Global Schims», *Current History*, v. 95, n. 604, noviembre de 1996), quien critica la visión estadocéntrica dominante en las tres corrientes interpretativas fundamentales sobre las relaciones internacionales en la posguerra fría (Kenneth Waltz, Samuel P. Huntington, Anthony Lake), las que «comparten la creencia común de que “las líneas de batalla del futuro” (para usar la expresión de Huntington) se ubicarán a lo largo de fronteras geográficamente definidas, con las potencias contendientes (y sus amigos aliados) situados en lados opuestos. Esto, a su vez, conduce a recomendaciones políticas similares, que generalmente implican el mantenimiento de un poderío militar suficiente por los Estados Unidos para derrotar cualquier adversario o combinación de adversarios». Expone, además, cómo tales corrientes no dan respuesta efectiva a los fenómenos de conflicto de carácter intraestatal.

8. De acuerdo con las prácticas habituales de la sociedad de consumo, la «etnomanía» se tradujo en «etnomercancías»: aparecieron «joyas

étnicas», «modas étnicas», «platos étnicos», etc. En el ámbito académico se abandonó la anterior indiferencia que prevalecía al respecto. Como ejemplo, baste mencionar que la prestigiosa *Enciclopedia Internacional de Ciencias Sociales* (Aguilar S. A., Madrid, 1975), no mencionaba a los étnicos en su inventario de conflictos; o que en las diez obras más importantes de científicos sociales norteamericanos de los años 60 y primera mitad de los 70, que abordaban el tema de la construcción-fragmentación de naciones, no se dedicaba ninguna sección, capítulo o acápite a la problemática de la diversidad étnica. Véase Harold R. Isaacs, «Nationality: End of the Road?», *Foreign Affairs*, n. 3, abril de 1975.

9. A la hora del recuento, la magnitud de la diversidad étnica se presentaba abrumadora. Se habla de que menos del 10% de los 185 Estados que hoy integran el sistema de Naciones Unidas es étnicamente homogéneo. Algunos autores limitan a 14 el número de Estados étnicamente homogéneos a nivel mundial. Cuba sería uno de ellos: es un país multirracial, pero monoétnico. Se calcula la existencia, a nivel mundial, de unos 5 mil grupos étnicos distintos, de los cuales 3,500, según se afirma, poseen los atributos indispensables para reclamar soberanía y la constitución de su propio Estado.

10. Los cuatro Estados fragmentados fueron: URSS, Yugoslavia, Checoslovaquia y Etiopía. Los 24 resultantes: quince repúblicas ex-soviéticas, Eslovenia, Croacia, Bosnia-Herzegovina, Macedonia, Yugoslavia (Serbia y Montenegro), Eslovaquia, República Checa, Etiopía, Eritrea.

11. Véase Myron Weiner, «Bad Neighbors, Bad Neighborhoods. An Inquiry into the Causes of Refugee Flows», *International Security*, n. 1, verano de 1996.

12. Razones de espacio impiden tratar con mayor detenimiento el importante tema de la autodeterminación y su comportamiento histórico. Al respecto, puede consultarse Andrés de Blas Guerrero, *Nacionalismos y naciones en Europa*, Alianza Editorial, Madrid, 1995; Kamal S. Shehadi, «Ethnic Self-Determination and the Break-up of States», *Adelphi Paper*, n. 283, diciembre de 1993.

13. Warren Christopher, citado en Kamal S. Shehadi, ob. cit., p. 3.

14. Boutros Boutros Ghali, ob. cit., p. 9.

15. Ya en los años 80, el inventario de los enfrentamientos etnonacionales incluía, entre los más importantes, a muchos de los aún vigentes: Sri Lanka, territorios palestinos ocupados, Timor Oriental, Cachemira, Chipre, Sahara Occidental, Quebec, Irlanda del Norte, entre otros.

16. Véase Peter Wallensteen y Margareta Sollenberg, «The End of International War? Armed Conflicts 1989-95», *Journal of Peace Research*, v. 35, n. 3, 1996.

17. Sobre definiciones y rasgos del fenómeno irredentista, véase David Carment y Patrick James, «Two-Level Games and Third-Party Intervention: Evidence from Ethnic Conflict in the Balkans and South Asia», *Canadian Journal of Political Science*, v. XXIX, n. 3, septiembre de 1996.

18. Se trata de los que el sociólogo brasileño Darcy Ribeiro ha denominado «pueblos testimonio». Véase, de ese autor, el apéndice «Las Américas y la civilización», en *El proceso civilizatorio*, Ed. Ciencias Sociales, La Habana, 1992.

19. En esta clasificación de modalidades de beligerancia etnopolítica se han tenido en cuenta los trabajos del politólogo norteamericano Ted Robert Gurr, *Minorities at Risk. A Global View of Ethnopolitical Conflict*, U. S. Institute of Peace Press, Washington D.C., 1993.

20. Se ha obviado en este análisis, como habrá advertido el lector, el tratamiento del concepto «minorías», debido también a razones de espacio. Para incursionar en esa temática, puede consultarse Dominique Rosenberg, «Les Minorités Nationales et le défi de la Sécurité de Europe», *Travaux de Recherche*, n. 21, UNIDIR, Nations Unies, Nueva York, 1993.

21. El término fue tomado de Denis-Constant Martin, «A la Quete des OPNI. Comment Traiter L'Invention du Politique?», *Revue Française de Science Politique*, v. 39, n. 6, diciembre de 1989.

22. Un caso particular lo constituyen los nexos de identidad conformados a partir de la existencia de rasgos fenotípicos heredados (raciales). Dicho referente identitario solo adquiere connotación social como primera frontera visible de una filiación más amplia o cuando se convierte en signo de *status*, de asignación de un lugar específico en las relaciones de producción-distribución.

23. Para esta temática de la identidad, véase Gilberto Giménez, «Apuntes para una Teoría de la Identidad Nacional», *Sociológica*, n. 21, enero-abril de 1993; y Eric J. Hobsbawn, «Identidad», *Revista Internacional de Filosofía Política*, n. 3, mayo de 1994.

24. Rodolfo Stavenhagen, «Los conflictos étnicos y sus repercusiones en la sociedad internacional», *Revista Internacional de Ciencias Sociales*, n. 127, marzo de 1991, pp. 127-8.

25. Véase Anthony D. Smith, «The Ethnic Sources of Nationalism», *Survival*, v. 35, n. 1, primavera de 1993.

26. Citado por David A. Lake y Donald Rotchild, «Containing Fear. The Origins and Management of Ethnic Conflict», *International Security*, v. 21, n. 2, otoño de 1996.

27. En este último plano, son ilustrativos los casos de Eslovenia, en la antigua Federación Yugoslava, y de los promotores de la creación de la «República Paduana», en el Norte de Italia. Independientemente de otros factores quizás presentes, la motivación secesionista, al parecer, tiene su origen en el interés de librarse de compromisos económicos con regiones atrasadas del país.

28. No puede ignorarse que el imperialismo norteamericano utilizó situaciones como la de los indios miskitos en Nicaragua, los grupos étnicos en Indochina, las fuerzas islámicas en Afganistán, etc., en sus empresas agresivas y desestabilizadoras.

29. Se ha dicho que «el funcionamiento de la categoría de *inmigración*, como sustituto de la noción de raza y agente de desintegración de la “conciencia de clase” [...] El nuevo racismo de la época de la “descolonización”, de la inversión de los movimientos de población entre las antiguas colonias y las antiguas metrópolis, y de la escisión de la humanidad en el interior de un único espacio político [...] un racismo cuyo tema dominante no es la herencia biológica; sino la irreductibilidad de las diferencias culturales». Etienne Balibar, «¿Existe un neorracismo?», en Immanuel Wallerstein y Etienne Balibar, *Raza, nación y clase*, IEPALA, Madrid, 1991, pp. 36-7.

30. Federico Mayor, «Mosaico de culturas», prólogo al libro de Ramón Luis Acuña, *Las tribus de Europa*, Ediciones B, S. A., Barcelona, 1993, pp. 9-11.

31. El criterio sobre la existencia de un *mundo unipolar* suele ser interpretado en el contexto de las relaciones de poder entre las potencias, según la concepción del equilibrio de fuerzas, tan caro al paradigma estadocéntrico de las relaciones internacionales. Aquí se utiliza otra óptica, que jerarquiza el componente formacional y subraya cómo el gran desafío de los tiempos que corren estriba en la

absoluta hegemonía del polo capitalista, con independencia de las diferencias entre bloques o potencias que existan en su seno.

32. Sobre el tema de la *globalización*, el caudal bibliográfico acumulado es abrumador. Desde el punto de vista de su esencia misma, para referirse a este fenómeno habría que remitirse, en primer lugar, al *Manifiesto Comunista*, donde Marx y Engels muestran la irrefrenable tendencia de la burguesía a la internacionalización del capital y a forjar un mundo a su imagen y semejanza. Véase, además, Samir Amin, «El futuro de la polarización global», *Nueva Sociedad*, n. 132, 1994; Silvio Baró Herrera, «Globalización y tendencias en las relaciones políticas internacionales», *Cuba Socialista*, n. 3, 1996; Fernando Bruna, «La desigualdad económica internacional en la aldea global», *Sistema*, n. 27-28, 1995; Juan Valdés Paz y otros, «La globalización: una mirada desde la izquierda», *Temas*, n. 5, enero-marzo de 1996.

33. Carlos Fuentes, citado en «Editorial», *Capítulos SELA*, n. 36, julio-septiembre de 1993, p. 5.

34. Vladimir I. Lenin señaló: «El capitalismo en desarrollo conoce dos tendencias históricas en el problema nacional. La primera es el despertar de la vida nacional y de los movimientos nacionales, la lucha contra toda opresión nacional y la creación de Estados nacionales. La segunda es el desarrollo y multiplicación de las relaciones de todo tipo entre las naciones, el derrumbamiento de las barreras nacionales, la formación de la unidad internacional del capital, de la vida económica en general, de la política, de la ciencia, etc. Ambas tendencias son una ley universal del capitalismo». Vladimir I. Lenin, «Notas críticas sobre el problema nacional», *Obras Escogidas (12 t.)*, Ed. Progreso, Moscú, 1976, t. V, p. 31.

35. No hace mucho, el estallido de un artefacto explosivo en un establecimiento turco en Alemania, colocado por separatistas kurdos y del que fueron víctimas dos empleados senegaleses, ilustra trágicamente esta vertiente de la globalización.

36. Ingmar Karlsson, «El choque de civilizaciones: ¿un escenario realista?», *Política Exterior*, v. VIII, n. 40, 1994, p. 170.

37. Como se sabe, tales requisitos no son aplicados a las petromonarquías del Golfo o a otros regímenes afines a los grandes centros de poder.

38. Otras vertientes de estos nexos pudieran también apuntarse, tales como la relación existente entre algunos escenarios de enfrentamientos etnopolíticos y la producción-tráfico de estupefacientes al servicio del creciente mercado global de drogas (Afganistán, por ejemplo), o la facilidad en adquisición de armamento moderno por los grupos étnicos beligerantes gracias a redes globales de tráfico de recursos bélicos, con lo que los conflictos se hacen más mortíferos y prolongados.

39. Véase *Ethnic Conflict in International Relations*, Praeger, Nueva York, 1977.

40. El impacto de los medios de difusión masiva sobre la política doméstica e internacional adquiere creciente importancia. Si bien el manejo de las noticias como una mercancía más, que debe ser vendida a toda costa, supone frecuentemente sensacionalismo y afán de cobertura universal, no se debe desconocer que los intereses políticos de los poderosos les imponen su sello a la selección, enfoque y énfasis con que los medios abordan su misión informativa. Un ejemplo de los mecanismos actuantes en este plano, lo constituye el proceso que llevó al lanzamiento de la operación de la ONU en Somalia, codificada bajo el título «Devolver la esperanza», y que fue posterior a las elecciones presidenciales norteamericanas de 1992. En este sentido, resultan reveladoras las declaraciones del Secretario de Prensa de la Casa Blanca, Fitzwater, relativas a la posición adoptada por los Estados Unidos al respecto: «Después de la elección, los medios tenían tiempo libre y entonces fue que la presión comenzó a crecer. Oíamos desde todas partes que había que hacer algo. Finalmente, la presión fue demasiado grande. El presidente dijo: “Yo no puedo vivir con esto durante dos meses”». Véase Peter Vigo Jakobsen, «National Interest, Humanitarianism or CNN: What Triggers UN Peace Enforcement after the Cold War?», *Journal of Peace Research*, v. 33, n. 2, 1996, p. 208.

© TEMAS, 1999.

Los Estados Unidos y las Naciones Unidas en los 90

Isabel Jaramillo Edwards

Investigadora. Centro de Estudios sobre América (CEA).

La Guerra fría, como expresión de la confrontación entre dos grandes bloques, ha concluido. Nos encontramos en un período de transición y cambio caracterizado por la prioridad de la geoeconomía y la integración de megabloques. La globalización y la conformación de nuevos centros de poder a partir de ella, refuerzan la tendencia hacia el multipolarismo, al tiempo que surgen corrientes contradictorias que dificultan lo que podría ser un nuevo diseño global.

En el terreno de la seguridad se desarrolla —a nivel global— un nuevo ambiente caracterizado por la complejidad. La periferia pierde su importancia y valor estratégico, e irrumpen conflictos que estuvieron ocultos durante la confrontación Este-Oeste. Las contradicciones se han trasladado al eje Norte-Sur. En el caso de los países desarrollados, en el actual escenario están presentes las nociones de hegemonía tradicional, el equilibrio de poderes y el papel que desempeñarían las potencias medias. En el del mundo subdesarrollado, la característica principal será la integración subordinada y la marginación que profundiza el fraccionamiento del Sur.

En esta etapa de transición, la Organización de Naciones Unidas (ONU) comienza a sufrir cambios trascendentales, entre los cuales se destaca una tendencia hacia la concentración de los mecanismos de toma de decisiones, principalmente en el Consejo de Seguridad, donde virtualmente ha desaparecido el ejercicio del veto desde 1990. Entre 1945 y 1990 el derecho al veto fue ejercido en 279 ocasiones, sobre temas diversos. Una buena parte de estos temas se relacionaban con cuestiones inherentes a las operaciones de mantenimiento de la paz (OMP) o, en general, sobre el empleo de la fuerza como recurso para hacer cumplir el Derecho internacional, al amparo del Capítulo VII de la Carta de Naciones Unidas.

Las dificultades —en algunos casos rayanas con el fracaso— que tuvo que afrontar el sistema de seguridad colectiva establecido por las Naciones Unidas a partir de 1945 hicieron que la comunidad internacional buscara mecanismos alternativos dentro del propio sistema para el cumplimiento de las misiones, en interés del mantenimiento de la paz.

En 1950, los Estados Unidos lograron que la Asamblea General aceptara la resolución 377 (V),

conocida como «Resolución Unión Pro-paz», que estipulaba que cuando el Consejo de Seguridad no pudiese asumir su responsabilidad en cuanto al mantenimiento de la paz y la seguridad internacionales debido a la falta de unanimidad, la Asamblea General podría hacer recomendaciones al Consejo que incluyeran el uso de la fuerza.

La idea original para el empleo de una fuerza multinacional fue introducida por el ex-secretario de Asuntos Exteriores de Canadá, Lester Pearson, y el ex-secretario general de la ONU Dag Hammarskjöld, para controlar y supervisar un cese al fuego negociado entre dos Estados hostiles. Sus ideas se basaban en dos principios fundamentales: que una operación de mantenimiento de la paz por las Naciones Unidas debería realizarse solo con el consentimiento de los Estados involucrados en el conflicto, y que dicha fuerza no podría ser aplicada para terminar con el conflicto. Es decir, que las operaciones de mantenimiento de la paz surgieron como un mecanismo para mantener un cese al fuego pactado entre las partes beligerantes, para que estas alcanzaran posteriormente una solución pacífica en la mesa de negociaciones. Inicialmente, los «casco azules» se desplegaban solo cuando ya habían cesado las hostilidades y en conflictos de carácter internacional.

Entre 1948 y 1985 hubo trece operaciones de mantenimiento de la paz, organizadas como misiones de observación, fuerzas de mantenimiento de la paz o combinaciones de ambas. Algunos autores¹ consideran que han existido cuatro fases de desarrollo para las operaciones de mantenimiento de la paz:

- Una fase experimental —1948-1956— en la cual fue introducido un sistema de observación internacional e informe, para el mantenimiento del cese al fuego entre partes en conflicto.
- Una segunda etapa —1956-1967— en la que se produce un incremento de las contradicciones entre los Estados Unidos y la URSS, que también se prolonga a los países del Tercer mundo. Se establece la primera fuerza de mantenimiento de la paz, la Fuerza de Emergencia de Naciones Unidas (UNEF I) en la península del Sinaí, en 1956. El Consejo de Seguridad autoriza misiones en el Congo (ONUC) y en Chipre (UNIFICYP), así como otras cuatro misiones de observadores.²
- Entre 1967 y 1973, la guerra del Medio Oriente, el continuo deterioro de las relaciones Este-Oeste, así como las dificultades financieras en Naciones Unidas, hicieron que virtualmente desaparecieran las operaciones de mantenimiento de la paz. En esta etapa no se inició ninguna operación y solo tres permanecieron realizándose.

- En 1973, la guerra del Yom Kippur constituyó un serio peligro para la seguridad internacional y se establecieron nuevas operaciones en la región del Medio Oriente: la UNEF II (1973-1979) en la península del Sinaí, la UNIFIL en el Líbano y la UNDOF en las Alturas del Golán. A partir de entonces, y prácticamente hasta finales de los años 80, las operaciones de mantenimiento de la paz se han iniciado solo si se cuenta con el consentimiento de las partes involucradas.

Durante el período entre 1948 y 1988, las operaciones de Naciones Unidas en el terreno, con sus «casco azules», se ajustaron, en su mayoría, a una serie de reglas de consenso que —aunque aún hoy no han perdido su valor *teórico*— no se han cumplido como postulados en algunas de las últimas *operaciones* llevadas a cabo por fuerzas del organismo internacional.

Las normas o características generales de las operaciones de mantenimiento de la paz son:

- Que exista el consentimiento de las partes involucradas, para establecer una operación de mantenimiento de la paz.
- El Consejo de Seguridad «normalmente» aprueba la resolución que establece la operación, así como otras complementarias que renueven o modifiquen el mandato.
- Los Estados miembros contribuyen con tropas a estas operaciones, de forma voluntaria. Ningún órgano de Naciones Unidas podía exigir a ningún Estado tal contribución.
- La operación está subordinada al Secretario General, quien responde ante el Consejo de Seguridad por todos los aspectos de ella. El personal que participa no recibe órdenes de sus autoridades nacionales en asuntos operacionales, sino solo del mando de Naciones Unidas en el terreno.
- Las operaciones de mantenimiento de la paz tienen un carácter estrictamente imparcial.³

El 2 de agosto de 1990, Iraq invadió a su vecino Kuwait. En un plazo relativamente breve, las tropas iraquíes ocuparon el emirato sin encontrar casi ninguna resistencia. El mismo día, el presidente de los Estados Unidos, George Bush, esbozaba la nueva estrategia de seguridad nacional, que establecía nuevas directrices para intentar consolidar la hegemonía estadounidense a partir de un «nuevo orden» a nivel global⁴ y una reorientación de su política de defensa hacia el enfrentamiento de los conflictos regionales.⁵ El error político-militar del gobierno iraquí evidenció la emergencia de los Estados Unidos como potencia militar indisputada,⁶ al mismo tiempo que hacía patente su debilidad económica. Se

originó así un período de transición caracterizado, en la práctica, por el unipolarismo militar, en el que están presentes los elementos y rasgos incipientes de un multipolarismo emergente.⁷

El conflicto en el Golfo Pérsico contribuyó también al debate sobre los necesarios cambios estructurales en Naciones Unidas, de acuerdo con el nuevo contexto internacional. Sobre la base de este conflicto, el Consejo de Seguridad aprobó 25 resoluciones, incluyendo la número 678, del 29 de noviembre de 1990, que autorizaba a los Estados miembros a tomar las medidas que juzgaran necesarias para restaurar la paz y la seguridad en la zona, y establecía además la llamada «Línea de la Muerte», para el 15 de enero de 1991.⁸ Todavía hoy se discute si las acciones emprendidas por los Estados Unidos y sus aliados en contra de Iraq, mediante las cuales ese país quedó prácticamente destruido y sometido a un intenso bloqueo económico, se tomaron a tenor del Capítulo VII de la Carta de las Naciones Unidas, o si pudiera interpretarse como una acción de «legítima defensa colectiva» amparada por el artículo 51 de la Carta. Pero el Consejo de Seguridad fue mucho más lejoso. Sus exigencias no terminaron con la liberación de Kuwait. Las sanciones compensaron económicamente a su vecino kuwaití y, con el pretexto de condenar la represión contra los kurdos residentes en el norte de Iraq, el Consejo aprobó la Resolución 688 de abril de 1991, que fuera ampliamente criticada por la comunidad internacional, y que en la práctica permitió que los Estados Unidos, Francia y Gran Bretaña intervinieran en ese territorio.⁹

Cabe destacar que la Carta de Naciones Unidas insiste en la importancia de la soberanía, pero en este caso la Resolución 688 invocó el Capítulo VII de la Carta, que permite la intervención cuando los asuntos internos de una nación constituyen una «amenaza para la paz y seguridad internacionales».¹⁰ A partir de este momento se intensificaba el debate en el *establishment* militar occidental en torno al papel de los militares en las «operaciones humanitarias» y la posibilidad de su expansión.¹¹ Por otro lado, posteriores «enfrentamientos entre Irán y los Estados Unidos (diciembre 1992-enero 1993) contribuyeron a aumentar las fisuras y contradicciones entre los miembros de la coalición anti-iraquí y su consiguiente debilitamiento, no solo por las críticas a esas acciones por parte de varias políticas árabe-islámicas y otras que reclamaron el diálogo y la solución negociada, sino por los desacuerdos manifestados entre Washington y sus propios aliados occidentales».¹²

Las acciones antes descritas constituyeron una flagrante injerencia en los asuntos internos iraquíes, y los pretextos esgrimidos nada tenían que ver con la invasión a Kuwait, ni se relacionaban realmente con

una amenaza a la paz y la seguridad internacional. Estaban, más bien, destinadas a socavar el potencial económico y militar de Iraq, y de hecho constituían una violación de la soberanía de ese país y subrayaban las evaluaciones estratégicas con respecto a la región, vinculadas a los intereses económicos y los riesgos derivados de las nociones de seguridad nacional de los Estados Unidos y otras potencias.

Una agenda para la paz

El documento «Un Programa de paz. Diplomacia preventiva, establecimiento de la paz y mantenimiento de la paz», fue presentado por el Secretario General de las Naciones Unidas ante el 47º período de sesiones de la Asamblea General, el 17 de junio de 1992.

El documento expresa que en las nuevas condiciones históricas —en los últimos años se ha derrumbado una «inmensa barrera ideológica» que fue fuente de «desconfianza y hostilidad»— el mecanismo de seguridad de las Naciones Unidas ha pasado a ser un instrumento central para prevenir y resolver los conflictos para preservar la paz, y por lo tanto sus objetivos deben ser tratar de determinar, en sus inicios, las situaciones que pudieran ocasionar conflictos y, por conducto de la diplomacia, eliminar las fuentes de peligro antes de que estalle la violencia. En los casos en que se desencadene un conflicto, se deben tomar medidas de establecimiento de la paz para resolver los problemas que los hayan ocasionado. Además se debe tratar, mediante actividades de mantenimiento de la paz, de preservarla, por frágil que sea, en los casos en que se haya puesto fin a la lucha, y ayudar a aplicar los acuerdos a que hayan llegado los encargados de establecer la paz. Se agrega que se debe estar dispuesto a ayudar a consolidar la paz en sus distintos contextos, mediante el restablecimiento de las instituciones y la infraestructura de las naciones devastadas por la guerra y los conflictos civiles, e ir creando vínculos de beneficios mutuos en tiempo de paz entre las naciones anteriormente en guerra; por último, tratar de poner fin a las causas principales de los conflictos: las dificultades económicas, la injusticia social y la opresión política.

El Programa de paz define los conceptos de *diplomacia preventiva, establecimiento de la paz y mantenimiento de la paz*, y los vincula de manera integral.

La *diplomacia preventiva* se define como las «medidas destinadas a evitar que surjan controversias entre dos o más partes, que las controversias existentes se transformen en conflictos y que estos, si ocurren, se extiendan». Tiene por objetivo resolver las controversias antes de que estalle la violencia.

El *establecimiento de la paz* se define como las «medidas destinadas a lograr que las partes hostiles lleguen a un acuerdo, fundamentalmente por medios pacíficos como los expresados en el Capítulo VI de la Carta de Naciones Unidas».

El *mantenimiento de la paz* es el «despliegue de una presencia de las Naciones Unidas en el terreno, hasta ahora con el consentimiento de todas las partes interesadas y, como norma, con la participación de personal militar o policial de Naciones Unidas, y frecuentemente también con personal civil».

Por su parte, la *consolidación de la paz* se define como aquellas «medidas destinadas a individualizar y fortalecer estructuras que tiendan a reforzar y consolidar la paz, a fin de evitar una reanudación del conflicto».¹³

De hecho, el Programa de paz contribuía a refrendar de alguna forma la tendencia a darle mayores facultades y derechos al Consejo de Seguridad, aun cuando se tratara de asuntos internos de los Estados.

El concepto de *soberanía limitada* comenzó a sustituir con fuerza al principio de no intervención, calificado por algunos como «un producto típico del congelamiento bipolar»,¹⁴ condenado a desaparecer. De aquí surge entonces el concepto de «intervención humanitaria», cuya legitimidad trata de basarse en argumentos de carácter ético que fundamentan cualquier acción de fuerza contra un Estado —por supuesto, sin consentimiento de este—, cuando la comunidad internacional considere que ha habido serias violaciones de los derechos humanos, o la población de dicho Estado se encuentre en una situación precaria. La *intervención humanitaria*, por tanto, no es fruto de un consenso general de todos los miembros de Naciones Unidas, sino el resultado de un consenso de los miembros permanentes del Consejo de Seguridad. El caso de Somalia, de resultados negativos para Naciones Unidas y sobre todo para las fuerzas estadounidenses que participaron en la operación, constituyó un ejemplo fehaciente de una intervención de este tipo.¹⁵

Entre los problemas más sensibles se encuentra el de minimizar la soberanía nacional como el principio rector de la organización internacional, ya que es un fundamento pobre para construir un orden mundial durable. Una nueva dominación basada en el poderío militar de los Estados Unidos y unos pocos aliados no garantizará un orden prolongado. Es más, los objetivos contrapuestos de los gobiernos nacionales y el inevitable deseo de funcionarios ambiciosos por reafirmar una competencia basada en la interpretación, lo más amplia posible, de los mandatos de la organización, han creado un sistema de Naciones Unidas suelto e incoherente, incapaz de alcanzar el nivel de comportamiento que los desastres humanitarios demandan hoy de la opinión pública.¹⁶

En Somalia, unos ochocientos guerrilleros urbanos fueron capaces de frustrar y hostigar de forma severa a una fuerza de unos 28 000 efectivos de Naciones

Unidas. Al mismo tiempo, «las Naciones Unidas habían abandonado su imparcialidad y su reserva y se convirtieron en una parte más en la guerra civil».¹⁷

Un año después del Programa de paz, como resultado de una gira por Africa, el Secretario General de Naciones Unidas subrayaba que estas «no pueden imponer la paz; el papel de Naciones Unidas es el de mantener la paz».¹⁸

En el contexto internacional, las políticas desarrolladas por los Estados Unidos y otros países, en la búsqueda de un paradigma de posguerra fría, así como el Programa de paz y las acciones emprendidas por Naciones Unidas, contribuían a incrementar la discusión en torno a temas relevantes de la propuesta, como la definición de las acciones humanitarias, el mantenimiento de la paz, la participación de los militares en operaciones de Naciones Unidas, el intervencionismo y la soberanía y, por último, la posibilidad de —eventualmente— llegar a lograr un nuevo orden mundial.

Los Estados Unidos y Naciones Unidas: las operaciones de mantenimiento de la paz

Los imperativos de la economía y el cambio global implican una reducción de las fuerzas militares norteamericanas que, sin embargo, conservarán su ventaja cualitativa y tecnológica. Al mismo tiempo que se conserva la capacidad de acción unilateral, el elemento multilateral, esto es, la necesidad de que se comparta el costo y los imperativos de la legitimidad política de las acciones militares, apunta a la necesidad de los Estados Unidos de establecer «compromisos colectivos» y de utilizar el multilateralismo.

En términos de las Naciones Unidas, la política de la administración Clinton se orienta a fortalecer sus capacidades para desarrollar operaciones a fin de mantener la paz —*peacekeeping*—, realizar operaciones para hacer la paz —*peacemaking*—; practicar la diplomacia preventiva y ser un «mediador honesto» y catalizador de formas de promover soluciones regionales a problemas de seguridad, y lograr nuevos acuerdos de control de armas. Las instituciones regionales multilaterales —como la OEA— tendrán funciones similares y se trabaja para reorientarlas adecuadamente.¹⁹ El factor legitimidad estará directamente relacionado con la legalización en el contexto multilateral de la participación —o intervenciones— de carácter militar.

Los desafíos que enfrenta el presidente Clinton son convencer al *establishment* de política exterior que los norteamericanos exigen un presidente que les dé prioridad a los problemas domésticos.²⁰ Se hace

necesario articular una política de seguridad nacional que explique las nuevas amenazas a la seguridad de los Estados Unidos y al orden global, los intereses norteamericanos relativos a estos problemas, y el uso de los medios unilaterales y multinacionales. Además, se debe explicar el uso de la fuerza en un mundo donde no hay amenazas directas a los Estados Unidos. Con esta perspectiva, se sugiere que el primer paso es crear una política de seguridad nacional que vaya más allá de las prioridades señaladas hasta ahora.²¹

El debate relativo a la participación de los Estados Unidos en operaciones y fuerzas para mantener la paz ha sido prolongado, para llegar al terreno de algunas definiciones. Experiencias negativas, como la de Somalia,²² han sido decisivas en cuanto al diseño de las reglas para las operaciones de mantenimiento de la paz.

La directiva que regula estas operaciones y fuerzas tardó en diseñarse debido, entre otras razones, a las contradicciones entre el Pentágono y el Departamento de Estado en torno al control político y financiero de la participación norteamericana. Finalmente, se acordó que el Pentágono sería política y financieramente responsable de operaciones en las que se les permitiera a las tropas el uso de la fuerza para imponer la paz, como en Somalia. El Departamento de Estado asumiría los gastos de operaciones clásicas para mantener la paz, o sea, aquellas en que las tropas monitorean un acuerdo con el consentimiento de las partes.²³

El impacto de la experiencia en Somalia determinó que en mayo de 1994 el presidente William Clinton emitiera una directiva que, de hecho, significó un cambio radical en las posiciones norteamericanas hacia las operaciones de mantenimiento de la paz. La administración Clinton condicionaba la participación de sus Fuerzas Armadas y establecía que solo se produciría cuando estuviesen en juego los intereses de seguridad nacional de los Estados Unidos.²⁴ Estas condicionantes serían similares a las que llevarían al empleo unilateral de las fuerzas armadas norteamericanas en determinado escenario,²⁵ y dependerían además de «que los riesgos para el personal estadounidense y los acuerdos para el mando y control de las unidades participantes fueran aceptables para los Estados Unidos».²⁶

Se dejaba claro que para el gobierno norteamericano «la cuestión del mando y control es particularmente crítica» y se señalaba que «puede haber ocasiones, cuando sea de interés [de los Estados Unidos] ubicar tropas bajo el control operacional temporal de un jefe competente de Naciones Unidas o de un país aliado...» Especial relevancia cobraba la afirmación de que «bajo ninguna circunstancia» el Presidente renunciaría a «su autoridad sobre las fuerzas norteamericanas».²⁷ Por

tanto, esta política establece que antes de que los Estados Unidos acuerden participar en una nueva operación internacional se deben considerar algunas condiciones como que la operación favorezca el incremento de los intereses norteamericanos, la disponibilidad de personal y fondos, la necesidad de su participación para el éxito de una operación, y el apoyo del Congreso. Además, el objetivo de la participación de los Estados Unidos debe ser claro y los arreglos de mando y control aceptables.

La Directiva presidencial establece condiciones igualmente estrictas, que deben ser consideradas antes de que los Estados Unidos aprueben una nueva operación para mantener la paz, con o sin sus tropas. Entre estas condiciones está la amenaza a la seguridad internacional, incluyendo una urgente necesidad de ayuda después de brotes de violencia y desórdenes; la repentina interrupción de una democracia o una descarnada violación de los derechos humanos; objetivos claros; consentimiento de las partes antes de que las fuerzas sean desplegadas; disponibilidad de dinero y tropas; un mandato apropiado a la misión y una estrategia de retirada realista.²⁸ Los problemas implícitos en estos puntos de la Directiva presidencial se relacionaban con un asunto medular: minimizar al máximo las bajas para evitar una reacción negativa en el pueblo norteamericano.²⁹ Al mismo tiempo se suscitaban contradicciones en términos de la definición de los intereses norteamericanos y de reconstruir el consenso en cuanto a estos intereses —y valores— que los Estados Unidos desean impulsar y que están preparados a defender; y este es un proceso que no es fácil de lograr en un contexto internacional carente de amenazas³⁰ como lo fuera el «peligro soviético».

La cautela implícita en la Directiva presidencial se relaciona con la percepción norteamericana —más o menos consensual— de que hacer de Naciones Unidas una organización viable en lo que se refiere a operaciones para hacer la paz y para mantenerla, de acuerdo con los intereses de los Estados Unidos, tomará un largo tiempo.

En este marco se establecía que la administración Clinton *no apoyará* la creación de un ejército permanente de las Naciones Unidas,³¹ ni contribuirá con tropas de los Estados Unidos a una fuerza de este tipo.

Lo controvertido del tema de las *operaciones para mantener la paz* se refleja en la resistencia que han ofrecido los Estados Unidos al proyecto de las Naciones Unidas para crear un inventario para futuras operaciones y, finalmente, han puesto condiciones duras para la participación de sus tropas en las operaciones del organismo internacional. Naciones Unidas estaba desarrollando un plan que permite a los funcionarios de la organización conocer anticipadamente las fuerzas

Los cambios en el contexto internacional exigen una reconfiguración de la Naciones Unidas, especialmente en lo que se refiere al Consejo Nacional de Seguridad. Su ampliación, el problema del derecho al veto y la transparencia en sus procedimientos internos serían cuestiones centrales que considerar.

y equipos que los gobiernos están dispuestos a comprometer en misiones para mantener la paz.³² El plan es básicamente para las operaciones clásicas de mantenimiento de la paz, es decir, aquellas en que las tropas monitorean un acuerdo con el consenso de todas las partes. No incluye operaciones como las de Somalia y Bosnia. Varios países han comprometido su aporte³³ y la meta de Naciones Unidas es de 100 000 efectivos. Solo un puñado de países —que incluye a Rusia³⁴ y los Estados Unidos— pueden contribuir con aviones de carga, equipos de comunicaciones y líneas de satélite. Los Estados Unidos no se han pronunciado y el Departamento de Estado y el de Defensa interpretan la iniciativa como el establecimiento de un ejército multinacional en activo,³⁵ cuestión a la que se oponen. A pesar de que los servicios armados están actualizando su doctrina y manuales sobre operaciones para mantener la paz, se han mostrado renuentes a firmar un acuerdo a partir del cual los Estados Unidos designen unidades específicas para las *operaciones para mantener la paz*, en el caso de que se decidiesen a participar. Dicha designación de fuerzas —según algunos— sería útil para mejorar la preparación de las unidades y les permitiría participar en entrenamiento conjunto con fuerzas de otras nacionalidades.³⁶

En el terreno del financiamiento, la Directiva presidencial concluye que los Estados Unidos están gastando mucho en operaciones para mantener la paz y que el objetivo de la política es reducir la contribución norteamericana al 25% del total del presupuesto de operaciones de este tipo. Aunque tienen un atraso de 1 000 millones de dólares en el pago de cuotas a las Naciones Unidas en este terreno, el Congreso no ha demostrado ningún entusiasmo por cancelar esa deuda.³⁷

La elección de un Congreso mayoritariamente republicano añade un nuevo elemento en el terreno de las operaciones para mantener la paz, donde persisten los problemas a partir de la presentación de la Ley de Revitalización de la Seguridad Nacional (*National Security Revitalization Act*) que, desde el punto de vista de la administración Clinton, pondría en peligro la seguridad nacional.³⁸ El enfoque de la Administración es que la ley abrogaría la obligación de los Estados Unidos de

pagar cuotas a Naciones Unidas para realizar las operaciones para mantener la paz que han apoyado en el Consejo de Seguridad. Si se deduce el costo de las operaciones voluntarias de lo que adeudan los Estados Unidos a Naciones Unidas, de hecho cancelaría todos los financiamientos a esa organización. El resto —Japón, OTAN— haría lo mismo, lo cual terminaría de inmediato con las operaciones para mantener la paz, eliminaría el compartir el costo entre los aliados; los Estados Unidos tendrían que actuar solos. La medida también impondría restricciones a la autoridad del ejecutivo para poner tropas norteamericanas bajo el control operacional de otro país. El Secretario de Estado, Warren Christopher, y el Secretario de Defensa, W. J. Perry, sostienen que se debe mantener la flexibilidad del ejecutivo para poner tropas bajo el mando de oficiales de otros países cuando sea del interés de los Estados Unidos, y que la ley propuesta por el sector republicano básicamente limita la autonomía y flexibilidad del Presidente, lo cual afecta a toda la política exterior del país.

La nueva política no está destinada a expandir las operaciones para mantener la paz, sino más bien para ayudar a mantenerlas y hacer que las operaciones multilaterales sean más selectivas y efectivas.³⁹ También se ha fundamentado el apoyo a la política de operaciones para mantener la paz argumentando que es un instrumento útil y muchas veces preferible a una costosa intervención masiva.⁴⁰ Hay quienes argumentan que Roosevelt creó las Naciones Unidas no porque creyera ingenuamente en la ley internacional, sino como instrumento y sistema permanente de intervención norteamericanos.⁴¹ De alguna manera, esta lógica subyace en los argumentos esgrimidos por Madeleine Albright, entonces embajadora de los Estados Unidos en Naciones Unidas, cuando decía que las operaciones para mantener la paz son una oportunidad que «permite (a los Estados Unidos) influir en los hechos sin asumir toda la carga del costo y los riesgos»,⁴² y además cuentan con el potencial de fungir como multiplicadores de fuerzas.⁴³

La probabilidad es que los Estados Unidos actúen en coaliciones o con la participación de organismos internacionales y regionales. En ambos casos influirán

—además del peso de la evaluación de los intereses estratégicos— cuestiones como el riesgo de bajas para la participación norteamericana en las fuerzas multinacionales que realicen operaciones para mantener la paz; asuntos tácticos como mando y control, cuando realmente el razonamiento de fondo se relaciona con una voluntad política de participación o no participación en fuerzas militares articuladas por las Naciones Unidas,⁴⁴ algo profundamente contrario al unilateralismo acostumbrado por las fuerzas norteamericanas. Esto, a su vez, ha desencadenado también el debate sobre el papel del poder ejecutivo y legislativo⁴⁵ en la proyección de la política exterior de los Estados Unidos, lo que pone una vez más sobre el tapete —aunque indirectamente y con menos fuerza que en la década de los 60-70— el tema de la toma de decisiones en la política exterior y más puntualmente la vigencia o no de la Ley de Poderes de Guerra.⁴⁶

Una de las cuestiones más debatidas del Programa de paz es su excesiva inclinación hacia las posiciones de los llamados «países occidentales», puesto que asume que existe un consenso internacional sobre el concepto de *democracia* —según las concepciones norteamericanas,⁴⁷ sin consideraciones de orden histórico ni de cultura política— y en torno a la supuesta obsolescencia de la soberanía de los Estados⁴⁸ y, de hecho, del principio de no intervención.

Actualmente las operaciones de mantenimiento de la paz están pasando por un proceso de transformaciones y surge lo que pudiera definirse como una segunda generación de ellas, caracterizada por una tendencia cada vez más generalizada hacia su aplicación en situaciones en las cuales no existe una amenaza real a la paz y la seguridad internacional, así como a su diversificación respecto al empleo de efectivos militares y civiles para asesorar a las autoridades nacionales en el mantenimiento del orden interior. En casos como el de Cambodia, prácticamente se ha producido la participación en todas las instituciones y organismos del Estado.⁴⁹

Durante todo el año 1993, hubo un crecimiento considerable de las operaciones de mantenimiento de la paz. Se iniciaron seis nuevas operaciones de este tipo, y en general se realizaron misiones de observación y asesoramiento (organización) de procesos electorales, creación de condiciones seguras para la entrega de asistencia humanitaria, observación y separación de combatientes a lo largo de fronteras, desarme de fuerzas militares y paramilitares, protección y promoción de los derechos humanos, y enfrentamiento policial, administración civil y demarcación de fronteras.⁵⁰

El Consejo de Seguridad de Naciones Unidas definió, en mayo de 1993, sus lineamientos para el

establecimiento de operaciones de mantenimiento de la paz, como una de sus observaciones al Programa de Paz del Secretario General. Las principales condicionantes enunciadas por el Consejo fueron que esas operaciones debían partir de un objetivo político claro y un mandato preciso, sujeto a revisión periódica y a cambios en su duración solo por el Consejo de Seguridad; el consentimiento del gobierno y, cuando fuera apropiado, de las partes involucradas, salvo en circunstancias excepcionales. También se proponía apoyar un proceso político o solución negociada de una disputa; la imparcialidad en la aplicación de las decisiones del Consejo, y la disposición del Consejo de Seguridad para tomar las medidas que estimasen apropiadas contra las partes que no cumplan con sus decisiones. Además, se establecía el derecho del Consejo de Seguridad de autorizar todos los medios necesarios para que las fuerzas de las Naciones Unidas cumplieran con su mandato; el derecho inherente de los efectivos de las Naciones Unidas a emplear la fuerza en defensa propia, y enfatizar la necesidad de encontrar una solución política para que la operación de Naciones Unidas se prolongue solo lo necesario.⁵¹

El caso de Somalia demostró, entre otras lecciones, que «en las operaciones de mantenimiento de la paz, el uso de la fuerza y las medidas coercitivas deberían considerarse un último recurso una vez agotados todos los medios pacíficos».⁵²

La reforma de Naciones Unidas

Después de dos años de violentos ataques por parte del Congreso norteamericano (dominado por los republicanos) y en el contexto de una campaña electoral, las relaciones de los Estados Unidos con las Naciones Unidas llegaban a un punto crítico. Jesse Helms, presidente del Comité de Relaciones Exteriores del Senado, decía que Naciones Unidas no merecía el apoyo de los Estados Unidos en las actuales condiciones de funcionamiento, ya que casi se había transformado en una entidad soberana, lo cual representaba una amenaza para los intereses nacionales de los Estados Unidos.⁵³ Las contradicciones se daban a partir del poder que adquiriría Naciones Unidas desde las propuestas de Boutros Boutros Ghali, *Agenda para la paz*, que «afecta(ba) a la soberanía del Estado-nación». Helms acusaba a la administración Clinton de no oponerse a esta postura lo suficiente, ni haber buscado alternativas para la Secretaría General. Lo que Naciones Unidas necesita, opinaba, es una «reevaluación de su misión y de su mandato». Se trata de reducir la burocracia, limitar sus misiones y redefinir objetivos y reformular su proceso presupuestario.⁵⁴

En lo que se refiere a las elecciones presidenciales de 1996 en los Estados Unidos, no cabe duda de que —en alguna medida— el despliegue de tropas norteamericanas en la ex Yugoslavia, se relacionó directamente con aquellas. Incidían en este caso la poca atención que el presidente Clinton presta a la política exterior y la imagen de indecisión que ha llegado a caracterizarlo. Complejizan este escenario el intenso debate sobre la participación norteamericana en las operaciones de mantenimiento de la paz y la postura republicana, opuesta a ello, aunque sea bajo el control de un General aliado proveniente de la OTAN. En el marco del debate generado en torno al caso de la ex Yugoslavia, se concluía que este demostraba que un «nuevo tipo de operación de mantenimiento de la paz es necesaria: una que borre la vieja distinción entre mantenimiento de la paz con el consentimiento de las partes, y la imposición de la paz».⁵⁵

Los Estados Unidos vetaban la candidatura de Ghali para un segundo período al frente de Naciones Unidas, en una medida considerada por algunos sectores como muy poco diplomática.⁵⁶ La necesidad de reformas rápidas en la organización y de lograr la aprobación en el Congreso para cubrir su deuda (que asciende ya a unos 1 500 millones de dólares) eran parte del escenario. El candidato de Washington, Kofi Annan, de Ghana, asumía la Secretaría General a comienzos de 1997, con una agenda orientada a la reforma, especialmente en cuanto a la reducción de la burocracia y reestructuración financiera.⁵⁷ Los Estados Unidos presionaban para lograr la reforma de Naciones Unidas usando como medida coercitiva la retención de su deuda para con la organización internacional.⁵⁸

El rápido crecimiento y el costo económico y político de las operaciones de mantenimiento de la paz han sido parte del problema que ha pesado en el Congreso y en la política exterior de los Estados Unidos: son relevantes los casos de Somalia y la ex Yugoslavia (Bosnia). En el año fiscal 1995, el presidente Clinton solicitaba al Congreso que destinara casi 1 500 millones de dólares para pagar a Naciones Unidas, de ellos 1 000 millones estaban destinados a adeudos por evaluaciones de operaciones de mantenimiento de la paz. En torno al tema, Helms había señalado que «las operaciones de mantenimiento de la paz de Naciones Unidas se transformaron en una excusa para la inacción de los europeos y norteamericanos, que usaron a Naciones Unidas para pretender que se ocupaban del problema».⁵⁹ Argumentaba que las operaciones de mantenimiento de la paz son usadas para «todo, desde elecciones, alimentar a los hambrientos, hasta la construcción de la nación» y agregaba que los Estados Unidos tenían dos alternativas frente al actual funcionamiento del sistema: «sumarse a una propuesta

de operación de mantenimiento de la paz y pagar el 31,7% del costo, o vetar la misión, cosa que no (nos gusta hacer)». Una tercera opción era permitir que los Estados Unidos dejaran que las misiones se llevaran a cabo sin su financiamiento o participación.

Entre 1994 y 96, el despliegue de fuerzas de mantenimiento de la paz se redujo de 78 000 a 25 000. Con solo 757 efectivos asignados a esas operaciones, las fuerzas norteamericanas son solo el 3% de las fuerzas de Naciones Unidas en el mundo. Por otro lado, es interesante destacar que unos 8 500 soldados norteamericanos son parte de la Fuerza de Estabilización desplegada en Bosnia como parte de la OTAN,⁶⁰ donde la misión parecía aproximarse más a la lógica de la imposición de la paz, más coherente con el papel que asumirían las fuerzas norteamericanas en el actual contexto global.

En el marco de las reformas, la propuesta de ampliación del Consejo de Seguridad de Naciones Unidas,⁶¹ que agregaría cinco miembros a los quince actualmente existentes, incluiría un representante de Asia, África, y América Latina,⁶² además de Alemania y Japón. El debate giraba en torno al tema de los derechos de los nuevos miembros permanentes, específicamente en lo que se refiere al derecho al veto. Los Estados Unidos se oponían a cualquier cambio en el Consejo que redujese el poder de veto de los cinco miembros permanentes. Cabe destacar que la proporcionalidad en la ampliación del Consejo Nacional de Seguridad es una condición central en la lógica de la democratización del organismo internacional.

En el nuevo contexto internacional se hace necesario, además de una reforma, desburocratizar las Naciones Unidas en aras de una mayor eficiencia. Sin embargo, merece subrayarse que la intención de utilizar a la organización como un ente supranacional sigue estando presente en el esquema reformador. La reforma de Naciones Unidas debe implicar un proceso negociador que dé respuesta a las demandas de democratización y transparencia de su labor a nivel global.

Reflexiones puntuales

1. Los cambios en el contexto internacional exigen una reconfiguración de la Naciones Unidas, especialmente en lo que se refiere al Consejo Nacional de Seguridad. Su ampliación, el problema del derecho al veto y la transparencia en sus procedimientos internos serían cuestiones centrales que considerar. Los objetivos de paz y desarrollo deberían estar vinculados a la democratización de Naciones Unidas.
2. El carácter de los conflictos actuales —de orden interno y económicos y sociales— hace difícil el

- cumplimiento de objetivos como mantener la paz y la seguridad. El principio de no injerencia en los asuntos internos, parte de la Carta de Naciones Unidas, se ha erosionado, poniendo en peligro el carácter mismo de la organización internacional.
3. Uno de los problemas es el relacionado con las operaciones de mantenimiento de la paz y su redefinición y condiciones para la participación. La imposición de la paz no es una de las misiones de las fuerzas de Naciones Unidas, y sí lo es su mantenimiento a partir de acuerdos políticos entre las partes. Su regulación, para evitar el aprovechamiento de estas operaciones como instrumento de intervencionismo, es un imperativo. El problema del financiamiento de Naciones Unidas y de la cooperación internacional en este terreno, resulta también especialmente sensible en el caso de las operaciones de mantenimiento de la paz, ya que desde el fin de la Guerra fría dichas operaciones se han multiplicado y son altamente costosas.
 4. Desde el punto de vista de la política de los Estados Unidos, un análisis costo/beneficio da por resultado que no conviene a sus intereses, ni a sus fuerzas, asumir el papel de policía global ni participar en operaciones en territorios que no brindan beneficios tangibles o son estratégicamente importantes. De ahí que el multilateralismo sea utilizado *desde una perspectiva ad hoc* y Naciones Unidas no es una excepción al caso.
 5. La participación de los Estados Unidos en operaciones de mantenimiento de la paz es selectiva. La OTAN reestructurada permite a los Estados Unidos desplegar tropas bajo su propio mando y cumpliendo con las condiciones impuestas por la Directiva presidencial que regula dicha participación. Al mismo tiempo, les permite el uso de la fuerza, esquivando votaciones desfavorables en el seno del Consejo de Seguridad de ONU, donde básicamente Rusia y China no apoyarían sus ínfulas imperiales, y Francia, que se ubica en una postura intermedia, podría también inclinar la balanza contra la generalización de las «intervenciones humanitarias».
 6. En el terreno de la solución de conflictos y operaciones de mantenimiento de la paz, Naciones Unidas será un vehículo más para la participación de los Estados Unidos. La reformulación de los esquemas de seguridad colectiva —el caso de la OTAN y su ampliación incluyendo a países de Europa del Este, el sistema interamericano, la OUA⁶³— imbrican la participación norteamericana en los términos y las condiciones en que los Estados Unidos quieran asumirla.
 7. La imposición de la paz será la función de las fuerzas estadounidenses a nivel global. Las operaciones de mantenimiento de la paz chocan con la cultura y tecnología de las fuerzas armadas norteamericanas.
 8. La Agenda (Programa) para la paz se mueve en la lógica de la diplomacia preventiva y consagra el concepto de soberanía limitada. La lógica de la política de defensa de los Estados Unidos se orienta más bien a la acción preventiva y a la imposición de la paz, su consolidación y la «construcción de la nación», concepto que básicamente implica la homogeneización de la democracia,⁶⁴ y olvida un aspecto medular: el carácter endógeno de los procesos políticos y sociales y el desarrollo, cuestiones centrales para la gran mayoría de los representados en Naciones Unidas.

Notas

1. C. Harleman, «Regional Conflicts: Peacekeeping and Disarmament. Peace-Keeping in the Peace-Building Process», *Disarmament*, v. XV, n. 3, Nueva York, 1992, p. 119.
2. Sobre las características de cada una de las operaciones de mantenimiento de la paz realizadas por Naciones Unidas, véase «United Nations Peace-keeping Information Notes», *Update*, n. 2, United Nations Department of Public Information, DPI/1306/Rev.2, noviembre de 1993.
3. Sobre las características generales de las operaciones de mantenimiento de la paz, véase «Informe sobre la marcha de la evaluación a fondo de las operaciones de mantenimiento de la paz: fase de puesta en marcha», Naciones Unidas, Consejo Económico y Social, E/AC.51/1994/3, 14 de marzo de 1994.
4. En este sentido, véase Isabel Jaramillo, «Estados Unidos. El debate posguerra fría: seguridad y política exterior», *Cuadernos de Nuestra América*, n. 23, CEA, La Habana, 1995.
5. Antes de 1991, los Estados islámicos controlaban el 60% de la producción mundial de petróleo. Con el desmembramiento de la URSS y el surgimiento de las repúblicas islámicas de Asia central, con grandes reservas petrolíferas y de minerales estratégicos, la proporción aumentó al 74%. Véase F. Cuny, «Humanitarian Assistance in the Post-Cold War Era», *Humanitarianism Across Borders*, T. G. Weiss y L. Minear, eds., Lynne Rienner Publishers, Boulder, Londres, 1993, pp. 151-69.
6. Véase C. Krauthammer, «The Unipolar Moment», *Foreign Affairs*, v. 71, n. 1, 1991, p. 24. Para un debate en cuanto al sobredimensionamiento imperial, véase P. Kennedy, *The Rise and Fall of Great Powers*, Random House, Nueva York, 1987; W. W. Rostow, «Beware of Historians Bearing False Analogies», *Foreign Affairs*, v. 66, n. 4, p. 863; P. Kennedy, «Pointers From the Past», *Foreign Affairs*, v. 66, n. 4; y W. W. Rostow, «The Reviewer Replies», *Foreign Affairs*, v. 66, n. 5, p. 1108.
7. Véase D. Calleo, «NATO's Middle Course», *Foreign Policy*, n. 69, invierno 1987/88, pp. 135-147; W. G. Hyland, «Setting Global Priorities», *Foreign Policy*, invierno 1988/89, pp. 22-46; C. Krauthammer, ob. cit., W. Pfaff, «Defining World Power», *Foreign Affairs*, v. 70, n. 1, 1991.

8. El 15 de enero de 1991 fue el plazo final para que Iraq se retirara de Kuwait.
9. Sobre la complejización del problema kurdo en Iraq y los intereses de Turquía y los Estados Unidos, véase J. Promfet, «When Does It End?», *The Washington Post National Weekly Edition*, 10-16 de abril de 1995, p. 16.
10. Véase, en este sentido, D.C. Morrison, «Intervention vs. Sovereignty», *National Journal*, 8 de enero de 1994, p. 93.
11. R. Cheney se refería a la necesidad de ejercer «influencia en el entorno de seguridad emergente», en *Annual Report to Congress*, 22 de enero de 1991, p. V.
12. Luis Mesa Delmonte, *El Golfo Pérsico de posguerra*, Ciencias Sociales, La Habana, 1994, pp. 16-28.
13. Más información sobre el tema en «Un Programa de paz. Diplomacia preventiva, establecimiento de la paz y mantenimiento de la paz», Informe del Secretario General de Naciones Unidas, Naciones Unidas A/47/277, S/2411, 17 de junio de 1992.
14. Al respecto véase Juan Manuel Gómez Robledo, «El debate sobre el uso de la fuerza por parte de las Naciones Unidas», en *Las Naciones Unidas hoy: visión de México*, Olga Pellicer (comp.), Fondo de Cultura Económica, México, 1993, p. 124.
15. El Capítulo VII de la Carta fue invocado en el caso de Somalia (UNITA y ONUSOM II): 1.- Para que las Naciones Unidas no tuviera necesidad del consentimiento de ese país al tomar medidas «necesarias para salvaguardar la paz y la seguridad internacionales»; 2.- Para que se autorizara el uso de la fuerza para mantener la entrega de alimentos y ayuda humanitaria en general a la población somalí. Véase al respecto, «Informe de la Comisión Investigadora establecida en virtud de la Resolución 885 (1993) del Consejo de Seguridad para hacer Indagaciones sobre los ataques armados contra el personal de la ONUSOM II, que provocaron bajas entre sus Miembros», Consejo de Seguridad S/1994/653, 1º de junio de 1994.
16. James Ingram, «The Future Architecture for International Humanitarian Assistance», en: *Humanitarianism Across Borders*, ob. cit., pp. 171-93.
17. Paul Claesson and Trevor Findlay, «Case Studies on Peacekeeping: UNOSOM II, UNTAC and UNPROFOR», *SIPRI Yearbook*, 1994, p. 65.
18. Citado por D.C. Morrison, «Wanted: Peacekeeping Policy», *National Journal*, 27 de noviembre de 1993, p. 2859.
19. El debate en torno a la reestructuración del Sistema Interamericano data de mediados de los 80. Para un enfoque reciente, véase *Remarks by the Secretary General of the Organization of American States, Doctor Cesar Gaviria, at the OAS/UNESCO Symposium on Security for Peace*, Interamerican Defense College, Washington D.C., 3 de abril de 1995.
20. Esto pudiera cambiar coyunturalmente en un período electoral.
21. *A National Security Strategy of Engagement and Enlargement*, The White House, U.S. Government Printing Office, Washington D.C., febrero de 1995.
22. Véase, en este sentido, Kenneth Allard, *Somalia Operations: Lessons Learned*, Institute for National Security Studies, National Defense University Press, enero de 1995.
23. E. Schmitt, «US Set To Limit Role of Military in Peacekeeping», *The New York Times*, 29 de enero de 1994.
24. *Executive Summary: The Clinton Administration's Policy on Reforming Multilateral Peace Operations*, The White House, mayo de 1994.
25. Las condiciones para el empleo de las Fuerzas armadas de los Estados Unidos, según la Estrategia de Seguridad Nacional son: 1.- Los intereses nacionales dictan la envergadura del involucramiento. 2.- Buscar la ayuda de los aliados o de instituciones multilaterales relevantes. 3.- Considerar algunas cuestiones críticas antes de comprometer la fuerza militar: si se han tenido en cuenta medios no militares para lograr el éxito; si el empleo de la fuerza militar está en correspondencia con los objetivos políticos y si existe una «estrategia de salida». 4.- El involucramiento militar debe enfrentar un umbral razonable de costo y factibilidad. Véase *A National Security Strategy of Engagement and Enlargement*, febrero de 1995, ob. cit., p. 10.
26. *Ibidem*, p. 13.
27. *Ibidem*.
28. Para un comentario sobre el tema, véase Chester A. Crocker, «The Rules of Engagement in a New World», *The Washington Post National Weekly Edition*, 16/22 de mayo, 1994, p. 23.
29. D.C. Morrison, «Vietnam Syndrome Survives», *National Journal*, 30 de octubre, 1993, pp. 2600-2601.
30. Además del binomio intereses/moralidad, también se argumenta que la «terminología no puede oscurecer el hecho de que de lo que se trata es de comprometer fuerzas norteamericanas en el exterior y de que las operaciones para mantener la paz son misiones militares». Véase D.C. Morrison, «War is Hell, But So Is Peace», *National Journal*, 6 de agosto de 1994, p. 1886.
31. «The US does not support a standing UN Army, nor will we earmark specific US military units for participation in UN operations. It is not US policy to seek to expand either the number of UN peace operations or US involvement in such operations». E. Sciolino, «New US Peacekeeping Policy De-emphasizes Role of the UN», *The New York Times*, 6 de mayo, 1994, pp. A1-A4; también: J. F. Hillen, III, «Policing the New World Order: The Operational Utility of a Permanent UN Army», *Strategic Review*, primavera de 1994, pp. 54-62.
32. Esto facilitaría que estas fuerzas fueran desplegadas más rápidamente a los lugares de crisis. Véase E. Schmitt, «15 Nations Offer Troops for UN Force of 54 000», *The New York Times*, 13 de abril de 1994, y D.C. Morrison, «Not Exactly War, But No Less Deadly», *National Journal*, 23 de abril 1994, p. 1805.
33. El Coronel G. Gambiez, de Francia, fue nombrado, a comienzos de 1993, por Boutros B. Ghali para negociar los acuerdos con los países que aportarían los equipos y las tropas. Véase E. Schmitt, ob. cit.
34. Rusia está considerando una ley especial para designar fuerzas específicas a las operaciones para mantener la paz. Estas fuerzas recibirían entrenamiento especial y salario extra. Véase E. Schmitt, ob. cit.
35. G. Adams (director asociado de Asuntos de seguridad nacional y asuntos internacionales de la Oficina de administración y presupuesto de la Casa Blanca) dijo que la Administración está considerando designar tropas y equipos de los Estados Unidos para que sean usados en operaciones para mantener la paz. Véase E. Schmitt, ob. cit.
36. Véase «US Troops in UN Peacekeeping» (editorial), *The New York Times*, 25 de abril de 1994.
37. E. Sciolino, ob. cit.
38. W. Christopher y W. J. Perry, «Foreign Policy, Hamstrung», *The New York Times*, OP-ED, 13 de febrero de 1995. En parte este debate se ubica en el contexto del intento de limitación de los poderes del Ejecutivo por parte del Congreso.

39. Margaret Albright, citada por E. Sciolino, ob. cit., y D. Kirschten, «A Contract's Out on UN Policing», *National Journal*, 28 de enero, 1995, pp. 231-232.
40. R. A. Clarke (asistente especial del presidente Clinton para Asuntos de Seguridad Nacional), «UN Can Rarely Force Peace at Gunpoint», *USA Today*, 9 de mayo, 1994.
41. En julio de 1944, Charles De Gaulle escribió que Roosevelt planeaba «un sistema permanente de intervención que pretendía institucionalizar a partir de la ley internacional». Véase M. Barone, «FDR's Lessons for Clinton», *US News & World Report*, 17 de abril, 1995, pp.35-36.
42. Véase D.C. Morrison, «Republicans at War with Peacekeeping», *National Journal*, 11 de marzo de 1995, pp. 615-621.
43. D. Kirschten, «Missions Impossible», *National Journal*, 30 de octubre 1993, pp. 2576-2580.
44. La protección a la participación de las tropas norteamericanas sería aún mayor si se requiriese la aprobación congressional antes de comprometer las tropas. Véase D. Kirschten, ob. cit., pp. 2576-2580, y «US Troops in UN Peacekeeping», ob. cit.
45. B. Scowcroft y A. Kanter, «Foreign Policy Straitjacket», *The Washington Post National Weekly Edition*, 25-31 de octubre de 1993, p. 28.
46. Véase R.E. Cohen, «Asserting War Powers-With a Whimper», *National Journal*, 30 de octubre de 1993, p. 2605; y debate en el Congreso sobre envío de fuerzas a Haití: «Is It R.I.P. for War Powers?», *National Journal*, 22 de octubre de 1994, p. 2469.
47. Para enfoques sobre la democracia desde el punto de vista norteamericano, véase A. Lake, «Enlargement of Democracy», *Address*, 21 de septiembre de 1993, que luego fuera perfeccionado y adoptado como la estrategia de seguridad nacional. También: J. Klein, «Elections Aren't Democracy», *Newsweek*, 12 de julio de 1993, p. 35; y C.R.Wharton Jr, «Democracy's Bleeding in Africa», *The New York Times*, 9 de abril de 1994, p. 21. Este último artículo defiende lúcidamente que los detalles del proceso democrático deben acomodarse a la realidad histórica.
48. Para Boutros Boutros Ghali «ha pasado ya el momento de la soberanía absoluta y exclusiva, su teoría nuncia tuvo asidero en la realidad. Hoy deben comprenderlo así los gobernantes de los Estados y contrapesar las necesidades de una buena gestión interna con las exigencias de un mundo cada vez más interdependiente». Véase *Un Programa de Paz...*, ob. cit., p. 5.
49. Entre las misiones cumplidas por la misión de Naciones Unidas en Cambodia estuvieron: atención a los refugiados y su relocalización, observación de la liberación de los presos políticos, asesoramiento a los partidos políticos. APRONUC tuvo un papel relevante y directo en las relaciones exteriores de ese país, su sistema defensivo, policiaco y financiero, entre otros. Véase *Un Programa de Paz...*, ob. cit.
50. Para una ampliación sobre esta temática, ver *SIPRI Yearbook*, 1994, Stockholm International Peace Research Institute, Oxford University Press, 1994, pp. 26-27.
51. «Nota del Presidente del Consejo de Seguridad», Documento de Naciones Unidas, S/25859, 28 de mayo de 1993, p. 1.
52. *Informe de la Comisión investigadora establecida en virtud de la Resolución 885 (1993) del Consejo de Seguridad para hacer indagaciones sobre los ataques armados contra el personal de la ONUSOM II, que provocaron bajas entre sus miembros*, Consejo de Seguridad S/1994/653, 1º de junio de 1994, p. 37, párrafo 225.
53. J. Helms, «Saving the UN», *Foreign Affairs*, septiembre/octubre de 1996, pp. 2-7.
54. Para asuntos de financiamiento de Naciones Unidas, véase «United Nations Funding, Financial Burden-Sharing by Member States», *Congressional Digest*, enero de 1997, pp. 9-10 y 32.
55. Karl Kaiser, «Reforming NATO», *Foreign Policy*, n. 103, verano 1996, pp. 128-141.
56. Algunos argumentan que el ataque a Ghali es una excusa para personas que se oponen ideológicamente al concepto mismo de Naciones Unidas. Por otro lado, es casi consensual la opinión de que en el tratamiento del tema, todos los involucrados olvidaron la diplomacia. J. Kitfield, «Not-So-United», *National Journal*, 11 de enero de 1997, pp. 69-72.
57. «K. Annan enfrenta la reforma de Naciones Unidas...Pero los Estados Unidos no deben dejarlo asumir todas esas responsabilidades solo. Como la única superpotencia que existe, los Estados Unidos necesitan de unas Naciones Unidas con vitalidad como asociado en las operaciones internacionales [...] desde mantener un medio ambiente sano hasta mantener el mundo en paz». «A New Chief for the UN» (editorial), *The Miami Herald*, 17 de diciembre de 1996.
58. La recomendación de Helms de que los Estados Unidos debían amenazar con su retirada de Naciones Unidas a menos que la institución se reformase, fue la que prevaleció, con algunos matices. Jesse Helms, ob. cit., pp. 6-7. Para un debate sobre el tema, véase A.P. Adams, Jr. y E. Royce, «Symposium: Should the United States Pay the Debt that the UN Claims It Owes?», *Insight*, 3 de febrero de 1997, pp. 26-9.
59. La reflexión de Helms se relaciona con Bosnia. Véase Jesse Helms, ob. cit., p. 5.
60. J. Kifield, ob. cit., p. 71. Sobre desarrollo de la situación en Bosnia, véase Charles G. Boyd, «Making Bosnia Work», *Foreign Affairs*, enero/febrero de 1998, pp. 42-55.
61. Propuesta en julio de 1997 por el Embajador Bill Richardson, de los Estados Unidos. Véase R. H. Reid, «Brazil Announces Candidacy for Permanent Seat On Expanded Security Council», AP, 22 de septiembre de 1997.
62. En el contexto de la propuesta de ampliación del Consejo de Seguridad, Brasil proponía su candidatura para representar a América Latina como miembro permanente. Para la postura de Brasil, véase R. Sardenberg, «Naciones Unidas, el Consejo de Seguridad y el Orden Mundial en Formación», *Estudios Internacionales*, a. XXVIII, n. 112, Universidad de Chile, octubre-diciembre de 1995, pp. 450-60.
63. En el caso de Africa, véase «Clinton Strategy for Economic Growth in Africa», *Fact Sheet*, 18 de junio de 1997, que incluye un inciso relacionado con el apoyo al mantenimiento de la paz, donde se establece que «el trabajo conjunto con la OUA y Naciones Unidas complementarían la Iniciativa de una Fuerza de respuesta a la crisis para Africa, propuesta por la administración Clinton en 1996, al elevar la capacidad africana de mantenimiento de la paz.
64. Es relevante considerar el debate que se produce en torno al tema democracia y su características y vinculación con la cultura política, desde diferentes ámbitos.

Orígenes: ecumenismo, polémica y trascendencia

Jorge Luis Arcos

Crítico y editor. Unión Nacional de Escritores y Artistas de Cuba (UNEAC).

La aventura de Orígenes,¹ nombre de la revista que Octavio Paz considerara en su tiempo como una de las mejores del idioma, es también la de un movimiento literario y artístico que abarcó las siguientes publicaciones: *Verbum* (1937),² *Espuela de Plata* (1939-1941),³ *Nadie Parecía* (1942-1944),⁴ *Clavileño* (1942-1943),⁵ *Poeta* (1942-1943),⁶ *Orígenes* (1944-1956)⁷ y su reverso *Ciclón* (1955-1957, 1959),⁸ la cual tuvo una prolongación polémica con respecto a *Orígenes* en *Lunes de Revolución* (1959-1961). Pero el nombre Orígenes es asociado, sobre todo, al grupo de poetas que conformaron la importante antología *Diez poetas cubanos (1937-1947)* (1948), realizada por uno de ellos, Cintio Vitier, y que agrupó a José Lezama Lima (1910-1976), Virgilio Piñera (1912-1979), Gastón Baquero (1914-1997), Angel Gaztelu (1914), Justo Rodríguez Santos (1915) —primera promoción— y Eliseo Diego (1920-1994), Octavio Smith (1921-1987), Fina García Marruz (1923), Lorenzo García Vega (1926) y el propio Vitier (1921) —segunda promoción. También fueron fundamentales las presencias de José Rodríguez Feo (1920-1994) y de dos grandes intelectuales españoles: Juan Ramón Jiménez y María Zambrano. No puede obviarse al

músico de origen español Julián Orbón, al crítico de arte Guy Pérez Cisneros, a los pintores Mariano Rodríguez y René Portocarrero, entre otros muchos colaboradores cubanos importantes (los poetas Eugenio Florit, Emilio Ballagas, Mariano Brull, Samuel Feijóo,⁹ Dulce María Loynaz, el narrador Enrique Labrador Ruiz, la etnóloga Lydia Cabrera). Entre ellos sobresale Roberto Fernández Retamar por la cantidad de sus colaboraciones críticas y poéticas, y por haber escrito —y publicado en las Ediciones Orígenes— el primer estudio crítico sobre el grupo, al que contribuyó a caracterizar, dentro de su libro *La poesía contemporánea en Cuba (1927-1953)* (1954). Orígenes fue además el nombre de una importante colección de libros que alcanzó veintitrés títulos, o más, si les sumamos los Cuadernos Espuela de Plata y las Ediciones Clavileño. Un mero repaso de los libros publicados¹⁰ contribuye a apreciar el carácter de *grupo*. Porque aunque aquel nombre implica un poderoso movimiento cultural, la crítica parece coincidir —tanto la realizada por sus propios participantes¹¹ como la de estudiosos recientes— en el carácter de *grupo*, más que de generación, si bien no faltan las voces disidentes de

Piñera y García Vega,¹² quienes, acaso a pesar de ellos mismos, constituyen parte inextricable de aquel grupo, precisamente como necesario o inevitable reverso polémico. Atendiendo a ese reverso, he incluido a *Ciclón* como parte del movimiento origenista, esto es, como anti-Orígenes, por varias razones que expondré con posterioridad.

Poesía más allá de lo literario

La revista *Orígenes* ha merecido ya una edición facsimilar, y las anteriores esperan su oportunidad en la Editorial Verbum. Este raro privilegio editorial dentro del ámbito de la lengua puede, por sí solo, refrendar la importancia de este movimiento, que llamé artístico y literario, y podría haber escrito cultural con igual propiedad, pero que al atender a su mayor singularidad se debe adjetivar como poético. «Todo lo que *Orígenes* tocó se convirtió en poesía», escribió el crítico Ambrosio Fornet;¹³ no otra es la perspectiva de la compilación realizada por el ensayista venezolano Alfredo Chacón, *Poesía y poética del grupo Orígenes* (1994), y del estudio de Jesús Barquet, *Consagración de La Habana (las peculiaridades del grupo Orígenes en el proceso cultural cubano)* (1992).

En el primero está implícita su consideración grupal, y explícito, en el segundo, su caracterización en este sentido; porque su mayor trascendencia proviene de la obra de los integrantes del grupo. Atiéndase a su obra de poesía —repárese en la poesía de Lezama, pero también en la de Diego, Smith, Baquero, Vitier, García Marruz y Piñera—; de narrativa —pudiera mencionarse solamente *Paradiso*, de Lezama, pero no pueden ignorarse los cuentos de Piñera, así como las prosas de Diego y las novelas de Vitier y el propio Piñera, especialmente *La carne de René*—; de teatro —cuyo rey es Virgilio Piñera—, y de ensayo —los textos de Lezama, Vitier y García Marruz constituyen una de las aventuras intelectuales más profundas dentro del *corpus* del ensayo y la crítica iberoamericana en el presente siglo.

Ellos conforman, además, uno de los movimientos ya no literarios, ya no poéticos, ya no culturales, sino *espirituales* más perdurables y coherentes de España y nuestra América. Para nombrar sus pariguales habría que referirse a la Generación del 27, muchos de cuyos integrantes colaboran en las páginas de las revistas origenistas (además de Juan Ramón y de María Zambrano, relacionados con aquella generación pero que también la desbordan) —Jorge Guillén, Luis Cernuda, Pedro Salinas, Vicente Aleixandre, José Moreno Villa, Manuel Altolaguirre...—, pero que no tuvieron ese carácter de «grupo», casi de «familia», ni esa persistencia a través de revistas comunes, como sí los origenistas. O habría que referirse a los intelectuales

agrupados en torno a la revista *Sur*, en Argentina, a *Las Moradas*, en Perú, al grupo *Viernes*, de Venezuela, a la dominicana *La Poesía Sorprendida*, a *Contemporáneos* y *El Hijo Pródigo*, en México, para citar acaso los ejemplos más sobresalientes;¹⁴ revistas, por lo demás, afines intelectualmente, pero muy diferentes, en sus singularidades respectivas, de las origenistas (con la excepción de *Ciclón*) tendientes estas a expresar la preeminencia de la Poesía. Y no solo de la poesía en verso o en prosa, sino de la Poesía como pensamiento —como esa razón poética tan cara a María Zambrano¹⁵—; como ser —ontología poética, como fue el caso, por ejemplo, de la juanramoniana—; como *poiesis*, como creación, como logos *spermatikós*, como verbo encarnado —el deseo primigenio de Rubén Darío—; de la Poesía como sustancia misma de la Vida —tal en un César Vallejo, experiencia espiritual decisiva para los poetas origenistas, en este sentido también herederos de la poética de José Martí.¹⁶

Poesía, pues, no solo como literatura. Al enarcar la poesía como acto genésico, originario, más allá de su poderosa y evidente raíz cristiana, ellos producen un vuelco sin paralelo dentro del ámbito de la poesía cubana —Lezama con sus libros *Muerte de Narciso* y *Enemigo rumor*, o Diego con *En la Calzada de Jesús del Monte*, por ejemplo. Mas ese querer ir más allá de lo literario o del tradicional «efecto poético» no solo produjo textos con altos valores literarios, sino también obras que presuponían una nueva percepción de la poesía dentro del proceso de la lírica cubana. No obstante, es justo decir que las revistas literarias y artísticas origenistas potenciaron, por su calidad intrínseca, la literatura insular, así como las obras particulares de sus escritores.

Mientras el hormiguero se agita

La característica más general, y acaso más perdurable, de las revistas del Grupo Orígenes, fue su valor ecuménico, su proyección universal. Proyección sustentada en la raíz misma de la obra de sus escritores, que podían hacer suya la convicción martiana de que «Patria es humanidad». No obstante, en sus páginas aparecen los nombres de escritores de alcance universal (Aleixandre, Auden, Aragón, Bloy, Callois, Camus, Carpentier, Catulo, Cernuda, Cesaire, Claudel, Chéjov, Chesterton, Eliot, Eluard, Macedonio, Fuentes, Gombrowicz, Jorge Guillén, Heidegger, Huerta, H. James, Juan Ramón, H. Levin, Mallarmé, Michaux, Mistral, A. Nin, Paz, Perse, Reyes, Salinas, Santayana, W. Stevens, D. Thomas, Valéry, S. Weil, W. C. Williams, V. Woolf, M. Zambrano, entre otros). Orígenes resolvió el dilema que habían soportado nuestras letras entre lo

nacional y lo universal, al situar la poesía cubana dentro de las corrientes estéticas de la contemporaneidad. De esta manera, junto a la producción poética origenista, sus revistas publicaron lo mejor de la poesía de la lengua, amén de numerosos textos de la lírica universal traducidos por primera vez al castellano. Junto al intenso desarrollo de una *poética de lo cubano*, que no fue ajena a la lectura de *Radiografía de la pampa*, de Ezequiel Martínez Estrada, o de *Historia de una pasión argentina*, de Eduardo Mallea —tal es el caso, por ejemplo, de Cintio Vitier, quien publicaría en 1958 *Lo cubano en la poesía*, cumpliendo con el reto de Lezama de conformar una «teleología insular»¹⁷, *Orígenes* fue fiel a la sentencia lezamiana presente en el texto programático «Razón que sea», publicado en *Espuela de Plata*: «la ínsula distinta en el Cosmos o, lo que es lo mismo, la ínsula indistinta en el Cosmos». Ese fue uno de los valores positivos de la catolicidad origenista, «catolicidad incorporativa», al decir de Vitier.¹⁸ En ese mismo editorial, Lezama concluía: «Mientras el hormiguero se agita —realidad, arte social, arte puro, pueblo, marfil y torre—, pregunta, responde, el Perugino se nos acerca silenciosamente, y nos da la mejor solución: *Prepara la sopa, mientras tanto voy a pintar un ángel más*».¹⁹ Asimismo, su sentido en cierto modo «clásico» de la cultura, más la atemporalidad propia de la Poesía, su hambre de trascendencia, de eternidad, contribuyeron decisivamente a conformar una estética, un pensamiento poético de valores universales, al hacer universal lo singular, pero sin perder nunca su inextricable singularidad, lo cual hace más comprensible la denominación de «trascendentalista», de Fernández Retamar, para la poesía origenista, con el sentido que le da Heidegger al término «trascendente»; dice Heidegger: «Trascendente es aquello que realiza el traspaso, aquello que traspasando, permanece»,²⁰ poética que también refrenda la estética del verbo encarnado, típica del pensamiento poético origenista, y opuesta a una poética de la escritura. Ello explica, además, la oposición de Orígenes al surrealismo,²¹ y en general a los vanguardismos literarios, a su estética de la invención incesante, del perenne cambio, a su causalismo generacional; a la noción de progreso y superación en poesía, porque la poesía para Orígenes es el reino del «perenne nacimiento», un reino genésico, que espera siempre una resurrección. Ya escribía Lezama en un cuaderno de apuntes que «el poeta es el testigo, único que se conoce, del acto inocente de nacer», o, como afirma María Zambrano: «la poesía es ver las cosas en *status nascens*». De ahí que Orígenes albergara un *sí* y un *no* en su interior: el predominante trascendentalismo origenista y el intrascendentalismo virgiliano. Por eso, Piñera y García Vega²² significan el reverso del canon origenista, su zona vanguardista, en este sentido subversiva, lo que explica la temprana disidencia de

Piñera, que tanto tuvo que ver en la disolución de *Espuela de Plata*, y que se manifiesta plenamente en los dos editoriales de su revista *Poeta*, titulados «Terribilia medians»,²³ enfilados contra una zona del espíritu de aquella publicación, y contra sus coetáneas *Clavileño* y *Nadie Parecía*, como más tarde haría desde *Ciclón* contra *Orígenes*. Escribe Piñera en *Poeta*:

Poeta no está o va contra nadie. *Poeta* es parte de la herencia de *Espuela*; familiar de *Espuela*; familiar de *Clavileño* y *Nadie Parecía*. Solo que en este consejo poético de familia poética la salvación vendrá por el disintimiento, por la enemistad, por las contradicciones, por la patada de elefante. Por eso *Poeta* disiente, se enemista, contradice, da la patada, y aguarda, a su vez, el bautismo de fuego, *Poeta* espera, necesariamente, el descubrimiento de su parte falsa.

En el siguiente y último número, ya es más preciso en la enunciación de su propia estética, de estirpe crítica y vanguardista, de la necesidad perenne del cambio o de la invención incesante, cuando dice de Lezama:

tras de haber obtenido un instrumento de decir se instala cómodamente en el mismo y comienza a devorar su propia conquista. Después de *Enemigo rumor* —testimonio rotundo de la liberación— era preciso, ineludible haber dejado muy atrás ciertas cosas que él no ha dejado. Era absolutamente preciso no proseguir en la utilización de su técnica usual; hacer un verso más con lo ya sabido y descubierto por él mismo significaba repetirse genialmente pero repetirse al fin y al cabo.

Actitud eminentemente crítica, de estirpe vanguardista, que después heredaría *Lanes de Revolución*, aunque —justo es reconocerlo— no con la jerarquía intelectual de Virgilio, y reflejaría mucho más tarde, en su libro *Los años de Orígenes* (1979),²⁴ Lorenzo García Vega, quizás el más radicalmente vanguardista de la poesía cubana, más consecuente en este sentido que el propio Virgilio, aunque también más amargo. Así, Piñera se sitúa en las antípodas de Lezama, actitud manifiesta en las revistas que propició, y que implican (señaladamente *Ciclón*),²⁵ las siguientes antinomias: crítica *versus* creación; ateísmo *versus* cristianismo; vanguardismo (existencialismo, freudismo, sadismo, estética del absurdo) *versus* clasicismo ecuménico; literatura *versus* Poesía; estética del cambio y la ruptura *versus* estética de la fijeza y de la concurrencia o integración; la nada y la muerte *versus* el lleno y la resurrección; poética de la escritura *versus* poética del verbo encarnado; en fin, feroz inmanencia *versus* trascendencia; estética del *no* *versus* estética del *sí*; o, en otro plano más general, el espíritu de la modernidad triunfante, la europea y norteamericana *versus* el espíritu de nuestra otra modernidad, la que quedó en potencia en una zona del modernismo hispanoamericano (Martí y Rubén Darío) y del 98 español (Juan Ramón, Machado y Unamuno) y que encarnará posteriormente en otro vanguardismo, el de un César Vallejo, único vanguardismo al que se

puede afiliar a la mayoría de los poetas de *Orígenes* dentro de las corrientes estéticas de la llamada postvanguardia.²⁶

Dos actitudes creadoras

No es ocioso advertir mi preferencia de pensamiento, de sensibilidad, de actitud estética por la cosmovisión del origenismo *clásico*, pero es saludable advertir también que las posiciones estéticas de Orígenes, por un lado, y de *Ciclón*, por otro, significan dos actitudes creadoras igualmente válidas y generalizables en cualquier contexto literario. Acaso la mayor zona discrepante, diferente, de *Ciclón*, sea la aparición desembozada de la sexualidad, señaladamente de la homosexualidad, como puede apreciarse en el ensayo de Piñera «Ballagas en persona».²⁷ Piñera, además de enarcar la homosexualidad de Ballagas como un valor literario supremo para la valoración de su obra, crítica, por la ausencia de referencia a dicha problemática, el prólogo de Vitier a *Obra poética de Emilio Ballagas*,²⁸ olvidando, tal vez, que él mismo, en un ensayo anterior sobre Ballagas²⁹ no había aludido en lo absoluto a dicha cuestión. El fondo de esta polémica no es otro que la obsesión piñeriana por «desviarse» (oponiéndose) de la estética y cosmovisión origenista. ¿Qué pensaría años después cuando se publicaron *Paradiso y Oppiano Licario*?³⁰

Por otra parte, es muy probable que pueda haber influido en la crítica de Piñera a Vitier, su disgusto —yo diría incompreensión— por la crítica de Vitier «Virgilio Piñera: *Poesía y Prosa*»,³¹ y, sobre todo, por la posterior, «El reverso vacío» en *Lo cubano en la poesía*. Sin embargo, juicios casi exactos son expresados por Fernández Retamar en *La poesía contemporánea en Cuba*, y, sobre todo, por Baquero, en «Tendencias de nuestra literatura». Escribió allí Baquero, por ejemplo, que *La isla en peso* es «una de las tendencias extremistas, negativistas, deformadoras, *intencionadas*, de nuestra realidad».³²

En *Ciclón* colaboraron —o se tradujeron y publicaron textos de— notables escritores de valor universal (Aleixandre, D. Alonso, Asturias, Auden, Blanchot, Borges, Bousoño, Cernuda, Cortázar, Mallarmé, Freud, Gil de Biedma, Gombrowicz, J. Guillén, A. Jarry, Malraux, J. Marías, Montale, Blas de Otero, Pasolini, Paz, Prados, Quasimodo, Quenau, Reyes, Sábato, Sade, Seferis, Ungaretti, M. Zambrano, entre otros). En cierto sentido encarnan las dos actitudes posibles frente al hecho literario en cualquier época, al menos dentro de la civilización occidental. Por supuesto, estoy generalizando, pues sí, por ejemplo, tomamos a las dos figuras arquetípicas, Lezama y Virgilio, vemos que las dos comparten, aunque con distinta proporción y jerarquía, similares características.

Lo que sucedió entre estos dos grandes creadores rebasa la confrontación editorial de sus respectivas publicaciones. Es mi criterio que Piñera debió sufrir eso que Harold Bloom ha acuñado como «angustia de las influencias», lo que, más allá de sus diferencias temperamentales, de formación y de disposición de sensibilidad, obligó al autor de *La isla en peso* a desviarse enfática e incesantemente de su intolerable «querubín protector», tema que no podemos desarrollar aquí por fascinante que sea. Un ejemplo notable en ese sentido es la obra de teatro de Piñera, *El flaco y el gordo* (estrenada el 4 de septiembre de 1958 en la sala del Lyceum de La Habana), donde el flaco (Virgilio) termina por comerse al gordo (Lezama).³³ El afán de originalidad obsedió a Piñera, y a partir de determinado momento se situó en las antípodas de Lezama. Su diferencia no sería tan problemática si él mismo no la hubiera enfatizado siempre contra Lezama y sus poetas afines, los cuales, por lo demás, son naturalmente muy diferentes al autor de *La fijeza*, sin que esto constituyera trauma alguno para ellos. Como escribiera Vitier en *Diez poetas cubanos*, «cada poeta inicia [...] la búsqueda de su propio canon, de su propia y distinta perfección». Lo que no pudo acaso comprender Virgilio es que esa su actitud, tal vez fatal o inevitable, lo obligó siempre a girar dentro de la órbita de Lezama. Por eso *Ciclón* heredó esa dependencia.³⁴

Todavía hoy se mantiene vigente esa polémica, y acaso lo estará siempre.³⁵ Es curioso que en un reciente coloquio internacional³⁶ efectuado en La Habana, con motivo de los cuarenta años de la aparición de *Ciclón*, la mayoría de las intervenciones tuvieron que hacer siempre una referencia polémica a *Orígenes* para poder definir a *Ciclón*, y la comparación entre Lezama y Virgilio fuera casi un pie forzado.³⁷ Por ejemplo, Antón Arrufat expresa a propósito de *Ciclón*: «Nacimos del antagonismo y de la ruptura. O con mayor exactitud, nacimos de la negación [...] *Ciclón*, por su sorprendente dinamismo, nos abría la posibilidad infinita de la negación. En ella entramos alegremente».³⁸ De lo que sí no hay dudas es de la calidad —y profunda autenticidad— de ambos escritores, como de ambas revistas. Acaso la literatura cubana sea la mayor beneficiada de esta compleja y polémica relación creadora, por la riqueza que emana para el proceso literario. Esto sea dicho sin soslayar las implicaciones y las diferencias cosmovisivas que implica.

Para no hacer más extensa esta necesaria digresión, terminaré citando una estrofa de un poema que escribió Virgilio a la muerte de Lezama y que tituló «El hechizado»: «Por un plazo que no puedo señalar/ me llevas la ventaja de tu muerte:/ lo mismo que en la vida, fue tu suerte/ llegar primero. Yo, en segundo lugar.» Y no fue el único.³⁹ Asimismo, Lorenzo García

Vega, en su libro *Los años de Orígenes*, donde somete a una severa crítica lo que él considera como los mitos origenistas, concluye escribiendo: «No, no he podido resolver mi rencor con Lezama, ni he podido resolver mi rencor con aquellos años de *Orígenes*. Pero no olvido la ejemplar lucha de los origenistas, así como no olvido la grandeza de Lezama, ni olvido lo cubano y tierno de Lezama. Así que puedo decir —tengo cincuenta años, soy un notario no-escritor, soy un exiliado— que pese a todo, no vacilaría, en cualquier otro infierno, [en] volver a emprender con [sic] la aventura de Orígenes».⁴⁰

Polémicas, polémicas

Hasta ahora he centrado estas reflexiones en la polémica interna del origenismo. Solo no he aludido a la conocida disputa por la paternidad de la revista *Orígenes*, a partir de la publicación del controvertido texto de Juan Ramón, «Crítica paralela»⁴¹ —causa externa entonces, en cierto sentido—, entre José Rodríguez Feo, codirector, y Lezama, sobre la que se ha escrito tanto,⁴² y que trajo consigo la duplicación de dos números de la revista, y que, al obtener Lezama la propiedad de la publicación, pues estaba inscrita a su nombre, motivó a Rodríguez Feo a fundar *Ciclón* junto a Virgilio Piñera, quien acababa de regresar de Buenos Aires. Recordemos solo la frase ingenuamente paradigmática del editorial «Borrón y cuenta nueva»,⁴³ en el primer número de la revista: «Borramos a *Orígenes* de un golpe». Es importante tener en cuenta que la orientación intelectual de José Rodríguez Feo y de Piñera difería de la de Lezama. Esas dos tendencias que convivían en el seno de *Orígenes* se bifurcaron en la *Orígenes* de Lezama y sus poetas afines y en *Ciclón*. No voy a insistir en un tema tan trillado. Solo quiero indicar que *Ciclón*, más allá de su compleja ascendencia origenista, por los nuevos valores que aporta al proceso literario cubano, merece también un estudio aparte.

Debe recordarse, en cambio, la polémica que sostuvieron Jorge Mañach, exdirector de la vanguardista *Revista de Avance* (1927-1930), Lezama y Vitier,⁴⁴ la cual ilustra, por encima de la querrela generacional, el enorme cambio que implicó dentro del proceso poético cubano la irrupción del origenismo. Asimismo, hubo una polémica tácita entre el editorial del primer número de la revista *Gaceta del Caribe* (1944), de orientación marxista, redactado por Mirta Aguirre, y el editorial del primer número de *Orígenes*, redactado por Lezama.⁴⁵ En el editorial aludido de *Gaceta del Caribe* escribió la escritora marxista:

...esta revista, que nace con ánimo polémico, y creyendo en la eficacia saludable de ciertas controversias, combatirá sin excesos, pero sin descanso, a cuantos huyen, a la hora de crear, de todo contacto con el alma y la sangre del pueblo,

de todo roce con las grandes cuestiones humanas, por temor a rebajar la categoría de su obra.[...] Aquí, dicho sea sin alusiones (?), todo el mundo parece lo que es [sic], y nadie necesita de plateadas espuelas para hacer andar a Pegaso. El narcisismo intelectual, pues, no cabrá en *Gaceta del Caribe*... Porque los cinco nombres que auspician la publicación de *Gaceta del Caribe* pertenecen a escritores que aman mucho la cultura, pero que aman más la vida.

Muchos años después, Cintio Vitier, en *Ese sol del mundo moral. Para una historia de la eticidad cubana*, expresará:

Los aludidos en este caso, los poetas de la revista *Orígenes* (1944-1956), no respondieron con el mismo ánimo, evitándose la dilapidación de energías que eran necesarias para resistir y rescatar, cada uno a su modo, algo de aquella alma y aquella sangre. Con el tiempo se haría ostensible que *Orígenes* no era enemigo de la *Gaceta*, sino que el enemigo de ambos era la frustración de la república y la traición de los gobernantes.

En ambas ocasiones ello le sirve a Lezama para afirmar y exponer su credo cultural. La historia ha demostrado la profundidad y trascendencia de los pronunciamientos de Lezama. En el editorial del primer número de *Orígenes*, contestando al ataque de *Gaceta del Caribe*, escribe:

Sabemos que cualquier dualismo que nos lleve a poner la vida por encima de la cultura, o los valores de la cultura privada de oxígeno vital, es ridículamente nocivo, y solo es posible la alusión a ese dualismo en etapas de decadencia. En épocas de plenitud, la cultura, dentro de la tradición humanista, actúa con todos sus sentidos, tentando, incorporando el mundo a su propia sustancia. Cuando la vida tiene primacía sobre la cultura, dualismo solo permitido por ingenuos o malintencionados, es que se tiene de esta un concepto decorativo. Cuando la cultura actúa desvinculada de sus raíces es pobre cosa torcida y maloliente. *In hoc primum, nescio deinde*. En estas cosas no hay primero, no hay después. Que siendo ambas, vida y cultura, una sola y misma cosa, no hay por qué separarlas y hablar de ridículas primacías. Un filólogo ha observado que *Don Quijote* y *La Dorotea* son consecuencias de vivir la literatura o de literaturizar la vida. En las fundamentales cosas que nos interesan todo dualismo es superficial, todo apartarse de lo primigenio —que no tolera dualismo o primacía— obra de falacia o de apresurados inconscientes. [...] Ya están dichosamente lejanos los tiempos en que se hablaba de arte puro o inmanente, y de un arte doctrinal, que soportaba una tesis. [...] Sabemos ya hoy que las esenciales cosas que nos mueven parten del hombre, surgen de él...⁴⁶

Por otro lado, como ya se indicó, *Orígenes* padece la incompreensión generacional de uno de los exdirectores de la *Revista de Avance*, el importante ensayista Jorge Mañach. Impedido para desarrollar aquí *in extenso* esta problemática, me limitaré a transcribir algunos de los juicios de la respuesta de Lezama:

Gran parte de su epístola está recorrida por el *pro domo suo*: muestra usted el orgullo de su ciudad intelectual y enarca la *Revista de Avance*. Leí sus páginas en mi juventud y las repaso hoy que su fineza y tratamiento me obligan a un

Al enarcar la poesía como acto genésico, originario, más allá de su poderosa y evidente raíz cristiana, ellos producen un vuelco sin paralelo dentro del ámbito de la poesía cubana.

colmo de sinceridad. Me pareció siempre un *brac-a-brac*, producto tal vez de las opuestas sensibilidades de sus directores. [...] se carecía de una línea sensible o de una proyección. Sus cualidades eran, como usted subraya, de polémica crítica, mas no de creación y comunicación de un júbilo en sus cuadros de escritores [...] No le es necesaria, al menos para la continuidad de *Orígenes*, nutrirse de hipertrofias polémicas o negativas. Creemos que aquella *Revista de Avance* cumplió y se cumplió [...] Su epístola viene ahora a darme la oportunidad histórica de hablar de esas gestas casi hercúleas en nuestra circunstancia cultural. *Orígenes* era la culminación de unos esfuerzos anteriores, en cuadernos y pequeñas revistas, que al fin logran alcanzar cierto ecumenismo huyendo siempre del énfasis producto de que había constituido —huyendo también de la excesiva omnicomprensión—, una pequeña república de las letras [...] ¿Filiación y secuencia de la *Revista de Avance*? Había radicales discrepancias. A *Orígenes* solo parecían interesarle las raíces protozoarias de la creación, la propia norma que lleva implícita la riqueza del hacer y participar. Sus pronunciamientos no se reducían a la simpleza del manifiesto o índice marmóreo que en su humoresca señala tan solo un camino. Decir lo dicho solamente por sus propias huellas, que fuese su progresión lo que quedase de su flecha. Dispéñeme, pero su fervor por la *Revista de Avance* es de añoranza y retrospección, mientras que el mío por *Orígenes* es el que nos devora en una obra que aún respira y se adelanta... [...] Esa falta de filiación es la que según usted le levanta cierto resentimiento. No podíamos mostrar filiación, mi querido Mañach, con hombres y paisajes que ya no tenían para las siguientes generaciones la fascinación de la entrega decisiva a una obra y que sobrenadaban en las vastas demostraciones del periodismo o en la ganga mundana de la política positiva [...] Muchos entre nosotros, no han querido comprender que habían adquirido la *sede*, a trueque de la *fedé* y que están dañados para perseguirse a través del espejo del intelecto o de lo sensible. [...] Con cierta socarronería de ágil criollo, nos afirma usted que fue la *Revista de Avance* la que trajo la gallina de los huevos de oro del arte nuevo. Quizás en eso reconozcamos su verdad, porque ese arte fue para nosotros alción y albatros. Cínife sombrío, o soledad brumosa del alción, que llevaron nuestras adolescencias a desgarrarse en la soledad del que se sabe en una labor sin compañía, del que se sabe sobre una lámina estática y grasosa. Albatros del que se siente ahogado por la realidad tatuada de la imagen que no penetra en la historia. Pero de esa soledad y de esa lucha con la espantosa realidad de las circunstancias, surgió entre nosotros, la idea obsesionante de que podíamos, al avanzar en el misterio de nuestras expresiones poéticas, trazar, dentro de las desventuras rodeantes, un nuevo y viejo diálogo entre el hombre que penetra y la tierra que se le hace transparente.

Muy interesante sería también el estudio de la polémica de *Lunes de Revolución*⁴⁷ con el movimiento

origenista, como prolongación de la iniciada por Piñera en *Poeta* y continuada en *Ciclón*. Solo a manera de ejemplo paradigmático citaré algunos de los juicios de Heberto Padilla en su artículo «La poesía en su lugar», pues no merecen comentario, tan transparentes se revelan sus intenciones. Escribe Padilla: «En el año 1944, donde tan claro estaba el panorama universal de la poesía, *Enemigo rumor* es el salto cien años atrás, y toda la probable estética que se desprendía de sus páginas era la evidencia de que el autor de ellas no había entendido el fenómeno de la poesía contemporánea». Cintio Vitier es «el hombre que más ha contribuido a confundir la poesía cubana de los últimos tiempos». *Orígenes* es «una revista sin dirección», «el instante de nuestro mal gusto más acentuado, es la comprobación de nuestra ignorancia pasada, es la evidencia de nuestro colonialismo literario y nuestro servilismo a viejas formas esclavizantes de la literatura». Lezama padece de «una imposibilidad esencial para la captación del hecho poético». Y concluye con una frase muy cara a Piñera: «José Lezama Lima terminó ya...».⁴⁸ Precisamente comentando este artículo de Padilla, el eterno pero lúcido antagonista de Lezama —que, eso sí, nunca enmascaró el verdadero *síntoma* de su reacción— escribe en «Cada cosa en su lugar»:

Diga Padilla lo que diga, Lezama estuvo vivo allá por el 41. La prueba de ello es que la generación actual no ve las santas horas de quitárselo de encima. Todas las polémicas, las conversaciones de café y de redacción de periódicos giran alrededor de Lezama. Si se da por aceptado que la poesía de Lezama es una experiencia fallida en el campo de la poesía, yo pregunto: ¿qué poeta se ha visto librado, en todo o en parte de su influjo? Y es por eso precisamente por lo que hay suma urgencia en liquidarlo cuanto antes, es decir, él está liquidado, pero eso no basta, pues mientras exista una sospecha de lezamismo en dichos poetas ni respirarán tranquilos ni tampoco su poesía será absolutamente personal.⁴⁹

Es muy interesante la polémica entre Baragaño y Rodríguez Feo, en el periódico *Revolución* (7 de abril de 1959), donde el otrora codirector de *Orígenes* y exdirector de la recién interrumpida *Ciclón*, sale en defensa de Lezama y del valor trascendente de la revista *Orígenes*. Ante los argumentos de Baragaño, parecidos a los de Padilla, Rodríguez Feo escribe:

Hace unos días apareció en las páginas de *Revolución* un artículo del señor Baragaño sobre el grupo *Orígenes* que por tendencioso y carente de toda seriedad crítica e intelectual merece una contestación. Me he tomado la prerrogativa de

salirle al paso al nuevo pontífice, porque aunque no soy precisamente del grupo (entiendo que el llamado grupo Orígenes está integrado por los poetas cubanos que aparecieron en la famosa antología redactada por Cintio Vitier), sí fui durante diez años coeditor con el señor Lezama Lima de la revista, y todo lo que allí se publicó tuvo mi aprobación previa. Creo que todo escritor serio debe enfocar los problemas de su país (remitirse a los editoriales de *Ciclón*) con cierto grado de mesura y veracidad. Falsear los hechos, atacar personalmente al escritor no contribuye a esclarecer el fenómeno literario o a situar en su momento histórico la obra del artista. El intelectual que quiera contribuir a crear un estado de conciencia nueva para su país no puede partir de una actitud inconsciente y mezquina.⁵⁰

De lo que no cabía duda era de la vitalidad y de la trascendencia de Lezama y el origenismo. El propio Virgilio, en otro artículo, «Pasado y presente de nuestra cultura», resume la esencia de esta polémica generacional: «En un orden más amplio el problema se reduce a la lucha por el poder cultural entre la vieja guardia y la nueva. Los primeros, acorde con sus viejas tácticas, se defienden: los segundos, a tono con la Revolución, atacan».⁵¹ Lo cierto es que la mayoría de los ataques de *Lunes...* fueron desproporcionados, a veces verdaderos libelos. No les interesaba dialogar, ni siquiera polemizar propiamente, sino *negar, borrar*—no aguardaban, como el Virgilio de *Poeta*, su propio «bautismo de fuego» o el descubrimiento de su «parte falsa»—, porque no les interesaba *comprender* al presunto contrario ni mostraban ninguna eticidad en el ejercicio de la crítica. Ellos tienen en la literatura cubana un ilustre antecedente: Buenaventura Pascual Ferrer, el director de *El Regañón*, quien estrenó entre nosotros ese tipo *rebajado* de crítica: la crítica negadora. En realidad aprovecharon el espíritu de ruptura y de renovación que trajo consigo la Revolución para ignorar a favor de ellos los valores positivos de la tradición y la natural y necesaria continuidad literaria, y tratar de imponer unilateralmente, desde el *poder* de un semanario adscrito al periódico *Revolución*, su visión y práctica de la literatura. Con la excepción de Virgilio la mayoría de los francotiradores de *Lunes...* no poseían una *obra* que oponer al origenismo, al cual, por cierto, no le interesó en ningún momento «luchar por el poder cultural». Tampoco, como demostraría la historia posterior al cierre de *Lunes...*, se podía afirmar que el espíritu de *Lunes...* estaba del todo «a tono con la Revolución». Pero insistir en esta problemática me conduciría, ciertamente, hacia *otra* historia.

El rasguño en la piedra

Es conveniente recordar que, con la excepción de *Verbum*, financiada por la Asociación Oficial de

Estudiantes de Derecho de la Universidad de La Habana, desde *Espuela de Plata* hasta *Ciclón*, todas fueron revistas publicadas sin apoyo económico de instituciones oficiales, y más bien a contrapelo de ellas. Revistas de poca paginación y poca tirada, debatiéndose siempre contra la precariedad económica. De ahí el carácter independiente y marginal, en relación con la llamada cultura oficial, de estas revistas, así como con respecto a la política gubernamental. Tanto es así que, en 1954, cuando acababa de ocurrir la crisis con Rodríguez Feo, y Lezama se había quedado sin la importante ayuda financiera de aquel para poder seguir editando la revista, en respuesta a un alto personaje del Gobierno que le ofreció sufragar el costo con la condición de que apareciera en ella su crédito, Lezama escribió en *Orígenes* la famosa respuesta:

Si andamos diez años con vuestra indiferencia, no nos regalen ahora, se lo suplicamos, el fruto fétido de su admiración. Les damos las gracias, pero preferimos decisivamente vuestra indiferencia. La indiferencia nos fue muy útil, con la admiración no sabríamos qué hacer. A todos nos confundiría, pues nada más nocivo que una admiración viciada de raíz. Estáis incapacitados vitalmente para admirar. Representáis al *nihil admirari*, escudo de las más viejas decadencias. Habéis hecho la casa con material deleznable, plomada para el simio y piedra de infiernillo [...] Al cumplimentar esos primeros diez años en *Orígenes*, podemos ofrecer el primer método para operar en nuestra circunstancia: el rasguño en la piedra.⁵²

Es a partir de este contexto —entonces no solo el literario—, como deben ser comprendidas muchas de las tesis sostenidas por Lezama en sus numerosos editoriales⁵³ u otros textos publicados en las revistas origenistas, y que le confieren a ese gesto de hacer revistas en un medio hostil una significación de profundo contenido político. Su tesis de la encarnación futura de la poesía en la historia; el valor enfáticamente profético de sus postulados estéticos; su tesis de la eticidad de la poesía; su convicción de que «un país frustrado en lo esencial político puede alcanzar virtudes por otros cotos de mayor realeza»;⁵⁴ su confianza en la «eticidad que se deriva de lo bello alcanzado»;⁵⁵ su tesis de la pobreza irradiante; el tema del imposible histórico; su defensa de los valores culturales de lo cubano; su teleología insular; su proyección hacia una expresión americana, conquista del espacio gnóstico americano, de hondo contenido anti-neocolonial; la ascendencia martiana de muchas de sus ideas; su tesis de oponer una política de integración y resistencia frente a las fuerzas desintegradoras y la pérdida de los valores cívicos y culturales de la nación,⁵⁶ le confieren, repito, al gesto «literario» de hacer revistas una dimensión todavía hoy operante en nuestra América. Esa fue la política «secreta» de esas revistas literarias, donde se desplegó esa «Cuba secreta» —al decir de María Zambrano⁵⁷—, *órfica*, aparentemente hermética. Eso es también lo que

esperaban de la Poesía los origenistas, como entidad integradora, ajena a todo dualismo, depositaria de un saber y una eticidad originarios, de un paraíso acaso perdido, pero siempre añorado. De ahí la angustiosa o alegre búsqueda de un sentido trascendente —un ecumenismo trascendente—, implícito en el mero hecho de hacer revistas literarias, en las cuales Lezama quería fundar un «estado de concurrencia» poética, una cultura de integración y resistencia, una cultura y una sabiduría de y para la salvación. Por eso Lezama pudo escribir, sibilina pero claramente también: «Aquellas páginas, aquellos pequeños cuadernos, serán buscados al paso del tiempo como símbolos de salvación, como una de las pocas cosas que perdurarán de una época en que la ruina y la desintegración avanzan con un furor indetenible».⁵⁸

Notas

1. «La aventura de *Orígenes*» es el título de un abarcador ensayo de Cintio Vitier, en su *Para llegar a Orígenes*. La Habana, Letras Cubanas, 1994. Vitier, además de uno de sus integrantes, ha sido el principal teórico y difusor del grupo. Él, Lezama y Fina García Marruz conforman el núcleo discursivo del pensamiento poético origenista.
2. *Verbum*. Órgano oficial de la Asociación Nacional de Estudiantes de Derecho, La Habana. Editó tres números. Tirada: 1 000 ejemplares. Director: René Villarnovo. Secretario: José Lezama Lima. Colaboraron, entre otros Gastón Baquero, Justo Rodríguez Santos, Angel Gaztelu, Guy Pérez Cisneros, Juan Ramón Jiménez, Eugenio Florit, Emilio Ballagas, Arístides Fernández, René Portocarrero. Véase K. Schwartz, «*Verbum* and Spanish Culture», *Caribbean Studies*, a. 2, n. 15, Río Piedras, Puerto Rico, julio de 1975, pp. 153-5.
3. *Espuela de Plata*. Cuaderno bimestral de arte y poesía, La Habana. Editó seis números. Directores: José Lezama Lima, Guy Pérez Cisneros y Mariano Rodríguez. Consejeros: Cintio Vitier, Gastón Baquero, Juan Arche, A. Lozano, René Portocarrero, José Ardévol, Justo Rodríguez Santos, Manuel Altolaguirre, Amelia Peláez, Eugenio Florit, Virgilio Piñera y Angel Gaztelu. Colaboraron, entre otros, Emilio Ballagas, Enrique Labrador Ruíz, Mariano Brull, Ramón Guirao, Juan Ramón Jiménez, María Zambrano, Jorge Guillén y Pedro Salinas.
4. *Nadie Parecía. Cuaderno de lo bello con Dios*. Editó diez números. Tirada: 200 ejemplares. La Habana. Directores: José Lezama Lima y Angel Gaztelu. Colaboraron, entre otros, René Portocarrero, José Rodríguez Feo, Eugenio Florit, A. Lozano y J. Moreno Villa. Véase Gastón Baquero, «Tendencias de nuestra literatura», *Anuario Cultural de Cuba 1943*, La Habana, Dirección General de Relaciones Culturales, 1944, p. 269-72, y «De lo bello con Dios», *Información*, La Habana, 30 de mayo de 1944.
5. *Clavileño*. Revista mensual de poesía. Editó siete números. La Habana. Editores: G. Baquero, C. Vitier, E. Diego, J. Rodríguez Santos, Fina García Marruz, Bella García Marruz, Luis Ortega Sierra, Ernesto González Puig. Colaboraron, entre otros R. Portocarrero, Felipe Orlando, Virgilio Piñera, Octavio Smith, Eugenio Florit. Véase José Antonio Portuondo, «*Clavileño*: la máscara y la persona», *Gaceta del Caribe*, a. 2, n. 1, La Habana, abril de 1944, p. 3.
6. *Poeta*. Cuaderno trimestral de poesía. Editó tres números. La Habana. Director: Virgilio Piñera. Colaboraron, por ejemplo: José Lezama Lima, Cintio Vitier, Gastón Baquero, Angel Gaztelu y María Zambrano.
7. *Orígenes*. Revista de arte y literatura. Editó 42 números. Tirada: 300 ejemplares. Directores: José Lezama Lima y José Rodríguez Feo.
8. *Ciclón*. Revista literaria bimestral. Editó 15 números. Tirada: 400 ejemplares. La Habana. Director: José Rodríguez Feo. Secretario: Virgilio Piñera. Colaboraron, por ejemplo Luis Marré, Nivaria Tejera, Severo Sarduy, J. Rodríguez Luis, Antón Arrufat. También publicaron otros escritores que, junto a los anteriores, reaparecerían en *Lunes de Revolución*: José Triana, Ezequiel Vieta, Luis Suardiáez, Rine Leal, César López, Fayad Jamís —quien hizo sus primeras colaboraciones, junto a Pablo Armando Fernández, en *Orígenes*—, Ambrosio Fornet, Rolando Escardó, Manuel Díaz Martínez, Guillermo Cabrera Infante, entre otros escritores de la llamada Generación del 50 o primera generación de la Revolución.
9. Samuel Feijóo y Clea Solís han sido considerados por la crítica como poetas afines al grupo, asimismo los escritores Agustí Pi y Mario Parajón.
10. *Cuadernos Espuela de Plata*. V. Piñera. *Las furias y El conflicto*, A. Gaztelu. *Poemas*, J. Lezama Lima. *Enemigo rumor / Ediciones Clavileño*: E. Ballagas. *La herencia viva de Tagore*, E. Diego. *En las oscuras manos del olvido*, G. Baquero. *Saúl sobre su espada*, J. Rodríguez Santos. *Antología del soneto (Poesía cubana) / Ediciones Orígenes*: J. Rodríguez Santos. *La belleza que el cielo no amortaja*, R. Fernández Retamar. *La poesía contemporánea en Cuba*, J. Lezama Lima. *La fijeza*, *Aventuras sigilosas* y *Analecta del reloj*, O. Smith. *Del furtivo destierro*, A. Gaztelu. *Gradual de laudes*, L. García Vega. *Suite para la espera y Espirales del cuje*, C. Vitier. *Canto llano*, *Diez poetas cubanos. 1937-1947*, *De mi provincia*, *El bogar y el olvido*, *Visperas*, V. Piñera. *Poesía y prosa*, F. García Marruz, *Transfiguración de Jesús en el Monte* y *Las miradas perdidas*, E. Florit. *Asonante final y otros poemas*, E. Diego. *Divertimentos* y *En la Calzada de Jesús del Monte...*
11. José Lezama Lima, «Un día del ceremonial», *Imagen y posibilidad*, La Habana, Letras Cubanas, 1981; E. M. Santí, «Entrevista con el grupo *Orígenes*», *Coloquio Internacional sobre la obra de José Lezama Lima*, *Memorias* (en prensa); Fina García Marruz, *La familia de Orígenes*, Ed. Unión, La Habana, 1997.
12. Francisco López Segrera los califica como «Los terroristas» en su «Psicoanálisis de una generación (1940-1959) (Conclusión)», *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí*, a. 61, 3ª época, v. XII, n. 2, La Habana, mayo-agosto de 1970, pp. 101-52. Sobre los juicios polémicos de este ensayo, véase Jorge L. Arcos, *En torno a la obra poética de Fina García Marruz*, Ed. Unión, La Habana, 1990.
13. Ambrosio Fornet, *En blanco y negro*, La Habana, Instituto Cubano del Libro, 1967.
14. Pudieran mencionarse también las revistas mexicanas *Taller* y *Letras de México*, la chilena *La Mandrágora* y la puertorriqueña *Asomante*. Salvando las ostensibles diferencias, la *Revista de Occidente* fue muy importante en la formación intelectual de los origenistas. Véase Ricardo Hernández Otero, «*Orígenes* y las revistas literarias cubanas contemporáneas a ellas», en *Vigencia de Orígenes*, presentación de Jorge Domingo, Editorial Academia, La Habana, 1996, pp. 72-81.
15. María Zambrano, *La Cuba secreta y otros ensayos*, Edic. Endymión, Madrid, 1996.
16. Véase José Lezama Lima, «Secularidad de José Martí», *Imagen y posibilidad*, ob. cit.; Fina García Marruz, «José Martí», *Lyceum*, a. VIII, n. 30, La Habana, pp. 5-41, mayo de 1952; «Las miradas perdidas», *Las miradas perdidas*, Ucar García, La Habana, 1951; *La familia de Orígenes*, Ed. Pre-textos, Valencia, España, 1995; Gastón Baquero, *La fuente inagotable*, ob. cit.; Cintio Vitier y Fina García Marruz, *Temas martianos*, La Habana, Biblioteca Nacional José Martí,

1969; Cintio Vitier, *Temas martianos (segunda serie)*, La Habana, Centro de Estudios Martianos, 1982.

17. Cintio Vitier, «De las cartas que me escribió Lezama», en *Coloquio Internacional sobre la obra de José Lezama Lima*, ob. cit. y «Nota en torno a Eduardo Mallea», *Para llegar a Orígenes*, ob. cit.

18. Cintio Vitier, «La aventura de Orígenes», ob. cit.

19. José Lezama Lima, «Razón que sea», *Espuela de Plata*, n. 1, La Habana, agosto-septiembre de 1939.

20. Roberto Fernández Retamar, *La poesía contemporánea en Cuba*, Ed. Orígenes, La Habana, 1954.

21. Fina García Marruz, «Orígenes y el surrealismo», *La familia de Orígenes*, ob. cit.

22. Enrique Saínz, «La poesía de Lorenzo García Vega: el otro discurso», en *Vigencia de Orígenes*, ob. cit.; «Leer a García Vega», *Unión*, a. VIII, n. 25, La Habana, octubre-diciembre de 1996, p. 45; «Suite para la espera, de Lorenzo García Vega: herencia vanguardista», en Conferencia Científica Internacional «Las Vanguardias Artístico-Literarias en las Antillas y el Caribe», La Habana, Instituto de Literatura y Lingüística (inédito).

23. Virgilio Piñera, «Terribilia meditant...» y «Terribilia meditant. II», *Poeta*, n. 1 y 2, pp. 1 y 2, La Habana, noviembre y mayo de 1942 y 1943, respectivamente.

24. L. García Vega, *Los años de Orígenes*, Caracas, Monte Avila Editores, 1979. Véase Antonio J. Ponte, «Ceremonial origenista y teleología insular», *Coloquio Internacional Cincuentenario de la Revista Orígenes*, ob. cit., y «Por los años de Orígenes», *Unión*, n. 18, La Habana, 1995. A propósito de estos ensayos de Ponte, escribe Fina García Marruz en *La familia de Orígenes*, ob. cit., nota 12, p. 68, pp. 66-73: «García Vega no representa —como supone Antonio J. Ponte— en su trabajo sobre *Los años de Orígenes, la tradición cubana del no* —como no la representa el Reynaldo Arenas de tan bello libro como *Celestino antes del alba*. Por el contrario, los dos pertenecen a la tradición —no vamos a decir cubana porque, como la otra negadora, es universal— totalmente creadora del país. La riqueza de Orígenes estuvo en contar con esas fuerzas contradictorias en su seno. Pero al no al que todo Orígenes —incluido García Vega, como después Arenas— se enfrentó fue al de las fuerzas disolventes que en todo tiempo —pero sobre todo en el que más directamente nos rodeó, el de la hiriente vulgaridad del batistato y el priato— han representado la negación misma de todo espíritu. Sin entrar en las causas —temperamentales o coyunturales en las que acaso alguna vez se podría ahondar— que decidieron el rencoroso apartamiento posterior de estos dos creadores, creo que la defensa de Ponte a *Los años de Orígenes* confunde la necesaria contradicción interna de fuerzas con este infortunado testimonio que echa sobre los hombros de García Vega el excesivo y estéril papel de representar por sí solo el no dialéctico a la afirmadora Orígenes, de la que fue en verdad irrenunciable parte».

25. Víctor Fowler, «El siglo XIX de Casey y el proyecto de *Ciclón*», *Unión*, a. VIII, n. 25, La Habana, octubre-diciembre de 1996, pp. 9-14.

26. Véase especialmente Fina García Marruz, *La familia de Orígenes*, La Habana, ob. cit.

27. Virgilio Piñera, «Ballagas en persona», *Ciclón*, n. 5, La Habana, septiembre de 1958, pp. 192-209.

28. Cintio Vitier, *Obra poética de Emilio Ballagas (prólogo)*, La Habana, Ucar García, 1955.

29. Virgilio Piñera, «Dos poetas, dos poemas, dos modos de poesía», *Espuela de Plata*, La Habana, agosto de 1941, pp. 16-19.

30. Un ensayo reciente de Víctor Fowler, «El siglo XIX de Casey y el proyecto de *Ciclón*», ob. cit., ha vuelto a insistir en este asunto: la

ausencia de la problemática homosexual en Orígenes, como una suerte de terrible deficiencia, olvidando que las obras se valoran sobre todo por sus presencias y no por sus ausencias, pues ¿qué sucedería entonces si valoráramos a *Ciclón* por sus ausencias al compararlo con Orígenes? Acaso el propio Fowler nos da la respuesta en su texto «Polémica histórica de los derrotados», *La Gaceta de Cuba*, n. 4, julio-agosto de 1996, p. 58, cuando a propósito de *Ciclón* afirma que «es poco lo que sobrevive para hoy», o que «*Ciclón* fue poco más que una revuelta adolescente en un vaso de agua y [...] después de todo lo que tengo contra su poética, prefiero regresar una y otra vez al padre Orígenes»; asimismo, Fowler, a la vez que reconoce que «el mayor aporte de *Ciclón* parece colocarse en el terreno de las relaciones entre el escritor y el cuerpo», termina concluyendo sobre el tema de la homosexualidad en *Ciclón*: «sólo la habitación en un país pacato en un tiempo pacato explica el alboroto alrededor de las transparentes alusiones a la homosexualidad».

31. Cintio Vitier, «Virgilio Piñera: *Poesía y Prosa*», *Orígenes*, a. II, n. 5, La Habana, 1945, pp. 47-49.

32. Véase, a propósito de *La isla en peso*, César López, «Para explicar cierta insularidad en la poesía de Virgilio Piñera», *Signos*, n. 37, La Habana, enero-febrero de 1989, pp. 152-202, y Mirta Aguirre, «Virgilio Piñera. *La isla en peso*, un poema», *Gaceta del Caribe*, a. I, n. 3, La Habana, mayo de 1944, p. 30.

33. Virgilio Piñera, «Opciones de Lezama», *Poesía y crítica*, Cien del Mundo, México, D. F., 1994. En este texto se tiene la extraña impresión de que Virgilio, al describir las «opciones creadoras» de Lezama, describe en realidad las suyas.

34. Por ejemplo, en carta de Virgilio a Rodríguez Feo, le comenta, a propósito de la publicación del ensayo de Gombrowicz, «Contra los poetas» (*Ciclón*, a. I, n. 5, septiembre de 1955, pp. 9-16), que «será un buen campanazo para el decadente grupito de Orígenes», Roberto Pérez León, *Tiempo de Ciclón*, Ed. Unión, La Habana, 1995, p. 167.

35. Rolando Sanchez Mejías, «Olvidar Orígenes», en *Coloquio Internacional Cincuentenario de la Revista Orígenes*, ob. cit. Es muy curioso que una nueva promoción de escritores que se manifiesta a partir de la segunda mitad de la década de los 80, se plantee como «problema» a Orígenes, como reto, como algo que hay que rebasar, o como algo de lo que debe «desviarse». A pesar de que algunas de estas manifestaciones críticas han perdido la objetividad, todas tienen algo en común: su tácito reconocimiento del valor trascendente del origenismo; algunas, acaso a pesar de ellas mismas, reproducen actitudes frente al hecho creador, frente a la escritura, frente a la historia incluso, de profunda ascendencia origenista.

36. *Coloquio Internacional Barómetro de Ciclón*, La Habana, Ediciones Unión, 1996 (en prensa).

37. C. Cristófani Barreto, «La poética silenciada de Virgilio Piñera», *Unión*, a. VIII, n. 25, La Habana, octubre-diciembre de 1996, pp. 16-21.

38. Antón Arrufat, «Barómetro de *Ciclón*», *Unión*, a. VIII, n. 25, La Habana, octubre-diciembre de 1996, pp. 2-5.

39. Virgilio Piñera, *Poesía y crítica* ob. cit. Además de «El hechizado», véanse los poemas «Bueno, digamos» y «Un duque de Alba», p. 104 y 105. Véase también la carta de Virgilio Piñera a José Lezama Lima fechada en 1942, por la publicación de *El conflicto*, y el poema de Lezama «Virgilio Piñera cumple 60 años», de *Fragmentos a su imán*, La Habana, 1977. No sería ociosa la lectura de dos poemas de Fina García Marruz sobre Virgilio Piñera incluidos en *Habana del centro*, La Habana, Letras Cubanas, 1997.

40. Véase Lorenzo García Vega *Los años de orígenes*, ob. cit., y Fina García Marruz, «El final de Orígenes», *La familia de Orígenes*, ob. cit.

41. Juan Ramón Jiménez, «Crítica paralela», *Orígenes*, n. 34, La Habana, 1954.
42. Véase, por ejemplo, Julio Rodríguez Puértolas, «La participación española en la revista *Orígenes*», *Proposiciones*, n. 3, La Habana, 1994; y en *Coloquio Internacional Cincuentenario de la Revista Orígenes*, ob. cit.; Cintio Vitier, «La aventura de Orígenes», ob. cit., p. 92-3 (véanse notas 46 y 47); R. Pérez León, *Tiempo de Ciclón*, ob. cit.; M. Rodríguez, «Mariano Rodríguez», en R. Pérez León, ob. cit.; y Fina García Marruz, «El final de *Orígenes*», ob. cit.
43. José Rodríguez Feo, «Borrón y cuenta nueva», *Ciclón*, n. 1, La Habana, enero de 1955, pp. 22-3. La paternidad de José Rodríguez Feo es testimoniada por él mismo. Véase nota 82 de R. Pérez León, *Tiempo de Ciclón*, ob. cit., p. 204.
44. Véase Emilio Bejel, «Poesía de la naturaleza ausente», *Revolución y Cultura*, n. 2, La Habana, febrero de 1990, pp. 8-15. La polémica completa puede consultarse en Jorge Mañach, «El arcano de cierta poesía nueva. Carta abierta al poeta José Lezama Lima», *Bohemia*, a. 41, n. 39, La Habana, 25 de septiembre de 1949, pp. 78 y 90; José Lezama Lima, «Respuestas y nuevas interrogaciones. Carta abierta a Jorge Mañach», *Bohemia*, a. 41, n. 40, La Habana, 2 de octubre de 1949; Jorge Mañach, «Reacciones de un diálogo literario. Algo más sobre poesía nueva y vieja», *Bohemia*, a. 41, n. 42, La Habana, 2 de octubre de 1949; pp. 63 y 107; y «Final sobre la comunicación poética», *Bohemia*, a. 41, n. 40, La Habana, 26 y 30 de octubre de 1949; Cintio Vitier, «Jorge Mañach y nuestra poesía», *Diario de la Marina*, La Habana, 26 y 30 de octubre de 1949; y Luis Ortega, «Una generación que se rinde» y «Coquetería intelectual», *Prensa Libre*, La Habana, 2 y 30 de octubre de 1949.
45. Mirta Aguirre, «Primeras palabras. Pues Señor...», *Gaceta del Caribe*, n. 1, La Habana, 1944, y José Lezama Lima, «Orígenes», *Orígenes*, a. I, n. 1, La Habana, pp. 5-7, 1944. Véase Jorge L. Arcos, *En torno a la obra poética de Fina García Marruz*, ob. cit., p. 40-49, y *La solución unitiva. Sobre el pensamiento poético de José Lezama Lima*, La Habana, Editorial Academia, 1990; Roberto Fernández Retamar, «Orígenes como revista», *Coloquio Internacional Cincuentenario de la Revista Orígenes*, ob. cit.; y Cintio Vitier, *Ese sol del mundo moral. Para una historia de la eticidad cubana*, México, Siglo XXI, 1975, p. 153. La autoría de Mirta Aguirre del editorial anónimo fue revelada por José A. Portuondo en su «Introducción» a *Índice de revistas cubanas*, t. III, Biblioteca Nacional José Martí, 1969.
46. José Lezama Lima, «Orígenes», ob. cit.
47. Véase Idalia Morejón, «Notas sobre la reacción antiorigenista en *Lunes de Revolución*» (inédito); José A. Portuondo, «Itinerario estético de la Revolución cubana», *Orden del día*, La Habana, UNEAC, 1979, p. 133-66; Emilio Bejel, «Entrevista a Cintio Vitier», *Areíto*, a. VII, n. 3, Nueva York, 1981, pp. 30-4; William Luis, «Autopsia de *Lunes de Revolución*», *Plural*, segunda época, n. 125, p. 59, México, marzo de 1982; Roberto Fernández Retamar, «Poesía y Revolución», *Papelaría*, Santa Clara, Universidad Central de Las Villas, 1962, y «Sobre poesía y revolución en Cuba» y «Hacia una intelectualidad revolucionaria en Cuba», en su *Ensayo de otro mundo*, La Habana, Instituto Cubano del Libro, 1967.
48. Heberto Padilla, «La poesía en su lugar», *Lunes de Revolución*, n. 38, La Habana, 7 de diciembre de 1959, pp. 5-6. Algunos de los textos polémicos con el origenismo publicados en *Lunes de Revolución* son los siguientes: J. Álvarez Baragaño, «Una generación: ni dividida ni vencida», n. 38, 7 de diciembre de 1959; César Leante, «El Club de los moderados», n. 37, 30 de noviembre de 1959; Pablo A. Fernández, «Breves notas sobre la poesía cubana en 1959», n. 43, enero de 1960, «Un lugar para la poesía», n. 39, 14 de diciembre de 1959, pp. 12-4; Antón Arrutat, «Las armas de la reacción», n. 38, 7 de diciembre de 1959, p. 6; «La poesía a la vista», n. 39, 14 de diciembre de 1959, p. 15; «Una antología lamentable», n. 59, 16 de marzo de 1960, p. 10; y Virgilio Piñera «Cada cosa en su lugar», n. 39, 14 de diciembre de 1959, pp. 10-2; «Pasado y presente de nuestra cultura», n. 43, 18 de enero de 1960, y «1960. Reseña de poesía», n. 90, 9 de enero de 1961. Solo Oscar Hurtado pudo hacer una defensa de Lezama en aquellas páginas: «José Lezama Lima» (n. 76, 12 de septiembre de 1960, p. 15) pues a los origenistas se les impidió contestar en la misma publicación, según testimonio de Vitier. Haciéndose eco de una polémica iniciada en el último número de *Ciclón* (R. Fernández Bonilla, «Refutación a Vitier», a. IV, n. 1, pp. 51-68, 4 de julio de 1959; L. Acosta, «El Señor Fernández, crítico literario», *El Mundo*, Suplemento del domingo, La Habana, 2 de febrero y 8 de marzo de 1959 —en este caso contra *Lo cubano en la poesía*, de Cintio Vitier—, Enrique Berros publica «Un cubano en la poesía», n. 1, 23 de mayo de 1959. Ya antes, en *Ciclón*, Arrutat había publicado una crítica incomprensiva de la poesía de Vitier, «El fruto después de las vísperas», a. II, n. 3, 3 de mayo de 1956, pp. 53-5; lo mismo hace Álvarez Baragaño en *Lunes...: «Escrito y cantado»*, n. 35, 16 de noviembre de 1959, p. 16.
49. Virgilio Piñera, «Cada cosa en su lugar», ob. cit. Véase Idalia Morejón, «Notas sobre la reacción antiorigenista en *Lunes de Revolución*» (inédito).
50. Véase E. Rodríguez, «Árbol bien plantado y suelto frente al cielo. Presencia de José Rodríguez Feo en *Orígenes*», *Unión*, La Habana, n. 18, enero-marzo de 1995, y «Espejos de *Ciclón* (José Rodríguez Feo, su fundador)», ob. cit.
51. Virgilio Piñera, «Pasado y presente de nuestra cultura». *Lunes de Revolución*, n. 43, La Habana, 18 de enero de 1960.
52. José Lezama Lima, «Diez años en *Orígenes*», *Imagen y posibilidad*, La Habana, Letras Cubanas, 1981, p. 191.
53. José Lezama Lima, *Imagen y posibilidad*, ob. cit.
54. José Lezama Lima, «Señales. La otra desintegración», *Imagen y posibilidad*, ob. cit., p. 196.
55. *Ibidem*.
56. Véase Jorge L. Arcos, *La solución unitiva. Sobre el pensamiento poético de José Lezama Lima*, ob. cit., y «El sueño de una doctrina», en *Orígenes. La pobreza irradiante*, Letras Cubanas, La Habana, 1994; José Lezama Lima, «Razón que sea», ob. cit., «Resistencia» (en *Nadie Parecía*), «Después de lo raro, la extrañeza», «Señales. Alrededor de una antología», «*Orígenes*», «Diez años en *Orígenes*», «Señales», «Señales. La otra desintegración» (en *Orígenes*). *Imagen y posibilidad*, ob. cit.; y Cintio Vitier, «La aventura de *Orígenes*», ob. cit.
57. María Zambrano, «La Cuba secreta», *Orígenes*, a. V, n. 20, La Habana, invierno de 1948, pp. 3-9.
58. José Lezama Lima, «Un día del ceremonial», *Imagen y posibilidad*, ob. cit.

Por el camino de la musicología

Argeliers León (1918-1991)

Musicólogo.

Para adentrarme en los temas que he hilvanado para esta conferencia, debo comenzar por fijar algunos conceptos, no por pruritos terminológico-semánticos, sino más bien para orientarme, de inicio, en lo que aspiro sea pivote para ordenar, en su constante giro, la maraña de hechos que conforman históricamente todo aquello que tiene que ver con la música; desde su existencia hasta su producción, desde su percepción hasta su representación (visual cuando gráfica; auditiva cuando sonante); desde su germinación en la idea hasta su gestación y parición en la *obra*; desde el balbuceo en el niño, o en el hombre originario en tanto que ser social, hasta el sintetizador en el contexto social que ha forjado el hombre al cabo de crecido número de años. Se trata así de todos los productos que, de modo objetivo, concreto, el hombre crea como material sonante, como hechos de sonación: la *cosa sónica*, o, más

propriadamente, *el producto de sonación*, y reservar la noción de *fenómeno sonoro* para aquellos hechos de la naturaleza que, al igual que la luz, el calor, las glaciaciones, las mareas —y las aguas, naturalmente—, la vegetación, la fauna, la vida, digamos, son resultados de complejos procesos físicos-químicos ocurrientes desde los mismos instantes en que, de la enorme masa ígnea que luego llamamos Sol, se desprendió una parte, que de aquel impulso todavía sigue girando.

Cosa sónica que resulta de complejos y peculiares movimientos vibratorios de unas formaciones cartilaginosas en la laringe por medio de un aire que toman y expelen los pulmones para funciones vitales muy complejas. Las criaturas que alcanzaron la etapa del *homo sapiens* desarrollaban estructuras y mecanismos que permitieron que ese aire interviniera en otras funciones, igualmente vitales, y que implicaban la *presencia del otro*. La expulsión del aire se hacía por un conducto que empezó a articularse como una bisagra, y generó unas formaciones estriadas que unas fibrillas ponían en tensión, y el aire, entonces, al expelerse en tales condiciones, se *convertía* en aquella otra cosa que luego llamamos *sonido*. Estos seres empezaron a *disponer* de

Conferencia leída en el Paraninfo de la Universidad Nacional de Uruguay, como inicio del curso de Musicología ofrecido por el autor en la Escuela de Música de esa Universidad, en octubre de 1989. Hasta ahora permaneció inédita. *Temas* la publica como homenaje de recordación a tan destacado musicólogo.

algo que podían *hacer, mostrar, brindar, dar, ofrecer, ceder, librar, conferir, aportar, propinar, alcanzar, proyectar...* Así, el efecto sonante estuvo en la vida de unas criaturas que se iniciaban en formas prístinas de vida grupal. La sonación tuvo, en su origen biológico, una función que alcanzaría la categoría de primer factor social: el mecanismo catapulteante que lanzó aquellas especies de la manada a la horda.

Del mismo modo, en etapas del largo proceso de hominización, por peculiares relaciones con los medios contextuales, grupales, se produjeron desarrollos de los órganos de la visión que permitieron no solo percibir distancias y volúmenes, sino distinguir variables cromáticas y separar *bordes* terminales de unas cosas distinguiéndolas de las que las rodeaban, sin depender ya del olfato.

La manada se mueve a rumbo, y condiciona este por *señales* que solo emanan prevención, y que perciben algunos de sus miembros que han resultado más *diestros*, por el olfato, por reacciones térmicas ante cambios ambientales, u otras. Los desarrollos de la visión, así como los de su postura; y luego los cambios en su figura (recuérdese la posición erecta y la marcha, el equilibrio y cambios de la cabeza, la migración de los ojos y la visión estereoscópica, el desarrollo del cerebelo, los cambios en la garganta al hacerse más largo el cuello, los cambios operados en pies y manos, etc., entraron en relación con los desarrollos ergológicos, manifestados en la evolución de sus herramientas y útiles de trabajo; cambios que, en tanto laborales, productivos, se reflejaron recíprocamente en las relaciones grupales, base de aquellos cambios en el desarrollo corporal de estas criaturas situadas así en los antecedentes del hombre.

Un buen número de autores, desde el siglo pasado (y prácticamente hasta hoy), se han remitido a señalar actitudes *imitativas* desde períodos elementales en la hominización. No han faltado quienes mencionen imitaciones del canto de las aves cuando los hombres de hace por lo menos un millón de años se enfrentaron a una naturaleza en extremo agreste y bárbara. Las aves debieron graznar de modo estentóreo, los movimientos telúricos producirían enormes ruidos, así como las corrientes fluviales, los vientos y los animales en nutridas manadas. El paisaje era agresivo, muy distante del que viera Fragonard en el setecientos francés.

Por otra parte, aquellos hombres tuvieron voces broncas, dadas sus configuraciones anatómicas, tales como las arcadas dentarias separadas y divergentes, así como la inclinación y tamaño de las piezas dentarias; los senos resonadores achatados y poco diferenciados, lo que debió impedir las resonancias superiores, fundamentales en la distinción tímbrica, y hasta la conformación de las cuerdas vocales, en una laringe

más amplia y recia dentro de un cuello ancho y corto, mientras contaba con una amplia cavidad torácica y fuerte diafragma.

El desarrollo de los conocimientos paleontológicos desarta toda posibilidad de una «imitación» de la Naturaleza que los teóricos del siglo pasado redujeron a convencionales primaveras.

Es en estas condiciones que el hombre dispuso de un *repertorio de sonaciones*, que más que imitación idílica de un «suave rumor de arroyuelo», del «trinar de avecillas» y «susurros de brisas», o «murmullos acariciadores de oleajes», fueron formas emitentes que, desarrolladas en íntima conexión con las relaciones grupales, adquirirían de inmediato, mediante formas ingenuas de asociación, valores sígnicos dentro de los modos de vida alcanzados en tales estadios primigenios de la humanidad; efectos que insisto en llamar *sónicos*, productores de *sonaciones*, y no *sonoros*, por cuanto este término tiene connotaciones diferentes a lo que pretendo expresar: la presencia de una acción concreta y voluntaria de emisión disona, áspera y sorda. La misma tesitura debió ser bien reducida, pues históricamente el hombre ha ampliado sus rangos vocales, más aún si pensamos en una menor elasticidad de las cuerdas vocales e, incluso, una muy reducida diferenciación sonante entre individuos de cada sexo.

Efectos semejantes quedan, en las culturas actuales, cuando junto a un esfuerzo físico, de aplicación de fuerza o como contracción muscular ante un dolor, se emiten fuertes gruñidos o ásperos ronquidos; o, por el contrario, las griterías inarticuladas en los casos de júbilo inesperado.

Sin ir a casos tan conspicuos, es usual en los pueblos africanos que bordean el sahel, cuando un jefe tribal visita a otro, o recorre otras *compounds* —con motivos conmemorativos, funerarios, de instalación de nuevas jefaturas u otras ocasiones importantes—, que un grupo especial de ceremonia de recibimiento y bienvenida avance al encuentro —mujeres principalmente, niños y algunos hombres y muchachones— gritando como conjunción de vociferación hecha funcional en la ocasión, emitiendo cada uno, dentro de sus respectivas tesituras, un sonido más bien agudo y prolongado tanto como les permitan sus respectivas capacidades pulmonares, cada quien por su lado y parando solo en el instante de tomar nuevo aire, lo que crea un fenómeno de *voceación* que cumple una función social y, por lo tanto, *valorable* entre niveles de apreciación y eficiencia.

De entrada al *compound* recipiendario se producirá una reducción en el volumen de la voceación: unos callarán, otros disminuirán la voz, algunos producirán otros ruidos o reirán a carcajadas hasta un *diminuendo* final. Para un crítico formalista, se estará en presencia

de una amplia cadencia que servirá de conclusión a un largo período ternario: de introducción, desarrollo y recapitulación. Y por parte del visitante y su séquito acompañante habrá gestos, y hasta frases, de beneplácito y aquiescencia, de carácter evaluativo. Es decir, se ha obtenido un *producto* por la acción colectiva, consciente, de realizar un trabajo, dentro de una función social enmarcadora, la cual adquiere un determinado y preciso valor signico; es decir, cumple una función social comunicante, ordenadora de una acción racional creadora, mediante juegos de la fantasía, expresada en un acto complejo ejecutante. Vale decir: se ha realizado un acto de creación artística, musical en todo caso, y de proyección estética.

De manera volitiva hay un *producto*, algo *hecho* por la voluntad participativa de un grupo de personas manejando una acción de *sonación*; esto es, de emisión de sonidos fuertes y prolongados, y *conservados*, o sea, proyectados en el espacio (lo que para nosotros sería duración en un tiempo). Y esta proyección se inicia desde que los individuos, cada uno de ellos, se vaya integrando al grupo y este salga del lugar de residencia. Las voces se irán sumando y creando la masividad sonante que emprenderá la marcha hasta encontrar en el camino, bien delante del *compound*, la caravana visitadora con la parafernalia acostumbrada; momento en que se produce un señalado *crescendo* en la voceación, que un crítico pudiera describir como de aparición de emociones y vuelcos emotivos, lo que no es más que respuesta subjetiva ante el cumplimiento de una función grupal, social, digamos ya.

En la producción de *sonaciones*, el hombre, en su desarrollo, ha seguido un curso de cambios e incorporaciones *variables*, en la medida en que las sensaciones auditivas se fueron enriqueciendo y especializando en la selección y ordenación de las imágenes dables en el mundo exterior.

Pero hay algo más en esta *voceación* que permite distinguirla como un producto —resultado de una acción laboral compleja—, en tanto que es algo concreto, objetivo, que se oferta a un consumidor. La emisión sónica se hace, además de abrir la boca y adoptar una actitud de claridad de emisión, alzando la cabeza para *proyectar* mejor la voz en un medio totalmente abierto. Los cantores de tan peculiar coro, al emitir el sonido, hacen vibrar la lengua moviéndola lateralmente a gran velocidad, a lo cual añaden, *ex profeso*, y como factor que no cesaría en llamar *creacional*, un *valor tímbrico*, una *coloración* peculiar, distintiva, aplicable a unas circunstancias y no a otras, señalable y juzgable por su efectividad funcional, que sería función estética.

Funcionalidad que va de un emiteente (colectivo en este caso, como un coro o una orquesta) a un receptor: la persona que ocupe una jerarquía socialmente

reconocida por el grupo, valorable en el contexto socio-histórico de una «tradición» y compartida por los integrantes del séquito que acompañe a la jefatura así bienvenida.

Lo que rápidamente veríamos como *mensaje* de bienvenida no es más que un complejo signico que se arma con elementos que ya existen en la cultura del grupo, junto a otras concepciones signicas que hubieran surgido en el momento y situación concretos en que se inscribiera esa *voceación* así planificada y realizada. Y todas esas circunstancias, cada una en una función semiótica, dable en el conjunto total del evento que está teniendo lugar, obran como *textos* que se integran por una voluntad creadora colectiva. Se reúnen como *textos*, rememoraciones y nociones, capacidades y deseos, tradiciones y novaciones, personas pasadas y actuales, afirmaciones de sí mismo y valores concieniciales, todo lo cual encuentra su semiosis en el conjunto de actos de esta *fiesta procesional* de bienvenida, donde la voceación es la forma concreta que materializa el *mensaje*. Este será decodificado por las personas que lo reciban (receptoras) en la misma forma de *actualización* de sus capacidades perceptuales y de la valoración de los hechos, alcanzando así el nivel de *metatexto*, donde converge el valor funcional de este acto de bienvenida.

¿Qué falta para considerar una de estas voceaciones como *obra* —obra musical en este caso— con valores signicos precisos e identificadores (o sea, con un mensaje)?

Estaría próxima a una fanfarria y en posición muy semejante a los antiguos coros de plañideras que se contrataban para acompañar un cadáver y constituían una real *voceación*, una clara *masa* de sonoridades diversas; algo así como una extensa masa policroma, corpórea, volumétrica, con retorcidos entrantes y salientes a lo largo de su superficie.

Las grandes urbes conocen también de estas *voceaciones* cuando a las horas de mayor tráfico se rompe un auto y tiene lugar un «tranque» o «embotellamiento». ¿Qué se produce *a cargo* de los conductores impacientados? ¿Hay en esos momentos silencio tranquilizador y ecuánime espera? No; empezarán a sonar las bocinas, cada una en su tesitura y color tímbrico; unos choferes mantendrán un sonido *tenido*, otros se entretendrán haciendo figuras malabares con las bocinas, no para una bienvenida, sino para apresurar las reacciones que conduzcan a la solución del *nudo* por parte de quienes corresponda. Es más, como *mensaje* o *contenido comunicable*, si estamos algo cerca, podemos inferir, por la magnitud del vocerío y las calidades tímbricas perceptibles, el grado de embotellamiento y discurrir si lo han formado ómnibus o grandes camiones de carga, y hasta en qué esquinas y calles se produjo.

Los murales que quedan en las paredes de edificaciones en Bonampax, Chiapas, ilustran otro caso de *voceación* en una escena en la que aparece, siguiendo al séquito de un jefe, un grupo de trompeteros. Los hay de distintas estaturas y complejones, lo cual es índice de diferentes posibilidades de sostener el sople. También se ven trompetas de diferentes largos, productoras indudablemente de diferentes sonidos, y unos músicos tocando y otros no, como tomando aire.

Además, los instrumentos y el tipo de embocadura debieron producir un sonido fundamental y, por lo menos, los dos primeros armónicos (octava y quinta). El resultado de todos ellos debió ser el de una especie de masa sonora, continua, con una determinada teñidura o un cariz tímbrico no igual, pero sí próximo en su capacidad comunicante al de los metales en la orquesta, a partir del setecientos europeo. Cuerpo masiforme aquel de los trompeteros de Bonampax que adquiriría *variables* en el relieve de su superficie así tendida en su cilindricidad sonora, como dejando una estela móvil, de sonaciones corpóreas, de sonoridades que, dentro de una tesitura, se harían como de relieves maleables tras el jefe como una masa poliédrica que, reptante, se moviera en expansiones y contracciones, mostrando salientes y hondonadas, torceduras, asperezas y lisuras, en fin, masa sonora semoviente cuya imagen nos llegara sonoramente.

Zona de sonoridad, masa tendida como trayecto, obtenida por la superposición de emisiones sonoras diversas, procedentes de diversas fuentes que comportan impresión de corporeidad y continuidad en la emisión, con lo que se forja una imagen de articulación secuencial que hemos llamado *tiempo*, transcurriente en la propia *masa* sonora que sugiere *variables* volumétricas y calidades de relieve; es decir, continente corpóreo, masivo, base elementalísima de las nociones de estructuras que parten de la *articulación* de la proyección de formas corpóreas en sucesión. Es esta percepción espacial la que permite la *articulación orgánica* de una imagen de secuencia temporal. Pero esta *organicidad* está dada por su dependencia de las funciones cognoscentes del hombre, y tan pronto como aparece un elemento de *cultura* históricamente ubicado en una sociedad concreta.

Se ha *ideado*, se ha *creado*, se ha *producido*, se ha *invertido* trabajo en la producción de la *voceación*, cualquiera de las que hayan tenido lugar en un pueblo africano, por la función social que tal *obra* sónica adquiere en un contexto dado históricamente. Este *producto* así obtenido desempeña una función social, no solo la más sencilla, dable en un colectivo humano, de simples asociaciones pensantes convergiendo en un momento y ante un hecho común; estamos ante una *obra* que sale de un *productor* (colectivo en el caso de *voceación*) y que es *recibido*

inteligiblemente por un *receptor*. Es decir, estamos ante un hecho de *comunicación*, donde el emiteinte forja una masa sonora, y el receptor ha de recibir sus caracteres volumétricos como mensaje, y será valorado dentro de un contexto histórico concreto, un contexto social particular.

Los cocheros de París, dentro de los embotellamientos que formaban a la salida de una función en el teatro de la Opera, armaban, al principio de este siglo, sus *voceaciones*, y completaban el *color* sonoro golpeando el mango de sus látigos contra el costado del pescante de los coches. Los pueblos nórdicos nos han dejado documentos de las sonaciones que producían con sus conjuntos de lures de diferentes longitudes, que se hacían sonar simultáneamente. Pinturas funerarias egipcias, muy antiguas, muestran grupos de *cantores* que debieron hacer sonidos tenidos. Muchas otras muestras de estas sonaciones han quedado en el tubo pedal de las gaitas, y en el *sonido pedal* que nos enseñan a hacer, como *pícaro nota extraña*, en las clases de armonía.

En el surgimiento de la *voceación* podemos ver, no la imitación mecánica de efectos sonoros que el hombre captara intuitivamente de la naturaleza, sino un resultado, como hemos dicho ya, un producto que, de alguna manera, consideraríamos, aun en una fase de primigenia elementalidad, como *producción*; esto es: resultado de un *proceso racional*, conducente, en primer lugar, a una distinción o singularización de hechos sonoros (contenido) que se proyectaren en el espacio (forma).

Pudieramos, incluso, pensar que el propio aislamiento de una proyección sonora (la continuidad de esta forma de *voceación* que señalamos) entró en contraste con otras formas de producir sonidos, no como continuidad proyectante, sino aislándolos, singularizándolos, cortando su emisión, como pudo haberlos producido el hombre cuando ya la cabeza se le balanceó libremente sobre el cuello, y este se estiró, dejando más espacio para las cuerdas vocales en la laringe, separadamente de la lengua, que se hizo más móvil y cambiante dentro de la cavidad bucal, que adquiriría una mayor precisión en sus planos laterales, y los senos maxilares y frontales que al ampliarse contribuían a variables de calidad sonora, y surgían determinados controles de intensidad en la emisión y posibilidades de nuevas maneras de emitir sonidos articulados.

La evolución humana sitúa hoy sus más lejanos antecedentes en la aparición de unas criaturas bípedas, erectas, de mucha agilidad de movimientos —tanto en tierra como por entre ramas de árboles—, omnívoros, que de algún modo se las ingeniaran para hurgar en la tierra para comer raíces y tubérculos, y buscar semillas y nueces duras, proveedoras de elementos grasos muy asimilables. Aparecieron hace más de un millón de años,

muy al inicio del período cuaternario. Pero lo más importante para nosotros ahora es la presencia de la visión estereoscópica, al emigrar los ojos al frente de la cara. La percepción de *distancias* y *volúmenes* adquirida a partir de aquella manera de ver, estuvo en la base de la gradual diferenciación homínida posterior, al surgir nexos de dependencia entre determinadas acciones de aquellos homínidos, y dar lugar a actitudes *conductuales*; es decir, el *actuar* quedó condicionado a criterios de *finalidad* o *propósito*. Surgió la concepción de *por qué* y *para qué*.

La percepción de distancia y volumen se reflejó directamente en los procesos primarios de *voceación*, y esas concepciones estuvieron a su vez en la base de las de dirección y posesión: *dirección propositiva* (*por qué* y *para qué*): ir, moverse, trasladarse para algo; y, de la obtención de ese algo, adquirir las nociones de *tenencia* de lo alcanzado o de lo logrado, por lo que aquellas nociones primarias de volumen y proyección (esta como dirección y continuación, o longitud) que estamos señalando desde la voceación temprana, se desarrollan al buscar sentidos, valores o utilidad; es decir, intelección de aquellas imágenes de propósito, finalidad, realización y aporte. Lo cognoscente primario se fue integrando con nuevas imágenes de tamaño, resistencia, grosor, fuerza, velocidad, situación, etc., que surgían de las complejidades crecientes de la vida grupal.

Hacia una producción cultural

Las pinturas y grabados parietales demuestran este desarrollo de lo cognoscente, y aparecen como medios de fijar, comentar, referir, exponer, narrar situaciones afrontadas en la vida grupal. Las muestras de este arte rupestre se representan a nuestras concepciones actuales como formas comunicantes, no solo de circunstancias dadas, ocurrentes, sino que pueden pensarse como puntos centrales de conjuntos contextuales que trascendieran la imagen más inmediata de los motivos directos de *representación*, como serían las imágenes de jirafa, elefante, pantera, bisonte o persona. La propia perfección en la realización de aquellas pinturas y grabados ha llamado la atención de los paleontólogos; con ello se demuestra un nivel en el desarrollo de capacidades cognoscentes que debieron reflejarse en el desarrollo de las manifestaciones sónicas.

Aquel hombre primitivo que se sirvió de una *sonación* para comunicar, *diferenciadamente*, determinadas imágenes que, en su vida grupal, forjaba ante situaciones dables en sus formas de vida, elaboraba ya un producto cultural. No ha de importarnos ahora cuán primario y restringido debió haber sido. Decíamos de un sentido de corporeidad o masividad sónica, de una *representación*

volumétrica modelada con la combinatoria de sus voces, y una proyección —que tuvo que haber sido igualmente elemental—, como para reducir una acción de *voceación* a una sola construcción, donde, además del hecho de ser eso: una *cosa*, un *producto*, una *obra*, adquiría *valores* como resultado de una funcionalidad social y una apreciación subjetiva de aquella.

En el grupo surgían formas de vida altamente condicionadas por los modos de producción material, lo que condicionaba, a la vez, el rápido desarrollo del sistema nervioso. Situaciones contextuales que imponían relaciones de *complementariedad*, implicaban, por su inmediatez, nociones de eficiencia (utilidad, uso) y de oportunidad (inmediatez utilitaria, practicidad). Las relaciones de complementariedad se añadían a las nociones, mucho más primarias, de protección o conservación. Para las criaturas que alcanzaban estadios superiores de evolución, el desarrollo del sistema nervioso les llevaba al desarrollo individual, por lo que, como seres sociales que eran, se generaba en ellos una conciencia social.

Desde las más elementales formas de *conciencia social*, generadas como complementariedad de las relaciones de producción que dirigían los cambios en el largo proceso de hominización, aparecieron acciones tales como movimientos, gestos, señas, que correspondían a los intereses de la vida material, y fueron sus *signos*, sus *atributos objetivables*. Unos signos fueron más evidentes que otros, algunos resultaron más repetidos y cotidianos, más generalizados, o un signo sirvió para múltiples significados. Los repertorios de signos se desarrollaron en órdenes o sistemas de comunicación, en tanto que *precisaban* y singularizaban formas conciencales que surgían, con lo cual adquirían determinadas asociaciones subjetivas. Se creaba así una relación dialéctica entre lo *subjetivo* como variable individual, y lo *generalizado* como variable grupal: lo subjetivo individual y lo convencional grupal constituyeron el impulso o factor dinámico para el desarrollo de las formas concretas de la conciencia social, entre ellas la comunicación.

El hombre, desde etapas muy primarias, debió ser sensible a algunas situaciones que iniciaban su vida subjetiva. La misma grupalidad desarrollada, a partir de la manada, como protección; la búsqueda y la obtención en oposición a la búsqueda y la no obtención, debieron llevarlo a *diferenciar*, valorar, estimar, apreciar, de algún modo y medida, el *sentirse* protegido o desprotegido, y forjar constelaciones de sentimientos afines, como tranquilidad/intranquilidad, comodidad/incomodidad, susto/sosiego, etc.; nociones subjetivas como las señaladas le permitirían detectar situaciones de peligrosidad frente a las de seguridad, y forjar imágenes de estos factores subjetivos. Desde la vida en la manada, las criaturas que estuvieron en la escalada

En la producción de sonaciones, el hombre, en su desarrollo, ha seguido un curso de cambios e incorporaciones variables, en la medida en que las sensaciones auditivas se fueron enriqueciendo y especializando en la selección y ordenación de las imágenes dables en el mundo exterior.

homínida fijarían hábitos conductuales separando ciertas sensaciones y las respuestas a ellas, procurarían extender las agradables y satisfactorias, y reducir y eludir las desagradables. Las propias limitaciones orgánicas las llevaron a distinguir situaciones de incertidumbre o desconocimiento y desarrollar, en consecuencia, actitudes de inhibición y de decisión, según hábitos adquiridos.

El desarrollo de la grupalidad, hasta llegar a la horda y el clan, condujo a desarrollar, desde niveles pensantes iniciales, sentido de orden y de mando, de aquiescencia a una disposición de acción, emanada por *otro* del grupo que ostentare mayor experiencia o fortaleza. Aquellos cambios alimentarios que mencionamos facilitaron también, por su variedad, así como las condiciones locales para facilitar unos u otros alimentos, diferencias en los desarrollos corporales —incluido el sistema nervioso, desde luego. Al mismo tiempo, desde aquellas formas de vida aparecieron situaciones concienenciales complejas, como las responsabilidades ante situaciones que se hicieran habituales, como la de avizorar la caza, desplegar actitudes de espera y atención, de detección y adopción de posiciones adecuadas para tal o cual momento; seguidas de actitudes de decisión, voluntad, coraje y participación coordinada para dominar una pieza; y luego las actitudes de satisfacción y comodidad ante el logro de lo propuesto. Estas actitudes que instrumentan formas de vida, dejaron sedimentos subjetivos que estuvieron en el desarrollo de la psiquis del hombre.

En un curso de aceleración creciente en el surgimiento de *variables*, de cambios cuantitativos, de sustituciones, alteraciones y adaptaciones en los modos de producción, de cambios adaptativos de *habitat*, de crecimientos demográficos, de enriquecimiento de *contactos* humanos y migraciones, en períodos de vida muy cortos, el desarrollo de las funciones sónicas, en que hemos centrado nuestra exposición, estuvo igualmente agitado y sacudido, respondiendo a los cambios y ajustes que, en marcha compleja, seguían aquellas criaturas que, en el curso de unos millares de años escalaban a las formas del *homo sapiens*. Los sonidos percibidos en sucesión fueron concebidos, o imaginados, como proyección continuadora, como materia corpórea extendible hacia adelante, como reflejo

de un *andar*, *marchar*, *ir* hacia un punto, que tanto debió significar en el hombre primitivo. Las sonoridades sueltas, de alturas definidas, emitidas de manera cortante y plosiva, suelta y desconectada, debieron producir la imagen de puntos o golpes o palmadas, como marcas o señalizaciones: dejar jalones en la marcha, plantar marcas en el ir.

Líneas y puntos fueron dos elementos gráficos primarios. Aparecen decoraciones en hoyuelos desde las más primarias cerámicas. Rayas hendidas, en ondas o ángulos (zig-zag), hechas con espinazos de pescado, decoran las más antiguas cerámicas, en trazos que resultan así paralelos. Hoy, en Africa, en casas de adobe y embarrado, aparecen decoraciones en dobles hileras de hoyuelos, marcados con los dedos índice y del medio, y decoración pintada en pequeños ángulos y a manera de triángulos, en conchas y ondas. En Cuba se encuentran estas decoraciones en objetos y vasijas usadas en cultos de antiguo origen africano. Las rayas quebradas u onduladas, los puntos como *moteados*, logrados con una brocha circular y plana, manejada perpendicularmente a la superficie que se pinte. Esta decoración en rayas y puntos aparece en Africa como pintura corporal para ciertas ceremonias y en fiestas profanas. Algunos etnólogos la han interpretado, en la forma de *moteados*, como alusiones a las cicatrices que dejan las viruelas en la piel, pero el moteado aparece en Africa en períodos en que no se conocía esta enfermedad, en los grabados y pinturas rupestres. En muchos grabados, estas marcas cubren toda la superficie de la figura dejada en la piedra por medio de un trazo hendido, y el punteado llena toda el área de la silueta del animal, como proyección en un plano de una calidad o textura lo suficientemente diferenciada del resto, en *alusión* o *referencia* convencional a la piel del animal. La Línea marcadora de una silueta sería la proyección en el plano de la configuración terminal volumétrica de un cuerpo. Además, la acción de *puntear*, así como la de *rayar*, responden a movimientos, los más simples, de la articulación anatómo-fisiológica que se produce en la mano, el brazo y el antebrazo.

Sonidos punteados, y los así conectados como línea (sonidos muy *picados* y sonidos muy *ligados*, diríamos en el argot profesional), como línea ondulada o quebrada, de amplitud variada, son las más simples articulaciones

en la emisión sónica y producen *figuraciones* a manera de unidades léxicas.

Téngase presente también la existencia de grabados en rocas, a manera de trazados lineales (como imágenes de *trayecto*, vías, caminos recorribles) o circulares (como imágenes de áreas, demarcaciones o espacios, a manera de ámbitos vitales), y un hoyuelo como *punto* situacional o imagen de «donde estoy», más o menos al centro, a manera todo de una *reducción promedial* de la *realidad* topográfica que se representa con tales signos. Desde el norte de Inglaterra, hasta Australia, pasando por España, norte de África y sur de Asia, aparecen estos grabados.

Estos trazos, y sus valores *representacionales* (valores *signícos*), implican acciones *racionales* ejecutadas inteligiblemente, responden a una reacción concienzuda social y una acción pensante.

Se trata aquí de unos signos cuya antigüedad se sitúa en algún momento del paleolítico, y que en África sahariana abarcan un espacio más bien pequeño, como de 18 a 20 cm² aproximadamente, en una línea hendida en «u». Consisten en trazados circulares, más o menos concéntricos, a partir de un centro más o menos marcado con dos o tres círculos completos o en arcos muy diversos, y unas líneas que salen o cortan los círculos.

Estos trazos tienen valor representacional, *signíco*, con una *función* comunicante, con un emiteente (el confeccionador del trazo grabado), un utensilio (instrumento), sobre una roca (superficie más o menos plana), y uno o más receptores del mensaje. Mensaje gráfico gestual que pudo estar acompañado de sonaciones complementarias. El mensaje pudo ser circunstancial y ocasional, esto es, destinado a ser decodificado en el instante de su trazado, caso en el cual las sonaciones serían consustanciales a la acción del trazado —¿prescritura?—; o producidas en momentos posteriores al instante del trazado, para otro u otros receptores, como son las señales de tránsito —¿prelecturas?—.

Pudiéramos recordar que el niño, armado de un lápiz, haría unos trazos lineales dentro de la binariedad más elemental de gestos laterales; y unos puntos, resultado del *golpear* como consecuencia de gestos verticales sobre el piso o perpendiculares a la pared. Después llevará estos trazos a sus dibujos tan pronto quiera indicar diferencias de texturas de las superficies de las cosas que dibuje. Poco o ningún esfuerzo nos costaría ahora recordar que estos primeros ¿dibujos? del bebé suelen ir acompañados de sonaciones, varias y variables, hasta un momento conclusivo, en el que cambia el *tono* exclamatorio de su sonación.

Hay que destacar que en todas las formas *comunicantes* están presentes procesos cognoscentes, elementales y

simples, primarios, y hasta pudiéramos circunscribirlos a pensamientos muy iniciales de identificación, concretados a traslaciones de imágenes (presencia del *tropo*), y a prevención de aplicación (o aplicaciones). Es decir, estamos ya frente a conductas racionales, ocurrentes en el cerebro, y en niveles claramente homínidos.

La *voceación*, retomémosla ahora, puede ser considerada, pues, como forma conductual elemental en la vida del hombre, condicionada por el desarrollo cultural históricamente determinado. Su propia aparición asumió un particular carácter de *instrumento*, de *herramienta*, de *útil* para la acción social. Esta *cosa* sónica fue una construcción producida en el cerebro, y en particular y estrecha dependencia recíproca con las formas de vida que alcanzaba el hombre al distinguirse de las que resultaban de la manada. Es decir, constituyó una *función* perfectamente *aislada* por su valor social, y *distinguible* cualitativamente.

En la *voceación* empezaron a funcionar separadamente ciertos hábitos de emisión laríngea, de otros hábitos, igualmente laríngeos, que acumulara el hombre desde sus relaciones primarias de producción material. El hombre, en el trayecto de diferenciación animal, contó con unos dispositivos biológicos que, con su desarrollo anátomo-fisiológico, y por los ajustes mismos de su vida social, permitió una *actividad* sonante, una producción de sonaciones, esto es. hacer sonidos con una finalidad grupal, tan elemental como pudo haber sido la sola distinción de *cierta* y *determinada* *ocasionalidad* u *oportunidad*, y no otra, en lugar de una mera coyuntura esporádica o casual, o como manifestación anexa de superación de un instinto (sonación de uno de los integrantes de la pareja en reclamo del otro, entre los animales) o como manifestación complementaria de un estado que, aunque natural y espontáneo, tiene un lugar anexo a estados complejos que duran un período de tiempo relativamente corto dentro de las rutinas vitales —digamos, por ejemplo, las sonaciones de animales carnívoros después de saciar el hambre.

En el proceso ya avanzado de hominización, el acto emitido llega a hacerse autónomo respecto a estímulos externos, y puede hacerse seguir y separar de aquellos hasta llegar a presuponerlos (imaginarlos), y servirse de ellos para referirlos a situaciones diversas, memorizarlos, y convertirlos en instrumentos de relación; o sea, al acumularlos como experiencia, llegar a usarlos como factores de cultura desde sus estadios liminares.

Para la musicología, plantearse un recorrido por entre un *lenguaje músico*, remontando, por tanto, el *pensamiento sónico*, obliga a discurrir sobre los indiscutibles estadios que están ya en aquellos momentos de la historia

del hombre —que los historiadores dejaron para los paleontólogos—, cuando hay que contar el tiempo con cifras que, hasta hoy, sobrepasan el millón de años, si se trata de descubrir las raíces de la humanidad. Y las periodizaciones, instrumento electivo tan preciado por los historiadores —así convertidos en paleontólogos—, hay que distinguirlas con cifras de seis y hasta de siete guarismos.

Las formas de comunicación, surgidas de los modos grupales del hombre, no pueden ser entendidas mientras no se considere la *interconexión* de *pensamiento* y los *modos de sonación* en el devenir filogenético de la humanidad. El conocimiento de toda la actividad del hombre se había hecho por separado, según los campos de especialización del intelecto humano, por lo que algunos aspectos de la vida del hombre iban quedando sin las atenciones correspondientes, como en una especie de tierra de nadie.

La comunicación sónica —hemos insistido en ello— se desarrolló en niveles que fueron desde lo puramente individual hasta lo grupal, lo social —mucho más tarde veríamos el nivel de lo nacional. Este curso de desarrollo, también crecientemente complejo, se logró *junto* al desarrollo social, por el cual estuvo condicionado y del cual ha sido reflejo. Por la inmediatez de este hecho, la comunicación sónica se fue escindiendo en otros dos niveles: en uno, aquella quedó más directamente determinada por los modos de producción y circunscrita, de preferencia, al reflejo de las relaciones que en este orden surgían en el grupo, para lo que el abanico de lo sónico fue constreñido a aquellas sonaciones más simples, precisas y conectadas directa e inmediatamente a la acción laboral, en estrecho ajuste a las aún limitadas variantes productivas: producción de instrumentos líticos, de inicio sujetos a un reducidísimo número de *modelos*, algunas agujas de espinas de pescado, algunas puntas de hueso, valvas de moluscos y hojas de caracolas preparadas como escarbadores dejaron su impronta de reducción en el repertorio de sonaciones que hubiere sido requerido.

Por otra parte, la comunicación sónica reflejó situaciones grupales que, por un lado, eran más generalizadoras y, por otro, responderían a circunstancias que afectarían de preferencia al grupo, a su mayor concurrencia, a una participación generalizada. Digamos reflejo colectivo de todo un acto de caza que hubiera ocurrido y sus incidencias estuvieran vivas en la más inmediata memoria; o todo el trabajo de laboreo de un terreno, o todas las incidencias ocurridas en un traslado, por migración o huida, o situaciones colectivas tras momentos de pánico o de alegría. Nos referimos a dos niveles en la comunicación sónica, uno como reflejo de acciones concretas y precisas en su circunstancialidad, y el otro, reflejo de acciones en que lo individual se diluye

en situaciones de pluralidad, y sea esta cualidad la que se refleje en una manifestación de voceación.

Para el primer nivel descrito, para obtener una comunicación así convergente a un campo de acción productiva concreta, bastan menos elementos sónicos, no requirientes de distinciones de amplios intervalos y, por el contrario, su articulación con otras variables sónicas más flexibles y señaladoras de las pequeñas variables que surgieran de la producción material, tan sujeta a alteraciones como debió haber sido en sus estadios originarios.

En frente, en el otro nivel —que se expandía tanto como lo hacía la percepción, cuando se ensanchaban las apetencias, se diferenciaban las situaciones y acontecimientos sociales— ocurrían hechos cuyas consecuencias persistían y actuaban con más incidencia, es decir, alcanzaban mayor *presencia* en el grupo, lo cual demandó, en correspondencia y reflejo de esta otra magnitud de lo conceptual, su comunicación con recursos sónicos más variados, cuando el aprovechar una variable articuladora no adquiriría más significado que un simple recurso conectivo para producir una imagen de continuidad, de proyección hacia delante, de marcha, de prosecución, de reflejo de una acción de mayor corporeidad y masividad.

Por el primer nivel que describimos —reflejo inmediato de una acción productiva— lo sónico acumuló tales *variables* sónicas reflectantes en una cadena comunicante que iba a producir, muy rápidamente, el lenguaje verbal, que así prestaba su inmediatez al desarrollo de la propia producción de la cual había surgido. Por el segundo nivel —el reflejo de una acción complejamente pluralizada— se iba a la concatenación *figurada* de una sonación que reflejaría la imagen más externa, globulosa y repujada de aquella *sonación* respondedora de la otra *producción* plural, colectiva y grupal: la figurabilidad sónica no era más que un *traslado* o *tropo* de una visión *promedial* de aquel bulto o conjunto de elementos sociales con incidencia varia en el grupo. Así, estamos ya ante un producto sónico que no fue más que esto: reflejo promedial de un complejo de acciones que se integraban, cada una significativamente, en un *paso* o momento de la vida grupal. Reflejo, por reducción promedial de situaciones varias que, por circunstancias también grupales, convergerían en el grupo, pero produciendo modos de atracción o interés diferentes en cada individuo.

Lo sónico como texto

Ante un *producto* de sonación, una vez fijado en la idea como tal, la percepción del hecho sónico y su intelección como un cuerpo, una *masa* (de sonoridades

en nuestro caso) con sus variables de relieve, sus *contornos*, reductibles en el pensamiento hasta la más fina hiladura (remitida a la idea de una *línea*), las variables de *superficie* y de grosor imaginables en la masa sónica, dan lugar a la forjación de la imagen musical. La presencia temprana de un acto sónico de *voceación* implicaba ya una imagen de masa sónica, de corporeidad, con sus entrantes, salientes, picos y hondonadas, globulaciones, planidad, salientes, aristas, estriás, reducciones hasta una hilada, y expansiones; en fin, todo lo que puede ser una *masa* sónica ante la percepción de un receptor. Pero también implica que las variables volumétricas ahora descritas han de ser decodificadas por el receptor, pues constituyen el *texto* que ofrece la producción sónica.

Como *texto*, una masa sónica, al aportar posibles variables *figurativas* de los elementos de corporeidad que incluye, en tanto imágenes de cognición, permite percibir y conocer un contenido así comunicado. La masa sónica, ya identificada como *texto* —la obra de música— queda franqueada entre un emisor y un receptor. Entre cada uno de estos y la masa sónica así codificada, quedan dos anchas franjas de variables producidas por lo incidental y momentáneo de circunstancias y estados personales, individuales, altamente condicionados; y además, por toda la cultura del hombre, incluida *sv* historia.

En el transcurso de cognición de este texto sónico, el propio mecanismo racionalizador de las *figuras* volumétricas percibidas, aíslan ciertos momentos de mayor *atracción*, como si demandaran una mayor convergencia de atención y se revelaran al intelecto como puntos o lugares de *concentración*, que se hacen preceder y seguir de otros que actúan como conductores hacia y desde tales puntos de atracción o concentración (la estética formalista los buscó y armó criterios para su detección, y los llamó *clímax*). Es decir, el curso perceptual se produce, ante los efectos que se obtienen de las variables en la corporeidad sónica, *traduciendo* (o decodificando) una secuencia de atracciones o condensaciones que generan un particular mecanismo de la atención, donde intervienen actitudes de expectación e imaginación de causalidades (muchas veces de maneras asociativas), y consisten en seguir, en su continuidad proyectiva, áreas sónicas que nos servirán de *referentes* como apoyo a una *relación* (son las áreas de *atracción*) y otras anexas que nos servirán de *conducentes* hacia aquellas, para inteligir la secuencia figurativa. Se trata de un orden perceptual profundo, altamente condicionado por la formación del individuo receptor.

Se crea así, para la producción sónica (la obra de música) un mecanismo racional sobre la base de una *concatenación* de elementos de *atracción* que, en muy diversos modos, produce la intrincada estructura de grados, sentidos y tendencias del mecanismo de *relaciones*

que conlleva, precisamente, la realización de la sonación como hecho corpóreo. Los órdenes relacionales se constituyen en una cadena de logicidad discursiva, como mecanismo inteligible en y a partir de la imagen altamente figurativa (sugere de concepciones dinámicas) que, en nuestra percepción, adquiere lo que concebimos como masa sónica.

De aquí la importancia que le concedemos a esta concepción de la objetivación de la producción sónica a partir de la formación de una imagen corpórea en movimiento, o *transcurriendo*, preferiría decir, en el espacio. Quedaría en el fundamento gnoseológico de una didáctica y medio instrumental para dirigir la creación musical y la *re-creación* cuando se trate de un intérprete.

Por esta vía, las sonaciones se diferenciarían por el camino de la figuración como el resultado del modelado de una sustancia plástica (la de la materia sónica) en tanto reflejo reductivo, promedial de la compleja corporeidad de la masa sónica; y como resultado de la figuración y ordenación sistémica que constituye lo que no hubo más remedio que llamar *música*, vocablo que, al hacerse derivar del nominativo común de *musas*, significó los productos de aquellas figuraciones. Fue otra reducción promedial que proporcionaba el lenguaje verbal, ya diferenciado en el proceso del habla. Y, a no dudar, lo que relataron los narradores de aquellos tiempos míticos acerca de un canto de aquellas nueve jovencitas, no debió haber sido más que una voceación, con sonidos que salían hasta de las pisadas.

Las voceaciones de las nuevas mujeres legendarias eran para saludar a Zeus, el padre. En Africa, hasta muchos siglos después, las voceaciones seguían practicándose para agradecer y homenajear a un visitante igualmente egregio. Un grupo de personas, mujeres principalmente, salen por el camino al encuentro del grupo visitante, van voceando y haciendo vibrar la lengua para obtener una peculiar calidad sónica (timbre = color del sonido), caminado con pisadas cortas como golpeando la tierra, en la esperanza de que sus sonidos lleguen al visitante, como pudo haberse recreado el viejo y poderoso Zeus con la posible sonación de las pisadas de sus nueve hijas cuando subían al Olimpo dejando oír «el sonido delicioso que brotaba debajo de sus pies». La voceación y el pretense ruido hermoso de las pisadas celebraron desde entonces la victoria de sus dioses sobre los Titanes.

Música y habla se desarrollaron automáticamente, en la medida que se diferenciaba la producción convergente en un producto, y la producción participativa de todo un grupo en circunstancias sociales diversas, donde el compositor no es más que un agente.

Lenguaje, sonaciones, graficaciones, gesticulaciones, son pues hitos marcadores de puntos referenciales en

el desarrollo de la *comunicación* que, como acción grupal, es consustancial al desarrollo del trabajo.

Como *producciones grupales*, comunicación y producción son elementos que integran un complejo orden de interdependencias dialécticas, en cuya aparición y desarrollo está la esencia del género humano, donde una presupone la otra. Estas dependencias entre comunicación y producción surgen de la funcionalidad que adquieren: es funcionalidad grupal que, en el paso a la sociedad dividida en clases no antagónicas, podemos definir como *funcionalidad social*.

Esta funcionalidad ya diferenciada se alcanzó cuando el producto elaborado con sonidos se hizo más rico, como consecuencia de la relación entre la presencia de aportes personales —individuales e intrínsecamente debidos a lo que un individuo, llevado por sus posibilidades adquiridas, podía *aportar* como contenido diferencial al producto general, con lo cual este acumulaba valor—, y lo *conservado* por el grupo, mantenido dentro de normas promediales, y circunscrito a lo fijado por repetición (costumbre), con lo que se acumulaban otros valores —en este caso, los de su procedencia.

Dentro de los hechos de sonación ya comentados, la relación por repetición, diferenciación y singularización de lo individual, frente a la inmediata identificación generalizadora de lo acostumbrado y colectivo —hecho así *tradicional*—, se convertiría en el elemento dinámico del desarrollo de los productos de sonación, los que, a su vez, como productos concretos, objetivos —*obras* musicales dijimos—, se hacían *valorables* al acumular ciertas nociones subjetivas, pasando de objetos de simple valor de uso —como pudo haber sido una piedra (canto toscamente tallado), una hoja de lanza solutrense o un raspador sangoano—, a objetos que adquirirían, gradualmente, valor de cambio, por el trabajo acumulado, valorado ya, en calidad y cantidad, por las nociones subjetivas adquiridas en el desarrollo social.

De hominización a humanización

Ya sabemos cómo esta relación entre el valor de uso respecto al valor de cambio conduce directamente al desarrollo de las herramientas y a las formas de propiedad de estas como base para el surgimiento de clases antagónicas, y la aparición, dentro de ellas, de modos de sectorialización de las ocupaciones productivas, lo que se hacía cada vez más complejo al pasar de las pequeñas organizaciones grupales a las más extensas, determinadas entonces por intereses de hegemonías diversas y nexos de dependencia, que se centraban en las cúspides de las formas piramidales

que adquirirían los estratos sociales. Y estamos entonces en la Historia de la humanidad, en lo que llamamos nuestra era. *Producción y comunicación*, cuya aparición, desde las formas más elementales que dejamos descritas como *sonación y función grupal*, quedan como formas concientes, elementales, que irán conformando el proceso que va desde la hominización hasta la humanización.

Señalábamos cómo aquel *producto* de sonación se manifestaba como *continuidad* y como *articulación*, obedeciendo a dos *actitudes*, asumidas grupalmente, como *producción* y, en tanto formas laborales, acumuladoras de una determinada fuerza de trabajo, alcanzaron a constituirse como dos elementos categoriales que se situaron, para la sociedad, como generadores de toda la música. Por este carácter gnoseológico generalizador, desde sus escalones más primarios, y en tanto *categorías*, las nociones de *continuidad* y *articulación*, desde un lenguaje sónico, se convierten en elementos fundamentales para toda la dirección de la función comunicante que alcanza el *producto* sonante.

En el curso del desarrollo social del hombre, en el proceso ya de distinción de clases, las funciones del producto sónico se diversifican y adecuan a las estructuras sociales que, históricamente, se van alcanzando en aquellas áreas geográficas que concentraron un mayor poblamiento a partir de una mayor complejidad en las relaciones de producción que surgían. Las funciones comunicantes del producto sónico fueron diferenciadas al quedar gradualmente condicionadas a las nuevas formas de relaciones sociales que se forjaban, particularmente, en la gran área de civilización que surgía en torno de un mar mediterráneo, altamente diferenciado en lo que a condiciones geográficas se refiere, por las formas de poblamiento y por las condiciones igualmente perfiladas en sus diferencias de comunicabilidad e intercambios, y por lo que se tomaba de otras áreas culturales circunvecinas.

El producto sónico estuvo altamente condicionado por la demanda de una especialización en las formas de producirse según cada una de las circunstancias, pasos o momentos en que fue quedando como vía de comunicación directa entre un medio *emisor*, el o los *ejecutantes* —*intérpretes*, como gustó decirse en el siglo XIX—, y un medio *receptor*, el grupo, sector o clase social al que convergiera aquella producción sónica: el *oyente* —como ha gustado decirse al doblar hacia el siguiente siglo, entendiéndolo el vocablo (ingenuo, porque todos somos oyentes) como eufemismo de *consumidor*. A muchos estudiosos, en las más diversas latitudes y desde la más remota antigüedad, les preocupó esta *cosa* sónica, de qué estaba formada y cómo se hacían concurrir unos fenómenos sónicos para integrar lo que venimos llamando *producto* de sonación. Eran las *relaciones* que

resultaban al comparar *direcciones* y *distancias* entre lo sónico, así como las *tendencias* direccionales y *sus sentidos expectantes* y de *conclusión*. Al principio se confió el dominio de direcciones, distancias, tendencias y sentidos a lo intangible o a lo explicable, al partir de relaciones simples, de orden matemático, relaciones acústicas; y los efectos de mayor o menor evidenciación de lo conclusivo, lo que permitiera algún nivel de escisión, en oposición a continuidad o proyección hacia delante. Así se discurrió largamente acerca de los sentidos y tendencias de intervalos de cuarta y quinta, de los que se dijeron que eran «justos»; y tónicas, dominantes y subdominantes —de la que se dijo: *dominante inferior*—, se complicaron con preceptos católicos sobre la Santísima Trinidad. Antes se habían manejado los diferentes sentidos de los tetracordos griegos a las asociaciones establecidas entre los *modos* escalísticos y varios estados afectivos del psiquismo, como se dijo más tarde de las *tonalidades* y las asociaciones afectivas con los modos mayor y menor.

La producción de los medios sonoros, es decir, la fabricación e instalación de medios productores de sonidos, alcanzó también variables distinguibles, según sus aplicaciones, a las diferentes circunstancias demandantes y el desarrollo gradual en las tecnologías constructivas, en un curso que calificaríamos en concomitancia con el de la voceación. A partir de la obtención de una sonación como proyección espacial de una *masa* sónica, seguiría su elaboración figurativa, incidiendo ahora la mayor diferenciación tímbrica de los instrumentos y las posibilidades de *figuración*. Estas se reflejaron en unas normas de enseñanza para lo que después fue la técnica ejecutante.

No faltaron importantes intentos de graficación, pero como el trayecto comunicante eferente durante mucho tiempo dependió del individuo creador e intérprete a la vez, se creó una demanda, más inmediatamente personal, en este emisor, y se prestó mayor atención a la racionalización de procedimientos más circunscritos a la *emisión* y su *conducción*. Lo que hoy decimos «dominio de las relaciones de alturas sonoras», que llevarían a concepciones y prácticas de afinación.

Los *pitagóricos* nos dejaron una buena ilustración de planteamientos gnoseológicos acerca de varios fenómenos vibratorios, más tarde: la noción de sonido como producto de tal fenómeno vibratorio y su transmisión a través de un medio que era el aire circundante, así como los *modelos* para un ordenamiento sistémico de determinadas alturas, hasta la obra que dejara el peripatético discípulo de Aristóteles, Aristójenos de Tarento, en el siglo IV a.n.e., en su obra *Lo armónico como el elemento primero* (*Armonikon stoikeion proton*), para referirse a la ordenación de las alturas dentro del intervalo de cuarta, en los tres géneros,

señalando sus valores expresivos, así como sus disposiciones dentro de la octava: los *modos* de atracción sónica, o *variables de atracción sónica*.

Las formas primarias de división clasista, situadas en la base de las formaciones sociales, determinaron *variables* en la formación de sonación, al quedar estas condicionadas por conceptos estimativos, caracterizadores de situaciones psico-sociales, representativas de *tendencias* que, en última instancia, habrían surgido de formas elementales de racionalización, surgidas de las formas igualmente primarias de la producción material. Se alcanzaría así a *distinguir variables* estimativas, o *apreciativas* de lo ocasional (no acumulativo) circunstancial, y lo *extensional* (acumulativo) y permanencial. Se alcanzarían gradualmente *variables* de función indicadora, localizacional, direccional, representacional, exposicional, controversial, disposicional, maniobral, compensacional, etc.

La comunicación sónica, con organización sistémica de elementos aptos para vehicular la comunicación, se ha creado a medida que la organización grupal del hombre se alzaba hacia las formas de organización social, junto a un desarrollo de los órganos de fonación y, muy principalmente, del sistema nervioso superior, lo que permitió en el hombre la aparición de la noción de *valor*, en la medida que, consecuentemente, se desarrollaba toda su psiquis. Ya señalábamos cómo los significados que se hicieron más regulares y constantes según los modos de producción surgidos en el grupo, forjaron los elementos iniciales de la lengua, mientras otros, decíamos, cambiantes e incidentales según situaciones y circunstancias más variables, y hasta fortuitas o casuales, se convirtieron en nexos sónicos que llegaron a ser elementos de carácter traslaticio, a manera de tropos.

Aquellos elementos sónicos que quedaban así engarzados a las relaciones más inmediatas a la producción material, aplanaron las variables de altura (se conservan hoy en algunas lenguas tonales). En cambio, los que derivaban su presencia y función social de sus engarces a situaciones grupales —y que ya describimos como ocasionales y operacionales en instantes de la vida social donde concurrían, como *motivación*, factores subjetivos que venía desarrollando el hombre en el propio curso de su evolución pensante—, ampliaron considerablemente las variables de altura, las construcciones figurativas, y grandes variables en los elementos de masividad a lo largo de la *construcción* corpórea que es la música.

Desde las más primarias voceaciones, lo habíamos señalados ya, el hombre tuvo de la producción sónica una imagen que ya definimos como corpórea, volumétrica y espacial. Lo que se observa también en

el niño, y ante lo cual se desarrollan sus primeras imágenes a partir de la impresión táctil de la presencia de un cuerpo.

Señalábamos cómo esta masa sónica, este cuerpo sónico, desarrollaba variables volumétricas, caracteres varios en el relieve, y variables en las formas, hasta imaginar coloraciones y las correspondientes áreas de mayor o menor luminosidad, generadas a partir de esta concepción de secuencia corpórea para la música.

Las variables de altura, en lugar de aplanarse, se hicieron más figurativas, y los contrastes y variables de proyecciones, de intensidad, contribuyeron a magnificar y subrayar los detalles de la superficie, de por sí elaborada, de la masividad sonora transcurrente. Y es esta la imagen que conserva después la memoria, la de un acaecimiento de elementos corpóreos que, en concatenación significativa, reflejan un todo sistémico, concluso en sí mismo, es decir, con un inicio y un final.

La secuencia de figuras corpóreas, para la percepción auditiva, muestra sus relieves, que se hacen inteligibles para el receptor en forma de *concreciones*, o instantes de mayor concentración y *atracción* como *prestadas* a un particular *reclamo* de *atención*, de *convergencia de interés* en la percepción.

La existencia de elementos corpóreos que se dan al receptor como variables del producto de sonación que se le ofrece en la *obra*, la *figuración* volumétrica que se concatena, es decir, las imágenes de corporeidad que se dan en la secuencia proyectiva, las valoraciones de color, tímbricas, que prosiguen frente al receptor, las apariencias dables a los elementos corpóreos así ensartados, y la sucesión de los momentos de *concentración* o *concreción* como proyección hacia el receptor de *atracciones* varias, constituyen los elementos perceptuales

en la música, su disposición por el compositor en la obra integra un *texto*. Su decodificación dentro de los aspectos descritos, la intelección de estos como unidad sintáctica, constituye el *mensaje*, el *contenido*, como también se ha dicho.

El receptor (oyente) recibe un mensaje que ha de inteligir en un decursar proyectivo, pero que, a la vez, lo hace *ensartar* en otras muchas experiencias sónicas, que entran en contacto, a manera de cuerpos *en dilución*, dentro de múltiples factores *afectivos*, no como simples mecanismos asociativos, sino en una *nueva construcción* pensante en que es entonces el propio *receptor* el que individual y socialmente se *reincorpora* al mensaje desde otro plano, el de lo afectivo, y *busca* entonces *concomitancias*, conscientes o inconscientes, con el conjunto de *predisposiciones* que lo guían en un momento dado.

El *receptor*, ante la *obra*, encuentra un *metatexto* que en lo individual enriquecerá su personalidad y en lo social contribuirá a integrar el intrincado arco de *retroalimentación* abigarradamente constituido por la complejísima *mediatez* con la que, al fin, pudiera llegar al productor.

Una consideración social de la música pondría en el tapete actual los medios de que dispone la sociedad contemporánea para facilitar esa retroalimentación tan necesaria, imprescindible, para integrar el proceso social de la comunicación.

© TEMAS, 1999.

«Todo es según el color del cristal con que se mira».

Comentarios a *La vida en rojo*, de Jorge Castañeda

Juan Valdés Paz

Sociólogo y politólogo.

Al comentar esta otra biografía del Comandante Ernesto Che Guevara,¹ lo primero que debo señalar son algunos de los méritos que advierto en esta obra. Se trata de un libro excelentemente escrito, con cierto rigor y originalidad. El autor ha mostrado valentía intelectual en su intento de interpretar, más que historiar, la vida del Che y ha sido agudo al presentarnos la evolución de su extraordinaria personalidad. No es menor mérito del autor haber evitado caer, a pesar de su antifidelismo expreso y de sus posiciones críticas frente a la Revolución cubana, en lugares comunes de otros cubanólogos.

El acento interpretativo puesto por Castañeda sobre conductas y acontecimientos de la biografía del Che Guevara, impone al lector una lectura de acuerdos y desacuerdos, y de hecho focaliza todo comentario. Al respecto, debo anticipar mi acuerdo puntual con algunas de sus interpretaciones y mi desacuerdo con muchas de ellas, principalmente con las más generales,² aquellas que pretenden una caracterización de la personalidad y la trascendencia del Che.

Antes de centrar mis comentarios en algunas de estas interpretaciones, quiero hacer una breve referencia a

cuestiones de método que, en mi opinión, han limitado severamente esta biografía. Primero, a pesar de la amplitud y novedad de las fuentes utilizadas, estas han sido tratadas con cierta discriminación y tendenciosidad. El autor ha manifestado cierta proclividad a asumir como veraces las fuentes disidentes u opositoras del régimen cubano, y como sospechosas las de sus funcionarios o simpatizantes.

También es de notar la omisión de datos disponibles y la inexactitud de otros empleados por el autor, así como el no hacer explícitas todas las alternativas presentes en las situaciones que examina. Contrariamente, la confusión entre alternativas lógicas y fácticas lastra su texto de excesivas especulaciones.

Pero es el modelo de análisis empleado por Castañeda el que nos produce mayores reservas: una sobreinterpretación psicologista de la personalidad y la vida del Che, y una subinterpretación sociológica de las condiciones de su actuación. En el primer caso, cierto psicologismo vulgar —trauma infantil, vínculo materno, asma psicósomática, etc.— lo lleva a identificar la conducta del Che como el resultado de una personalidad neurótica; es decir, la de un hombre que

no resiste las tensiones de situaciones ambivalentes y conduce su vida mediante «saltos hacia adelante».

En realidad, esta tesis de la personalidad neurótica no explica mucho. De todas las grandes figuras de la historia se ha predicado una personalidad neurótica; pero, puesto que no todos los neuróticos han sido grandes hombres, queda siempre en pie explicar la diferencia.

En el segundo caso, se trata no de la sociología de los receptores de la imagen del Che, sino de las condiciones histórico-sociales que permitieron al Che revelar y desarrollar sus extraordinarias cualidades y, como a él, a tantos y tantos hombres empeñados en la transformación social. Sin un examen de las condiciones de la época y de América Latina en particular, no es posible explicar el surgimiento de una generación comprometida con la lucha de liberación nacional y anticapitalista, ni la de otras que le sucedieron.

Comentarios a algunas interpretaciones

La personalidad del Che

La personalidad del Che caracterizada por Castañeda es, básicamente, la de un radical; un voluntarista de raíces psíquicas, dotado de una ideología en desarrollo, pero siempre dominante en sus comportamientos, y orientada a la incansable prosecución de ciertas metas utópicas. Se trata de una personalidad atrapada a lo largo de su vida por la desproporción entre los medios disponibles y los fines propuestos.

Estaría de más decir, puesto que todos lo reconocen, que efectivamente el Che revela en su personalidad una extraordinaria fuerza de voluntad; que compartía una cierta ideología, y que orientó su vida en la consecución de ciertos objetivos; pero de lo que se trata es de destacar que:

- a) Esa férrea voluntad, siempre patente, fue en gran medida el resultado de su propio desarrollo personal. Como ha dicho Fernando Martínez,³ la primera gran obra del Che fue él mismo.⁴
- b) El Che es un racionalista, y sus concepciones se ubican en una cierta tradición marxista que ha visto en la práctica de los sujetos sociales la creación de condiciones para el cambio social y la constitución de nuevos sujetos. Nos referimos al marxismo de la praxis que va de un cierto Lenin a Lukacs, Gramsci, Mariátegui y otros.
- c) Los objetivos revolucionarios del Che eran principalmente de carácter estratégico.
- d) La teoría y la práctica del Che proponen una fusión irreductible entre ética y política, y estas se

manifestaron en su persona como una absoluta necesidad de coherencia.

Las relaciones del Che con la Revolución cubana

Castañeda distingue dos momentos en las relaciones del Che con la Revolución cubana: un primer momento en el cual la lucha insurreccional, el triunfo y consolidación de la revolución, y el inicio de su experiencia socialista, aparecen como el único éxito entre sus proyectos de lucha; y establecieron el marco histórico de su desarrollo como la figura excepcional que hoy reconocemos. Le sigue un segundo momento, en el cual las alianzas de la Revolución con el campo soviético y las políticas implementadas —principalmente económicas— chocaron con sus concepciones y dieron lugar a la tan traída situación de ambivalencia y al abandono por el Che de sus compromisos cubanos. Sus relaciones con Fidel Castro reflejarían este mismo proceso, cristalizado en la fórmula de «ni matrimonio ni divorcio».

Cabe decir que, para el Che, las características propias de la Revolución cubana no la hacían una excepción histórica en el conjunto de América Latina, con cuyos países compartía numerosos rasgos, particularmente las condiciones del capitalismo dependiente y el dominio imperialista de los Estados Unidos. Por otra parte, el Che fue partícipe de un proceso que fue más allá de sus propias expectativas y le permitió alcanzar una experiencia directa de construcción socialista. Este proceso no podía dejar de ser un referente permanente y una prueba del probable éxito de otras experiencias semejantes.

No hay ningún testimonio que acredite que las diferencias de opiniones entre el Che y dirigentes de la Revolución cubana, en particular Fidel, hayan dado lugar a diferencias en las posiciones políticas o a discrepancias del Che con las políticas en curso, o propuestas alternativas de su parte. Las concepciones del Che siempre estuvieron subordinadas a las decisiones de la dirección cubana y sujetas a la más estricta disciplina. La historia del discurso de Argel, narrada por Castañeda, sirve de ejemplo al respecto. Puede asegurarse que el Che nunca discrepó de las prioridades absolutas de la Revolución cubana: su seguridad y su unidad política.

Las relaciones con Fidel Castro fueron —y así lo hizo constar de manera reiterada— estrechamente fraternales, y sus ideas estuvieron más próximas que con cualquier otro dirigente cubano. Solo que, como reconoce Castañeda, correspondía a Fidel cargar con todas las consecuencias de la razón de Estado.

El desenlace del Congo y Bolivia

Los fracasos del Che en el Congo y Bolivia —que para Castañeda fueron el resultado tanto de proyectos inviábiles como de su impronta personal— adquieren otro significado en la perspectiva estratégica de su pensamiento: crear las condiciones de un movimiento revolucionario y debilitar el sistema de dominación imperialista en cualquiera de sus frentes. Las olas revolucionarias de los 70 y los 80 en América Latina, así como el desenlace de la lucha de liberación nacional en África, le habrían dado, en parte, la razón al Che, visto en el largo plazo.

Por otra parte, las campañas del Che en el Congo y Bolivia, si bien aparecen como de su propia iniciativa y responsabilidad, fueron apoyadas política y materialmente por la dirección cubana, y en todo caso coincidían con la proyección internacional de la Revolución en ese período. Jorge Serguera ha interpretado la campaña del Congo como parte de una estrategia africana, que tenía como uno de sus objetivos una defensa indirecta de Cuba.⁵

La interpretación por Castañeda del desenlace de la guerrilla del Che en Bolivia y de que no se haya producido por parte del gobierno cubano una operación de rescate, si bien parece más sofisticada que otras, no deja de ser una especulación sin fundamento sobre un tema que es técnico-militar antes que político. Desde ese punto de vista, no era posible una operación en el terreno, cosa reiterada por Fidel Castro y Manuel Piñeiro al tratar el tema, pero también por Gary Prado y los agentes norteamericanos allí situados. Toda divagación sobre las intenciones de la dirección cubana que no se atenga al conjunto de los hechos es, cuando menos, una fatuidad intelectual; pero afirmar que Fidel Castro propició el fatal destino de la guerrilla, dejándola correr su propia suerte, es un acto de difamación política con ropaje académico.⁶

La época del Che

Para Castañeda, el Che es estrictamente un hombre de su época, a la que personifica más que nadie. Esta capacidad de simbolizar su tiempo, se la explica con su tesis de la «consonancia»: el Che forma parte de una generación que demandaba, en diferentes contextos, cambios en todas las dimensiones de la vida; y que creía que era posible realizar tales cambios en el breve lapso de su juventud. Como esto no fue así, el Che, como otras figuras históricas de esos años, pasaría a constituir un mito y un fetiche.

Según Castañeda, el Che real sería un hombre derrotado, pero su imagen, más que su vida,

proporcionaría el mito crístico posterior. Este último punto supone —siguiéndolo en su irreverencia— que el Cristo herido y crucificado sería la verdadera historia de un perdedor, pero la profusión de sus estampitas habría asegurado su trascendencia. El ejemplo de sus vidas y sobre todo sus mensajes, no tendrían mucho que ver con su vigencia, considerando que eran hombres de una época superada.

Pero es la interpretación de su época, los años 60-70, la que adolece de esquematismo. Las notas sociológicas aportadas son, como dijimos, las de sus receptores en los países centrales y no las de los actores que en estos años dieron lugar a la Revolución cubana, a las guerras de liberación nacional, al surgimiento de nuevos Estados independientes, a la emergencia del Tercer mundo como una fuerza internacional, a la derrota de los Estados Unidos en Indochina, al auge del movimiento popular y revolucionario, a las primeras reformas del campo socialista, etc. Pueden estos haber sido logros más limitados que los propuestos, y algunos haberse perdido total o parcialmente; pero la historia de nuestros días corre por el cauce de aquellas insurgencias y de las conquistas de aquellos años, a las que el Che contribuyó tan denodadamente.

La herencia del Che

La vida en rojo... forma parte del discurso de Castañeda iniciado con *La utopía desarmada*⁷ y de su reiterado énfasis en el fracaso de las opciones revolucionarias sobre el cambio de época y acerca de sus propuestas de políticas de centro-izquierda como las únicas viables en los países de la región. La biografía del Che sería una prueba *ad hoc* de estas tesis y la evidencia de que su ambiguo legado ha sido el fracaso de su utopía y la persistencia de un mito tan duradero como fútil.

Precisamente, habría que decir que la vigencia del Che estriba, en gran medida, en que en nuestras sociedades de América suele ser necesario hacer la revolución para que se realicen reformas; es decir, para que el orden realmente existente sea reformado. De aquí que las premisas de movilizar a las masas mediante la lucha, suplantando el poder de los sectores dominantes y afrontar la hegemonía norteamericana, parezcan seguir siendo condiciones de un programa mínimo de transformación en América Latina.

Pero el legado mayor del Che está en sus ideas. Creo que Castañeda ha despachado con demasiada premura, y quizás con cierto desdén, las ideas del Che sobre un orden no capitalista, sobre la transición al socialismo, sobre el desarrollo del Tercer mundo, etc.

Pasar por alto sus ideas es negarse a entender las motivaciones más profundas de su vida. Estas ideas estuvieron basadas en una experiencia de amplitud e intensidad poco común entre los hombres, así como desarrolladas mediante un sostenido esfuerzo intelectual de ejemplar disciplina. Estas cualidades no les aseguran la veracidad, pero las dotan de una mayor importancia y proyección que las concedidas por el biógrafo.

Particular importancia tiene en mi opinión —y aún más para los cubanos— su crítica del socialismo real desde posiciones de poder, así como de los peligros que lo amenazaban en el mediano y largo plazo. Sus ideas pueden no ser respuestas definitivas a las contradicciones que dieron al traste con las experiencias del socialismo europeo, pero dejan sentado que se hace necesario recrear una concepción de las metas, vías y condiciones de la transición al socialismo.

Quizás el momento más infeliz del texto de Castañeda es aquel en que responsabiliza al Che por los combatientes que murieron compartiendo sus ideas. Dejando a un lado su implícito argumento de que los pensadores son responsables de sus influencias —culpa bajo la cual caerían desde Cristo hasta Mandela— sorprende la arrogancia con que el autor juzga y condena a un hombre que dio su vida por sus ideas y siempre dio el primer paso para realizarlas.

Conclusiones

Creo que con *La vida en rojo*, Castañeda nos ha dejado un libro importante y polémico. Seguramente, será en adelante un referente imprescindible en el debate sobre la vida y el pensamiento del Che. Sin embargo, se trata de una biografía más tendenciosa que lo aparente. Los propósitos del autor de ser ecuánime y objetivo dan al traste con su escasa simpatía por el personaje, tal como lo interpreta: cada cualidad reconocida es opacada por un defecto simétrico; cada acto heroico estuvo al servicio de una meta equivocada; cada una de sus ideas fue rebasada por la marcha de los acontecimientos, etc. Las interpretaciones de Castañeda conducen inexorablemente a la conclusión final de su libro: «el Che es hoy un icono cultural».

La insistencia de Castañeda en que la vida, la obra o el ideario del Che no tienen más vigencia que cierto imaginario popular; y que su paso por este mundo es apenas una huella en la cultura de nuestra época, me

parece sintomática: el Che es un icono y Castañeda un iconoclasta. Sin embargo, pareciera que este fin de siglo de euforia capitalista terminará colmado de sus fantasmas, y que entre ellos estará la luminosa sombra del Che, cuya vida fue un ejemplo de compromiso, cuya obra sobrevive en la Revolución cubana y cuya convocatoria a la lucha por una sociedad más justa y hombres más solidarios aún resuena.

A mi parecer, la vida del Che expuesta por Castañeda tiene el color de los lentes del autor. El nos dice que el Che es una figura de su tiempo, pero es su libro el que tiene las señas de estos tiempos de claudicaciones. Si Castañeda ha logrado decirnos mucho de lo que la vida hizo con el Che, apenas nos ha hecho entender lo que el Che hizo por la historia.

Notas

1. Jorge Castañeda, *La vida en rojo. Una biografía del Che Guevara*, Espasa, Buenos Aires, 1997.
2. Las que suelen ser, no versiones derivadas de los hechos conocidos, sino interpretaciones aplicadas a ellos.
3. Fernando Martínez Heredia, «Pensador marxista de la praxis», *América Latina*, n. 12, Buenos Aires, 1997.
4. El carácter radical que el autor le señala al Che desde su juventud también fue el resultado de una evolución personal desde posiciones éticas a políticas, estructuradas ambas por sus diversas experiencias como, por ejemplo, la temprana visión, en sus diversos viajes, de la miseria y el atraso, los movimientos de masas del caudillismo peronista o de la insurgencia popular boliviana, la intervención del imperialismo en Guatemala, etc.
5. Jorge Serguera, *Caminos del Che. Notas inéditas de su vida*, Plaza y Valdés, México D.F., 1997.
6. El argumento final del autor tan solo prueba su antifidelismo visceral: «Pensar que Fidel Castro no era capaz de un cálculo de tal frialdad y cinismo es desconocer los métodos que le han asegurado su permanencia en el poder casi cuarenta años; significa pasar por alto su comportamiento frente a disyuntivas análogas, si bien no preñadas de la misma carga emocional o mítica que la del Che Guevara.» Jorge Castañeda, ob. cit., p. 463.
7. Jorge Castañeda, *La utopía desarmada*, Ariel, Barcelona, 1997.